

RELATOS YANOMAMI. Jacques Lizot

El desconocido comenzaba su camino. Había anunciado:

- *Madre, voy a cazar el cerdo salvaje.*

- *Ve, hijo mío, y mata a muchos.*

Había afilado varios dardos cortados de un tallo de bambú y pintado sus puntas con curare, y luego había ido a una roca empinada llamada "*la roca de la mujer menstruando*". Allí había cortado un tubo hueco para usar como cerbatana, obviamente no duraría mucho, lo había hecho con un tallo demasiado blando.

Cuando estuvo listo entró en el bosque, caminó un buen rato hasta escuchar sonidos de golpes atemperados. Caminó hacia el ruido y sigilosamente se acercó a un Yanomami que estaba ocupado recogiendo frutas de cáscara dura y golpeándolas contra una gran raíz de árbol. El desconocido permanecía escondido en el matorral, miró mucho tiempo antes de cargar un dardo en su cerbatana. El dardo acertó en el ojo del indio. El asesino esperó a que su víctima muriera antes de cargarlo sobre sus hombros.

Su madre estaba embarazada. Cuando lo vio volver, caminando pesadamente por la carga que llevaba, gritó alegremente:

- *¡Oh, mi hijo ha matado a un cerdo salvaje!*

Ella se regocijaba: tenía una pasión por la carne humana. Separaron el cuerpo y lo hirvieron. Un muchacho joven vivía con ellos, nadie sabía quién era. Cuando la carne se cocinaba comían vorazmente hasta que se llenaron, y pronto quedaron sólo huesos, que emitieron un sonido extraño cuando los arrojaron. Era algo así como: *terere*. . . Y se podía oír por todo el vecindario.

Mientras tanto, en el gran refugio circular, los yanomami estaban cada vez más ansiosos por el hombre cuyo regreso se demoraba mucho. Cuando comenzaron la búsqueda de su compañero sospechaban había sido víctima de un jaguar. Al principio no tuvieron éxito con la búsqueda, luego encontraron algunas pistas: troncos rotos recientemente, huellas, cáscaras dispersas y frutas abandonadas. También vieron huellas del presunto asesino: se hundían profundamente donde el suelo era suave. Las siguieron y encontraron la morada de los extraños. El montón de huesos los llenó de temor. Se dieron cuenta del destino de su compañero. Se prepararon para el combate, sujetaron sus puntas de flecha en sus ejes y se dispersaron. El desconocido se defendió, sus dardos hacían chasquidos mientras los soplaba. Lo mataron e invadieron su morada.

Cuando los vio, la mujer se enojó de rabia, se arrancó sus collares y sus partes quedaron esparcidas por el piso.

Uno de ellos tomó a la mujer extranjera por esposa. En cuanto al muchacho, fue adoptado y creció entre ellos, por lo que finalmente lo consideraron uno de los suyos. Un día el muchacho declaró que quería ir a buscar piedras de fuego. Él pidió que un muchacho Yanomami vaya con él: su intención era comerlo una vez que estaban lejos. Fueron al lugar de las piedras y comenzaron a desenterrarlas. Entonces, con una piedra que había escogido especialmente por su agudeza, golpeó a su compañero en la cabeza con todas sus fuerzas y lo mató. Cortó el cuerpo en trozos pequeños, los envolvió en hojas para cocinar y no volvió al gran refugio comunitario hasta que lo había comido todo. Estaba saturado de carne humana. Cuando ella lo vio volver solo, la madre del niño le preguntó:

- *¿Dónde está mi hijo?*

El joven desconocido permaneció en silencio al principio. Su única respuesta fue tocar los bordes de sus incisivos con su dedo índice. Su primera reacción fue no creer en la evidencia. Algunos varones adultos le pidieron que los llevara al lugar del crimen. Encontraron brasas quemadas, hojas carbonizadas y restos repugnantes. Lleno de dolor y rabia, el padre de la víctima decapitó al joven extraño.

Esta historia es instructiva con respecto a la visión de los yanomami de sus vecinos y de los extraños en general, ya sean indios o blancos, a quienes acusan con frecuencia del crimen de canibalismo. El etnocentrismo, que es tan perjudicial para nuestra investigación, pero tan difícil de evitar, no es en absoluto una actitud propia de las civilizaciones tecnológicas impregnadas de su supuesta superioridad: se puede encontrar evidencia de ella más en todas partes si uno está dispuesto a reconocerla. Para perpetuarse en el tiempo y mantener esa lógica interna que le permite existir, toda civilización necesita conferir valor a sí misma y para ello debe menospreciar tan ligeramente las culturas vecinas. Tal vez podamos percibir en esa necesidad la razón de esta actitud casi universal. En una situación extrema, Un grupo étnico que podría tener una imagen demasiado halagadora de otros grupos se vería obligado a realizar ciertas transformaciones necesarias sobre sí mismo para evitar una contradicción insostenible. Lo que llamamos aculturación a veces no tiene otras raíces.

Podemos comprender mejor la tendencia de los grupos étnicos a llamarse a sí mismos con un nombre que, en su lenguaje, significa simplemente "*hombre*", "*gente*", o algo en ese sentido. Ese es precisamente el significado de la palabra *yanomami*. El grupo étnico es el foco central del universo humano, es la humanidad por excelencia, alrededor de la cual todo debe necesariamente converger o gravitar. Para un Yanomami, cualquier cosa que no pertenezca a su propio mundo sociocultural es necesariamente ajena, *nabë*. Las palabras *yanomami* y *nabë* forman tanto un par como una oposición. Los *nabë* son ante todo

indios de otros grupos étnicos, pero también personas de sangre mixta y blancos, Todos ellos agrupados en la misma categoría de criaturas que no merecen respeto. Son también enemigos, porque el extranjero es de hecho un enemigo potencial, bueno sólo para robar y atacar, objeto de burla, reducido al nivel de una subhumanidad despreciada y temida, culpable de las más negras ofensas.

De ello se desprende que los Yanomami acusan a los extranjeros, blancos, de una práctica que a sus ojos constituye verdaderamente una abominación, un delito horrible: comer carne humana. Su pensamiento religioso y su mundo mítico están llenos de esta amenaza siempre presente, esta sombra inquietante: el canibalismo, ya sea real o simbólico. Para los Yanomami, cada muerte es concebida como un acto canibalista. La muerte se produce cuando el alma ha sido comido por un ser sobrenatural o humano.

La historia que precede estas observaciones surge sin duda de una ideología: es un producto de la imaginación, aunque algunos de sus elementos hayan sido transpuestos. Ahora será interesante observar a estos mismos indios cuando se enfrentan a un acontecimiento histórico y descubrir cómo lo interpretan.

La siguiente historia ocurre en algún momento entre 1940 y 1945. Varias comunidades de los actuales yanomami centrales, empujados por numerosos y emprendedores enemigos, acababan de establecerse cerca del "*río de lluvias*", no lejos del rápido Shitoya, en un lugar llamado *T^horabë*. En ese mismo lugar el río deja de ser navegable río arriba.

Nadie sabe de dónde vinieron los blancos. Habían viajado río arriba en grandes canoas y fueron detenidos por las rocas. Habían viajado mucho tiempo para llegar allí: empujaban sus barcos remando o con postes haciendo palanca con el fondo. Se instalaron justo en la orilla del río, despejaron un área lo suficientemente grande como para construir una vivienda rectangular con un techo a dos aguas. Habían venido a extraer el látex de los árboles de caucho y comenzaron a explotar el bosque circundante. Tenían enormes teteras bajo las cuales los fuegos ardían en todo momento.

Cuando los oímos por primera vez, la noticia de su llegada nos aterrorizó y nos quedamos lejos. Pero, empujados por la curiosidad, nos volvimos más atrevidos: los observábamos a través de las hojas. En aquellos días no teníamos hachas de metal, aunque algunos de nosotros teníamos unas miserables piezas de machete sujetas a mangos de madera con cuerda de arco. Pero los extranjeros usaban machetes, hachas y cuchillos: nunca habíamos visto tantos. También tenían perros grandes que nos asustaban, pero que nos hubiera gustado

tener para nosotros. Un día los más valientes decidieron visitar a los blancos. Las primeras reuniones fueron amistosas. A pesar de todos estos objetos que codiciábamos, aún no nos atrevíamos a robar. Trocábamos frutas y mandioca y, agachados a cierta distancia segura de las grandes calderas llenas de látex fuertemente burbujeante, arrojábamos trozos de madera y bolas de tierra contra sus costados, sonaban con un ruido aterrador: *tin, tin ...* De sus entrañas se elevó un humo preocupante: dio a luz a los demonios *Shawara* que toman cuerpos humanos donde infligen dolor, provocan enfermedad y mueren pronto si los chamanes no tienen poder para expulsarlos. Varios de nuestros hijos murieron, sabíamos que era por las calderas y los blancos.

Algún tiempo después, *Karinahusi*, el padre de *Shinanokawë's*, fingió cambiar a su hijo por un perro grande que los blancos le estaban ofreciendo. La bestia era verdaderamente deseable: era grande y de piernas largas, con los colgajos bajos. En aquellos días casi no teníamos perros, y ninguno de los que poseíamos podía comparar con ese magnífico animal. Los extranjeros nos habían dado a entender que querían que *Shinanokawë's* trabajara en su empresa. Cuando el intercambio tuvo lugar, padre e hijo habían acordado un plan: *Shinanokawë's* iba a huir tan pronto como la noche cayera. Eso no le resultó difícil, esperó a que sus amos se durmieran, se metieron en el bosque y se quedaron cubiertos hasta el amanecer, vagamente molestados por el pensamiento de que un jaguar podría estar acechando en las cercanías. Luego regresó a su pueblo.

Después de este engaño nos quedamos lejos por miedo a las represalias, pero no podíamos dejar de pensar en las herramientas de metal: no habíamos renunciado a la idea de diseñar algún truco para poner nuestras manos sobre ellos. Dejamos pasar un poco de tiempo antes de aventurarnos de nuevo al campamento de los blancos para medir su reacción. Cuando nos vieron, no parecían enojados por el truco que habíamos jugado en ellos. Nosotros juzgamos que eran miserables con sus posesiones, y eso nos irritaba. Anteriormente, por la noche, hombres de influencia y guerreros temidos se habían dirigido a nosotros para incitarnos a robar: no debemos temer a estos pocos miserables extranjeros, dijeron, y además, esas viles calderas causaron la muerte.

Un grupo de visitantes llegó de *Wëtanami*, eran nuestros parientes y aliados y habían vivido con nosotros en el mismo refugio. Nos habíamos separado por una pelea con respecto a las mujeres. *Wëtanami* es el lugar donde nos dieron las ollas

de cerámica en la que cocinamos nuestra comida, cerca de ese sitio hay camas de arcilla fina. Aprovechando la presencia de los visitantes, algunos jóvenes decidieron emprender una expedición para robar a los blancos. Algunos hablaron para incitarlos, otros para instar a la cautela: aceptaron las palabras de aliento e ignoraron los consejos prudentes. A pesar de mi juventud, seguía siendo un niño, me uní a ellos. Cuando llegamos al refugio de los *nabë*, estaba tan asustado que me quedé a distancia. Los blancos nos hablaron en su idioma, respondimos en los nuestros, había poca comprensión. Uno de los extranjeros notó mi presencia y caminó hacia mí.

Mis compañeros no se dieron prisa, para disipar la desconfianza de los blancos. Habíamos tomado unos plátanos de plátano verde que tostábamos en las brasas. Habíamos escondido en el bosque un pedazo de piedra para afilar los machetes robados. Mientras los extraños seguían con su negocio y ya no se daban cuenta de nosotros, robamos objetos de metal que escondíamos bajo el agua empujándolos en la arena cerca del banco, era la estación seca y el agua estaba muy baja. Mi hermano mayor se dirigió hacia mí diciendo:

- *Vamos, tengo un machete; tengo temor de quedarnos más tiempo.*

Los hombres de *Wëtanami* se habían llevado ropa. Eso era demasiado obvio, los blancos lo notaron y querían que devolviéramos todo. Cuando nos negábamos, uno de ellos sacó una pistola y disparó contra un hombre temerario que se había quedado atrás. Él no murió, pero su brazo estaba destrozado: el miembro lesionado flotaba extrañamente hacia atrás. Corrimos hacia nuestro refugio en pánico:

- *¡Fuimos atacados por los extranjeros!*

Los hombres mayores estaban furiosos y querían venganza inmediata.

La luna murió, otra se "asentó" en el cielo. Una mañana un joven fue a cazar. Era la época en que los zorzales cantaban mañana y noche las notas invariables que atraen a las hembras: "*lloran*", y sus gemidos alertan a los cazadores que se posan donde están los pájaros esperando a matarlos al amanecer. Entonces, el cazador salió; Estaba oscuro agitaba un montón de brillantes palos para iluminar su camino. Se detuvo cada tanto para reavivar el fuego y escuchar los ruidos. No oyó "*llorar*", pero al amanecer llegó adonde los blancos. Como no lo habían notado, se cubrió detrás de un

árbol y disparó una flecha con punta de arpón a la garganta de un *nabë*. Cuando llegó a casa, sin aliento por haber corrido sin detenerse, gritó:

- ¡He disparado a un enemigo!

El enemigo vomitaba grasa y cabello, por lo que dedujo que su víctima había muerto y que se había "*comido*" su alma.

Descubrimos más tarde que los blancos se habían ido, habían abandonado su morada y bajado río abajo. Nunca volvieron a vernos, el brazo del herido tomó mucho tiempo para sanar y permaneció deformado. Todavía se puede distinguir donde estuvo la vivienda de los *nabë*, aunque la hierba ha crecido en el sitio.

Después de Shitoya, último de los rápidos, el "*río de lluvias*" destila perezosamente innumerables lazos antes de perderse en el Orinoco. Han pasado veinte años. *T^horabë* ha cambiado su nombre a *Karohi* y se ha movido río abajo para escapar de los ataques asesinos de sus enemigos. Los habitantes han construido su morada - lo llaman *shabono* - a la orilla del río, en una subida para escapar de las inundaciones. Es un gran techo circular de madera y hojas que alberga todas las casas, dejando en el centro una gran plaza abierta al cielo. Los jardines envuelven el refugio; Más allá, el bosque cubre una vasta llanura.

Parte I. El Gran Refugio día a día.

1. Cenizas y Lágrimas

Todavía no es de día. El río parece haber mantenido su flujo. Sólo unos pocos remolinos aceleran la superficie del agua. Los rizos de niebla ligera flotan perezosamente, casi inmóviles. No hay un soplo de aire. Hacia la mañana, la humedad se había condensado en las espesas capas de follaje que cubría el cielo. Ahora cae en gotas grandes y ruidosas como una lluvia constante. Aquí y allá un tucán derrama las notas breves de su canción monótona. El frío de la mañana se ha vuelto más mordaz, los indios agitan los fuegos y las lluvias de las chispas vuelan hasta el tejado. El sol, que se eleva por encima del horizonte, pronto iluminará las copas de los árboles más altos. El gran refugio de *Karohi* lentamente cobra vida: las voces buscan voces que contestan, los niños lloran, las hamacas oscilan, se ponen en movimiento agitando los cuerpos.

Sin levantarse, los hombres afilan y perfeccionan las puntas de flecha de bambú que habían cortado el día anterior. Para esta mañana, *Turaewë*, el chamán, va a hacer curare: no deben quedarse cortos de puntas de flecha. Esa noche debían abstenerse de hacer el amor, durante el día se prohibirá bañarse o comer hasta que el curare haya terminado su trabajo. El veneno tiene sus demandas, para ser eficaz se impone la observancia de sus reglas.

Ahora *Turaewë* se levanta. Ya es hora de evitar ser alcanzado por el sol naciente. Con un trozo de carbón, dibuja círculos alrededor de sus muñecas y brazo, los vapores nocivos del curare dan a los niños pequeños diarrea repentina y violenta, para evitarlo, las madres envuelven una amplia banda de corteza alrededor de sus lomos. *Turaewë* baja un paquete desde debajo del techo. Rompe el envoltorio, contiene raspaduras de una liana. El chamán los vierte sobre algunas hojas, luego arranca algunas fibras de su hamaca, las pone en el fuego, las empuja en las raspaduras, que primero se inflan y luego se aplacan tan pronto como las fibras se queman. El mismo procedimiento debe repetirse varias veces, el montón de raspaduras debe ser agitado hasta que esté lo suficientemente seco como para quemarse por sí mismo. Cuando está convencido que están carbonizados adecuadamente, *Turaewë* se sienta, cubre la corteza con sus palmas, que aprieta entre sus muslos para frotarlas con mayor fuerza, mientras hace esto recita la invocación propiciatoria:

kushe ha!

Hacia el disco celeste donde el relámpago te estalla,

shokoriwë,

cierra el glande de tu pene.

kushë ha! kushë ha!

Esto es para asegurar el favor de *shokoriwë*, el *Espíritu de Tamandua*. Si rocía su orina en el curare, hace que el veneno sea ineficaz.

Las virutas de liana se reducen a polvo. A petición del chamán, *Hitisiwë* trae raspaduras frescas de otra liana, que el joven había recolectado el día anterior. Después de que estos se han secado rápidamente en el fuego, se trituran y mezclan con el primer lote. Mientras tanto, *Turaewë* modela un cono de hojas en el que pone la mezcla y *Hitisiwë* calienta un poco de agua en el fuego. El cono se fija en un soporte a unos quince centímetros sobre el suelo, el agua se vierte en pequeñas dosis de una calabaza. Pronto un líquido parecido al café gotea desde el fondo del cono, a lo largo de la costilla principal de una hoja colocada para ese propósito: Es el curare.

Uno tras otro, los hombres se acercan para sacar su porción asignada del veneno. Luego se van a casa y con pequeños pinceles suaves, se concentran en pintar una sucesión de tiras contiguas sobre las puntas de flecha colocadas sobre brasas resplandecientes para secar el líquido. *Hebëwë* se queja de un dolor de cabeza, su padre toma esto como prueba de la virulencia del veneno.

Hebëwë es un adolescente de unos quince años. A pesar de su dolor de cabeza -quizá no tan pronto anunciado como olvidado- se burla con algunos chicos de su misma edad. Mantienen sus voces bajas: el ruido excesivo es perjudicial para el curare. Todo el mundo promete que van a exterminar a los actuales archienemigos, los *mahekoto-t'eri*. El curare de los Yanomami está destinado principalmente a expediciones bélicas, a veces se usa para matar a los grandes monos araña. La mayoría de los grupos tienen un especialista para hacerlo, pero la sustancia, extraída de una planta con un hábitat muy localizado, es objeto de un comercio muy vivo entre las comunidades aliadas. El producto utilizado por *Turaewë* viene de río arriba.



Hebëwë a los 14 años

En ese día en particular, los hombres están tan absorbidos en su trabajo que les dejan a las mujeres toda la tareas relacionadas con la comida y la leña. Cuando terminan de pintar sus puntas de flecha, los guerreros las colocan con gran cuidado en zarzas firmemente selladas con pieles de animales.

En la noche siguiente, *Hitisiwë* se siente afiebrado, sus extremidades le pesan y le duele el estómago. Todos están durmiendo, no se queja, nadie se da cuenta de lo que le ocurre. Por la mañana quiere levantarse, pero se siente mareado y tiene que acostarse de nuevo. Dos días después, el

joven tiene una tos seca y fea. No puede sostener la cabeza erguida y habla con gran esfuerzo. Preocupado ahora, un hermano mayor le pide a *Turaewë* que intervenga. Como *Hitisiwë* puede pararse ni sentarse, lo colocan cerca del lugar donde el chamán habitualmente inhala sus alucinógenos.

Kaõmawë, el padre de *Hebëwë*, y *Shimoreiwë* se unen a *Turaewë*. Son chamanes de menor importancia, especialmente *Shimoreiwë*, de quien se burlan detrás de su espalda: ¿Es cierto -le preguntan- que su especialidad es el tratamiento de los perros?. Algunos hombres que no son chamanes también vienen a sentarse como espectadores o participar en la toma de las drogas. Descansando los talones en pedazos de madera, se sientan en troncos. Cada chamán tiene alguien que sopla varias dosis en sus fosas nasales por medio de una caña hueca. Los ojos de *Turaewë* se llenan de lágrimas, pronto está bajo el dominio de las drogas. En *Karohi* es el más entendido, el más poderoso de los chamanes, y dirigirá la cura. Sus labios vibran: pronuncian la llamada a los *hekura*, los espíritus del bosque que son sus aliados en la lucha contra la enfermedad. Los *hekura* convocados pronto aparecen. *Turaewë* deja de ser un hombre ordinario, ahora es *hekura* y actúa en consecuencia, cantando y bailando ante el paciente mientras recorre una línea recta hacia adelante y hacia atrás con pasos suaves y graciosos. De esta manera señala el camino de los espíritus. Los brazos del chamán a veces cuelgan sueltos, a veces se levantan hacia fuera, lejos de su cuerpo, o se reúnen por encima de su cabeza. Su canto sigue el ritmo de sus pasos:

Tokori, árbol
con cuyas hojas
nosotros los *hekura*
pintamos nuestros cuerpos.
Tú, gran tapir blanco,
gran tapir plateado oculto por el atardecer.
Tokori árbol, tus hojas tiernas se agachan hasta el agua,
tu boca esta vestida de blanco,
tu boca abierta que sopla el viento.

Turaewë examina la cara del paciente buscando descifrar su enfermedad. Quiere ver porque pierde su salud, y descubre las desagradables abejas negras, las *shãki kë na*, que se alimentan de carnes y despojos deteriorados. Su miel sucia ha bloqueado los órganos vitales y los intestinos del paciente, miles de mandíbulas voraces están a punto de comer su alma. *Turaewë*, siempre vigilante, interpreta los síntomas. Explica el lento pero inexorable trabajo de los insectos, las mordeduras desgarrantes, la secreción de miel pegajosa que se extiende, envuelve los órganos internos y, hasta ahora, es responsable de la sordera del paciente.

Ahora que la enfermedad es nombrada, definida, localizada, debe luchar sin demora y, para ello, debe llamar al rescate al mayor, al más poderoso

de los *hekura*, que solo puede ayudar a lograr la victoria de desarraigar el enfermedad.

Turaewë coloca sus manos como visera por encima de sus ojos y mira una línea imaginaria en ángulo recto con el paciente. Parado sobre los dedos de los pies, examina un lugar que permanece invisible para un hombre no dotado de sus facultades. De repente encuentra lo que está buscando y grita:

- *Oh, tú, el grotesco! Espíritu Armadillo Gigante, ven a mí!*

Los espectadores a su alrededor ríen de la evocación de ese animal desagradable. Pero el *hekura* no tiene prisa, todavía no ha abandonado su morada rocosa. *Turaewë* repite su convocatoria:

- *¡Espíritu del armadillo gigante, desciende en mí!*

Cuando el *hekura* finalmente aparece, el chamán encarna al animal y reanuda su baile y su canto:

- *¡Soy el Espíritu del Armadillo Gigante! ¡Soy el Espíritu del Armadillo Gigante!*

Está cerca del paciente, se arrastra por la espalda. Sus garras, sus poderosas extremidades cavan y tiran la miel pegajosa de las abejas negras, liberan los órganos encarcelados y el cuerpo de su opresión.

Kaõmawë ha llamado el Espíritu de una piedra, dura y afilada como el cuarzo, lechosa como el látex: *Kakuruwë*, y añade su fuerza al terrible poder del armadillo gigante. Cuando la sustancia viscosa se rompe completamente y se deshilacha, los dos chamanes ponen al paciente en el suelo para moverse más fácilmente. Entonces quitan la miel malvada, la destierran al inframundo donde contaminará a un pueblo de seres extraños, sin pelo, el *amahiri*.

Cuando los tres chamanes están exhaustos por la intensidad de la batalla que han sostenido, ordenan que el paciente sea llevado de vuelta a su hogar.

Uno no hace el amor con una mujer que está amamantando. La consecuencia de violar esta prohibición está contenida en la expresión que la define: "*dañar a un niño*". Creen que un nuevo embarazo sería fatal para el bebé: moriría de cólico violento. Las relaciones sexuales están prohibidas hasta que empieza el proceso de destete, cuando el niño tiene al menos dos años, de modo que los nacimientos suelen estar separados por unos tres años. Cualquiera que sea la razón profunda y verdadera de esta práctica, sus consecuencias trabajan mano a mano con el infanticidio (no tan frecuente como se afirma), así como la guerra para limitar la tasa de crecimiento demográfico y mantenerlo dentro de límites razonables.

Que no haya ningún error, sin embargo: los indios de América del Sur estaban en una fase expansiva en el momento de la conquista, y el continente estaba lejos de ser el desierto humano que se imaginaba con tanta complacencia. En los años cincuenta, gracias a la excepcional ventaja de su aislamiento, la población yanomami estaba en aumento y se ha podido trazar en detalle las últimas etapas de su expansión territorial.

Kaõmawë está soñando que está a punto de dañar a un niño. Quiere hacer el amor con una mujer que cuida a un recién nacido. La mujer renuente hace como si se retirara. Él le suplica:

No te vayas, copularemos sólo una vez. Después de eso me retiraré.

No, mi hijo es demasiado joven. Estoy manchada con la sangre del parto.

Una vez, hagamos el amor sólo una vez. No volveré otra vez.

Mientras habla, presiona la cintura de la mujer entre sus muslos. Ella suplica:

Inserte sólo la punta de su pene, no lo ponga en todo el camino!

Él es incapaz de controlarse a sí mismo: la penetra profundamente y realiza el coito.

Más tarde se acerca a otra mujer. Su pubis está adornado con un grueso crecimiento de pelo, es regordeta y de tez clara: una belleza. Se acuesta a su lado, acaricia sus genitales y dice:

Vamos a hacer el amor.

No nos valoramos lo suficiente para eso.

Siempre nos hemos respetado. Hoy te deseo.

Habla, sigue acariciando su pubis, y pronto continúa:

¿Me dejas acariciar tu vulva? Vamos a ver si te da placer.

Ella no responde, pero se ríe lo que equivale a aceptación. Deja caer la mano a los genitales y siente la suavidad de la vulva bajo los dedos. Él está pensando:

Aquí estoy, manejando una vulva, mis dedos huelen mal.

Una extraña sensación lo despierta. Abre los ojos y adivina que la luz del día está cerca: una ligera brisa refresca el aire, el pájaro motmot canta su

incesante *hutu, hutu*. Se levanta y va a orinar en el lado más bajo del refugio. Él revive el fuego, y las llamas brillantes le permiten ver que su perra está a punto de dar a luz. Despierta a *Mabroma*, su esposa, para darle la noticia. A pesar de que tiene más de cuatro años, *Kerama* todavía duerme con su madre, que ahora se desliza cuidadosamente lejos de ella para no despertarla mientras deja la hamaca. Mira al animal y recoge unas cuantas hojas que coloca debajo de ella. Quieren ser testigos del nacimiento, pero tendrán que esperar pacientemente hasta la luz del día. En un estado de ánimo burlón, *Hebewë* y *Kaõmawë* observan la escena. *Hebewë* bromea:

- *¡Son la descendencia de Yëbiwë!*

Todos se unen a la broma: *Yëbiwë* va al bosque solo con su perro para copular con él.

Mientras la placenta emerge lentamente, *Mabroma* murmura en voz baja:

- *Serán varones, serán hombres. . .*

De hecho, prefiere los perros machos. La placenta, sin embargo, detiene su lento progreso hacia el exterior. La perra, cada vez más impaciente, hace como si se levantara; *Mabroma* le grita:

- *¡Empuje, empuje y permanezca abajo!*

Finalmente, nacen tres cachorros: dos hembras y un macho. *Mabroma* está parcialmente satisfecha.

Toda la familia se va a recoger plátanos en el jardín. Los dos muchachos no van allí con la intención de ayudar a sus padres, lo hacen con el fin de chupar caña de azúcar y para averiguar si una papaya o dos podrían estar maduras. Cuando regresan al gran refugio, descubren que la perra se ha comido a sus crías y a *Mabroma* hecha una furia.

Golpea al animal sin piedad y ata sus piernas. Como todos los perros Yanomami, la pobre bestia es lamentablemente delgada. Ella es perseguida durante todo el día. La ira de *Mabroma* crece a medida que avanza el día, de modo que los golpes e insultos ya no son suficientes para compensar la pérdida de los cachorros. Finalmente, en exasperación, recoge una brasa y la aplica a los genitales del animal. ¡Aullidos de dolor!. La carne crujía y se quemaba, emitía un olor nauseabundo. *Kerama*, arriesgando una mordida, tiene curiosidad de inspeccionar la herida: extiende las patas traseras y exclama, divertida:

- *Su vagina está toda cocida!*

Hebewë desaprueba. Él murmura:

Cuando veo Yanomami que se comportan tan cruelmente, siento como estar lejos de ellos.

Sin embargo, él mismo no es un alma tierna y no siempre es amable con los animales.

Los perros han sido introducidos recientemente entre los Yanomami. Cuando la gente de *Karohi* habitó en *Shitoya*, poco después de 1940, apenas había más de uno o dos en cada comunidad. Mucho tiempo antes, cuando los indios vivían en *Husiwarë*, a principios de este siglo, los perros eran extremadamente raros y llegaban a un grupo local determinado sólo después de un largo viaje y por el complicado funcionamiento del trueque económico y matrimonial. La llegada tardía del perro no impidió su completa integración en el sistema cultural. Es el animal cultural por excelencia, sin embargo, no se le da un nombre específico, porque se conoce por la palabra *hiima*, que se utiliza para designar a cualquier animal domesticado.

Los indios no comen los animales que crían, y cuando se les sugiere esta posibilidad, declaran que sólo los verdaderos caníbales son capaces de tal acción. Si se cometiera tal crimen, estaría sujeto a las mismas sanciones sobrenaturales y a las mismas enfermedades que castigarían a un asesino que no se sometiera al ritual *unokai*. Los Yanomami, como todos los indios del bosque, tienen animales domesticados. Pero no tienen animales domésticos, y es probablemente por la siguiente razón: *¿de qué sirve reunir una manada o criar una manada si es imposible comer los animales producidos?* El alimento recibido de una mano humana es el agente que hace posible la transición del estado de naturaleza al estado de la cultura, trasciende la realidad original. Un recién nacido que aún no ha amamantado todavía es de estatus neutral, una cosa en transición; no es todo un ser, y es posible matarlo si presenta una malformación congénita patente o si no es deseada por sus padres. El infanticidio se vuelve imposible tan pronto como el niño ha succionado la leche materna una sola vez.

Los perros son animales culturales, incluso más que otros animales; Como seres humanos tienen nombres, como ellos tienen derecho a tratamiento chamánico, y como seres humanos se queman cuando mueren. Sus cenizas son enterradas, y los perros que eran buenos cazadores son honrados a través de una pequeña comida funeral.

Los Yanomami son aficionados a los perros, pero los maltratan y los alimentan mal, sólo su existencia cuenta.

Los padres de *Hebewë* siempre han tenido mala suerte con sus perros. Anteriormente poseían uno llamado *Irahikibowë*. Estaban orgullosos de él: era un excelente compañero, de ayuda en la caza y era inigualable cuando se trataba de desalojar un tapir o seguir el rastro de un agutí. Estaba alerta y tenía una buena nariz. Un día *Kaõmawë* fue a cazar con su

hermano. El perro partió en la pista de un pecarí, estaba ladrando y se podía decir había hallado su rastro, cuando de repente se quedó en silencio. Los dos hermanos lo buscaron durante mucho tiempo sin éxito. Estaba muerto cuando lo encontraron. De las huellas y los restos aprendieron que el perro, atento a la persecución, había encontrado un jaguar ocupado devorando una tamandua. El gato había dejado su presa para atacar al perro y matarlo. Era enorme, a juzgar por sus huellas y sus colmillos -tan grandes como las nueces de Brasil- que habían abierto una herida en el cuello, limpia, profunda y fatal.

Los cazadores lloraron y juraron venganza. Comenzaron construyendo una especie de plataforma en las ramas inferiores de un árbol, donde pudieron cubrirse, luego ataron el cadáver de la tamandua a una estaca, pensando que el gato volvería a alimentarse de ella. Al cabo de un rato apareció el jaguar, estaba gruñendo de una manera fea, su cola azotó el aire. *Kaõmawë* tiró de su arco *briki*: la flecha voló, pero el tiro estaba mal dirigido y se perdió entre la vegetación. Entonces el hermano menor también dejó volar su flecha, la punta lanceolada se hundió en el costado de la bestia. Hizo un enorme salto y desapareció en el matorral donde los hermanos no pudieron encontrarlo: querían cortarle la cabeza para destruirle los dientes que habían infligido la muerte del perro. A su regreso quemaron el cuerpo del can, que habían traído de vuelta, y enterraron las cenizas detrás del refugio. Ellos dieron una comida ceremonial en su honor con carne y plátanos hervidos.

Un día una mujer que regresaba del bosque anunció:

- *Hay un jaguar allí. Encontramos sus huesos.*

... Por última vez *Kerama* examina la "*vagina cocida*" de la desgraciada perra, luego se une a otros niños que están jugando en la plaza central. Hay tres muchachos y una niña pequeña, *Kerama* es la más pequeña de todas. Los niños se burlan entre sí, se acusan mutuamente de tener un gran ano. Cada uno muestra al otro el ano que le atribuye. El aro formado por los dedos pulgar e índice ya no basta para indicar el tamaño, pronto necesitan sus brazos. Cuando se queda sin argumentos, *Haotoiwë* extiende sus nalgas y grita a los otros, que se han unido contra él:

- *¡Aquí! ¡Aquí está mi ano que te tira pedos!*

Una mariposa grande revolotea; Para evitar que se aleje *Kerama* le dice:

- *Suegra, suegra, estoy sedienta!*

Eso es lo que hay que decir para atrapar mariposas. Sin embargo, esta vez la mariposa no escucha y sus alas escapan de los ágiles dedos de la niña.

De repente los niños suspenden su juego y los adultos su conversación para escuchar a *Morayema* pelear con su esposo, *Mokaukawë*. Ella grita:

¡Adelante, usted con su pavoneo y vagancia!. ¿Quién sacará la madera cuando yo deje de hacerlo?. Usted temblará con el frío por la noche, usted se escabullirá para robar troncos de los que están dormidos. ¡Usted cara horrible! El niño que me hizo tiene una cabeza tan grande que debe tener al menos dos cerebros.

Deje que muera y luego se entristecerá. Y si esa desgracia sucede, diré: "¡Mire la hamaca en la que duermo, negra de mugre, porque nunca la lava!"

Su jardín es tan pequeño que todos se burlan de él. Nosotros, mi esposo y yo, somos los que tenemos que alimentarle.

Sabe que no puedo aumentar mi parcela porque está rodeada por otras.

Abra un nuevo claro detrás del jardín.

La pelea continúa, no es la primera vez que *Morayema* y *Mokaukawë* pelean, agotan los mismos viejos temas constantemente repetidos. Junto con *Shõnikiwë*, forman un hogar poliandroso (una mujer con más de un varón). El segundo esposo de *Morayema* es el hermano mayor de *Shõnikiwë*, el estatus de *Mokaukawë* lo condena para siempre a compartir el destino del matrimonio que hizo el servicio prematrimonial en los hogares de sus suegros. De hecho, la condición de cohabitante implica la obligación de proveer al hogar con productos de la caza y a realizar tareas sencillas, las mismas que recaen sobre un joven al servicio de los padres de su novia. Pero *Mokaukawë* ya no es un hombre joven. Mantiene un hogar separado y recibe de *Morayema* alimentos cocinados y leña.

Los yanomami no tienen mucho gusto por el trabajo; Pero *Mokaukawë* es perezoso en exceso, y esta actitud, que es natural para él, está en contradicción con las obligaciones especiales de su estatus. De ahí su irritabilidad, su resentimiento y los altercados con *Morayema*. Es reconocido como el padre del hijo de *Morayema*, pero sin los privilegios de la paternidad o la posibilidad de prodigar a su hijo el afecto que siente. La madre, que a veces es brutal con el niño, no tolera ningún reproche a este respecto, segura de que goza de la protección de *Shõnikiwë*.

En una sociedad donde la relación de mujeres a hombres es de ocho a diez y donde, además, se permite la poliginia (el varón puede contraer matrimonio con varias mujeres), algunos son inevitablemente excluidos. Hay jóvenes prolongan su celibato, otros no tienen otra alternativa que compartir la esposa de otra persona. Uno puede

fácilmente imaginar los conflictos indirectamente causados por las mujeres y la competencia entre los hombres por su posesión.

Cuando, finalmente, las voces se han apagado, el anochecer está cerca y *Kremoanawë* sale a cazar perdices. Vuelve cuando la noche oscurece con las manos vacías.

Está caminando con pasos medidos, ya puede distinguir la masa oscura del refugio al final del camino cuando oye susurros y vislumbra vagos movimientos en la vegetación cercana. Se detiene, en alerta. Él piensa que los invasores enemigos están esperando en una emboscada, o bien hechiceros que han venido a lanzar hechizos malvados. Sus manos tensas en su arco; Lentamente se desliza una flecha a lo largo del eje y lo atrapa. Ya está observando, cuando una voz llama desde el refugio cercano:

- *Rut^hemi! ¿Qué estás haciendo?*

Justo al lado de él, en los arbustos, una voz susurra:

- *Tu madre te llama.*

Una voz femenina responde:

- *Volvamos.*

Kremoanawë entiende: son *Rut^hemi* y *Moriwë* ocultándose fuera del camino y haciendo el amor. Él dice:

- *¿Qué están haciendo?*
¡Aquí los estaba tomando por enemigos!

No escucha su respuesta y se va, medio molesto por su error, medio divertido por la perturbación que ha causado.

El linaje al que pertenecen *Hitisiwë* y sus hermanos no es nativo de *Karohi*. Su padre nació entre los grupos más arriba, donde vivió hasta la edad de dieciséis o diecisiete, había venido a *Karohi* para casarse con la hermana



Hitisiwë poco antes de su muerte.

de *Kaõmawë*, se había quedado y había fundado una familia. De una persona que así se asienta dentro del grupo de sus suegros se dice: "*Fue capturado durante su servicio matrimonial*".

Los yernos generalmente prefieren volver a su propio grupo después de haber pasado un año o dos al servicio de sus suegros.

El padre de *Hitisiwë* está muerto, sin duda llevado por la malaria. La rama principal de su linaje se quedó con los grupos río arriba, divididos entre tres comunidades vecinas.

En dos días el estado de salud del joven ha empeorado dramáticamente: no puede comer ni beber, ni levantarse ni habla, es como si sus mandíbulas estuvieran cerradas. Dado que los chamanes locales no podían controlar la enfermedad, se consideró que la posibilidad de enviar a un pariente desde arriba, un buen chamán en su propio derecho, que tal vez podría haber tenido éxito donde los demás resultaron impotentes. El plan es debatido, pero ya es demasiado tarde: un sollozo desgarrador anuncia la muerte del joven.

Se alza un gran clamor y pronto se extiende por todo el refugio colectivo: sollozos, lamentaciones funerarias, lamentos interminables. En un momento las mujeres están cerca del difunto, sentadas en el suelo desnudo, golpearon sus costados, aplaudieron, grandes lágrimas ruedan por sus mejillas. Pronto llegan los hombres y se colocan en la parte trasera, algunos se sientan, otros permanecen de pie, sosteniendo sus arcos y flechas verticales delante de ellos. Numerosos dedos recorren el pecho ahora sin vida y lo agarran como si quisiera desgarrarlo, otros acarician su pelo. El rostro del muerto es sorprendentemente relajado y pacífico. Los párpados están cerrados, el labio inferior todavía retiene el perenne tapón de tabaco, revelado por la boca entreabierta. Su tez es pálida, amarillenta, sus manos, apenas apretadas, reposan sobre el pecho. Sus dos hermanos están allí, en una aturrida aflicción, repiten una y otra vez:

- *¡Hermanito! ¡Hermanito!*

Sus voces se agrietan por el dolor y se rompen por fuertes sollozos. *Hebëwë* y *Kremoanawë* están en su hogar. Sus hamacas se balancean ante los temblores de sus cuerpos. Ellos también están llorando:

- *¡Mi cuñado! ¡Oh, mi cuñado!*

Todo el mundo expresa su dolor al muerto, invocando el parentesco que los vinculaba.

Un mensajero se envía sin demora a los familiares en *Tayari*. Pronto llegan: *Mamikiyima* y sus dos hijos, *Bokorawë*, el chamán, acompañado

por su esposa y su linda hija pequeña y varios otros. El apasionado *Ebrëwë* camina por la plaza central, ha agarrado el arco del difunto, sostiene la cuerda contra el eje y blande las flechas con las puntas retiradas. Otros lo preceden o lo siguen. Cada uno lleva un objeto que perteneció al joven muerto y lo muestra una última vez a todo el grupo. La esposa de *Bokorawë* baila y mantiene sus lamentaciones funerarias: sostiene dos madejas de líneas de pesca, un tira cuelga en su parte posterior, la correa, en lugar de pasar alrededor del cuello como es costumbre, descansa sobre la frente de la mujer. *Morayema*, la suegra del muerto - se iba a casar con su hija - sostenía dos paquetes de tabaco enrollado y unos brazaletes de algodón. *Shõnikiwë*, el suegro, blande un machete.

Una multitud se arremolina en el centro del refugio, pronto será tiempo de expulsar las cosas públicamente expuestas, ya que ninguna posesión debe ahora recordar una presencia que tratarán de abolir en todas sus manifestaciones materiales. Algunos han ido al jardín para sacar las plantas mágicas y cortar las palmeras que pertenecían a *Hitisiwë*. La voz ronca de *Shõnikiwë* puede ser escuchada cantando alabanzas a su yerno:

Era feroz y valiente, no temía a golpes o dolores. Él nunca fue temeroso, siempre fue el primero en combatir a los enemigos. Era un cazador perfecto.

Ebrëwë, que todavía lleva el arco, se detiene ante un estrecho pasadizo que se abre en un sendero. Él dice:

Oh, tú, mi yerno, a través de esta puerta nunca pasarás de nuevo. Este arco que estoy llevando y que te perteneció no será utilizado de nuevo para matar en la caza. Oh, mi yerno, nunca más vuestras flechas atravesarán zarzas y tapires.

Sin embargo, la ira puede sentirse oculta bajo el dolor. Estalla en acusaciones precisas. Necesitan personas a las que puedan responsabilizar por esta muerte. Se encuentran los culpables: Son los Yanomami del sur, los terribles *Shamat^hari*, los enemigos, los *nabë*. Ahora se establece con certeza que el joven es víctima de sus hechizos; Sus chamanes malvados han enviado el *hekura* para llevar la muerte a *Karohi*. Las voces femeninas, tan agudas como insoportables, llaman a la venganza. Los hombres, dicen, deben desahogarse, deben devolver golpe por golpe y muerte por muerte. Si no responden sin piedad, los enemigos, envalentonados por nuestra debilidad, nos harán un revés tras otro: nuestras lágrimas no cesarán de fluir. Esto es lo que dicen las mujeres,

Indiferentes a todo esto, los niños pequeños continúan con sus juegos y, a veces, sus grandes espíritus entran en las dolorosas manifestaciones del luto colectivo. Pero el tumulto disminuye, uno por uno los adultos finalmente regresan a sus hogares. *Wishami* asa los plátanos verdes, un manojo de pescados se encuentra sobre las brasas.

Agotado, *Kaõmawë* come una rebanada de papaya antes de dormirse. *Mabroma* convida a su cría con pescado hervido y plátano. *Hebëwë* nota que la flauta de tres agujeros que acaba de fabricar está agrietada, interrumpe sus lágrimas para asegurarse de que el instrumento sigue funcionando. En todas partes la gente está comiendo; Se acerca la noche. El hombre muerto está ahora solo, su hamaca está abandonada. La monotonía de la rutina diaria, el automatismo de gestos familiares, realizados sin pensar, se reafirman.

Cae la noche. Como lo hace todas las noches, *Mabroma* enciende un fuego junto a sus dos hijos, que tienen sus propios hogares. Al vivir aparte de sus padres y sus hermanas, los dos niños están expresando su necesidad de independencia. *Hebëwë* se acuesta, ve a *Baiwë* acomodarse al lado del cuerpo de su hermano para vigilarlo, ha preparado un fuego que pronto ardió brillantemente y doblado las alas de la hamaca sobre los miembros rígidos de muerto. Unos pocos sollozos comienzan y pronto son apagados por el sueño. De repente, *Hebëwë* nota algo moviéndose torpemente entre los troncos apoyados contra la base del techo para proporcionar una protección efectiva contra animales salvajes, enemigos, espíritus nocturnos y fantasmas. Agita el fuego y descubre un sapo verdoso. Se llama *kunamaru*. El chico empieza a hablarle suavemente, casi con respeto:

- *Quítate, vete, no te quedes aquí: puedes ver que no estoy enfermo.*

Debía deshacerse del sapo a toda costa sin tocarlo. Se dice que por la noche se sienta cerca de los que duermen y los puede atacar con su orina nociva. Se le muestra respeto porque fueron pertenencia de un antiguo famoso chamán, y si uno los matara o hiriera, otros vendrían a vengarlo.

La noche es pacífica, el cielo no tiene nubes, la luna está en su primer cuarto y el firmamento lleno de estrellas. Los gritos ahogados de un grupo de garzas se escuchan lejos en el bosque. A lo largo de las riberas del "*río de lluvias*" y en los pantanos cercanos, sapos de todo tipo croan frenéticamente. A veces resalta el melancólico canto del chotacabras.

Al amanecer las mujeres se ennegrecen las mejillas como una señal de duelo. El proceso que utilizan para obtener ese hermoso, casi lacado color negro que se adhiere tan fuertemente a su piel sigue siendo un misterio. Cuando se les pregunta, todas afirman que simplemente mezclan sus lágrimas con la suciedad en sus mejillas. Pero parece imposible que por este medio se pueda obtener esa estera negra, tan bien definida, que forma una corteza en sus caras como si hubieran usado masilla. Incluso en la piel sucia, las lágrimas sólo dejan rayas amarillentas. Cuando se sugiere que las marcas que llevan sobre sus mejillas podrían haber sido elaboradas con una mezcla de cenizas y carbón, las mujeres, incluso cuando se les preguntó en privado, inequívocamente lo niegan: una determinación celosa de mantener un secreto. El negro es para las

mujeres un símbolo de luto, el blanco de las aves de rapiña está exclusivamente reservado para los hombres.

Shõnikiwë ha comenzado a limpiar la plaza central en frente de su casa. *Ebrëwë* y *Ubrawë* cortaron pequeños troncos redondos y dividieron los grandes. La gente se ha reunido nuevamente alrededor del cadáver, todavía en su hamaca, esta vez para una última despedida. Los bailes funerarios y las lamentaciones comienzan de nuevo, así como la exhibición de las posesiones del muerto. *Mabroma* lleva a su niña a horcajadas sobre su cadera. *Bomamoma*, la ciega, apoyada en un palo, con sus enormes ojos vacíos hacia el cielo, se pierde en el centro de la plaza porque quería participar en el macabro ritual.

Y ahora la pira para la cremación se construye en el mismo lugar que *Shõnikiwë* acaba de limpiar. *Ebrëwë* establece una base de troncos redondos dispuestos uno al lado del otro, y luego un armazón de troncos cortados cruzados en forma de rectángulo. En el centro coloca virutas y ramitas secas, luego recoge carbones encendidos de diferentes hogares. Vigorosamente abanicados, el fuego pronto se ilumina. Solo queda para reforzar el marco hundiendo estacas resistentes en cada lado.

De repente, un espantoso clamor se extiende por el gran refugio. *Ebrëwë* golpea su machete contra los postes que sostienen el techo. Gritos y gemidos crecen en intensidad. Todo el mundo se agolpa alrededor del muerto, las mujeres están sentadas, los hombres están de pie y han traído sus armas. *Ebrëwë* y *Kaõmawë* desatan la hamaca en la que descansa el muerto, cada uno lo toma por un extremo y lo colocan sobre la pira. Las llamas ya están engullendo el cadáver, la hamaca ya está prendiendo fuego, cuando *Hebëwë* cubre apresuradamente el cadáver con una capa de troncos. Todo el mundo ha retrocedido, salvo *Bomamoma*, que está frenética, habiendo sido atrapada en el espeso humo que se levanta de la pira. Y ese humo está lleno de los demonios malignos de la enfermedad, el *shawara*, que sube con él, habiendo sido liberado por la cremación. La pobre vieja, agobiada por el pánico, no sabe dónde correr, ella se ahoga, sus manos están tanteando inútilmente. Nadie ha notado su difícil situación, excepto *Mabroma*, que ordena a *Remaema* que la lleve de regreso a su hamaca. Mientras tanto *Kaõmawë* destruye las colillas emplumadas de las flechas que pertenecían a *Hitisiwë*, rompió los vástagos, rompió el arco y arrojó todo al fuego devorador.

Todo es paz nuevamente. Uno tiene la impresión de que a veces la comunidad es azotada por una brutal amnesia que termina tan de repente como comenzó, produciendo esta dramática alternancia de excesiva desesperación y fingida indiferencia. La disociación entre deber, ritual y vida cotidiana es casi perfecta: Es extraño, inconcebible para nuestras mentes. No todas las posesiones del muerto aún no han sido enviadas al fuego. El resto se confía para custodia a varias personas hasta el momento en que tendrán que renunciarse para su destrucción. Puesto que

todos compiten por ese honor, la distribución va acompañada de disputas y negociaciones. *Mabroma* ha insistido en que se le confíe algunas puntas de flecha lanceoladas. Ella los muestra orgullosamente a *Hebëwë*, a quien dice:

- *Éstas, hijo mío, son las posesiones de tu cuñado.*

Sus ojos, sus mejillas están mojadas de lágrimas, y su voz expresa infinita tristeza. *Mabroma* envuelve las pertenencias de su yerno en una vieja pieza de tela y las asegura en una pequeña cesta colgada de la parte inferior del techo.

Un grupo de hombres se han reunido para charlar en la casa de *Shōnikiwë*. La venganza debe ser tomada con los chamanes enemigos, pero las represalias se posponen hasta más tarde. Critican al misionero de *Mavaca*, que quiere llevar a los niños pequeños para encerrarlos en un internado, quiere imponer su voluntad a los indios y es miserable. La gente de *Karohi* no quiere entregar a sus muchachos y se alteran cuando se le dan órdenes. Conversan sobre una cosa y otra, pasan las noticias, dan sus puntos de vista de los acontecimientos. De vez en cuando, *Ebrëwë* sale de la reunión para amontonar las brasas y brasas de la pira funeraria. Encuentra el cráneo del muerto expuesto, un montículo de carne disuelta está a punto de derrumbarse. Reorganiza las cosas con un palo largo, levantando, cambiando y consolidando. Luego añade un poco de madera antes de volver a su lugar en el grupo.

Baiwë ha traído de vuelta del bosque un tronco de *kanaye* despojado de su corteza, de aproximadamente un metro de largo y veinticinco centímetros de diámetro. Será ahuecado para colocar los huesos carbonizados del difunto. El interior se trabaja con un machete y los lados se endurecen en el fuego. Es trabajo arduo y meticuloso, en el cual *Baiwë*, *Frërema* y *Shimiwë* toman turnos. Cuando el mortero está listo, su superficie interna se pinta con la tintura del achiote y cada extremo se adorna con una tira de color blanco.

Al caer la tarde, la pira se ha enfriado, los dos hermanos del muerto van a recoger los restos óseos. Agachados depositan los huesos en cestas, sólo trabajan con las manos derechas, las izquierdas descansan sobre sus muslos. Finalmente barren el lugar de cremación quitando todas las cenizas y carbones. El suelo queda limpio, seco por el calor y duro, los indios dicen que está "*cocido*". Un suelo está "*cocido*" después de la quema de la vegetación y listo para las plantaciones, uno no cultivaría un suelo "*crudo*".

Los dos hermanos machacan los huesos en el mortero, con cuidado de producir un polvo perfectamente fino que vierten en las calabazas pintadas de rojo con achiote y sellado herméticamente con cera de abejas. *Shōnikiwë* como suegro y *Baiwë* como hermano mayor reciben una calabaza. Una tercera es separada, los familiares

de *Warabawe* vendrán a reclamar su parte del muerto. Posteriormente el mortero se convertirá en leña.

Hitisiwë de ahora en adelante pertenece al pasado, debe ser completamente olvidado. Su nombre no debe ser mencionado por ninguna razón. El polvo de los huesos y las últimas posesiones del muerto desaparecerán en el transcurso de ceremonias apropiadas. La existencia pasada del joven debe ser borrada, ningún vivo debe recordarlo.

Hebëwë ha permanecido melancólico. Le dice a su padre:

Tengo miedo de la muerte. Tengo el presentimiento de que nunca me convertiré en un hombre maduro, yo desapareceré antes. Las enfermedades me llevarán lejos, seré comido por un jaguar o mordido por una serpiente. Sé que mi vida será breve, y eso me hace querer llorar. Por qué debemos morir ¿Cómo es en la tierra de las almas?.

Kaõmawë responde:

Moriremos por el humo y por el caimán.

Y entonces *Kaõmawë* recuerda el mito del origen del fuego:

Hace mucho tiempo era *Caimán* quien poseía el fuego. Vivía en una tierra habitada por la "*Waika*", cerca de un río llamado "*río de los dos que han comido sus lenguas*". Aquí es donde *Caimán* solía ir junto con su esposa a cocinar orugas sin ser visto. En aquellos días, los Yanomami no tenían conocimiento del uso del fuego y comían sus

alimentos crudos, se podía oír el ruido de su masticación. Un día, la hija de la perdiz coloreada, *Bokorariyoma*, descubrió mientras rascaba el suelo los restos de hojas carbonizadas y una oruga cocida que había caído por error. Ella trajo su hallazgo, y su examen llevó a la conclusión de que *Caimán* poseía fuego y que él cocinaba su comida. Estuvieron de acuerdo entre ellos:



Niño asando orugas.

¡Nos divertiremos y lo haremos reír!

Cuando *Caimán* regresó seguido de su esposa, *Brueheyoma*, una rana de pequeño tamaño, ellos se reunieron a su alrededor. *Caimán* tenía un paquete en el que había colocado las orugas crudas que quería regalar, teniendo cuidado de colocar debajo las que quería comer él mismo. Comenzaron los juegos y travesuras, pero *Caimán* ni siquiera sonreía a las payasadas. Se enojaron el uno con el otro. Cuando llegó el turno a *Colibrí* éste levantó su grupa y envió una corriente de excrementos líquidos salpicando por todos los espectadores. *Caimán* que ocultaba el fuego en su boca, se echó a reír y lo dejó caer. El pájaro *Yorekitirawë* lo agarró de inmediato, pero no pudo levantarse muy alto, *Brueheyoma* amenazó con extinguir el fuego meando en él. Fue entonces cuando otro pájaro, *Kanaboromi*, lo tomó y depositó en lo alto de un árbol. *Caimán* dio rienda suelta a su ira. Esto es lo que dijo a los Yanomami:

Este fuego que acabas de quitarme, este fuego eterno les causará sufrimientos: Su humo les traerá enfermedad y les hará morir, consumirá sus cuerpos. Sus huesos serán pulverizados. Yo solo permaneceré inmortal en el agua fría donde voy a vivir.

Kaõmawë continuó:

Nuestros antepasados eran inmortales, dejaron de ser inmortales cuando tomaron posesión del fuego. Las almas abandonan el cuerpo en el momento de la muerte. Se levantan a lo largo de las cuerdas de las hamacas y suben por los postes de apoyo del refugio para ir a vivir en el disco celeste. Cuando el cuerpo se quema, el alma sufre, su nariz, sus ojos comienzan a brillar, pero su apariencia general es exactamente la del cuerpo al que pertenecía. En la tierra de las almas, el bosque es el mismo que el de abajo, hay abundancia de fruta, miel y caza; los cerdos salvajes vagan allí en bandas grandes. Las almas están reunidas en un gran refugio y el *Trueno* gobierna sobre ellas. El *Rayo* es el hijo del *Trueno*, su belleza es maravillosa, se une incestuosamente con su madre. En la morada de las almas vive *Hera*, el es un demonio, dueño de las serpientes que lleva alrededor de su cuerpo, son sus encantados animales. A veces *Hera* simula la muerte, entonces su boca exhala un mal olor, su cabeza se inclina hacia los lados, una vil saliva rezuma del lado de su boca y corre a lo largo de su mejilla. Las almas piensan que está realmente muerto, se apresuran, lloran y bailan en la plaza central. Los truenos ordenan que construyan la pira y quemen el cuerpo. Pero cuando las llamas están saltando alto y las almas están a punto de desatar la hamaca en la que él miente, *Hera* vuelve a la vida y se burla sarcásticamente.

Los yanomami que en la vida han sido demasiado mezquinos con sus posesiones no entran en la gran morada de las almas. Agachado al borde de un camino hay un ser horriblemente feo: *Watawatawë*, el muestra a sus almas perdidas la ruta que deben seguir: Viajarán por un estrecho

sendero que se curva alrededor de una gran colina detrás de la cual hay un gran fuego el *shobari kë wakoe*, encerrado en una enorme, nueva y tierna hoja, las almas se sienten atraídas, caen en ella y se consumen.

También existe el mundo subterráneo de los *amahiri*, ocupado por gente como nosotros, excepto que no tienen pelo. Su tierra es como la nuestra, tienen viviendas similares a nuestros *shabono*, practican la caza y tienen huertas. A su mundo nuestros chamanes envían los demonios malignos de los que quieren deshacerse después de sacarlos de los cuerpos de los enfermos. Los *amahiri* están contaminados por ellos, a veces, para vengarse, entran en nuestro mundo para capturar almas Yanomami. Miramos a ellos como el disco celestial nos mira, los rayos del sol los alcanzan porque nuestra tierra es transparente para ellos.

Se dice que otros Yanomami que viven lejos al norte no tratan a los muertos como nosotros. En la comida de las cenizas del muerto pintan sus cuerpos con ocre rojo, luego sobre ese fondo trazan motivos más oscuros con una sustancia en la cual han mezclado el polvo de huesos del hombre muerto. Para mostrar su duelo, las mujeres golpean a los hombres con palos. El resto del polvo de huesos es mezclado con sopa de plátano en un recipiente de cerámica.

Esto es lo que *Kaõmawë* explicó extensamente a su triste hijo.

Un mes ha pasado cuando se decide organizar la primera comida de las cenizas del muerto. *Shõnikiwë* va a su huerto y trae cuatro racimos de plátanos que rápidamente cuelga bajo el techo del refugio delante de su hogar. Como líder de una banda y suegro titular del difunto, *Kaõmawë* también quiere soportar parte del costo de la ceremonia. En consecuencia, habrá dos cacerías de largo alcance y dos distribuciones de carne. *Kaõmawë* ata siete racimos debajo de su techo, los racimos de plátanos así ostentosamente puestos para madurar en el gran refugio siempre indican la calidad de un hombre importante. Colgar así los plátanos señala el inicio de un ritual de caza llamado *heri* que se asocia regularmente con una comida funeral.

Cuatro días después los plátanos han cambiado ligeramente de color, lo que indica que pronto estarán maduros. A medida que la noche se acerca, *Kaõmawë* insta a los cazadores de su banda a comenzar a más tardar mañana, los plátanos pronto serán amarillos. También señala que los pájaros están causando destrucción en las plantaciones, que las huertas no son lo suficientemente grandes y que es necesario comenzar a trabajar en nuevos claros para asegurar los alimentos. Cuando termina su arenga, se vuelve hacia su perro, a quien dice abruptamente:

- En cuanto a ti, no debes cagar aquí. Debes ir fuera del refugio, o estarás vencido.

Aprovechando los últimos destellos del crepúsculo, algunos niños juegan con una vejiga de oso hormiguero inflado que lanzan al aire. Otros juegan a la guerra, actúan como valientes guerreros y disparan contra las nalgas del otro flechas pequeñas y puntiagudas que a veces se clavan en la piel y sangran.

Al amanecer del día siguiente parten dos grupos de cazadores: uno está dirigido por *Baiwë*, otro por *Shõnikiwë*. Ambos son guardianes de calabazas que contienen las cenizas de *Hitisiwë*. Un grupo avanzará aguas arriba a lo largo de la orilla del "río de lluvias" para llegar a los antiguos campos de caza, el otro cruzará el río para dirigirse al norte.

Todo el mundo está decepcionado cuando regresan después de una ausencia de cinco días: hubo poca caza, la fiesta no será abundante.

Mientras las mujeres colocan la carne cocida en una parrilla sobre el fuego; los cazadores se refrescan, pintan sus cuerpos con tinturas, ajustan sus ornamentos de plumas coloridas y se reúnen para formar parte en la inhalación de polvos alucinógenos.



Niño con la cara pintada con arcilla.

Mientras tanto, *Shimoreiwë* hace círculos delante del refugio, luego sacude cada uno de los postes que sostienen la parte delantera del tejado invocando el nombre de *Boreawë*, amo del plátano. Haciendo esto *Shimoreiwë* espera acelerar el florecimiento de los plátanos, todos los hombres importantes de *Karohi* están preocupados por el rendimiento insuficiente de las plantaciones.

Algunos han ido a recoger plátanos verdes, que pelan con los dientes. Éstos se ponen a hervir al mismo tiempo que la carne, pero en recipientes diferentes, en grandes fuegos situados bajo la parte alta del techo o en el perímetro de la plaza central. Los hombres son los responsables de cuidar los fuegos y la cocción de los alimentos destinados a la ceremonia. Tuvieron que separar a los caimanes que trajeron las expediciones de caza ya que éstos no son aptos para comidas fúnebres, por lo que sólo queda lo necesario para cumplir el ritual.

Las lágrimas y las lamentaciones se recogen esporádicamente. Se puede oír el lamento afligido de *Baiwë*:

- ¡Mi hermano pequeño! ¡Mi hermano pequeño!

A todo esto, los chistes obscenos de Ebrëwë no se detienen, ni las risas que provocan.



Brahaima hilando algodón.

Mabroma termina de hilar una gran madeja de algodón, ella contempla su trabajo con satisfacción y dice:

- *Lo voy a cambiar por un perro con "esos del río arriba".*

Taromi está intoxicado con el alucinógeno *yakõana*, como lo está todos los días. La droga se prepara a partir de la corteza de un árbol, *Ebrëwë* lo mira con una mueca despectiva y emite el siguiente juicio:

Él inhala solamente el yakõana, el tomarla con exceso lo hace envejecer antes de tiempo. ¡Mira sus nalgas, ya surcadas y flojas!

Al día siguiente todo está finalmente listo cuando el sol alcanza el cenit. Los plátanos maduros, ahora amarillos y dulces, están pelados para la sopa de plátano. Se hierven en el agua durante mucho tiempo, después de lo cual se machacan, la pasta se diluye entonces con agua fría hasta obtener una buena consistencia.

Los pequeños mosquitos que chupan la sangre son tan numerosos que algunos ha colgado sus hamacas bajo el techo del refugio para refugiarse de los molestos insectos.

Baiwë ha preparado una cesta llena de plátanos hervidos y carne que ofrece a *Arusiwë*. En una comida fúnebre, el que proporciona la comida nunca lo distribuye él mismo. Delega esa tarea a una persona que desea honrar, a veces la elección recae sobre un visitante, sobre alguien que no pertenece a la comunidad. *Arusiwë*, muy halagado cuando la canasta se coloca ante él, no puede reprimir una sonrisa de satisfacción. *Shõnikiwë* otorga la ofrenda a un huésped recién llegado de una comunidad vecina. Una distribución general de sopa de plátano se

hace al mismo tiempo, pero se tiene cuidado de que se mantiene suficiente para la ceremonia fúnebre.

Repentinamente el llanto comienza de nuevo. Los hombres juntan y sacuden racimos de flechas en sus puños. Todo el mundo se reúne delante del hogar de *Baiwë*. *Ebrëwë* llena una calabaza grande con sopa de plátano humeante, añade el polvo gris claro de los huesos triturados, que mezcla con su mano derecha solamente. Entrega la mezcla a *Kaõmawë* que la toma con grandes tragos, sin siquiera hacer una pausa para respirar. *Shimiwë* y *Warami*, el tío y la tía materna, y *Baiwë*, el hermano mayor del hombre muerto, también toman la mezcla. Una ceremonia similar ocurre en el hogar de *Shõnikiwë*, quien, con su esposa, son los únicos en beber los huesos. Aquellos que han consumido las cenizas funerarias no reciben ninguna porción de carne, les podría causar fuertes dolores de estómago.

Todas las manifestaciones de duelo cesan de repente. Todo el mundo vuelve a su trabajo. Ellos giran, charlan, los niños se pelean. Las dos calabazas medio vacías son reemplazadas por pequeñas cestas rojas: queda suficiente polvo para una segunda ceremonia. En un año tal vez.

Parte I. El Gran Refugio día a día.

2. Historias de amor

La sexualidad del joven Yanomami no es reprimida mientras permanezca discreta. Aunque están investidos con un significado único, los órganos sexuales son, sin embargo, órganos como cualquier otro, y por lo tanto sujetos a exploraciones lúdicas. Los adultos hablan abiertamente de la sexualidad y de las funciones reproductivas. El papel de la cópula humana y el placer que da no están ocultos a los niños. Todo aquí es muy natural.

Los niños y adolescentes ocasionalmente se dedican a la sodomía. Hablan de ella con cautela, pues como la masturbación, es una actividad sexual marginal que causa preocupación privada a quienes la practican, pero no engendra ningún sentimiento de culpa, que, como el arrepentimiento, es correctamente desterrado de la moralidad india.

Las acusaciones de sodomía rara vez se pronuncian, cuando son ellos sólo provocan protestas débiles de los sospechosos. No vale la pena ofenderse, y eso es una medida de la ligera importancia que, en última instancia, atribuyen a esta actividad. Uno puede ver frecuentemente a muchachos de todas las edades simularlo públicamente en sus juegos, a menudo los cuñados están involucrados, ya que éstos suelen ser dedicados unos a otros a través de un afecto mutuo y duradero. Las prácticas homosexuales, aunque más frecuentes en esta categoría de parentesco, no son excepcionales entre hermanos o primos hermanos. Si es escandaloso "*comer la vagina*" de una hermana -eso es la expresión de los indios para el coito- no hay vergüenza en "*comerse el ano*" de su hermano. La sociedad Yanomami impone condiciones en las relaciones entre hijas y hermanas, pero no con las prácticas sexuales entre personas del mismo sexo.

Hay que señalar que las relaciones homosexuales entre cuñados son diferentes de las relaciones entre hermanos. En el primer caso, un sentimiento compartido de amistad vincula a dos jóvenes que intercambian mujeres y pertenencias materiales y se consideran como iguales, una relación homosexual con un cuñado prefigura la futura relación heterosexual con su hermana (es en cierto modo una situación de espera). En el segundo caso la relación es circunstancial, puede prescindir de buenos sentimientos y ocurre entre parejas desiguales. Dentro del grupo de primos hermanos y primos paralelos, los mayores tienen autoridad sobre los más jóvenes, y es el primero el que "*come el ano*" del segundo.

Como todos los jóvenes indios, *Hebëwë* era precoz e indiscriminado en su sexualidad temprana, siendo el principio guía que todo lo placentero es bueno en sí mismo. De los tanteos de la niñez él habla con discreción pero

sin vergüenza, como de una época pasada. Las pocas personas en las que confía son los jóvenes de su edad y que en muchos casos eran sus compañeros.

Recuerda que él y otros niños solían hacer agujeros en el suelo con sus dedos, humedecían los lados con agua o saliva antes de insertar sus miembros. Imaginaban que el agujero era una vagina y que estaban haciendo el amor con una mujer, huelga decir que no obtuvieron placer por medio tan crudo. Uno de ellos, un poco más grande, logró el orgasmo simulando el coito con una calabaza.

Un día, *Hebëwë* fue a pescar con *Yebiwë*. *Yebiwë* capturó una raya, era grande y llevaba hermosos diseños en su espalda. La cola de esa especie está armada con una espina dorsal poderosa con la que pica al temerario, dejando en la herida una cantidad de púas venenosas que causan un dolor insoportable. *Yebiwë* cortó la cola y reanudó su pesca. Se quedó sin lombrices de tierra y fue a buscar más, Dejando al niño solo en la orilla del río. Aprovechando ese momento de soledad, *Hebëwë* clavó su pene en el raya. Parecía al principio desoladoramente fría, pero él perseveró y afirma haber experimentado algún placer. Otro día, *Hebëwë* se unió a un grupo de hombres adultos que iban a la casa de un misionero evangelista para pedir varios objetos. El blanco era miserable, regateaba sobre las cantidades y quería que los indios trabajaran con él y participaran en las oraciones. *Hebëwë* estaba aburridísimo, salió, se paseó y descubrió unos pollos, sin pensarlo mucho, comenzó a perseguirlos, logró acorralar uno de ellos y se lo llevó a los arbustos. ¿Qué hacer con el animal? Trató de copular, pero el ave seguía gritando y luchando. Perdiendo la paciencia y temiendo el descubrimiento, *Hebëwë* rompió su cráneo contra un árbol y lo arrojó al Orinoco. Con cara de inocente regresó a la casa del misionero.

Cuando eran niños, tres "hermanos" - *Hebëwë*, *Kremoanawë* y *Moriwë* - cortejaban a la joven *Rut'hemi*. De todas las chicas de *Karohi*, ella era la única disponible para ellos, cuando se dirigían a ella, usaban un término de parentesco que significaba "esposa". La escasez de esposas potenciales siempre ha sido molesto para los hijos varones de *Karohi*. Para obtener una mujer y casarse con ella, no tienen más alternativa que cometer incesto o realizar en una comunidad extranjera el servicio prematrimonial que deben a sus suegros. Es por eso que tantos hombres de *Karohi* se han establecido en otra parte. El resto de esta narración muestra claramente las consecuencias de esa situación para *Hebëwë* y *Moriwë*.



El Orinoco cerca de Mavaca

Los tres muchachos eran amigos más que rivales, e hicieron todo lo posible para ganar los favores de la pequeña dama. Tuvieron éxito un día en inducirla a ir con ellos al bosque con el pretexto de que querían

recolectar frutos del *hayu*, que son del tamaño y color de las cerezas y bastante deliciosas. La chica era inteligente y lo suficientemente experimentada como para ser consciente de sus motivos ocultos, y es prácticamente cierto que si consintió en ir con ellos, aceptó los riesgos. Primero jugaron al oscilar sobre una vid que arrastraron hacia el suelo, hizo un bucle, y subió de nuevo a la parte superior de un árbol. Se balanceaban tan alto que chillaban de miedo. *Kremoanawë* fue el primero en llegar al corazón de la cuestión:



Moriwë

-¿Y si hacemos el amor?

Rut'hemi hizo un puchero e hizo un gesto de rechazo, era una afectación de su parte, pues evidentemente se complacía en fastidiar a los muchachos. *Kremoanawë* no se dejó engañar, la apartó alejándose del sendero. Luego fue el turno de *Moriwë*. La muchacha era virgen, simplemente se frotaban sus órganos en su vulva sin penetrarla. Llegó el turno de *Hebëwë*, que había dejado que los demás pasaran primero para quedarse solo con la muchacha. Se quedaron tanto tiempo que su ausencia causó ansiedad en el campamento. Los padres se preguntaban:

- ¿Dónde están? ¿Qué están haciendo?.

Kremoanawë , que acababa de regresar, dijo:

- Están haciendo el amor.

Muy preocupados, los adultos imaginaban los accidentes más improbables. Se apresuraron por el sendero en busca de los niños, llamándolos mientras iban. Los vieron caminar de regreso, sin tener en cuenta la excitación que habían causado.

La primera verdadera pasión de *Hebëwë* fue desencadenada por una joven de *Wayabotorewë*. Su nombre era *Bawahoma*. Sus padres habían muerto hacía mucho tiempo, vivía con su abuela, a quien ayudaba con las tareas domésticas. Habían venido a pasar algún tiempo en *Karohi*. A veces *Hebëwë* se acercaba a ella en su hamaca, tenía que ser cauteloso, pues la abuela estaba celosa de su nieta y no podía soportar la idea de que tuviera un amante. A veces *Bawahoma* esperaba hasta que la anciana se durmiera antes de reunirse con *Hebëwë*, entonces estaban seguros de no molestar, pues los padres del chico tenían una actitud de indiferencia, incluso de complicidad, parecía que evitaban agitar el fuego con demasiada frecuencia, para no perturbarlos. Durante el día se encontraban en el bosque. Incluso ahora, cuando está en el camino, *Hebëwë* señala los muchos lugares donde fue con ella. Una vez

tuvo el placer de mantenerla con él toda una noche. Se amaban mucho. Ella era juguetona, lo mordía hasta hacerlo sangrar. En una ocasión le dijo:

- *Vamos a pintar nuestros cuerpos con achiote!*
- *No pienses en ello: los demás descubrirán nuestra relación y nos verán.*

De hecho, cuando dos jóvenes se pintan uno con el otro, inmediatamente se sospecha que están enamorados. Así que se limitaron a esparcir un poco de tinte en sus rostros.

Cuando querían concertar una reunión, utilizaban como intermediarios a niños que dejaban entrar en secreto.

Un día la abuela decidió marcharse, estaban atónitos ante la noticia. *Bawahoma* intentó insistir en que *Hebëwë* fuera con ella, pero eso era imposible. Su dolor era tan profundo que lloraban. Un mes o dos más tarde, *Hebëwë* se unió a algunos visitantes que viajaban río arriba hacia el grupo de su novia, a lo largo del "*río de lluvias*". Le hizo señas tan pronto la vio, ella fingió no darse cuenta, desde entonces ya no se preocupa por ella.

Para expresar cuántas veces él hizo el amor con ella, *Hebëwë* muestra sus diez dedos de la mano a los cuales agrega los diez dedos del pie, que en la mente de un Yanomami es realmente un número alto. Afirma que fue él quien tomó su virginidad. Cuando él desea alabar las calidades de su vagina, él afirma que era tan apretado y caliente como uno podría desear. Para dar una idea más precisa de esa calidez, extiende su mano sobre brasas resplandecientes y dice:

- *Ella era exactamente así.*

Ha pasado mucho tiempo desde que *Hebëwë* ha perdido el interés por los juegos infantiles, como deslizarse el pene contra el suelo, copular con peces o aves y masturbarse. Incluso la amistad de un muchacho apenas lo tiente ahora. Su deseo se centra en las mujeres. Se ha sumado al complicado juego, fascinante y peligroso, de la rivalidad masculina por los favores de las mujeres. Lo único que le preocupa a veces es la afirmación de sus padres de que el amor precoz inevitablemente hace que el vello púbico se caiga.

Hace unos días un chico de unos catorce años llegó a *Karohi*. Su grupo de origen está situado muy lejos, a varios días de caminata, en una región montañosa a orillas del "*río de miel*". Llegó con un grupo de visitantes que sólo pasaron una noche. Como expresó el deseo de permanecer un tiempo en *Karohi*, *Kaõmawë* lo invitó a quedarse con su familia. No se le conoce ni el nombre personal del joven ni su parentesco, salvo que proviene de *Bashobëka*, los hombres más viejos de *Karohi* recuerdan que en el

pasado los antepasados de ese grupo tenían contactos con su gente, y que incluso hicieron guerra unos contra otros hace mucho tiempo. Esto implica que las dos comunidades alguna vez tuvieron estrechos vínculos de parentesco ahora completamente olvidados.

Para resolver el problema de la identidad del muchacho, lo llaman *Fama*. La palabra *hama* significa "visitante"; Al sustituir *f* por *h*, se están burlando del dialecto de la "gente río arriba". Dicen en *Karohi* que estas personas balbucean "como loros". Se ven con cierta condescendencia: "Aquellos río arriba" son en cierto modo los salvajes para "los que están río abajo". En esta actitud se puede ver tanto el resultado de un proceso histórico reciente que ha producido una ligera diferenciación de los patrones de habla. La influencia de las misiones en las comunidades ubicadas junto a los grandes ríos, mientras que las comunidades del interior, al estar fuera de contacto con los blancos, no tienen acceso directo a los productos manufacturados y siguen ignorando ciertos usos ya adoptados por los grupos de río abajo.

No sólo los Yanomami se comportan miserablemente con los extranjeros, sino que también pueden ser desagradables para los miembros de su propio grupo étnico cuando están aislados en una comunidad donde no tienen parientes de sangre y por lo tanto no pueden contar con ninguna ayuda en caso de conflicto. Y *Fama* es un extraño en *Karohi*. Sin embargo, la actitud de los anfitriones hacia su joven invitado no es del todo negativa, más bien, implica una mezcla de cortesía, generosidad y maldad. Por un lado, *Kaõmawë* y su esposa, *Mabroma*, tratan bien a *Fama* y le conceden su parte de comida, mientras que *Hebëwë* y *Kremoanawë*, sus hijos, le muestran un afecto sincero que se hace más fuerte cuanto más tiempo permanece *Fama*. Por otro lado, no pueden dejar de burlarse de él o humillarlo de alguna manera.

Numerosos parientes han llegado a *Karohi*. Por la tarde, niños y adolescentes, en una alegre banda, van al huerto a comer caña de azúcar y papayas. El joven *Fama*, intimidado por la presencia de personas que no conoce, prefiere quedarse en casa. *Kremoanawë* no está de acuerdo y le grita en un tono imperioso:

- Ven, visitante, ven con nosotros. No te quedes solo, nuestros amigos pensarán que usted no los rechaza!

Proceden lentamente bajo los plátanos. Los más jóvenes se quedan atrás, tirando lagartos que se están calentando al sol. *Fama* está prudentemente caminando por la retaguardia, *Kremoanawë* susurra a los demás:

- Vamos a desabrochar su glande.

Nada es más mortificante para un indio que ser visto con su glande descubierto, está a la altura de la obscenidad. La decencia requiere que el prepucio, cuidadosamente estirado sobre el glande, se fije al cinturón con

una cuerda pequeña. Se desabrocha sólo para orinar, después de ponerse en cuclillas. No hace mucho tiempo, los jóvenes seguían sujetándolo de esta manera en el inicio de la pubertad. Ahora que los taparrabos de lino son comunes, dejan su pene libre, escondido por el paño. Es muy fuerte la vergüenza que sienten al ser vistos con su pene expuesto.

Un círculo se forma alrededor de *Fama*, él ve las caras burlonas y sospecha que están tramando algo en su contra. Huye por el huerto. *Hebëwë* los persigue, y aunque no consigue atraparlo, logra cansarlo para que los otros lo agarren fácilmente.

Entonces *Kremoanawë* y *Hebëwë* toman sus brazos y *Moriwë* y *Tõhõwë* sus piernas, *Fama* es sostenido rápidamente por cuatro corpulentos compañeros. Mabroma caminaba por el lugar en ese momento, atraída por las risas, se acerca. Se compadece del muchacho, insiste en que lo liberan, nadie la escucha. *Hebëwë* ha recogido dos palitos, que utiliza para deslizar lentamente el prepucio hacia abajo. El glande aparece, rosado y húmedo, saludado por los gritos entusiastas de toda la banda riendo. *Fama* lucha, llora de rabia y humillación. Cuando se han divertido lo suficiente, liberan a su víctima que está hecha una furia y les pega con bolas de tierra y trozos de madera. Se ríen más y gritan su placer.

Cuando regresan al refugio, agobiados por su ociosidad, se reúnen en el hogar de *Hebëwë*. En frente de ellos, *Wishami* se ocupa de las tareas domésticas. Su niño se revuelca en el polvo. Demasiado ocupada para darse cuenta de que los chicos la están observando, se inclina hacia abajo, con las piernas separadas, exponiendo por un instante sus genitales a su vista. Se ríen detrás de sus manos y se empujan entre sí. *Kremoanawë* tiene una erección indecente, el contorno de su pene es claramente visible bajo su taparrabos. Para suprimir su erección, aplica presión a su órgano empujando hacia abajo en su extremidad. *Wishami* es para él una "*hermana mayor*", una persona con la que no puede tener relaciones sexuales.

La noche ha caído. *Hebëwë* está terriblemente inquieto, la joven *Kiaroma* había llegado esa misma mañana con un grupo de parientes. Varias veces ha llegado como emisaria de *Tiyetirawë*. *Hebëwë* no descansará hasta tomar contacto con ella. Al ser de una naturaleza cautelosa, *Kiaroma* se sienta en el borde de la hamaca. Conversan durante mucho tiempo, *Hebëwë* relata en detalle sus hazañas como cazador, historias verdaderas o inventadas. *Kiaroma* finalmente se acuesta a su lado. Hay mucha actividad por todas partes, y eso les molesta: *Remaema* viene a buscar troncos, *Baiwë* bebe del hervidor que reposa en el piso, *Kremoanawë* se queda para beber una mezcla de fruta de palma y agua. Son las actividades que siempre precede al sueño. Todo es finalmente pacífico. En la hamaca parece haber resistencia, una lucha oscura. La voz de *Hebëwë*, apenas audible, ahora presiona:

- No, ahora mismo. No te vayas, ¡ahora mismo!.

Kiaroma afirma que tiene una necesidad urgente de orinar. *Hebëwë* acepta dejarla ir después de que ella promete volver a él enseguida. La niña desaparece bajo el techo del refugio. Cuando ella regresa, en lugar de cumplir su promesa, se ubica al lado de sus padres. *Hebëwë* no oculta su vejación y emite insultos groseros.

Unos días más tarde ocurre un evento que tendrá consecuencias de largo alcance para *Hebëwë*. Es de mañana, el sol todavía está bajo en el horizonte cuando *Ebrëwë* regresa de *Tayari* con un mensaje de *Bosiarima* que quiere *Hebëwë* para su yerno. Desde hacía mucho tiempo los rumores habían estado volando, antes de la invitación oficial. *Hebëwë* no oculta su renuencia, si bien una rama sustancial de su propio linaje se ha establecido en *Tayari*, lo que le asegura que no será perseguido y intimidado como *Fama*. Por su pereza y su aversión al cambio, no le entusiasma la propuesta. En *Karohi* él recibe la comida y la leña de su madre y va de caza solamente si lo desea. Su única incomodidad surge de la escasez de mujeres. Si de vez en cuando se las arregla para encontrarse con *Rut^{themi}* por unos breves y furtivos momentos (ambos tienen que cuidarse del hombre que ahora es su marido). Conoce a algunas chicas jóvenes que responden a sus avances cuando visitan a *Karohi* o que le dan la bienvenida cuando los visita en casa. Si va a *Tayari* a aceptar la invitación que se le ha hecho, se verá obligado a participar todos los días en las expediciones de caza y pesca. Un yerno debe proporcionar a los padres de su novia caza, cargas, cortar árboles forestales al tiempo de limpiar los huertos, subir troncos para recolectar frutas silvestres, ayudar a construir viviendas o reparar el techo del refugio comunitario. Los largos y ociosos tiempos en la hamaca y los paseos de hogar a hogar se acabarán para él. Recibirá su comida y tabaco de sus suegros, pero no estará en condiciones de pedir nada más.

Es por eso que *Hebëwë* no tiene prisa en responder a *Ebrëwë*, quien por su parte no apresura a su sobrino. Se toma su tiempo, señalando que el suegro se mostró muy ansioso en tenerlo como yerno, razones que llevan a pensar que será bien tratado. La mujer que se les está proponiendo vale la pena considerarla: es joven y atractiva, además no es en *Karohi* donde pueda encontrar una esposa. Si demora demasiado, *Bosiarima* dará su hijo a otro. Considerada la situación *Hebëwë* repentinamente se decide. Sin una palabra, sin traicionar sus sentimientos más íntimos, desata su hamaca, toma su arco y sus flechas y sale seguido por *Ebrëwë*. *Mabroma* ha permanecido en silencio, dos lágrimas humedecen sus ojos cuando él desaparece.

Hebëwë y *Ebrëwë* avanzan rápidamente sin hablar, el camino es ancho y está claramente marcado, el sol ha bajado cuando llegan a *Tayari*.

Un amplio refugio se levanta en la orilla misma del Orinoco. Debe haber llovido en la región aguas arriba del gran río cuyas aguas son barrosas, en el banco empapado de agua, miles de mariposas blancas y amarillas beben en un alboroto de alas.

Toda la población, un poco más de setenta personas, se divide en dos grandes linajes, cada uno de los cuales ocupa una sección claramente marcada del refugio. Esta división de la población en la gran morada no siempre es la regla; A veces tres o cuatro linajes dividen a la comunidad en tantas facciones homogéneas que se asientan regularmente de manera que cubren todo el espacio habitado. *Hebëwë* se establece en el área ocupada por sus parientes, en el hogar del joven *Tõhõwë*. Nada es más simple, sólo tiene que estar de pie contra un palo y colgar su hamaca para estar en casa.

Hay mucha gente joven en *Tayari*, produciendo una actividad alegre y amistosa. *Hebëwë*, silencioso como es apropiado para un recién llegado, ha cruzado su brazo bajo su cabeza y sostiene su mano libre ante su boca a la manera de visitantes recién llegados. Mira a los niños que juegan en la plaza central, divididos en dos equipos, luchan con largos palos cortados de una madera blanda que no corta la piel, pero que puede levantar vetas. Los golpes son azarosos, los que son golpeados aprietan sus dientes a fin de no mostrar su dolor y tratar de intercambiar golpe por golpe con su oponente. Cuando terminan, los niños plantan sus armas en dos filas paralelas.



Mujer de Bishaasi (Mavaca)

Cerca un grupo de jóvenes está inhalando una droga alucinógena. Uno de ellos impele a un chico de unos diez años a participar, indicándole que sería cobarde rechazar. El niño no se atreve a retroceder, soplan en su nariz varias dosis demasiado fuertes para él, aturdido por la droga, se derrumba y su cabeza golpea el suelo.

En el este asoma una nube amenazante, llena de lluvia. Cerca del fuego junto a *Hebëwë*, *Bokorawë*, el chamán, monta la percha nocturna de su loro: dos fragmentos de arco conectados por un bastón transversal.

Un gran pájaro carpintero grita en el bosque cercano, *Tõhõwë* responde con la frase convencional:

- *Todavía soy joven, todavía soy joven!*

Repentinamente estalla la nube. Es una de esas borrascas de fin de día, breves y violentas. El viento sopla, doblando las copas de los árboles, las gotas de lluvia caen cada vez más gruesas, las lágrimas del relámpago a través de la densa masa de nubes. Los agamis (aves zancudas) domésticos vagan por la plaza central con sus largas patas y sus movimientos sacudidos, buscando distraídamente el agua. Los grandes charcos que se forman se convierten para ellos en estanques donde se revuelcan, batiendo el agua con sus alas. A veces, pronuncian el grito asombroso que les valió el nombre de pájaros de trompeta. Algunas mujeres se lavan bajo las corrientes que salen del tejado, otras aprovechan la ocasión para llenar sus ollas. *Hebëwë* se da cuenta que en el fuego vecino, la vieja *Yerusi* tosía reiteradamente. *Hisami* sale con su novia hacia atrás del refugio, ellos orinan de pie con las piernas separadas y arqueando sus espaldas para hacer que la corriente de orina se propague tanto como sea posible. En el hogar de *Rubrowë*, una cesta que colgaba demasiado bajo sobre el fuego de repente estalla en llamas. Contiene pescado ahumado, que ahora caen uno por uno. Tratan de ahogar las llamas con las manos y luego con agua. Los vecinos se echaron a reír, divertidos por el incidente.

Por fin aparece la novia de *Hebëwë*, *Tabrobemi*, con un manojo de plátanos asados atados con una fibra. Ella le ofrece este alimento a su joven esposo y se aleja sin decirle una palabra.

De niña *Tabrobemi* estuvo gravemente enferma. Sufría interminables ataques de diarrea que con demasiada frecuencia ponían en peligro la vida de los jóvenes indios, se había puesto fea y casi había muerto. Consiguió recuperarse gracias a los chamanes que la trataron incansablemente. Repuso su peso y pronto tuvo su primer período. A pesar del pelo opaco, tieso y fino que le da el apodo de "*Baldy*", ahora es una jovencita muy cortejada por los chicos. Su personalidad es viva y atractiva pero caprichosa. Se disuelve en lágrimas cada vez que alguien la contradice enérgicamente. Como todas las adolescentes yanomami, es muy devota a sus padres, de quienes no quiere separarse. Se dice que se comporta generosamente con los muchachos cuyos avances acepta.

Cae la noche, el aire se volvió suave otra vez, el cielo es barrido limpio de su desorden de nubes. El disco de la luna llena pronto se levantará detrás de la cortina de los árboles. Los niños persiguen a las luciérnagas que vagan bajo el techo, las atrapan para lanzarlos al aire y atraparlos nuevamente. Algunos hombres, cansados de oír sus gritos, piden que se detenga el juego. No son obedecidos. Las mujeres intervienen, una dice:

- *¡Van a ponerlos en sus ojos!*

Los niños no tienen prisa por cumplir. Uno puede eventualmente verlos salir uno por uno por propia voluntad, a veces llevando consigo un insecto

que atan a sus hamacas con una cuerda para mirarlo brillar en la noche. Para reconocerse mutuamente cuando se mueven en la oscuridad, los Yanomami aplastan luciérnagas en sus pechos y hombros, que se vuelven así fosforescentes. Dicen que las luciérnagas son estrellas que caen del cielo.

Tõhõwë se escabulle a la casa de *Rubrowë* para estar con la hermosa *Brahaima*, que está de visita. Se acuesta en una hamaca junto a la mujer, sus cuerpos están tan cerca que se tocan constantemente. Conversan de cosas triviales. *Brahaima* pone su pierna sobre los muslos del joven, y su deseo es despertado por esa invitación. Continúan con su conversación, *Tõhõwë* está emocionado y ya no sabe lo que está diciendo. Pronto una mano le toca la ingle, el quiere prevenir la caricia esperada y se protege con su mano. Intimidado por la presencia de *Rubrowë*, quiere irse, pero se le pide que se quede un rato. Está a punto de decidirse a hacer el amor cuando el disco brillante del sol emerge lentamente, proyectando su luz bajo el techo.

Una amistad profunda se desarrolla pronto entre *Hebëwë*, *Tõhõwë* y *Erasiwë*. *Erasiwë* llama a los otros "padre", aunque la diferencia de edad entre ellos es de sólo dos o tres años. Son compañeros en todos los pequeños detalles de la vida, van juntos al bosque a cazar y pescar, comparten sus comidas, se ayudan en todas las ocasiones, intercambian una multitud de secretos insignificantes. En cuanto a *Tabrobemi*, ella es bastante fría hacia su marido. Como es apropiado, le trae la comida que sus padres le envían y prepara su diario tapón de tabaco. Ella cuidadosamente lo deleita, aprieta con las uñas o con los dientes las pequeñas espinillas rojas que los insectos chupadores de sangre dejan en la piel. Por momentos se acuesta junto a él, pero es sorda a los llamados de su marido, el en vano pregunta:

- ¿Hacemos el amor?

Invariablemente responde que no.

Puesto que su esposa lo rechaza, la atención de *Hebëwë* se vuelve hacia la atractiva *Shubama*, casada con uno de sus primos hermanos llamado *Hishokoiwë*, que también es oriundo de *Karohi*. *Shubama* se muestra amistosa con *Hebëwë* y le lanza miradas ardientes. *Hebëwë*, viendo estos avances, envía a *Tõhõwë* a pedirle una reunión en el bosque. Ella prontamente otorga el favor, y una intriga de amor comienza detrás de la espalda del marido. Los amantes se reúnen en lugares acordados, gracias a la connivencia de *Tõhõwë* y *Erasiwë*, que ayudan a su compañero. Cada mañana *Shubama* envía a *Hebëwë* la palabra de que irán juntos al bosque; Salen cada uno por una salida diferente, hacen el amor, vagan en busca de frutos silvestres para comer. Se separan cuando el sol está en el cenit y regresan al refugio en diferentes momentos. Su asunto dura toda una luna sin despertar la sospecha de *Hishokoiwë*. Una noche se encuentran detrás del refugio para hacer el amor bajo los

arbustos, que son muy densos en ese lugar. Están tan cerca del *shabono* que pueden distinguir las conversaciones. Mientras tanto *Hishokoiwë* necesita a su esposa y nota que ella no está allí, también nota la ausencia de *Hebëwë*. ¿Acaso descubre él mismo esta coincidencia, o un amigo le aconseja sobre la vagancia de su mujer? Para completar su mala suerte, la madre de *Shubama* llama en voz alta:

- *Shubama, ¿dónde estás? ¡Vuelve enseguida!*

Hebëwë, que ha oído, dice:

- *Es tu madre.*

- *¿Que importa eso? ¿Tienes miedo?*

Hebëwë no quiere parecer cobarde y no insiste. Se demoran, eso es temerario. Finalmente, *Shubama* regresa a casa con sus padres. *Hebëwë* espera un rato antes de deslizarse hacia atrás bajo el techo para estirarse en su hamaca. *Hishokoiwë* los mira: él ha entendido, es consciente de la relación, pero se mantiene callado.

A partir de ese momento, las relaciones entre los dos rivales se tensan. *Shubama*, vigilada de cerca por sus padres y su esposo, ya no es libre en sus movimientos. Corre el rumor que *Hishokoiwë* ha confiado a algunos amigos cercanos que va a matar a *Hebëwë*. *Hebëwë* y sus compañeros deliberan, toman la amenaza en serio. En lugar de ser tomado por sorpresa, es mejor anticipar el movimiento del adversario y atacar primero.

Hombres influyentes -los antiguos y los líderes de las facciones- deciden dirigir al grupo en una expedición de campamento hasta la confluencia del "río de lluvias" y el Orinoco. En ese lugar hay crecimientos extensos de árboles *wabu* cuyos frutos están madurando.

Cómodamente instalados en un campamento temporal, los indios comerán los productos de la caza y el forrajeo y así darán a las plantas del jardín un respiro que les permitirá crecer y producir una abundante cosecha a su regreso.

Equipadas con las necesidades básicas, las familias se establecen bajo los árboles y llegan a su destino después de una



Campamento temporal en el bosque.

noche en el camino. El campamento está instalado junto a un arroyo oscuro y tranquilo. Es la estación de las "*aguas altas*". En el Orinoco y el "*río de lluvias*" hinchado por las recientes lluvias, ramas y troncos de árboles son llevados por la corriente. Los martín pescador se sumergen en el agua, haciendo una transición instantánea de volar a nadar y resurgir con peces brillantes en sus picos.

Hebëwë, *Tõhõwë* y *Erasiwë* comparten el mismo refugio: tres postes dispuestos en un triángulo sostienen un techo trapezoidal cubierto con hojas de *ketiba*. Es simple y rápido de construir y da buen abrigo de la lluvia siempre que el techo esté correctamente colocado y las hojas cuidadosamente dispuestas.

Los tres jóvenes, están resueltos a actuar lo antes posible, esperan una ocasión favorable. Una mañana *Hishokoiwë* parte con su esposa para buscar algunas frutas de palma que descubrió mientras cazaba el día anterior. Agarra su arco y su machete y, con su esposa, que lleva una cesta a la espalda, entra en una canoa para viajar río arriba en el "*río de lluvias*". *Hebëwë* y sus compañeros sienten que ha llegado el momento. Ellos esperan hasta que los refugios alrededor de ellos se hayan vaciado. El sol está alto en el cielo cuando toman una bola de hilo, unos cuantos anzuelos y sus armas; Le dicen a una vieja, que se ha quedado atrás para hervir las frutas, que van a pescar.

Siguen el banco río arriba, buscando a la pareja. En los lugares bajos son obstaculizados por el agua que satura el suelo. La espesa vegetación, que a menudo es impenetrable cerca de arroyos, obliga a muchos desvíos. Su intento de asesinato se debilita a medida que pasa el tiempo y cuando se necesita un mayor esfuerzo para avanzar. Cazan pájaros pequeños, persiguen monos, bromean y ya están olvidando la razón de su incursión cuando son alertados por voces en el río. Escuchan atentamente y reconocen a *Hishokoiwë* y a su esposa, que están de camino a casa. Rápidamente los jóvenes se abren camino a través de un enredo de viñas, la corriente lleva el barco a lo largo de un ritmo rápido, tienen que darse prisa. *Hebëwë* susurra:

- *¡Esta vez lo mato!*

Agarra una flecha, dobla el arco y apunta. *Tõhõwë* sostiene las hojas lejos de él. La canoa pasa delante de ellos, *Hishokoiwë*, viene remando dando la espalda a ellos mientras se aleja de la orilla. El arco se dobla abruptamente con un chasquido agudo de la cuerda contra el eje. La flecha sale, su punta de bambú lanceolada se hunde en el hombro del joven, pero se cae de nuevo, detenida por el omóplato. El dolor, la sorpresa, son tan violentos que *Hishokoiwë* deja caer sus remos:

- *¿Quién quiere matarme?*

Shubama no pierde la cabeza, recupera la paleta flotando cerca de la canoa y da puñetazos tan vigorosos al agua que ella y su marido desaparecen de la vista de los agresores. Era el momento oportuno, *Hebëwë* había colocado una segunda flecha en la cuerda de su arco.

Desconcertados, los tres cómplices ya no saben qué hacer. *Hebëwë* decide que deben volver al campamento, pase lo que pase, no quiere pasar por cobarde. Han sido precedidos por su víctima y su esposa.

Cuando *Hebëwë* aparece, el suegro de *Hishokoiwë*, escoltado por sus hermanos, avanza sobre él amenazadoramente. *Tõhõwë* y *Erasiwë* no están directamente involucrados y piensan que es prudente retirarse a su refugio. En un momento *Hebëwë* está desarmado, sus flechas están rotas, su arco cortado en trozos pequeños. Algunos le agarran los brazos, blanden hachas por encima de su cabeza, y juran que la van a abrir, otros se acercan para pegarle con las puntas de sus flechas. Algunas mujeres que han permanecido en sus hamacas gritan insultos y gritan que él debe ser matado. El padre de *Shubama* le hace dos golpes duros con su garrote. *Hebëwë*, vencido por el mareo, está a punto de perder el conocimiento, un velo negro pasa ante sus ojos, borrando su vista. Sin embargo permanece de pie, un chorrito de sangre de su frente le ciega, otro gotea en su cuello y por su espalda. Entonces los castigos lo cesan, satisfechos con la paliza ya puede retirarse a su hamaca. Sufre y no dice nada. La gente de su linaje no ha aparecido, él habría necesitado a su padre para defenderlo.

Tõhõwë limpia la sangre de su amigo, elimina el pelo enmarañado en la herida. El cuero cabelludo ha sufrido un corte limpio, pero la herida no es grave.

Esa noche, el suegro de *Hebëwë* lo regaña. Le dice que no tiene ninguna virtud, un yerno inútil que hace el amor con la esposa de otro hombre y descuida a su propia, que es tan perezoso que no caza ni pesca. Ya no lo quiere y le quita a su hija. Que se vaya.

Al amanecer, *Hebëwë* enrolla su hamaca, toma prestado un arco y flechas de *Tõhõwë* e inicia su marcha en el bosque para volver con sus padres.

Cuando se conoce en *Karohi* la aventura de *Hebëwë* se cristalizan las rivalidades, se inflaman las pasiones. El rumor y el escándalo distorsionan los hechos y exageran la gravedad del asunto.

Las dos facciones antagónicas que dividen a la comunidad ahora se enfrentan abiertamente, especialmente porque una facción está dirigida por *Kaõmawë*, padre de *Hebëwë*, el agresor, y el otro por *Shimoreiwë*, padre de *Hishokoiwë*, la víctima. Todo conflicto se desarrolla inevitablemente dentro de la estructura de los lazos de parentesco o dentro del patrón a menudo subyacente de las oposiciones de las facciones. Los padres siempre toman el lado de sus hijos, no importa lo

que hayan hecho. Una acción nunca se juzga según un código moral, nunca hay remordimiento o arrepentimiento por parte del perpetrador. Más bien, la condena proviene de la ruptura de un equilibrio social frágil y sutil, de un equilibrio desfavorable entre fuerzas contendientes: si la facción del culpable está en la minoría, no escapará del castigo; si es el más fuerte, permanecerá impune. En casos extremos, la ruptura social resultante de cualquier transgresión es una sanción suficientemente fuerte para contener la malevolencia y la agresión. Esto es cierto incluso sin conflicto armado, porque tal desorden social causa una gran tensión dentro de la comunidad.

Shimoreiwë ofrece una breve pero virulenta declaración pública:

Si mi hijo muere de su herida, tendremos que pelearnos unos a otros, sus cuerpos recibirán mi venganza deliberada. Si sobrevive y se recupera, partiremos sin embargo. Nunca más podré vivir con personas que quisieran asesinar a mi hijo. ¡Querían matarlo por diversión! ¡Por diversión! No había otra razón. Lo atacaron a traición, no lo esperaba. ¡Eres malo! ¡Eres malo!.

Mabroma no se queda atrás en la violencia verbal. Pero su discurso ignora el de *Shimoreiwë* y está dirigido contra el hombre que golpeó a su hijo:

Shikowei es un hombre completamente malvado y cobarde. Mi hijo es inocente. Simplemente se defendió. Ya que nos odias, iremos a vivir con mi hermano mayor en Batanawë. Buscaremos refugio allí. Estoy disgustado contigo; Tu cobardía no conoce límites. ¡No, no me quedará más con ustedes que nos odian!

Es la cuestión de la coexistencia que se plantea: la comunidad está a punto de romperse y desaparecer como tal. La división de un grupo local en facciones antagónicas a menudo prefigura su posible dispersión cuando un conflicto la altera demasiado violentamente. Ahí es cuando se formulan los planes más locos.

Algunas personas que son menos violentas, probablemente menos involucradas, hacen comentarios como:

- *¿Por qué Hebëwë tomó tanto placer en fornicar con Shubama?*

Hasta ahora, *Kaõmawë* ha permanecido en silencio, esperando a que caiga la noche para soltar una diatriba digna del papel preeminente que juega en *Karohi*:

¿Te quieres marchar? Ve. No diremos que te quedes, incluso podría irme primero. Prefiero unirme a nuestros enemigos de Mahekoto y colgar mi hamaca cerca de "boca torcida" a mirar

tus caras malvadas. ¿Por qué rompieron el arco y las flechas de mi hijo?. ¿Por qué?. Que esos cobardes se vayan y hagan esto entre nuestros enemigos comunes. ¡Pero tienen miedo! Shikowei, golpeaste a mi hijo. Vienen aquí y me enfrentan en una pelea de garrotes. ¿Crees que dejaré pasar este insulto sin una respuesta adecuada?. Cuando vayas con nosotros a la guerra, sabemos que simplemente sigues. Nunca has lanzado una incursión por tu propia iniciativa: únete a otros para caminar detrás de ellos. Pierdes tu tiempo, te ridiculizas, nunca matas a nadie, nunca disparas flechas contra un enemigo. Tú mismo, Shikowei, que haces una demostración de ser feroz y valiente, tu piel es grasienta como la piel de asesinos. Pero es bien sabido que usted no ha matado a nadie. Tus ojos se agrandaron de rabia cuando golpeaste a mi hijo. Ve y mata a Asiyawë, nuestro enemigo: Al menos es valeroso. Nos enfrentamos con los garrotes, no lo dudes. Usted me golpeará quizás, pero no espere permanecer parado. Golpéame con tu palo o con tu hacha, no importa, no te temo. Se pelearán entre sí. Hace mucho tiempo, le dijiste jactanciosamente a la gente de Witokaya que querías matarme, me informaron que querías estirarme en el suelo! Esperé, pero en vano. Me uniré a los de Witokaya, que son mis parientes, y te haremos correr. Usted afirmó hace mucho tiempo que iba a matar a la gente de Batanawë, y ni siquiera esperó una luna antes de visitarlos y pedirles cosas. No eres más que un mentiroso, un fanfarrón. En Tayari las mujeres aúllan de rabia, sus labios se retuercen de despecho: dejen que se queden quietos o que los inciten a demostrar algo de valor al enfrentar a los enemigos. ¡Porque ustedes son sólo cobardes, eso es lo que son! Shikowei, sé muy bien que tienes el hábito de estirar el cuello para mirar a los guerreros alineados en la plaza central, listos para atacar a los enemigos. ¿Se unirán a ellos? Hiciste fluir la sangre de mi hijo; Ahora debes temer mis golpes. No vayas a vivir a la orilla opuesta del Orinoco, donde podrías esperar escapar de nosotros; Quédate donde estás, permanece en Tayari. En cuanto a mí, prefiero unirme a nuestros enemigos y formar una alianza con ellos si me conceden hospitalidad. Hay entre ellos hombres a quienes digo "padre", "hermano" o "hijo": Son mis parientes. No me culpes por esa alianza; Usted no está inconsciente que, A pesar de la guerra que estamos librando, sus mujeres han continuado sus visitas a Mahekoto, a veces traicionando nuestros planes. No, no te vayas, quédate en Tayari; Continúe colgando su hamaca allí, agrande su huerto. Estaré entre los guerreros que te atacarán. Raspe y aplique sus arcos, hágalos flexibles y aptos para la batalla: Gire las cuerdas. Enderece sus flechas! Cuando nos vea con nuestra pintura negra, sus ojos se ensancharán con el miedo,

usted permanecerá en su canoa, irresoluto, ya no sabiendo dónde ir a tierra.

Con el conflicto en este estado, se descubre otro asunto: el incesto entre *Moriwë* - un "hermano" de *Hebëwë* - y *Hiyomi*. Los dos jóvenes han estado ocultando sus relaciones sexuales durante mucho tiempo. Tienen reuniones breves en el bosque y se acuestan en la misma hamaca cuando los demás están durmiendo. *Moriwë* "come la vagina" de *Hiyomi*, a pesar de que es una "madre" para él. Ahora él la quiere por esposa y la instala en su hogar, revelando así abiertamente el incesto que está cometiendo.

La relación es discreta al principio. Una mañana, muy temprano, antes de que el amanecer haya blanqueado el cielo, *Frërema* exclama en voz alta:

- *¿Que esta pasando? ¿Por qué la luz del día llega tan tarde?*

Moriwë es consciente de que la alusión está dirigida a él y que *Frërema* se refiere a un evento definido. Se cuenta que en los tiempos míticos de los antepasados Yanomami, algunos jóvenes se entregaban al incesto con sus hermanas. Entonces, la luz del día cesó, una profunda oscuridad prevaleció en el refugio, duró tanto tiempo que el combustible se agotó. Se estremecían de frío, los fuegos estaban a punto de morir, se arrastraron a cuatro patas buscando a tientas las ramitas. Unos pocos inocentes se aventuraron fuera del *shabono* y descubrieron que había luz del día afuera. Mientras se alejaban, los demás se convirtieron en perezosos y la oscuridad se alzó.

Mabroma en privado desapruueba el incesto, pero se abstiene de cualquier comentario público. Dibujando una moral de la situación, señala a sus hijos:

Lo que están haciendo es impuro. Los que sucumben al incesto no se queman cuando son cremados.

Los dos hermanos se burlan de *Moriwë*, susurrando:

- *Tu frente es aceitosa, eres incestuoso.*

Moriwë ha dejado de decir "madre" a *Hiyomi* ya que él está haciendo el amor con ella. Y ella ya no le dice "hermanito" como antes. Usan apodos o evitan ser precisos. Al renunciar a sus respectivos términos de parentesco, están ficticiosamente aboliendo el lazo de sangre. Ellos, sin embargo, se ajustan al uso correcto al dirigirse a los parientes de cada uno: *Hiyomi* dice "hermano mayor" al padre de *Moriwë*, y la pequeña hermana de *Moriwë* todavía dice "madre" a *Hiyomi*, a pesar de que la joven está a punto de casarse con su hermano. Sólo los términos utilizados por los culpables para referirse entre sí se ven afectados por la manipulación del vocabulario del parentesco. Con frecuencia, es una

contradicción evidente en la forma mutua de los compañeros de dirección que conduce al descubrimiento de una relación incestuosa.

Los Yanomami desaprueban el incesto, pero no siempre lo toman en serio, todo depende de las personalidades involucradas y de la situación política local en el momento en que un caso sale a la luz. Es un chiste común decir:

Mi boca solo dice "*madre*" [o "*hermana*"] a ella, toda la parte inferior de mi cuerpo dice "*esposa*".

Es raro el individuo entre los yanomami que no ha "*comido la vagina*" de un pariente prohibido, por lo menos una vez en su vida: una "*hermana*", una "*suegra*" o una "*madre*". Los culpables no siempre son descubiertos, ni hay necesariamente condena violenta cuando lo son. Es raro ver a un joven acribillado con cortes de machete por haber hecho el amor con una "*hermana*".

La tensión aumenta durante una sesión de toma de drogas. *Moriwë* estaba entre un grupo de jóvenes, tan aturdido como la mayoría de ellos, cuando *Wakamoshiwë*, con la mandíbula apretada y el moco verde goteando de su nariz, se inclina hacia él y susurra: *¡Incestuoso! ¡Incestuoso! ¡Eres incestuoso!*

Moriwë no estaba en condiciones comprender. *Turaewë*, que escuchó el insulto, esperó el anochecer para salir públicamente en la defensa de su hijo:

¿Por qué estás susurrando?. ¿Qué estas diciendo?. ¿No dejarás de hablar palabras desagradables?. Me he mantenido en silencio hasta ahora, pero estoy cansado de escuchar lo que se está murmurando. ¡Suficiente! Deja a mi hijo solo. ¿Mencionas incesto?. ¿No sabéis que sólo los valientes la cometen, porque no temen palabras ni castigos rencorosos?. Otros se hubieran escondido en el bosque, pero se revela a sí mismo porque no le teme. Quédate quieto, tu fea boca deformada por la envidia. Aquellos que tienen un cuerpo bien formado y características atractivas son incestuosos. Mi hijo está aquí junto a mí, no se lo tome para lanzarle flechas o golpearlo en la cabeza. Hablas de salir, de separarte de nosotros, yo también iré a vivir aparte para no oírte más. Iré río abajo en el "*río de lluvias*" y abriré nuevos claros allí. Mientras tanto, estate tranquilo y quédate quieto.

A la mañana siguiente surge una disputa entre *Natoma* y la madre de *Moriwë*, quien asegura que *Hiyomi* es incapaz de contener su apetito sexual y de casarse con cualquier persona, aunque sea un niño o un pariente cercano. *Natoma*, la esposa del hermano de *Hiyomi*, responde inteligentemente:

Han estado haciendo el amor durante mucho tiempo. ¿No lo habías notado?. No digas que no lo sabías, cuando se estaban abrazando a tu lado. ¿No los viste levantarse por la noche?. Diste a luz a un insecto incestuoso.

Los gritos se elevan hasta tal punto que, arrastrados por la ira, gritan sus nombres personales para insultarse.

Aparentemente indiferente, *Moriwë* guarda silencio, recoge su línea de pesca, una pala y un cuchillo y se dirige al muelle. *Hiyomi* permanece sola, llorando en su hamaca. Espera a que los padres de *Moriwë* se vayan al huerto para recoger mandioca, luego se levanta, saca sus pertenencias de una bolsa y las extiende, con rabia lacera un pedazo de tela, rompe algunos collares de cuentas de piedra. *Natoma* ha adivinado que quiere irse, ella viene a la escena para recuperar los objetos que le pertenecen: una olla y una calabaza dilapidada. Picadas por la curiosidad, unas cuantas mujeres vienen y se sientan. Mientras tanto, *Hiyomi* envuelve lo que quiera llevar con ella. *Mabroma* hace un tímido intento de detenerla, ella no escucha, desengancha su hamaca y se va. Uno puede escuchar sonidos amortiguados de una canoa, luego el chapoteo de agua golpeado por una paleta.

Es mediodía cuando vuelve *Moriwë*. No parece notar la ausencia de su esposa. Toma unos cuantos plátanos maduros, rompe un pedazo de pastel y se acuesta. *Hebëwë* le oye de lejos como una invitación a venir a él. Cuando *Moriwë* se ha acercado, *Hebëwë* le informa de los últimos acontecimientos y de la huida de *Hiyomi*. *Moriwë* es todo menos hablador, vuelve a su fuego, se asegura de que sus flechas son rectas observando a lo largo de los ejes y los endereza en el calor de las brasas. Cuando se va, una mujer dice:

- ¿Por qué ir a buscarla?. Que la deje donde está.

Moriwë piensa que su esposa fue a *Wayabotorewë*, donde se encuentra su segundo hermano mayor. Por lo tanto, tomó el camino que conduce a ese grupo. Aunque estudia el terreno de cerca, no hay huellas que indicaran un viajero reciente. Sigue hasta que llega a una zona pantanosa donde obviamente nadie ha pasado por mucho tiempo. Lo único que queda por hacer es volver sobre sus pasos. Él está cerca de *Karohi* de nuevo cuando se encuentra con la fugitiva en las inmediaciones del huerto. Ella acepta regresar al refugio, dándose cuenta de que, con suficiente terquedad, la disputa terminará por desaparecer.

Su determinación da fruto; La gente finge ignorarlos, los comentarios desagradables se vuelven más raros. Cada día salen juntos, van a pescar, recogen frutas y orugas. *Moriwë* despeja una parcela en el bosque para establecer su huerta. Mientras el corta las viñas y los árboles, ella se sienta a poca distancia y teje la cestería para el hogar. Al hacer esto dan independencia económica a su asociación. Bajo circunstancias normales,

cada familia puede realmente cubrir todas sus necesidades, la comida proviene de incursiones en el bosque y de las plantaciones en la huerta, una pareja es muy capaz de fabricar todas las cosas necesarias para la existencia material.

El tiempo pasa. Una luna muere, otra aparece. *Karohi* disfruta de días tranquilos otra vez; Todo parece extrañamente aburrido después de tan grande agitación. El matrimonio incestuoso es ahora tolerado: *Moriwë* y *Hiyomi* han ganado.

Además, llega la noticia de la recuperación de *Hishokoiwë* y consecuentemente se rumorea que el suegro de *Hebëwë*, ha olvidando su resentimiento, desea que su yerno regrese. Las causas de la discordia han desaparecido y ya no se habla de separación.

Hebëwë está aburrido y ocioso, cada día inhala alucinógenos. Como él está buscando a una mujer, él piensa que podría tomar ventaja del caso *Hiyomi*. Al consentirse el incesto, *Moriwë* abrió un camino. En términos yanomami, son primos hermanos el uno del otro, hijos de hermanos, es decir, "*hermanos*", por lo tanto, derecho a las mismas mujeres. *Hebëwë* quiere olvidar que *Hiyomi* es una "*madre*" para él y sólo desea recordar que es la esposa de un "*hermano*". No descansará hasta poner su idea en ejecución, gira alrededor de la pareja, buscando un ocasión favorable. Una noche, *Hiyomi* baja al río para lavarse, *Hebëwë* la sigue. Ella está fascinada por la idea de tener un amante y no ofrece resistencia. De repente una luz brilla sobre ellos. Es *Moriwë* que sospechaba y se acerca a ellos sosteniendo un puñado de hojas ardiendo. Sorprendidos en el momento del orgasmo, *Hebëwë* se retira, mientras se aleja, escucha los gritos de *Hiyomi* golpeada por *Moriwë*.

Mientras tanto, en *Tayari*, la amistad entre *Tõhõwë* y *Erasiwë* ha continuado después de la partida de *Hebëwë*. En el siguiente hogar viven *Bokorawë* y *Yerusi*, y *Hisami* su hija crecida. El segundo marido de *Yerusi* es *Ayawë*, hermano mayor de *Tõhõwë*. *Ayawë* vive en otro lugar del *shabono*, a veces aparece al final del día, se acuesta cerca de *Yerusi* y permanece allí durante largos momentos, silencioso y casi inmóvil, acunando ocasionalmente en su cuerpo el último hijo de la casa. Su discreción es ejemplar. *Ayawë* y *Tõhõwë* participan en las actividades económicas de la familia *Bokorawë*. En verdad, sólo los jóvenes mayores están activamente involucrados. *Tõhõwë* sólo hace lo que quiere, a cambio del trabajo irregular que aporta, recibe de *Bokorawë* una porción de comida: plátanos tostados, un poco de pescado o carne hervida, frutas según la temporada. *Tõhõwë* comparte con *Erasiwë*, quien a su vez le ofrece una porción de la comida que recibe de su padre. Una solidaridad absoluta une a los dos jóvenes en todas las actividades de la vida cotidiana.

Tõhõwë era sólo un niño pequeño cuando perdió a su padre y a su madre. Fue criado por cada uno de sus hermanos mayores a su vez. Tuvo una juventud agradable, es complaciente cuando se solicita su ayuda. Tales cualidades son apreciadas en *Tayari*. Sus rabias, sin embargo, son extraordinariamente violentas, rompe y desgarrar cualquier cosa que caiga en sus manos, primero sus pertenencias y luego las de los demás, porque en su pasión ciega ya no teme a nadie. Después se retira en un absoluto y persistente silencio que nada puede romper. Él rechaza toda la comida. Estos ataques



Tõhõwë disparando a los peces.

indican en *Tõhõwë* una sensibilidad casi patológica, pero que revela tanto su delicada naturaleza como su fragilidad. De niño era mas bien feo. En la adolescencia refinó sus rasgos y dio a su cuerpo líneas más firmes, más armoniosas.

Tõhõwë tenía unos doce años cuando llegó a *Tayari*. Anteriormente había vivido en *Wayabotorewë* y en *Karohi*, donde todavía viven sus otros hermanos. Solía ir completamente desnudo. Recuerda que fue *Makokoiwë* quien vino a ceñir alrededor de sus caderas su primer taparrabos de lino rojo con la fragancia del nuevo tejido; Él tomó gran placer en usarlo. Solía masturbarse, el escupía sus manos e imitaba los empujes del coito, para los jóvenes indios, la masturbación debe imitar el coito tanto como sea posible. Luego llegó la pubertad. Su interés primero se volvió a las niñas "*verdes*", persuadió a varias a ir con él a los arbustos, donde se frotaba su pene recubierto de saliva contra sus vulvas o sus vientres inferiores. Dice que esta práctica hace daño al pene.

Observó cuidadosamente el color de su primer esperma: Se dice que aquellos cuyo esperma es amarillento engendran sólo niños condenados a morir jóvenes. Se sorprendió de que fuera bastante incoloro. Creyó durante mucho tiempo que las mujeres, al igual que los hombres, sólo tenían dos aberturas: el ano y la vagina que también sirve como uretra.

En *Tayari*, su apodo es "*Barbudo*", aunque apenas tiene barba. A menudo, los adultos se burlan de él diciendo:

- Tú, "*Barbudo*", te arrancas los pelos de la barbilla antes del amanecer, los ocultas durante el día y los replantas al anochecer.

Desde la partida de *Hebëwë*, su esposa, *Tabrobemi*, gira alrededor de *Tõhõwë*. Ella pasa la mayor parte de su tiempo cerca de él, usando como excusa las visitas requeridas por su amistad con *Hisami*. Ella le prodiga miradas ardientes. Juegan juntos en compañía de otros adolescentes. Hacen ruido, se persiguen y se muerden, chapotean mientras se bañan o ruedan alrededor en la arena. Al principio, *Tõhõwë* ignora los sentimientos que despierta en el corazón de la joven. En ningún momento se le ocurre que pudiera existir entre ellos nada más que una buena compañía. Mientras está en su grupo de edad, es una "*hija*" para él, a saber, una mujer con la que no puede tener una relación sexual. Su parentesco les permite ser libres entre sí sin despertar sospechas y prolongar sus lazos de amistad. De hecho, *Tabrobemi* es quien, enamorada, muestra el mayor afán y es la más emprendedora en la relación. *Tõhõwë*, por el contrario, se muestra muy ingenuo.

Tõhõwë descubre el lugar que *Tabrobemi* ocupa en su vida cuando ella se va por varios días con sus padres en una expedición de pesca a los pantanos. Sin darse cuenta, *Tõhõwë* se había acostumbrado a la presencia constante de la joven. Siente un extraño malestar, quiere verla de inmediato. Él encuentra esta separación insoportable y pierde su apetito, no puede sacar la imagen de la muchacha de su mente, ya no se interesa por nada. Durante un tiempo, piensa en seguirla, proponerle que huyan y vivan juntos en el bosque. Por el momento abandona a *Erasiwë* por un tiempo para establecerse en el hogar de *Tabrobemi*, donde se hace amigo del hermano de la niña, un niño de unos doce años, transfiriéndole el afecto que siente por su hermana. Él duerme con él, le ofrece muchos regalos de la comida,

Una mañana regresa, cargada de peces y frutas, con racimos de flores insertados a través de sus lóbulos de la oreja y su piel teñida de rojo. *Tõhõwë* apenas puede ocultar su emoción. En esos momentos su hermano pequeño le ofrece, sin duda a su antojo, un pescado ahumado cubierto con una hoja verde. *Tabrobemi* no está muy lejos, trayendo las frutas jenipapas con las que quiere prepararse para un tinte para la piel. *Tõhõwë* perfora agujeros en un pedazo de metal con un clavo para hacer un rallador, ella está trabajando, pero sus ojos están fijados insistentemente en él como para transmitir sus sentimientos. Las cáscaras carnudas de los frutos son ralladas y prensadas, cuando se extienden a secar sobre la piel, el jugo deja un tinte azul oscuro que dura varios días.

Al día siguiente el grupo entero va a un campamento en el bosque cerca de un lugar donde se pueden encontrar más frutas en abundancia. Los árboles que ofrecen estas frutas producen solamente cada cuatro años. Para explicar esta rareza, los indios dicen que *Trueno* es su amo y que retrasa su floración tanto como sea posible. Para obligar a *Trueno* a hacer que los árboles produzcan, los chamanes emprenden el viaje hacia la

bóveda celestial donde vive. Lo encuentran allí y al hacerlo caer en el agua, le dan un susto tal que les concede sus demandas: las flores aparecen, y pronto sus frutos.

Tõhõwë y *Erasiwë* quieren permanecer juntos en la misma choza. Alistan a los niños para recoger las hojas para el techo. Mientras marchan por el bosque, golpean contra un nido de avispas escondido debajo de una hoja grande. Los insectos excitados picaron a los que estaban delante y pusieron a todo el grupo en fuga. Cuando se reagrupan, los niños esperan a que las avispas se calmen, entonces se desafían mutuamente para ver quién tendrá el coraje de aplastar el nido con sus manos. Valiente como siempre, *Erasiwë* pasa. Él se acerca cautelosamente al nido lo más cerca que puede y, de repente, empujando las manos, aplasta a los insectos. Algunos han logrado escapar y picarle, pero estoicamente se mantiene de pie y protege sus ojos con las manos. Los niños se dispersan. Cuando regresan, llevando brazadas de hojas, *Tõhõwë* descubre una *anfisbena*, una especie de lagarto sin piernas, ciego e inofensivo, cuyo cuerpo está rodeado de rayas blancas y negras, pasa una parte de su vida subterránea. Los yanomami, que la clasifican entre las serpientes, están convencidos de que su mordida causa una hemorragia fatal. Los niños forman un círculo alrededor de él a una distancia prudente, observan el torpe rastreo del animal y juegan a obstaculizar su laborioso progreso lanzando obstáculos en su camino. *Erasiwë* observa:

- *Un Yanomami alto y fuerte debe haber muerto por un flechazo, porque ésta es un serpiente de buen tamaño.*

Los indios creen que un *anfisbena* sale de la columna vertebral de cada hombre muerto en la guerra. Sostienen que este lagarto está en contacto con el inframundo donde habitan el *amahiri*, de hecho, no es raro ver a uno emerger en la plaza central, pero la morada donde aparece no es nunca la del ser humano de quien vino. Cuando uno lo ve, uno pregunta:

- *¿Quién eres tú? ¿De dónde eres?*

Si tiene intenciones amistosas, la *anfisbena* hace ruidos agudos: *ei, ei, ei!*

Si permanece callado, es aconsejable desconfiar de él.

El crepúsculo ha llegado. En el horizonte, un resplandor ardiente proyecta resplandores rojo sangre en las nubes y en las altas copas de los árboles. Los chamanes afirman que el enrojecimiento de la puesta del sol es lanzado por un demonio que se prepara para contaminar los seres humanos. El enrojecimiento se oscurece y se convierte en púrpura. Lentamente la noche se extiende, una noche sin luna tan densa como la oscuridad de una cueva. La comida de la tarde se realiza la luz de los fuegos: una sopa de frutos *morë*, que parecen pequeñas aceitunas marrones, y plátanos asados. Cuando los frutos se trituran en agua, los fragmentos de piel oscura se adhieren a los dedos. Es difícil eliminarlos, y

los indios creen que causan males: los fragmentos que se tragan inadvertidamente reaparecen en la superficie de la piel. *Tõhõwë*, tiene un lunar en su pómulo izquierdo, prefiere cortarlo en lugar de soportar las burlas de los otros muchachos, que siempre se burlan de los defectos de otras personas. Ya que sigue regresando, debe quitarlo una y otra vez. Los jóvenes también se deshacen de las verrugas arrancándolas con una cuerda. Mejor soportar el dolor y el sangrado que exponerse a las burlas.

Tõhõwë y *Erasiwë* están terminando su comida cuando aparece un intermediario, enviado por *Tabrobemi*. Ella solicita mantener una hamaca vacía, vendrá en un momento, acompañada por *Hisami*. La felicidad de *Tõhõwë* se ve amortiguada por la aprensión, él la desea, pero sabe que va a cometer incesto. Las llamas de los fuegos se han calmado, dejando sólo brasas con un brillo que hace que parezcan vivos. Las chicas llegan, charlando como dos pájaros, con vivacidad y reprimidas risas. *Hisami* lleva debajo de su brazo una hamaca miserable de algodón mugriento que cuelga bajo la parte baja de la cabaña. Una ligera brisa conduce el humo acre de las brasas en esa dirección, haciendo la zona incómoda. *Tabrobemi* se instala en la hamaca que quedó vacía como había pedido. *Tõhõwë* siente su corazón latiendo en su pecho, un deseo imperioso lo aprieta y le hace burbujear de impaciencia. Su temor al incesto desaparece in situ. Él ya se habría unido a ella, lo impiden los fuegos que habían sido devueltos a la vida por los durmientes fríos y las llamas proyectan rayos de luz en su dirección.

Alrededor de ellos cesan las conversaciones, la gente se está durmiendo, algunos roncan, *Tabrobemi* agarra el brazo de *Tõhõwë* y lo acerca. Él se acerca a ella. Cerca de allí, *Hisami* y *Erasiwë* conversan para dar la impresión de que todo es normal. *Tabrobemi* se arquea para facilitar una penetración profunda, están cara a cara, las piernas de ella están envueltas alrededor de él, y sus manos ejercen presión sobre la espalda del joven. *Tõhõwë* siente el placer de su amante al notar una contracción en sus movimientos y en su cuello. Ellos descansan contentos uno junto al otro.

Ella dice:

- *Tienes que comer, sabes que debes comer.*

Él obedece, con sus dedos machaca las frutas de la palma del melocotón en el agua en una calabaza y en tragos largos bebe la mezcla que huele a avellana.

Los indios no conocen la función reproductora de los testículos y piensan que el esperma es producido directamente por el alimento que se come que sale del abdomen inferior. Por eso, dicen, es tan difícil conseguir una erección cuando uno tiene hambre.

El vigor de *Tõhõwë* ha vuelto y renueva el amor con *Tabrobemi*. *Hisami* hace ruidos impacientes, pero le suplican que espere un poco más. *Erasiwë* está durmiendo cuando finalmente se separan. Las dos chicas se deslizan silenciosamente en la oscuridad, teniendo cuidado de no despertar a los perros acurrucados cerca de los fuegos.

Por la mañana, *Tõhõwë* relata un sueño que ha tenido:

Abría la abertura de un nido de abejas alojado en un tronco de árbol. Estaba tirando los panales que contienen los excrementos de las abejas y dejando a un lado los huevos que quería asar y comer. Bajé los ojos y noté a Tabrobemi en la base del árbol, ella me estaba mirando. Sin hacer un sonido, sólo por los movimientos de mis labios, le hice entender que quería hacer el amor. Ella aceptó asintiendo con la cabeza. Bajé y dije: "Vamos a los arbustos". Fuimos a sentarnos, y añadí: "Hagamos el amor ahora." Pero oí ruidos de ramitas rotas acercándose, tenía miedo de que alguien se estuviera acercando y dije: "Olvidémoslo por hoy, alguien viene".

Comienzan ahora días maravillosos para *Tõhõwë*. Se reúne con *Tabrobemi* todos los días en el bosque. Con la connivencia de *Erasiwë*, *Hisami* y *Yebiwë*, organiza citas nocturnas. Cuando el grupo regresa al gran refugio, deben aumentar sus precauciones para que no se descubra su amor incestuoso. Una noche, *Tõhõwë* ordena a *Yebiwë* que organice una reunión con la joven que está fuera del refugio. Ella está con *Hisami*. Se abrazan por la cintura, se ríen y parecen estar pasando muy bien. *Yebiwë* la llama, le habla un momento y se desliza entre los troncos del techo para desaparecer en los matorrales que rodean el refugio. Un poco más tarde, *Tõhõwë* también sale, anunciando en voz alta que va a defecar. Él va a su encuentro. Exhausto quizás por demasiada actividad sexual, él no consigue inmediatamente una erección apropiada. Ellos se demoran. Cuando terminan, es el joven el que vuelve primero. En el borde del sendero encuentra a *Hishokoiwë* y otro joven que están esperando atentamente. *Tõhõwë* quiere ignorarlos, pero cuando llega a ellos dicen:

- ¡Eres incestuoso!

- ¿Qué término de parentesco usas cuando te diriges a ella?

- ¿No le dices "hija" a ella?

Los desprecia demasiado para responder y continúa su camino. *Tabrobemi* llega enseguida, la agarran y la arrastran hasta la orilla del río, aunque se defiende vigorosamente. *Tõhõwë* escucha sus gritos y sus sollozos, no puede ignorar lo que está sucediendo. Sabe que no la liberarán antes de poseerla. Él los odia, pero no se estremece.

Yebiwë y *Hisami* son una pareja casada. La diferencia de edad entre ellos es por lo menos treinta y cinco años. *Yebiwë* es un hombre mayor, su esposa todavía no ha realizado el ritual de la primera menstruación después del matrimonio. *Hisami* todavía vive en el hogar de sus padres. Ella visita a su marido sólo en ocasiones. Ahora sucede que, durante varios días, ella ha retenido obstinadamente sus favores y se aleja de él tan pronto como el anochecer se acerca. *Tõhõwë* ve en su actitud el resultado de insultos que ha presenciado, hace unos días, algunos chicos invitaron a *Hisami* a ir a hacer el amor con ellos. Ella se negó, y en su decepción le dijeron:

- *Somos jóvenes, todos nosotros. Tú prefieres "tener su vagina comida" por un anciano con las nalgas surcadas!*

La madre de *Hisami* es consciente de la reticencia de su hija, ella le advierte_

- *No debes tener miedo de tu marido o te convertirás rápidamente en una anciana.*

Así dicen los Yanomami de mujeres que temen a sus maridos.

A cambio de la ayuda que le dio a *Tõhõwë* en su historia de amor, *Yebiwë* le pide desesperadamente que le lleve a *Hisami* a él. *Tõhõwë* llama a la chica, le dice que quiere conversar, cuando la chica se inclina hacia él para escuchar, la toma por la mano y la cintura y la lleva a la hamaca de *Yebiwë* donde la obliga a acostarse. Ella grita, llora ruidosamente, lucha, y dice:

- *¡Cuidado! ¡Déjame ir!*

Ella hace tal alboroto que *Yebiwë* prefiere dejarla ir.

Es de noche; todos están durmiendo. *Tõhõwë* se despierta con necesidad de orinar, probablemente por la ingesta de plátanos con los cuales se rellenó todo el día. Medio dormido quiere poner los pies en el suelo, encuentra *Yebiwë* inexplicablemente en cuclillas debajo de él:

- *¿Qué estás haciendo ahí?*

- *Oí una rata y quería matarla.*

Al amanecer, *Tõhõwë* busca en vano su tapón de tabaco, que estaba seguro de haber dejado en un tronco. De repente entiende que *Yebiwë* lo estaba robando cuando fue a orinar. No esconde su insatisfacción: el tabaco es escaso en este momento.

Varias veces, *Bosiarima* envía a *Hebëwë* la palabra que él es bienvenido otra vez. El problema entre *Hebëwë* y *Hishokoiwë* ha sido olvidado y nada impide su regreso a *Tayari*.

Hebëwë lo haría si la gente en *Karohi* no le advirtiera contra un regreso prematuro a *Tayari*. No debe mostrar ningún afán, para protegerse de las malas palabras de las mujeres, que están siempre listas para recordar recuerdos desagradables. *Bosiarima* apura el regreso de su yerno; A través de los buenos oficios de los visitantes que viajan de un grupo a otro, se encarga de enviar mensajes. Deja saber que nadie encontrará causa para criticar el regreso de *Hebëwë*, puesto que ella misma está asumiendo la responsabilidad por él, promete que su hija vivirá con *Hebëwë*. Esta última razón resulta concluyente, en una mañana soleada, *Hebëwë* se dirige hacia *Tayari*, donde llega sin demora.

Se reúne con sus dos amigos. Un momento embarazoso ocurre cuando *Tabrobemi* llega con su hamaca sobre su hombro en cumplimiento de las garantías de sus padres. *Hebëwë* está a punto de decirle que cuelgue su hamaca debajo de la suya, entonces él piensa mejor y considera lo torpe que será para su esposa y para él vivir con la presencia constante de los dos jóvenes, y qué tentación será tener a esta joven viviendo junto a ellos. Cuando se trata de mujeres, ningún Yanomami tiene fe en su vecino; La prudencia dicta desconfiar incluso de los mejores amigos. Todo el mundo conoce su propia mente y consecuentemente las mentes de los demás. Tomando todo esto en cuenta, *Hebëwë* envía a su esposa a establecerse en el hogar de *Yebiwë*: *Yebiwë* está solo, y ahí es donde vivirán.

Para *Tõhõwë*, la obediencia de *Tabrobemi* a los mandamientos de su padre es un desamor, una traición. Ni por un instante se imagina que podría estar sufriendo tanto como él, que se le pide que se someta, no a elegir. El retorno inesperado de *Hebëwë* supone una gran decepción por la que *Tõhõwë* y *Tabrobemi* se culpan mutuamente. Una terrible tristeza se apodera de *Tõhõwë*: *Tabrobemi* es ahora una esposa, nunca volverá a estar enteramente disponible para las intrigas amorosas. *Hebëwë*, que no sospecha nada, se acuesta junto a su amigo, feliz de estar con él y de bromear a la vieja manera familiar. *Tõhõwë* oculta su dolor y hace un show de buena comunión.

En su amargura, *Tõhõwë* se niega a dar a *Tabrobemi* un regalo que le había prometido. Ya no está dispuesto a hablar con ella y asume un aire de total desprecio. Se aprovecha de la aturdida condición de *Hebëwë* después de una sesión de toma de alucinógenos para hacerle saber a *Tabrobemi* lo decepcionado que está:

- *Nunca más seré tu amigo. Estoy enojado y enfadado. Te prometí unas cuentas blancas, puedes mirarme fijamente y rogarme todo lo que quieras, pero no las conseguirás.*

Ella responde:

- *Tu resentimiento es inútil.*

Tõhõwë va a los extremos, es injusto, pero ha sido herido, y su decepción lo ciega y nubla su mente.

La demostración de indiferencia que ha jurado defender no resiste al tiempo. Si ambos deben adaptarse a la presencia de *Hebëwë*, ellos se ajustarán. *Tõhõwë* envía a su amante las cuentas prometidas y un trozo de tela. Este gesto disipa inmediatamente la restricción que estaban sintiendo. A última hora de la tarde, *Hebëwë* y *Yebiwe* van a pescar. *Tabrobemi* y *Hisami* se acercan a *Tõhõwë*, se sientan en el borde de su hamaca mientras dura la luz del día, y luego se acuestan en ella tan pronto como cae la oscuridad. Los amantes se deleitan en su reunión, en reconocer el olor de sus cuerpos y sentir su calor. Conversan durante mucho tiempo, ajenos al paso del tiempo. Están a punto de acercarse a un abrazo de amantes cuando *Hisami* les advierte del regreso de *Hebëwë*.

Rápidamente, las chicas salen de la hamaca y pretenden estar interesadas en el bagre que los pescadores están trayendo de vuelta.

Con cautela, *Tõhõwë* y *Tabrobemi* reanudan sus reuniones secretas, ayudados por sus amigos como antes. Son lo suficientemente inteligentes como para no despertar la sospecha de *Hebëwë*. Una noche, sin embargo, la locura de *Hisami* casi lo arruina todo. Están juntos cerca del mismo fuego. *Tabrobemi* y *Hisami* están tumbadas de pies a cabeza en la misma hamaca, *Tõhõwë* y *Hebëwë* en otra. Las dos chicas están tan emocionadas que siguen estallando en risas irrelevantes e histéricas, gritan obscenidades y patean los utensilios domésticos. El alboroto es tan grande que se les pide que se calmen. Se niegan a escuchar, de modo que *Tõhõwë* se levanta en exasperación y presiona los templos de *Hisami* entre sus puños. La aprieta tan fuerte que ella estalla en sollozos y gritos:

-Déjame en paz, "comedor de vagina" de Tabrobemi !

Tõhõwë está aturdido. Él sabe que *Hebëwë* ha oído pero quiere demostrar que no tiene miedo. Regresa a su lugar en la hamaca. *Hebëwë* simplemente dice:

- ¡Eso es todo!

Se queda en silencio por un momento, luego prosigue en voz baja:

- ¿Tenías miedo cuando ella hablaba?

-No.

- No estaré enojado contigo, seguimos siendo buenos amigos.

Parte I. El Gran Refugio día a día.

3. La vida de las mujeres

El calor es insoportable. Las hamacas, hinchadas por cuerpos postrados, oscilan imperceptiblemente. Alrededor del refugio hay una multitud de plátanos de todas las especies que conforman el huerto. Se pueden reconocer los plátanos con sus hermosas hojas delicadamente bordeadas y manchadas de color rojo sangre, las *tabitabirimi* con sus hojas ligeras y frágiles que revolotean en el viento, y las *baushimi* con vástagos vagamente amarillentos. También se pueden reconocer los tallos robustos de color violeta de los *rõkõmi*. Nuevas hojas están desenrollando sus pergaminos. Al lado del refugio, donde el techo termina casi al nivel del suelo, se levantan algunas palmas *rasha* con sus troncos espinosos y sus hermosos y brillantes frutos verdes colgando en gruesos racimos. Crujen las palmas en la luz, la brisa cálida y húmeda sobre la vegetación circundante. Cerca, el borde del bosque levanta su gruesa cortina, más allá de la cual suena el canto de las cigarras. *Remaema* escucha su canto y, modulando su voz a la suya para acelerar la maduración de la *rasha*, de la que le gusta, murmura:

-Rojo, teñirse de rojo. Rojo, teñirse de rojo.

Se dice que las cigarras anuncian la inminente maduración de la *rasha*.

Un cazador llega a casa, caminando con pasos apresurados bajo el opresivo sol, un zarcillo se balancea sobre su espalda, el pájaro blanco se clava en los tapones de su oreja. Algunos jóvenes se pelean, rebosando de magnífica insolencia. Cerca de *Remaema*, una joven madre lleva un recién nacido en sus brazos, una débil sonrisa revela sus dientes regulares, ella frota juguetonamente su dedo índice en la vulva del niño, le pega un mechón de pelo en el pubis y dice:

- Así será cuando ella crezca.

Una mujer está hilando y charlando con *Mabroma*; *Hebëwë* está perplejo, percibiendo algo inusual, trata de contar los dedos de su vecina, mientras ella charla sin prestarle atención. Coloca un dedo frente a cada uno de los dedos de la mujer, descubre lo extraño de ese pie: tiene un dedo extra. Para llegar a esa conclusión, *Hebëwë* tuvo que concentrar toda su atención. El sistema numérico de los Yanomami es rudimentario: uno, dos y más de dos. Para contar cantidades mayores usan los dedos de la mano y, si es necesario, los de los pies. Se pueden escuchar declaraciones como:

"Muchos visitantes llegaron ayer: había dos hombres, dos más, uno más; Mujeres, pude distinguir dos y una más; Había tantos niños como mujeres". Todo esto dijo con la ayuda tangible de los dedos. Tales

aproximaciones son suficientes. Todavía, *Hebëwë* está sorprendido por su descubrimiento, lo reporta con ansiedad a su hermano mayor, y los dos de inmediato se divierten a costa de la pobre mujer.

Kaõmawë, su esposa y sus cuatro hijos están visitando familiares en una comunidad vecina, *Wayabotorewë*. *Kaõmawë* había oído que allí habría una fiesta, se decía que los anfitriones estaban bien provistos de maravillosas semillas alucinógenas, como se encontraba en extrema necesidad, decidió ir allí para obtener algunas. Estas semillas se recolectan en árboles silvestres que crecen en altas sabanas arbustivas. Es el famoso *yopo*, que llega a las comunidades forestales a través de largas cadenas de intercambios a lo largo de rutas comerciales a menudo complejas. Cuando *Kaõmawë* llegó con su familia al refugio colectivo de *Wayabotorewë*, recibió una acogida amistosa. De inmediato se le ofreció tabaco y comida, según lo prescrito para los visitantes. Hay muchas personas a las que *Kaõmawë* llama "*cuñado*" o "*hijo*".

Hebëwë nació cerca, en un sitio llamado *makorima*. En esos días, *Wayabotorewë* y *Karohi* formaron una sola comunidad. Un día, *Kaõmawë* y sus hermanos decidieron preparar un nuevo huerto en la misma orilla del "*río de lluvias*". Las primeras cosechas fueron excelentes, y como el lugar era atractivo, decidieron mudarse allí. Otros se negaron a unirse a ellos y prefirieron permanecer en su sitio antiguo, que encontraron cómodo. Se separaron sin ninguna disputa -lo que no siempre ocurre cuando una comunidad se divide- y continuaron manteniendo buenas relaciones de vecindad.

Cuando el líder de una facción toma una decisión, él se compromete sólo a sí mismo y a los que están estrechamente ligados a él. Los demás hacen lo que quieren. Los "*jefes*" Yanomami ejercen sólo autoridad moral. Sólo pueden confiar en su prestigio y en la posibilidad de reunir a otros por medio de la persuasión. No pueden usar coacción, ni pueden obligar a los posibles rebeldes. Incluso en expediciones guerreras, la participación es opcional y depende únicamente del código moral imperante: la obligación de mostrar valor o vengar a un pariente. La cohesión de un grupo es débil y puede haber muchos desacuerdos. Toda la interacción política dentro del asentamiento es un equilibrio frágil y sutil entre los diferentes linajes que conforman el grupo, las facciones y las maniobras de los líderes individuales. Cualquiera de una serie de circunstancias, tales como intereses divergentes, la competencia por la posesión de mujeres, o el adulterio, puede destruir este equilibrio. Entonces ocurren peleas de garrotes, separaciones y a veces guerras.

Kaõmawë se relaja en su hamaca cuando es llamado a atender a un niño enfermo. El chamán inhala la droga ya preparada para él y pronto es *hekura*. Su canto dice:

El rasga abajo del águila harpía
y aunque solamente tomó un poco,

el cubre totalmente su cabeza.
El *hekura* canta y baila
ellos cazan tucanes
para tejer coronas
con las plumas.

El niño está sentado en silencio. Mordisquea una torta de mandioca mientras el chamán saca de su cuerpo a los demonios de la enfermedad.

Mientras tanto, *Hebëwë* y *Kremoanawë* sólo tienen ojos para *Bawahoma*, que vive en el siguiente hogar. Ella es una joven hermosa, su cara es redonda, sus pechos firmes, su espalda describe



Bawahoma.

una curva elegante. Ella está dando toques finales a su arreglo con deliberación estudiada. Un delgado palo pulido atraviesa su tabique nasal. Dos más cortos se implantan en los extremos de su boca, otro en el centro de su labio inferior. Cuando ella habla o come, todo esto se agita extrañamente, como las cerdas de un puerco espín. Siendo huérfana, vive con su abuela materna, que la necesita para las tareas domésticas. Es por eso que *Bawahoma* sigue soltera. La anciana no puede decidirse a casarla, para no perderla. La mira celosamente y la mantiene lejos de los muchachos tanto como sea posible.

Los dos hermanos revolotean alrededor de la ocupada joven provocando la ira de la anciana. Está tan furiosa que arruina un manojo de pescados que cocinaba en las brasas. Los jóvenes no le perdonan sus burlas, dicen que la abuela está celosa de su nieta como un marido está celoso de su esposa:

Ella sospecha que su nieta le está siendo infiel. ¿Cómo es eso posible?

Tal vez la abuela se case con la chica.

¿Qué diría si la atrajéramos al bosque?

Usted sería golpeado.

Al acercarse la noche, notan la ausencia de las dos mujeres y se preguntan qué están haciendo: ¿Dónde están?

Bawahoma está escoltando a su hombre en una caza de perdices, porque él, como cualquier marido celoso, no puede soportar dejarla sola en su casa.

Al día siguiente, las mujeres se van al bosque. Cruzan una parte del huerto antes de llegar a la sombra fresca bajo el dosel del bosque. Caminan en una fila, sin prisa, las cestas que llevan en la espalda se balancean al ritmo de sus pasos, los bebés gordos y gimoteando montan en sus caderas. Las niñas corren rápidamente entre ellas. Parecen pasear, como si no tuvieran nada que hacer. Pronto salen del camino, uno se pregunta dónde podrían ir, pero ellas están perfectamente familiarizadas con el terreno, siempre saben dónde están. Un tocón viejo en las últimas



Mujeres que vuelven de recolectar madera.

etapas de la decadencia, una raíz nudosa que se muestra sobre el suelo, un tronco de árbol inclinado tachonado de espinas, todo les es familiar. Llegan a la orilla de un riachuelo, donde se sientan a charlar a gusto. Una de ellos toma su asiento en las ramas inferiores de un árbol que se inclina sobre el agua, desenrolla una línea de pesca, y lo lanza con un movimiento casual pero preciso. Un enjambre de mosquitos se precipita sobre ellas y uno puede oír los agudos golpes sobre la piel desnuda. A veces, un insecto hinchado de sangre se eleva fuertemente, siguen su vuelo y lo aplastan con una hoja para no ensuciarse los dedos.

La pescadora coge unos cuantos peces pequeños que lanza en la orilla donde se agitan durante mucho tiempo antes de sofocarse. Algunas de ellas conciben la idea de ir a un agujero de agua cercano, casi seco en este momento. Se meten en el barro hasta sus vientres, empujando ante ellas una larga red de fibras vegetales para atrapar peces. Tan pronto como un pez llega a la superficie del agua sucia, lo aturden con un palo, lo atrapan y rompen su columna vertebral. Algunos peces, largos como anguilas y con cabezas estrechas, desaparecen en el lodo líquido donde no pueden ser encontrados. Las mujeres metódicamente cubren todo el estanque de esta manera, sin cesar su charla alegre. Luego limpian la captura apilada en el borde del agua y hacen paquetes ordenados con hojas y enredaderas.



Termitas soldado, sus cabezas se pueden comer.

Cansadas de la molestia de los mosquitos, prefieren reanudar su paseo río arriba a lo largo del arroyo que alimenta el pantano. Se dan cuenta de un lugar donde el suelo ha sido perturbado, se inclinan y reconocen un nido de grandes termitas llamadas *oshe* que gustan mordisquear el plátano tostado. Cortaron unas delgadas varillas para rascar el

suelo y descubrir los túneles más altos. Una de ellas encuentra un agujero profundo en el que empuja una caña. Las termitas soldado muerden la caña con sus poderosas mandíbulas y permanecen sujetas a ella, sólo deben sacar la caña para atraparlas. Pero las termitas son muy pocas: las mujeres pronto pierden interés y reanudan su paseo y su charla.

Durante un tiempo la conversación ha sido sobre el incesto cometido por *Brahaima* y *Makokoiwë*, un escándalo que esos momentos causaba bastante revuelo. Hace una luna, *Brahaima* fue a vivir un tiempo a *Tayari*. Se rumoreaba que *Bokorawë* la quería como su segunda esposa, pero antes comenzó la relación entre ella y *Makokoiwë*, el hijo de *Bokorawë*. Ellos corrieron lejos en el bosque para disfrutar su amor, decididos a ignorar las inevitables críticas y peleas. Mientras se abren paso bajo los árboles, las mujeres encuentran oportuno recordar que *Brahaima* es libre de hacer el amor desde que su esposo murió y que su deseo sexual es desenfrenado.

Ella solía llevar su hamaca al bosque y atraer incluso a los niños con los que haría el amor.

Ahora ella tiene su "*vagina comida*" por un "*hijo*". Ella solía llamarlo "*mi pene*." Él la llamaba "*madre*". Ahora fornican juntos y quieren olvidar su parentesco.

Ella no se va quemar cuando sea cremada. Los cuerpos de los que



Mujer cocinando.

se dedican al incesto no creman bien, las uñas no se queman y los ojos permanecen intactos en las llamas; Sólo el pelo se enciende fácilmente. Es necesario agregar más y más leña para completar el trabajo. Es un oso hormiguero, es un perezoso. Ella cambiará en uno u otro de estos animales, pues ellos mismos cambiaron en bestias después de complacer en incesto.

Las mujeres avanzan lentamente. De vez en cuando señalan frutos de palmera maduros, luego sienten que olvidaron traer sus machetes. Una vez que sucede que una de ellas se enfrenta equivocadamente a un nido de avispas y es picada. Ella huye riendo, protegiendo sus ojos con su mano. Las otras caminan cautelosamente alrededor del nido.

La pescadora obstinadamente arroja su línea al agua cada vez que una parada le da una oportunidad. Al perseverar, captura bastante pescado para proporcionar generosamente en la comida del mediodía. En un momento están bastante alarmadas: han reconocido los movimientos reptiles de la terrible *Bothrops atrox*, cuya mordedura es a veces fatal. Están tentadas a perseguirla y matarla, pero la precaución prevalece. A veces una de ellos baja una bella vid, recta y lisa, que utilizará para confeccionar una canasta de transporte o alguna otra pieza de cestería. Se agachan para recoger leña muerta, romperla y olerla, si está seca, la llevan en las cestas de sus espaldas.

El sol está en el cenit cuando regresan. Es hora de preparar la comida: los hombres están a punto de regresar del huerto o de la caza, y los niños tienen hambre. En la plaza central algunos muchachos juegan al quemar la hierba; *Hebëwë* escoge a uno de ellos, a quien pide que se acerque. Su nombre es *Yimikakiwë* - oreja - porque sus orejas son realmente grandes y se destacan en su cabeza. *Hebëwë* lo hace bailar delante de él, le ordena que tire de los lóbulos de sus orejas con todas sus fuerzas:

- Tira, tira fuerte! Ve a las mujeres que están mirando si tienes miedo de ellas. Baila. Y tira de nuevo, sabrán que eres valiente.

Mientras tanto, *Kaõmawë* ha obtenido la droga que quería: un paquete completo que ha envuelto y atado cuidadosamente. La familia saldrá mañana para volver a *Karohi*. *Kremoanawë* y *Hebëwë* no pudieron frustrar la vigilancia de la abuela y *Bawahoma* permaneció inaccesible, indefensos y furiosos, persiguen a la anciana con sus sarcásticos comentarios.

Aguas abajo, pero a cierta distancia del Orinoco, se puede encontrar el antiguo sitio de *Korita*, los cazadores que van allí todavía pueden distinguir las huellas del antiguo asentamiento. Ahí es donde *Hiyomi* nació hace apenas veinte años, ella creció y pasó una infancia feliz allí.



Hiyomi

Debía de tener diez años cuando, una noche, una novia vino a acostarse junto a ella. Estaban de buen humor y charlaban hasta la noche. De repente, *Hiyomi* sintió la mano de su compañera en sus genitales, ella se rió pero no hizo ningún movimiento. La otra puso su boca en su oído y susurró:

- *¡Vamos a hacer el amor!*

- *No, no quiero.*

- *Trata. No tengas miedo, verás que es agradable.*

- *No, las mujeres no se sienten atraídas unas a otras.*

La otra muchacha insistió tanto que finalmente accedió. Descubrió entonces que las prolongadas caricias podían dar placer. Aprendió a reconquistar las sensaciones que experimentaba con su amiga: podía lograr el disfrute de su propio cuerpo. Salía sola para frotar su vulva suavemente contra una joroba en el tronco de un árbol, o invitaba a su amiga, o a otras que iniciaría a su vez.

Apenas había tenido su primer período que se casó con un hombre que ya tenía dos esposas. *Hiyomi* pasó a ser la más joven, la más bonita también. El marido no podía mostrar abiertamente su preferencia por ella, temía los celos de su principal esposa, que maltrataba a *Hiyomi* y la cargaba con tareas desagradables. Por lo general, la primera esposa, la más antigua, goza de una especie de preferencia sobre las demás en el hogar, ella es la que supervisa las tareas domésticas de las mujeres, siempre que no sea demasiado vieja. En ese caso, su valor sexual y su valor económico pueden caer en nada, ella es entonces casi abandonada por el marido y debe depender de sus hijos para la comida, la gente hace el amor descaradamente en su presencia.

Hiyomi fue deflorada sin sutileza. Ella experimentó poco placer en acoplamientos furtivos, así que tuvo que buscar algo que pudiera satisfacerla mejor. Regresó a sus prácticas anteriores y se reunió secretamente con jóvenes de la comunidad a quienes consideraba más

atractivos. ¡Pero qué ansiedad! Tenía que tomar precauciones elaboradas: su marido era tan cruel y violento que seguramente la habría matado si hubiera descubierto que estaba haciendo el amor con otros. Un día, cuando estaba sola en el huerto, dejando vagar su imaginación, llena de deseo sexual y fantasías, quería masturbarse. Su mirada se fijó en los brotes de plátano que salían del suelo como lenguas. Examinó el entorno y dio unos cuantos giros alrededor del huerto para cerciorarse de que estaba sola. Luego se agachó, introdujo en su vagina la delgada punta de un brote y comenzó los movimientos rítmicos del coito. Ella estaba en esa posición, sintiendo las primeras sensaciones que preceden al orgasmo cuando, de repente, su corazón saltó: un joven estaba de pie cerca, mirándola. Estaba avergonzada y desconcertada. Él estalló en una sonrisa, satisfecho con la ventaja que tenía sobre ella, entonces propuso:

- *¡Vamos a hacer el amor!*

Ella estuvo de acuerdo y fueron a cubrirse bajo los altos árboles.

Su marido murió. Se lamentaba sin arrepentimiento. Ella no lo amaba. El joven que la había sorprendido en el jardín la quería por esposa. Los hermanos de *Hiyomi* se opusieron al partido. Los dos amantes decidieron entonces huir al bosque. Tomaron su hamaca y algunos fósforos, pero se olvidaron de traer un machete. Era la altura de la estación lluviosa, los arroyos estaban hinchados, el bosque inundado e infestado de mosquitos. Para no ser descubiertos fácilmente, caminaron lo más lejos que pudieron. Armaron un albergue, rompieron los árboles con las manos y los pies, cortaron las vides con los dientes y rompieron la madera golpeándola en el suelo o contra tocones viejos. Todo estaba mojado y saturado de humedad: el fuego fumaba mucho tiempo antes de formarse, se turnaban soplando sobre el o abanicándolo con hojas dobladas. No tenían nada sustancial para comer, durante el día vagaban bajo la lluvia buscando frutos silvestres; Tenían que conformarse con una cantera indigna. Pasaron sus noches haciendo el amor. Con poca comida o sueño, sólo podían durar mientras su pasión los sostuviera. Cuando las limitaciones materiales y el cansancio sexual se volvieron demasiado fuertes, su relación se agrió y decidieron regresar. *Hiyomi* fue abandonada en la entrada del refugio, su compañero se puso bajo la protección de sus parientes. Ella volvió con sus hermanos manchada de barro, exhausta y hambrienta. Su piel estaba cubierta de picaduras de insectos, sus piernas y pies estaban tomados por espinas y sangrados. Para castigarla, quemaron sus muslos y nalgas con carbones y la golpearon en la cabeza con troncos. Sus pechos, sus hombros, su espalda y sus muslos estaban cubiertos de sangre.

Su estado viudo la hizo libre, pero sus desgracias continuaron. Esto es lo que dice acerca de sucesos posteriores:

Yo era viuda. Mis hermanos mayores seguían pensando en las calabazas que contenían las cenizas de mi marido, esto los

hizo hoscas, y se negaron a darme a otro. Sin embargo, el marido de *Akahimi*, que me quería para una segunda esposa, seguía preguntándome y estaba furioso al encontrarse con constantes rechazos. Mi hermano menor se había puesto a su lado. Aparecieron un día armados con palos, decididos a pelear si no recibían una respuesta favorable. Mis hermanos mayores se pusieron de pie ante sus adversarios. Para evitar un choque directo, cada lado tomó uno de mis brazos e intentó arrastrarme lejos. Tiraron con tanta fuerza que la piel de mis muñecas cedió y yo grité de dolor; Pero a nadie le importaba. El marido de *Akahimi* y mi hermano menor fracasaron, no pudieron llevarme. Sin embargo, no dejaron de molestarnos, a mis hermanos mayores ya mí. Mi hermano menor y sus aliados lucharon contra nosotros con palos y fueron nuevamente derrotados. Mis hermanos mayores eran muy valientes, no temían a nadie. Enojado con la rabia impotente, mi hermano menor trató de hacernos salir incendiando nuestra azotea. Mis hermanos mayores prendieron fuego al resto del *shabono*, arrancaron las plantas de tabaco, maíz y mandioca de sus adversarios y cortaron sus plátanos. El marido de *Akahimi* hizo lo mismo en nuestro huerto. No teníamos nada para comer, ya no teníamos un refugio, y en cualquier momento temíamos ser asesinados. La vida se había vuelto imposible; Es por eso que el marido de *Natoma*, su familia y yo llegamos a *Karohi*, mientras que mi otro hermano mayor y su familia fueron a *Wayabotorewë*. Ya no queremos a nuestro hermano menor, lo odiamos, algún día lo mataremos.

Tal era la vida de *Hiyomi*, la vida de una mujer. Ha pasado tiempo desde su matrimonio incestuoso con *Moriwë*, los disturbios, el escándalo provocado por su unión han disminuido. Los comentarios punzantes han cesado. La pareja ahora puede vivir días de paz. No hace mucho, *Hiyomi* descubrió que estaba embarazada. Ahora su vientre es ligeramente redondeado y sus pezones han tomado un tono más oscuro. Felizmente, especula sobre el sexo del futuro hijo. Como ella prefiere a un muchacho, ella está en la búsqueda de presagios: Si las ramitas se enredan en sus dedos del pie cuando está caminando en el bosque, ella concluye que tendrá un muchacho, si los plátanos que asa sobre las brasas se separan longitudinalmente, deduce que será una niña. Ella coge un saltamontes, saca las largas patas traseras, que ella coloca en las brasas, diciendo:

-Será un macho, un macho, un macho!

Si las piernas se agrietan con un crujido, ella afirma:

- ¡Es la voz de un chico!

Y ella es feliz. Si las piernas permanecen mudas, entonces ella se calla y piensa que será una chica. No importa que los presagios estén en conflicto ella multiplica sus experimentos y los interpreta según sus deseos.

Cerca de *Hiyomi*, que está soñando despierta, la hermana de *Moriwë* está jugando con un ratón domesticado, a través de sus orejas, que ha perforado, ella tiene colgantes roscados con las cuentas azules y rojas alternas. A veces maneja el ratón demasiado bruscamente y chilla con dolor. Cuando la niña se distrae, el animal se desliza entre los troncos verticales que cierran el extremo bajo del techo contra el mundo exterior. El ratón no se puede encontrar por un largo tiempo, y la niña llora, pensando que se ha perdido.

Hiyomi se une a las mujeres que van al huerto para traer algo de plátano. *Kremoanawë* la sigue a distancia. Cuando está sola, él se acerca a ella, la agarra por el brazo y quiere separarla para hacer el amor. Ella le señala:

- ¿No ves mi barriga?

Él no escucha, y comienza una lucha: *Kremoanawë* quiere tomarla por la fuerza. Se las arregla para liberarse, abandona su canasto y corre hacia el refugio sacudida por un ataque de sollozos. Ha tenido suficiente de hombres que quieren usarla y de un marido que siempre la sospecha. Una rabia destructiva se apodera de ella, ella pisotea las hermosas calabazas que estaba puliendo tan cuidadosamente el día anterior. *Mabroma* quiere calmarla; *T^hëõma* la invita y la consuela.

T^hëõma puede entender a *Hiyomi*: Ella tampoco es feliz. Había acompañado a su primer marido a *Krauwë*, donde residía, ella fue tratada tan brutalmente que temió por su vida y se refugió en *Karohi*. Cuando los jóvenes de *Karohi* vieron que ella era joven y sin protección, se aprovecharon de ella uno tras otro. *Frërema* era el más decidido, el quería que ella fuera su esposa. Él la maltrató y la golpeó cruelmente, y ella aprendió que para defenderse debía hacerle pagar los golpes que él le dio. A veces ella se negó a entrar en el bosque e ignoró sus amenazas, a veces ella dejó de preparar las comidas, o bien ella rompió algunos utensilios de la casa.

Después del nacimiento de su primer hijo, *Frërema* no dejó de sospechar.

Adulterio a pesar de que se le prohibía tener relaciones sexuales. Contrario a la costumbre, insistió en llevarla con él en una expedición de caza a largo plazo. Tenía que acompañarlo en las largas marchas. Un día, cansada de llevar al niño y arrastrarse después de los cazadores, se aprovechó de un alto para huir. Regresó al campamento, donde encontró a *Moriwë*, que estaba enfermo y se había quedado para vigilar la parrilla. Aún era un niño. Pensó: ¿Por qué vuelve sola?

Se sentó en silencio y se calentó ante el fuego. Llevaba a su hijo, sostenido contra ella por una correa de corteza. De repente *Frërema* apareció, hirviendo de rabia. Tomó una flecha con punta de arpón por la culata y la hundió en su muslo, el la golpeó con una vara encendida. Protegía al bebé que lloraba lo mejor que podía, en un momento, frenética de miedo, gritó a *Moriwë*:

- ¡Lleva a mi hijo! ¡Llévalo rápido, lo va a matar!

Pero *Moriwë* no estaba a punto de involucrarse en una pelea que no le preocupaba, y tenía miedo. No se movió.

Tales fueron los inicios de su matrimonio con *Frërema*. Desde entonces, ha aprendido a ganar respeto, por lo tanto es golpeada con menos frecuencia que antes. Ella tiene dos hijos: una niña de ocho años llamada *Boshomi* - pequeña tortuga - y un hijo de un año. *Frërema*, que respeta la prohibición de las relaciones sexuales durante toda la lactancia, no puede hacer el amor con ella. Él sodomiza a un muchacho joven y tiene un asunto con *Ritimi*, que resuelve en el bosque. *Thëõma* es celosa de su rival más joven y más bonita, la denuncia públicamente y la exaspera con comentarios hirientes. Ayer, *Ritimi* en un ataque de temperamento rompió sus collares de cuentas; en venganza, *Thëõma* la quemó en el pubis con una brasa.

Aunque las mujeres sufren bajo dominación masculina, tienen medios de hacer frente a ella. Forman grupos de ayuda mutua informalmente dirigidos por una o más ancianas que las guían en la búsqueda de frutas, recogiendo ranas o insectos, o la caza de cangrejos. Estas matronas son experimentadas y pueden dar buenos consejos. Las mujeres tienen sus propios pequeños secretos, sus propias prácticas mágicas, sus propios dominios. Se ayudan mutuamente y son insustituibles en la vida económica de la comunidad. Las ancianas que ya no son sexualmente atractivas pueden tener un papel en los asuntos políticos. En caso de intercambios con los visitantes, instan a los hombres a ser menos generosos. Durante las peleas internas o enfrentamientos armados, incitan a la violencia, llaman a la venganza y estimulan la agresividad de los hombres. Las más sabias son consejeras respetadas por sus maridos.

Hiyomi está observando el progreso de su embarazo. Ella se ha sacado los ornamentos de la oreja, que la costumbre le prohíbe usar de ahora en adelante. Debe evitar mirar en dirección al muelle donde están amarradas las canoas, la mirada de una mujer embarazada hace que se rompa la madera. En tiempos pasados, cuando los Yanomami todavía cocinaban en macetas de barro, a las mujeres embarazadas no se les permitía manejar las ollas por temor a que pudieran romperse. *Hiyomi* y *Moriwë* evitan comer el pez más grande: su espíritu, o más bien el principio vital que los habita, puede tomar posesión del feto y atormentarlo hasta la muerte. Como todas las mujeres embarazadas, le disgusta el sabor de ciertos alimentos: el pescado generalmente es nauseabundo, los plátanos

tostados de repente adquieren un sabor desagradable, Las bebidas hechas con los frutos de las palmas *hoko* y *kareshi* tienen el olor rancio del recién nacido. *Moriwë* comparte los disgustos de su esposa, participa así de su embarazo.

Una mañana, los dolores y las contracciones uterinas advierten a *Hiyomi* que el nacimiento es inminente. Ella permanece en su hamaca hasta que siente que el tiempo ha venido. Envía aviso a la madre de *Moriwë* y a *Natoma*, la esposa de su hermano, y luego se desliza por el estrecho paso abierto cerca de su hogar en la base del techo. Evita el vecindario inmediato del refugio, manchado por la defecación humana, la orina, las heces de los perros y la basura doméstica. Ella toma el camino hacia el bosque. Las otras mujeres se apresuran tras ella, acompañadas por dos niñas. Ningún hombre puede unirse a ellos, se dice que si un varón presenciara el parto, estaría asustado.

Tienen que esperar un poco antes de comenzar el parto. Entonces *Hiyomi* se agacha, apoyándose contra un tronco grande. Colocan debajo de ella apresuradamente un puñado de hojas. El niño emerge del útero. *Natoma*, que es una partera experta, masajea ligeramente el abdomen de *Hiyomi* con una mano, mientras que la otra mano atiende al parto del bebé. Cuando el niño y la placenta han sido entregados, *Hiyomi*, que se está desmayando y perdiendo sangre, quiere irse a casa. Una niña se envía rápidamente para buscar a *Moriwë*. Él viene, sostiene a *Hiyomi*, y la ayuda a caminar. El viaje de regreso es arduo, varias veces piensa que se va a desmayar o caer. *Moriwë* rompe algunas ramitas con las que suavemente golpea sus hombros con el fin de ayudarla a recuperar algo de fuerza.

Natoma ha cortado el cordón umbilical con una astilla de caña, ha manchado la sangre en los labios del niño para que luego aprenda a hablar más rápido, además ha raspado el moco que cubría su cuerpo. Ahora usa algunas hojas de *komishi* para envolver la placenta. Ella duda, si va a calzar el paquete en un árbol, meterlo en la madriguera abandonada de una paca o un armadillo, o simplemente tirarlo al río. Entonces recuerda con el tiempo que los hijos de *Hiyomi* mueren poco después del nacimiento, en ese caso es aconsejable enterrar la placenta: Dicen que esto promueve la supervivencia del infante. Antes de dejar el lugar, arroja algo de tierra recién cavada sobre las manchas de sangre en el lugar donde *Hiyomi* dio a luz.

Bajo el techo del refugio, *Hiyomi* está sentada en el suelo, apoyando su espalda contra su hamaca, para facilitar la descarga de sangre, ha colocado un tronco debajo de sus muslos cruzados. Cuando *Natoma* regresa y se entera de que tiene un hijo, se alegra un poco: su deseo se ha concedido. *Natoma* mantiene al recién nacido cerca de su cuerpo, cerca de un fuego que sigue ardiendo intensamente. Ella le confía a su madre sólo para la lactancia. Por la tarde, los rayos inclinados

del sol llegan bajo el techo, para proteger al niño, erige una pantalla de hojas de plátano balanceadas en un poste horizontal.

Al día siguiente, *Hiyomi* ya ha recuperado gran parte de su fuerza. *Natoma* le ha devuelto a su hijo y, al igual que todas las madres Yanomami, se pone el pezón oscuro en la pequeña boca cada vez que llora. Ella insiste en darle el seno derecho, porque es un niño. Las niñas se asocian más bien con el lado izquierdo. Otros tabúes alimentarios se añaden o sustituyen a los anteriores: La madre durante un tiempo se abstiene de comer pescado caribe (piraña) para que la lengua del bebé no se pudra. El oso hormiguero y la carne de tapir están expresamente prohibidos al padre: el primero causaría la muerte del hijo, el segundo le daría lesiones en la piel.

Debido a que no quiere perder el cordón umbilical que queda en el vientre del niño, *Hiyomi* retuerce un hilo de algodón alrededor de él y lo ata detrás de la espalda del bebé. En pocos días el cordón estará seco y se separará naturalmente del ombligo, luego lo sujetará en una hoja y lo colgará en la cuerda de su hamaca. Más tarde, ella lo atará a un "*árbol fantasma*" (*bore kë hi*) y, sosteniendo a su hijo erguido en la correa de transporte, caminará varias vueltas alrededor del tronco: el niño dejará de ser irritable y se le asegurará larga vida.

Por la noche, el niño duerme sobre el cuerpo de su madre, por el día monta en ella, asegurado por la correa o sostenido por sus brazos. Su orina y defecación corren por el cuerpo de la madre en largas rayas que ella pacientemente limpia. Sus pieles siempre están presionadas juntas en un contacto vivo que perpetúa el refugio del útero. Los pequeños Yanomami dejan de dormir con sus madres y consiguen sus propias hamacas personales sólo después de que estén completamente destetados, alrededor de su cuarto año. Entonces, el calor del fuego reemplaza para ellos el calor del cuerpo de la madre, por el cual el fuego se convierte en un sustituto. Hay de uno a otro una especie de continuidad, una relación indefinible que hace más aceptable la separación, o más bien la transición. Porque el fuego es un elemento doméstico vivo, su presencia permanente es casi humana. En la mente de los indios, el calor de los cuerpos y la calidez del fuego son equivalentes, intercambiables. No pueden prescindir del calor suave y vivificante de un fuego en la noche. Para ellos significa mucho más que protección de los elementos fríos o hostiles: es una necesidad profunda y fundamental. Incluso después de haber sido separados de sus madres, los niños indios recuerdan que el contacto de las pieles calientes es algo enormemente placentero, de ahí el placer sensual que derivan de acostarse varios en la misma hamaca. Encuentran en esta práctica tranquilidad, seguridad, y gratificación.

Los niños Yanomami son pequeños tiranos que disfrutan de la permisividad más absoluta por parte de los adultos. Excepto en las comunidades del sur, muy pocas veces son castigados o golpeados. Su

único aprendizaje consiste en aprender las cualidades requeridas de un pueblo guerrero, deben desarrollar resistencia física, acostumbrarse al dolor, sentirse imbuidos de la idea de que la venganza debe ser siempre tomada, de que toda violencia sufrida debe ser pagada. El código moral se estructura en torno a dos virtudes complementarias: por un lado, se debe intercambiar alimentos y posesiones con amigos, por el otro, hay que vengarse de las agresiones. El estado endémico de guerra en que viven los yanomami es meramente una consecuencia de practicar realmente estos principios. La sociedad en su conjunto, la comunidad local, y no sólo los padres, presentan ejemplos vivientes de estos principios y obligan a los niños a cumplirlos.

La regla imperativa es *"devolver golpe por golpe"*. Si un niño pequeño inadvertidamente derriba a otro, la madre del segundo le ordena a su hijo que golpee al torpe compañero de juego. Ella grita desde lejos:

- *Vengate, Prosigue, vengate!*

Si un niño muerde a otro, la madre de la víctima viene corriendo y le insta a dejar de llorar. Inmediatamente lo exhorta a tomar venganza. Si vacila o si tiene miedo, ella misma coloca la mano del culpable entre los dientes de la víctima y le ordena:

- *¡Ahora lo muerdes! Tienes que vengarte.*

Si es un golpe con un palo, coloca el palo en las manos de su hijo y, si es necesario, ella misma moverá su brazo. De esta manera, los inofensivos conflictos entre los niños a veces degeneran en sangrientos enfrentamientos entre adultos cuando los padres toman partido y la disputa aumenta.

Hiyomi, estirada en su hamaca, disfruta de la ociosidad de las tórridas horas del día. Sentada cerca de ella, *Mamobrei* se ha desilusionado con su marido. Su niña quiere subir a ella, pero no logra establecerse cómodamente. Ella está frustrada y comienza a quejarse, *Mamobrei* le dice con una sonrisa:

- *Quédate quieta, vas a atraer al jaguar. ¡Te comerá!*

Sin embargo, extiende la hamaca para que la niña pueda sentirse cómoda. Cambiando de parecer, la niña inmediatamente se levanta de nuevo y va a descubrir la olla que contiene el agua potable de la casa. Ella juega en verter el líquido en una calabaza, derrama algo de él, y ensucia el resto para hacerla inutilizable. Ella no es regañada. Cuando está cansada del juego, vuelve a acercarse a su madre, gruñe, y por sus gestos le hace entender que quiere sentarse en su regazo. *Mamobrei* la ayuda a subir, ella entonces detiene sus payasadas, agarra el pecho de su madre, y comienza a chupar hambrienta.

A cierta distancia, *Boshomi* y *Marauwë* están jugando con una muñeca. Tienen un gran plátano verde que llevan en una tira de tela. En el extremo estrecho de la fruta -el extremo opuesto al tallo- han insertado una ramita delgada y pulida como las que usan las mujeres a través del tabique, lo que confiere un sexo al juguete.

El pájaro bebé que *Boshomi* estaba tratando de levantar acaba de morir por ser constantemente manipulado. Las niñas quieren quemar su cuerpo, por lo tanto toman algunas brasas de los hogares vecinos. Construyen la pira con ramitas que recogen a su alrededor. Cuando se quema el pájaro, recogen cuidadosamente los pequeños fragmentos de hueso: insisten en que los coman durante una ceremonia fúnebre.

Kremoanawë y *Uthëkawë* regresan de la caza agotados. Después de salir temprano sin comer, caminaron toda la mañana y la tarde. Su búsqueda de caza fue infructuosa. Sin ni siquiera mirar a su alrededor, *Kremoanawë* colapsa en una hamaca. Sus rasgos son dibujados por la fatiga, su estómago atormentado por el hambre. Permanece callado por un largo rato, luego grita en voz alta:

- *iRemaema, tengo sed! ¡Tráeme una calabaza de agua!*

No recibe respuesta a cambio. Frunce el ceño, repite su demanda en un tono más imperativo. Cuando está cansado de esperar, envía *Uthëkawë* por el agua. Cuando *Uthëkawë* regresa con una calabaza llena de agua limpia y fresca, anunciando:

- *La pantalla de aislamiento se ha levantado para tu hermana.*

Esto significa que *Remaema* está teniendo su primer período menstrual. *Kremoanawë* vuelve la vista hacia los aposentos de sus padres. En un rincón, cerca de la base del techo del refugio, frente a los troncos levantados, se alzan las frágiles paredes frondosas de una cabina de aislamiento donde la niña se oculta de la vista. Dentro de la zona blindada, un fuego bombea brillantemente y uno puede vagamente distinguir su presencia.

Tan pronto como llegaron las noticias, *Mabroma* se apresuró a recoger las ramitas de "*hojas de la menstruación*" (*yibi kë henaki*). Estas ramas provienen de un arbusto de apenas dos metros de altura, la planta produce las flores modestas, púrpuras oscuras que aparecen en cada junta de la hoja fuera de un cádiz fundido. Al notar su primer flujo menstrual, una chica inmediatamente notifica a su madre que, sin demora, construye una cabina de aislamiento que la ocultará de la vista de los hombres. Si ella permanecía expuesta a los ojos masculinos en su condición, toda la comunidad estaría amenazada con peligros. En los tiempos míticos de los antepasados, los Yanomami tuvieron que soportar las consecuencias de su ignorancia o negligencia, Y la narrativa de estos acontecimientos -el mito- justifica plenamente el hecho de que el ritual

debe cumplirse exactamente como se prescribe y sin demora. Durante las sesiones de toma de drogas, *Turaewë* a menudo cuenta la siguiente historia, que afirma haber aprendido directamente de la boca del *hekura*:

Se estaba preparando una fiesta. Los mensajeros ya habían sido enviados para invitar a los que estaban acampando cerca del refugio circular. Cuando llegó la noche, las mujeres se reunieron para cumplir el ritual *heri* en la plaza central. Un hombre gritó:

- *Todas las mujeres sin excepción deben cantar y bailar.*

Entonces, una joven que estaba aislada debido a su primera menstruación empujó las ramas a un lado y salió. Había escuchado el llamado y pensaba que también era para ella. Recogió la primera canción:

*Naikie kere naikie kere
nakba kara nakba kara*

Apenas había pronunciado estas palabras cuando el agua empezó a manar por todos lados, la tierra se hizo tan suave que todo se hundía en el suelo, tanto las personas como las cosas. Una anciana comenzó a implorar:

- *¡Hijo mío, exhorta a los hekura que eviten la catástrofe! ¡Nos estamos hundiendo! Llámalos!*

Pronto sólo las puntas de los postes de apoyo permanecieron visibles. Todos se habían hundido en el suelo donde se habían convertido en piedras.

La comunidad humana está amenazada con hundirse en el inframundo y petrificarse si la gente no observa las obligaciones del ritual. Como se verá, las prescripciones son más estrictas para la niña aislada.

Como para resaltar mejor su regreso al estado de naturaleza, *Remaema* tiene que renunciar a los elementos culturales -incluyendo vestimentas y adornos- que están conectados con las plantas cultivadas. Se permite el tabaco siempre que sea *nosi*, es decir, sin valor, sin sabor y sin efecto después de haber sido lavado. Ha reemplazado su hamaca de algodón con una más gruesa hecha de viñas trituradas. Ha vaciado su pequeño taparrabos y deshecho los hilos retorcidos que llevaba cruzados sobre su pecho o enrollados alrededor de sus extremidades: Ahora está completamente desnuda, incluso se ha sacado los tapones de su oreja. Se le prohíbe el contacto directo con el agua, para beber, usa un bastón hueco que empuja profundamente en su boca más allá de los dientes, ya que los dientes se aflojarían si entraban en contacto con el agua. Tiene un palo puntiagudo para rascarse. Si, a través del olvido, ella usara sus uñas, el cabello de su cuerpo y cuero cabelludo se caería y las lesiones se extenderían sobre su piel. Para revivir el fuego ella no sopla en él pero usa un agitador. Puede hablar sólo en susurros. Las niñas

prepúberes pueden acudir a ella para charlar, pero el sonido de sus voces nunca puede ser escuchado fuera. Su dieta está severamente restringida. Los alimentos y carnes hervidas en general están prohibidos, así como los plátanos y la caña de azúcar. Su ración diaria consiste sólo en unos pocos plátanos asados sobre las brasas o en raíces de taro. Ella come esta pobre miseria tomándola con una ramita. Su único placer gastronómico es a veces chupar la concha de un cangrejo, un placer que prolonga tanto como sea posible. Estas diversas obligaciones en cuanto a su comportamiento contribuyen a aislarla de todo. Ella orina en medio de sus aposentos y defeca en hojas que se juntan para que su madre las eche afuera.

Se dice de un recluso que ella tiene un "*valor de humedad*" si llueve copiosamente durante su reclusión. Las chicas a las que les gusta el *yubuu na* - un condimento líquido hecho de las cenizas de una corteza - entran en la categoría de aquellas que tienen un "*valor de humedad*". Los indios dicen que cualquier ciclo lunar se acompaña de buen o mal tiempo, las mujeres son como lunas en este aspecto. Su menstruación, también, es un elemento periódico. Esta semejanza es subrayada en el lenguaje: De una media luna lunar que aparece en el cielo y de una mujer menstruada sentada en un tronco que está manchando con su sangre, uno dice: *a roo*, ella esta establecida, sentada.

Aunque libre para entrar en el bosque, *Moshawë*, el marido de *Remaema*, está sujeto a las mismas reglas de comportamiento y a las mismas restricciones que su esposa. Duerme en una hamaca de corteza. No puede tocar agua ni miel. Sin embargo, se le permite frotar su cuerpo con "*hojas de menstruación*". A veces sale un momento para evacuar. Si quisiera, podría ir a dar un paseo por el bosque, pero siendo extremadamente cauteloso, prefiere permanecer en el lugar por temor a accidentalmente hacer algo prohibido. La tradición habla de un hombre en su situación que fue eviscerado y transformado en una abeja porque trató de recoger la miel. Los hombres de *Karohi* recuerdan un incidente en el que casi perecieron. Habían ido a cazar. El marido de una mujer solitaria, cansado de su inactividad, insistió en unirse a ellos, prometiéndole que no entraría en el agua. Caminaron río arriba a lo largo de la orilla de un arroyo, en busca de caza. El agua transparente fluía sobre la arena dorada, con partículas brillantes de mica. Caminaban despacio, escudriñando atentamente el entorno, explorando sus arcos en lugares erosionados con la esperanza de descubrir la guarida de un caimán. El hombre seguía a distancia, manteniéndose en el banco. Más adelante notaron las huellas de un caimán en la arena, las patas habían dejado impresiones claras, y la cola había trazado un surco regular en el medio. Siguiendo el rastro llegaron a un lugar donde el banco estaba alto y el agua profunda, estaban seguros de que encontrarían allí a la bestia. Empezaron a cavar. El otro hombre los vio trabajar al principio, luego, olvidando la prohibición, bajó al agua para ayudarlos. Varios hombres que se habían deslizado bajo el banco para trabajar más cómodamente de repente tuvieron la impresión de que el suelo estaba cayendo debajo de ellos: la tierra

quería "*tragarlos*". Sus ojos se pusieron rojos como si hubieran sido frotados con pigmento. Habrían desaparecido bajo tierra si *Turaewë*, el chamán, no hubiera estado con ellos. Pronunció estas palabras:

- *Ushu, ushu, ushu!*

Los *hekura* se apresuraron a rescatarlos y todo volvió a la normalidad: el suelo se volvió firme bajo sus pies. Pero habían tenido tanto susto que preferían abandonar la búsqueda y regresar al refugio comunitario. Casi se habían transformado en rocas.

Hay un parecido sorprendente entre el ritual para los asesinos y el ritual que una pareja debe observar cuando la esposa tiene su primer período. De hecho, la misma palabra, *unokai*, define las dos situaciones. Si uno busca el elemento común, no hay duda de que es la sangre. Al aislar a un asesino y a una mujer joven, la sociedad simplemente se protege contra una mancha y evita la contaminación, evita un peligro. Este horror de la sangre tiene una consecuencia culinaria: la caza debe ser hervida durante horas antes de que comerla, si está ligeramente rosada será rechazada. La sola idea de comerla provoca repugnancia y náuseas.

Para *Remaema* siete largos días pasan así en reclusión. Ella está delgada y sucia. Una mañana, *Mabroma* deshace las ramas que la rodean y la pinta con achiote, entonces ella entra en el bosque tomando las "*hojas de la menstruación*" para sujetarlas con una vid vertical contra el eje de un árbol *mraka nahi*. Mientras tanto, *Moshawë* se ha bañado salpicando un poquito de agua sobre su cuerpo.

Otros doce días pasan para el cumplimiento del ritual. *Remaema*, que ahora come normalmente, ha recuperado su fuerza. Su cuerpo es regordete y carnoso otra vez. *Wishomi*, *Hiyomi*, *Rut^hemi* y *Mamobrei* la llevan al bosque. Con una astilla de la caña tradicional, *Mamobrei* afeita la parte superior de su cabeza. Su cuerpo se frota con achiote, así como el parche de piel desnuda por la tonsura. Sobre ese fondo, dibujan líneas sinuosas que se enrollan sobre su cuerpo. La forma de su boca se acentúa por una línea oscura que pasa sobre los labios. A través de los lóbulos de sus orejas, envuelven tiernas hojas de palma de un color verde muy pálido, que laceran y cortan en finas tiras. Alrededor de su cintura enrollan una madeja de hilo de algodón ligeramente enrojecida por el frotamiento. Los hilos de algodón rodean sus brazos, muñecas, pantorrillas y tobillos. Al brazalete se fija un manojo de hojas de palma regularmente adelgazadas y acortadas. Ahora *Remaema* es magnífica, es como si su cuerpo se hiciera más pesado por los adornos y el embriagador perfume de las plantas y tintes. Ella irradia una sensualidad que es a la vez provocativa y encantadora. Su rostro muestra una alegría apagada, que sus ojos expresan en su desacostumbrado brillo.

Remaema entra en el gran refugio. Atraviesa la plaza central con pasos tranquilos y seguros y regresa a la zona de sus padres. A su alrededor, ha

surgido un ambiente festivo: ella sabe que es en su honor. Los hombres están adornados, su piel está embellecida con puntos, círculos, cruces, con líneas rectas o onduladas. Las caras exhiben motivos similares que rodean los ojos y se extienden sobre la frente, la barbilla y los pómulos: Es simple pero elegante. En sus brazaletes de algodón o piel de pájaro, han enhebrado un colorido surtido de plumas aquí y allá una cola roja de guacamayo se eleva por encima de la cabeza de alguien, alta y viva como una llama. Colgantes de plumas oscilan desde los lóbulos de la oreja, Remaema, sentada orgullosamente, examina la escena. Ahora ha subido al rango de mujer; ella ya no es una niña "verde" (*ruwë*), ahora es "madura" (*tat^he*), su sangre menstrual lo ha testificado.

La toma de drogas alucinógenas ha comenzado. Polvos grises y verdes hacen rondas de una fosa nasal a otra. Algunos hombres, repentinamente vencidos por las náuseas, se levantan para vomitar en la plaza centra. Perros demacrados entonces se acercan al convite inesperado. Otros, con ojos llorosos, escupen una saliva gruesa que tienen dificultad para expulsar de sus bocas. *Kremoanawë* está mareado. Él ve paisajes fantásticos bañados en luces naranja, rojo, carmín, o escarlata. En el refugio tiene convulsiones, de repente, un torbellino sangriento surge y sumerge todo, tanto objetos como seres vivos. Figuras asombrosas y espantosas toman forma y se disuelven de nuevo: Un hombre sin cabeza es perseguido por un ser de muchos miembros que es rápidamente reemplazado por un hombre coronado con cuatro cabezas. A veces estas criaturas están hinchadas como globos, A veces su piel está cubierta de ampollas repulsivas. *Kremoanawë* siente que su nariz se alarga y una sensación de temor se apodera de él. A veces los ruidos son particularmente agudos y cada sonido es distinto, otras veces un silencio pesado reina y el tiempo es abolido. No tiene conocimiento del hilo de moco verde que cuelga de su nariz como una estalactita.

El joven *Yabiwë*, bajo la influencia de las drogas, dice que cualquier cosa que pase por su cabeza, grita obscenidades e insultos, pronuncia el nombre de una persona muerta. Los otros pretenden no oírlo. Sin embargo, cuando la noche ha caído, *Kasikitawë* se enfrenta al joven, afirma que fue insultado y está buscando una pelea:

- *Me ofendiste. Vamos a tener una pelea de garrotes de inmediato. Nos vamos a golpear en la cabeza. Me ridiculizas, pensaste que no escucharía por las drogas!*

Voces indistintas chocan en la oscuridad. Kasikitawë y sus hermanos provocan al padre de Yabiwë, que es apoyado por *Kaõmawë*.

Kremoanawë está emocionado al pensar en una pelea, ya agarró el garrote que cada joven Yanomami mantiene cerca a mano. El grita:

- Revuelvan los fuegos, vamos a tener algo de luz, dejen que las llamas suban. Dejen de hablar de peleas, es hora de actuar. En cuanto a mí, conozco a los de *Bishaasi*: esas personas son verdaderamente valientes, luchan entre sí por menos que esto y no hacen discursos.

Shimoreiwë responde:

- *No temo una pelea. Luché mucho en mi juventud.*

Kremoanawë contesta, no demasiado alto:

- *Estás mintiendo, tu cabeza afeitada no tiene cicatrices.*

Una voz femenina grita:

- *Lucha, toma algunas drogas.*

Nadie se mueve ni se adelanta, pronto todos se quedan dormidos.

Hiyomi es infeliz. Dos lunas han pasado por el cielo desde el nacimiento de su niño cuando cae enfermo. Se da cuenta de adherencias blanquecinas en su boca: aftas, que los indios atribuyen a los frutos del *hemare*, pues piensan que "*roen las lenguas de los indios*" (las semillas se comen cocidas, el árbol que produce las vainas es un *Theobroma*). El niño quizás debido a las aftas tiene diarrea, su rostro pronto se vuelve lívido, sus ojos vueltos para arriba ya no son humedecidos por el movimiento de los párpados, están cubiertos de polvo y atacados por pequeños mosquitos voraces. Los chamanes se turnan a su lado, sin éxito: son incapaces de frenar el progreso de la enfermedad.



Kremoanawë vestido para la celebración.

Una noche, *Turaewë* se ha quedado muy tarde para decir sus cantos. Su bella voz profunda resuena, acompañada por el chirrido penetrante de los grillos. De repente está todo es quietud y los sollozos desgarradores estallan: el niño está muerto.

Hiyomi permanece postrada hasta la luz del día, sosteniendo al bebé muerto contra ella. Por la mañana da un plátano a su loro favorito y se rompe su cabeza tan pronto como se sacia, ella quiere mostrar su dolor a través de este gesto. A su alrededor, las mujeres llevan signos de duelo. Después de un rato, *Natoma* toma el pequeño cadáver, a quien ata contra su pecho con una correa, luego va a llorar y bailar en la plaza. *Moriwë* realiza silenciosamente su deber, eleva y enciende la pira funeraria, pone a su hijo en una canasta y la empuja a las llamas. *Natoma* entonces lanza la correa de transporte en el fuego.

Los huesos se recogen al final del día y se envuelven en hojas. *Moriwë* los aplastará al día siguiente en una de esas gruesas y duras conchas que contenían nueces del Brasil. Ese día también, bien antes del amanecer, las mujeres y los niños irán a purificar sus cuerpos en el río durante un baño colectivo: el humo de la cremación es particularmente peligroso en el caso de un niño pequeño. Las flechas y los perros también deben ser llevados para ser lavados. Si esto no se hiciera, las flechas perderían sus marcas y los perros ya no las encontrarían y seguirían el olor de los animales. Más tarde, el polvo de hueso se consumirá en una sopa de plátano, pero no se comerá carne: de hecho, todo se hace para disociar la caza de la calamidad que es la muerte de un recién nacido.

Poco después de estos acontecimientos, la noticia llega a *Mabroma* de que su hermano acaba de ser asesinado en una expedición guerrera. Inmediatamente se va al luto público y se ennegrece las mejillas. Ella irá a *Batanawë* con su familia - ella procede de esa comunidad - para demandar un calabaza fúnebre. Primero deben detenerse en *Tayari* para recoger a *Hebëwë* y preguntar por el camino que deben tomar. *Mabroma* no ha visitado a sus primos desde hace mucho tiempo, y desde que la guerra ha estallado con *Mahekoto*, es necesario un largo desvío para evitar encontrarse con una parte enemiga. El camino que tienen que seguir es difícil de reconocer. Durante el viaje *Kaõmawë* y *Mabroma* se turnan llevando a *Kerama*. A veces *Mabroma* la pone en su cesta de carga ya llena de hamacas y provisiones de la familia, y a veces *Kaõmawë* la lleva con la ayuda de una correa en su pecho.

Pasan su segunda noche en un antiguo campamento de *Batanawë*. Han avanzado considerablemente hacia su meta. Pronto llegarán a un camino transitado, por lo tanto más amplio y más claro. Se dice de estos campamentos carcomidos, de una morada deshecha, de una vid seca, de una huerta abandonada, que son "*viejas mujeres*". El campamento donde se detienen se instaló cerca de una plataforma de palmeras mauritanas. El pantano donde estos árboles particulares están creciendo toma su nombre de las rayas venenosas que lo infestan. Es tan peligroso recoger los frutos

que han caído en el agua que los indios las dejan. Ese día tienen una cena de plátanos asados acompañados por la carne dura de un tucán matado por *Hebëwë*. Este último se queja de un dolor de muelas mientras mastica. Él dice:

- *Mis dientes son roídos por los gusanos de la palma.*

Los Yanomami creen que estas larvas causan caries.

Después de la frugal comida, bastante digna para un viaje por el bosque, *Kremoanawë* va a defecar. Sube en un tronco de árbol, bajo él fluyen las aguas claras de un arroyo. Su padre lo ve y dice:

- *No debes cagar en el agua, los que hacen esto ya no pueden calentarse.*

Esta creencia se remonta al mito del origen del fuego: Antes de robar carbones de *Caimán*, los indios comieron sus alimentos crudos y defecaron en el agua. *Kremoanawë* se mueve a una pequeña distancia. Como él sufre diarrea, sus flatulencias son muy sonoras. *Hebëwë* ríe y grita:

- *¡Tus pedos son divertidos como los de una mujer!*

El otro joven lo ignora, cuando ha terminado, elige un árbol con un tronco redondo y suave y se frota hacia arriba y hacia abajo contra él.

Mabroma tiene un sueño. Ella ve *Kremoanawë* delgado, amarillo y enfermizo: Es un mal presagio. Tan pronto como ella está despierta, hace que el joven salga de su hamaca. Insiste en que quiere dormir más. No le escucha, recoge un puñado de hojas con las que le hace pequeños golpes sobre los hombros, los brazos y las nalgas mientras pronuncia:

- *shabo, shabo, shabo ...*

Al realizar esta acción oportuna, está protegiendo el riesgo de enfermedad anunciada por el sueño. Esta práctica es peculiar a las mujeres y se utiliza para exorcizar una serie de desgracias. Cuando se teme un ataque enemigo, golpean los postes de apoyo y la parte baja del refugio con ramas para que las flechas enemigas no alcancen sus objetivos. Cuando van a acampar en el bosque para escapar de una epidemia, realizan este rito para engañar al *shawara*, que perderá la pista de los fugitivos.

El pequeño grupo se está acercando a la meta. *Mabroma* está llena de tristeza. Ha pasado mucho tiempo desde que ella ha caminado por estos caminos, escenas de su infancia inundan su memoria. Ella está pensando en su hermano. Delante de ellos, el sendero sube una empinada colina a través de un enredo de vides. Ella señala a la derecha un barranco sembrado de rocas y dice:

- *Ese es el camino a Titiri.*

Ahora se mueven a lo largo de un camino fangoso y resbaladizo de uso constante. Llegan a un arroyo que serpentea bajo algunos árboles escasos, y se detienen a lavarse. Los muchachos se bañan, enrojan su piel y arreglan sus plumas. *Kaõmawë* simplemente frota su piel húmeda. *Mabroma* no se lava, está de luto y tiene sus mejillas ennegrecidas. Cerca de ellos cruzan un vasto huerto de plátanos antes de llegar al *shabono* cuya gigantesca circunferencia alberga a más de doscientas personas. Los gritos y los silbidos saludan su llegada. *Mabroma* permanece congelada de sorpresa: su hermano la reconoce y la mira, sin duda esperando a que se acerque y se siente a su lado, como es apropiado.

Se adelanta, al borde de las lágrimas, y dice:

- *Me dijeron que estabas muerto.*

- *Los que dijeron eso son mentirosos.*

Parte II. Los poderes mágicos

4. El camino de los espíritus

Rikõmi nació en *Karohi*, donde todavía viven su padre y sus hermanos. Fue a *Botomawë* a casarse con dos hermanas y permaneció viviendo allí

entre sus aliados después de cumplir su servicio matrimonial con sus suegros. Él es bastante bajo comparado con el promedio Yanomami. Su cuerpo es musculoso, los ojos pequeños, crueles y astutos, brillan en su rostro redondo. Sus gestos son rápidos. Es sensible en cuestiones de honor. En su comunidad adoptiva, es estimado y respetado por sus cualidades como un buen cazador y valiente guerrero. Todavía es joven y tiene los atributos de un futuro líder. Sus comportamientos están siempre bien pensados. Es un hombre en su camino, un orador fogoso y prolífico, un trabajador que sabe ser generoso. Recientemente llegó a *Karohi* para recibir de sus padres su iniciación como chaman. Le espera un duro juicio.

Cada día desde su llegada, *Rikõmi* ha estado recorriendo el bosque para obtener la corteza del árbol *Virola elongata*, con la cual se prepara una poderosa droga alucinógena. Seca la corteza y la aplasta hasta convertirla en un fino polvo antes de verterla en un tubo largo y estrecho herméticamente sellado con la piel de un sapo. Después de una búsqueda solitaria que lo lleva cada día más lejos, finalmente logra completar el relleno del tubo de bambú. Nada desde ahora impide el inicio de la ceremonia en la que *Turaewë* será el gran maestro, asistido por *Kaõmawë* y *Shimoreiwë*.

Turaewë no quiere retrasar el comienzo de la iniciación. Ya se han pulverizando semillas de *Anadenanthera peregrina*, otra sustancia alucinógena que va a mezclar con la droga preparada por el novicio. Los tres chamanes ya están pintados y adornados, ofrecerán juntos la primera sesión. *Turaewë* se unge uniformemente con el ocre rojo de su boca a su pecho. La piel de *Rikõmi* está moteada de puntos regulares, *Wakamoshiwë* le entrega las clavijas para las orejas en las que ha insertado colgantes del azul más brillante, luego barre el lugar donde *Rikõmi* se sentará.

Ahora los chamanes salen, cada uno llevando un tubo de inhalación. Ellos depositan los polvos mágicos en el fondo revuelto de una olla de barro. Mientras tanto, *Rikõmi* ha humedecido sus tapones con saliva antes de insertarlos a través de sus lóbulos de la oreja. Él ha asegurado sus brazaletes de la piel del hocofaisán y ha pasado sobre su cabeza un collar de piedras. Se sienta cuando los chamanes están cerca de él e inmediatamente adopta la posición prescrita para todas las fases activas de su iniciación: Sus piernas se extienden, y sus brazos, apoyados detrás de sus nalgas, mantienen su torso erguido.

Está sentado en la parte alta del techo, algo delante de los postes de apoyo más avanzados, en un lugar habitualmente dedicado a los grandes acontecimientos de la vida social: ejercicios y curas chamánicos, sesiones de toma de drogas, intercambios de bienes y consumo de polvo óseo funerario.

La parte baja entre las dos filas de postes que sostienen el techo inclinado es el lugar de la vida familiar y las actividades domésticas. Más atrás, más

allá de los troncos erguidos en el borde del bosque, está el vertedero de basura doméstica y heces de perro, que es donde uno va a orinar.

Desde la plaza central hasta el bosque - mirando desde el interior hacia el exterior - se puede distinguir una serie de anillos concéntricos dentro de los cuales se llevan a cabo actividades específicas. Cada uno de estos anillos está a su vez dividido transversalmente. Cada segmento está ocupado por un linaje particular y subdividido entre diferentes grupos de primos hermanos.

Pero eso no es todo: el gran refugio, el *shabono*, también refleja la concepción de los indios del universo. La plaza central es la bóveda celeste, y la parte baja del techo es una réplica de la parte baja del cielo - concebida como una estructura convexa - donde se encuentra con el disco de la tierra. Cuando un chaman va de viaje entre los diferentes niveles del universo para recuperar un alma robada, "*comer*" a un niño pequeño, o por cualquier otra razón, la vivienda es para él una representación geométrica conveniente donde puede orientarse perfectamente. Esta convergencia exacta de los órdenes sociales, religiosos y cosmológicos hace un microcosmos de la morada Yanomami.

Turaewë da entonces la señal para administrar los alucinógenos. Seis veces el botón oblongo fijado con resina al final del tubo se introduce en las fosas nasales de *Rikõmi* para descargar su polvo mágico. Entonces es el turno de los chamanes. Las mujeres y los niños que se han quedado en las cercanías deben retirarse ahora, las mujeres debido al olor vaginal que se extienden alrededor de ellas, lo que desagrada a los *hekura*, y a los niños por los poderes que se van a manifestar aquí, que serán incapaces de soportar. Los perros y un loro domesticado también son expulsados, son impuros y sus excrementos pueden contaminar la tierra. Después de permanecer en silencio un largo momento durante el cual se recoge y busca inspiración, *Turaewë* entona una canción melodiosa mientras su brazo se levanta lentamente y su índice apunta hacia la tierra.

- *¡Espíritu de la luna! ¡Espíritu del remolino! ¡Espíritu del buitre! ¡Bajen a mí!*

Estos no son los espíritus que entrarán por primera vez en *Rikõmi*, son espíritus menores, los primeros guiados hacia él. No tienen poder propio, son sólo asistentes de los grandes *hekura*, elementos de la morada que se erige para el *hekura* en el pecho del novicio, partes de los ornamentos que los *hekura* usan en sus danzas. Estos espíritus menores allanan el camino para los seres superiores: la mujer afrodisíaca, la que tiene "*valor de la hoja de palma*", la que tiene "*valor de la hoja de kumiti*", la cola del ocelote, y así sucesivamente. Una multitud de ellos se arremolina alrededor de *Rikõmi*.

Rikõmi está intoxicado con drogas e inconsciente. Sin embargo, se inyectan dosis frescas en sus fosas nasales. Una corriente de moco oscuro

fluye de su nariz y se extiende sobre su pecho, se secará allí, se dice de estas gruesas costras son los excrementos del *hekura*, y no deben ser borrados.

Cuando trata a un paciente, los gestos de *Turaewë* se mueven hacia arriba, porque él debe arrancar del cuerpo a los demonios que la contaminan. Ahora sus movimientos están invertidos, ellos canalizan el *hekura* y los dirigen hacia el pecho de su pupilo.

Cuando los chamanes estaban pronunciando sus primeras canciones, algunos habían bloqueado la salida directamente frente a *Rikõmi*, ahora agarran sus machetes y van a re-abrirlo ceremonialmente. Luego, a partir de esta abertura hacia el exterior, sacan la hierba y limpian el suelo de escombros, hojas muertas y ramas, trazando así un camino que termina exactamente entre las piernas extendidas del iniciado. A partir de ahora, los chamanes usarán sólo en esta ruta en el curso de sus funciones, y sus constantes idas y venidas pronto darán la apariencia de una vía muy transitada que cruza diametralmente la plaza central. En las moradas rocosas donde habitan en el bosque, la atención del *hekura* será despertada, serán atraídos, guiados hacia la apertura reservada para ellos, en este nuevo camino los chamanes los encarnarán y enviarán al pecho de *Rikõmi*, su nueva morada. No es *hekura* adulto el que responderá a las exhortaciones de los chamanes, sino niños que se desarrollarán dentro de la habitación humana así asignada a ellos y que otorgarán poder creciente a su amo cuando crezcan en fuerza.

Turaewë levanta la barbilla de *Rikõmi* y, mostrándole el camino que acaba de ser marcado, grita con una voz fuerte y persuasiva:

- ¡Mira, hijo mío! Por aquí vendrán. Mira con atención. Es el camino de los espíritus, y ahora están viniendo hacia ti!

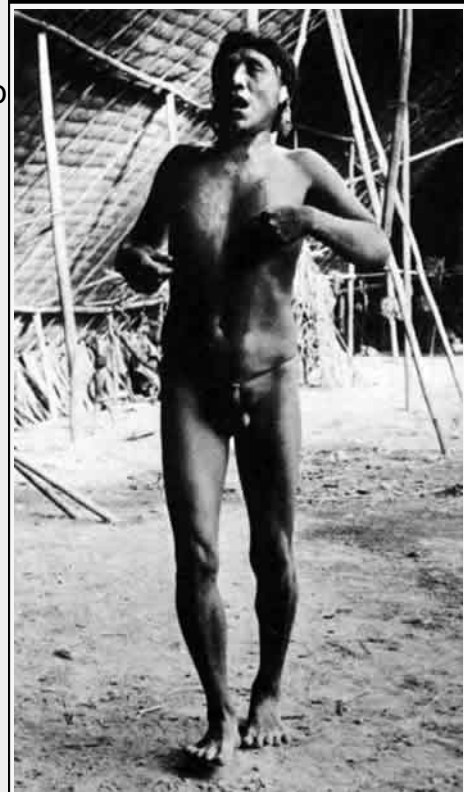
Luego se conducen hacia el novicio el *Espíritu de la Luna*, el *Espíritu de la Oscuridad*, el *Espíritu del Remolino*, el *Espíritu de la Vía Láctea*, el pájaro *witiwitimi*, la mujer *mãrãshi*: la fase activa de la iniciación está comenzando.

De repente, un niño pequeño, todavía inconsciente, está a punto de cruzar el camino de los *hekura* donde *Turaewë* está ocupado oficiando. Por todas partes, las voces le dicen que se vaya hacia allí. Desconcertado, el niño vacila, frunce el ceño y corre sollozando entre los brazos de su madre. Algún tiempo después, es una mujer distraída a quien se le dice mucho menos suavemente que regrese con un concierto entero de voces burlonas. Pero estos dos ejemplos son saludables, durante todo el tiempo de la iniciación nadie más cometerá tal error.

Imperturbable, *Turaewë* continúa con su instrucción. En un punto él lanza un puñado de flechas antes de *Rikõmi*. Él está encarnando al *Espíritu de la Luna*, un poderoso y aterrador caníbal que está avanzando para tomar

posesión del cuerpo que se le asigna. Pero el poder del gran *hekura* es tal que el iniciado no puede resistir su contacto: se desploma sobre su espalda, con los brazos extendidos. Entonces, en un momento de paz, los espíritus secundarios reanudan sus giros alrededor del cuerpo que apenas parece vivo. La ansiedad que se ha apoderado de la comunidad disminuye cuando *Wakamoshiwë*, que ha permanecido detrás de *Rikõmi* para ayudarlo y para expulsar a los insectos de sangre pegados a su espalda, lo pone de pie de nuevo y corrige el ángulo de sus piernas y brazos a la posición correcta.

La fase inicial de la ceremonia está llegando a su fin. El alumno debe ahora repetir las frases pronunciadas por el maestro. Ya está ocurriendo una transición imperceptible dentro de *Rikõmi*, que abandona el dominio de la realidad prosaica y bajo la dirección de su iniciador, ve abriendo ante él el maravilloso universo de los reinos de los espíritus sobrenaturales, de los demonios, de los mundos transparentes superpuestas, humedad o ardor. A través del mensaje de los chamanes, se revela una realidad superior hasta ahora oculta a él, llena de colores llamativos, formas extrañas, seres extraños y aterradores que se dan a las almas devoradoras, pero que están dispuestos a obedecerle mansamente si sabe manejarlos.



Chaman cantando al *hekura*.

De pie junto al iniciado e inclinado hacia él, *Turaewë* casi tocando su cara canta una estrofa. Se levanta, se retira unos pasos y ordena:

- *Repite lo que has escuchado.*

Rikõmi repite la frase perfectamente, y el rostro del maestro se ilumina de placer. Sólo queda para el chaman dar los últimos consejos:

- *Siempre debes responderme así. Mantén tus ojos en esa dirección: allí está el camino del hekura, desde allí vendrán hacia ti. Hablarás en voz baja, sin prisa excesiva y sin levantar la voz. Trae los talones más juntos, no ves que tus piernas están demasiado lejos!*

Entonces comienza un diálogo interminable que continuará hasta el final de la iniciación. Los instructores se van a turnar con el novato. *Turaewë* canta:

El sendero está cubierto de blanco. Están caminando hacia ti y tu cuerpo se debilitará con su presencia. Oigo las voces de los hekura en el camino. Hijo mío, aquí viene el jaguar negro.

Repleto de drogas, medio inconsciente, *Rikōmi* cree oír la palabra "roca" (*kēki*), se equivoca:

- *La roca del jaguar negro se eleva en la distancia.*

Debería haber dicho:

- Aquí viene el jaguar negro.

Imperturbable, *Turaewë* continúa:

Su boca está enmarcada con rayas de un color más claro.

Oigo sus gruñidos en el camino [otro error].

Hijo mío, ¿está ronco el pájaro *bore koko* ? Debes responder exactamente.

Hablo como el pájaro *bore koko*.

El *hekura* baila, crujiendo las palmas que sus brazos agitan frente a ellos.

Las palmas del baile del *hekura*.

Turaewë baila a lo largo del camino, imitando al espíritu *ushuweimawë*. *Rikōmi* identifica la canción y dice:

El pájaro ushuweimawë habla a través de mi boca.

Mira, hijo mío, mira el *hekura*: una pluma de este pájaro adorna tus labios perforados.

Somos los Espíritus ceremoniales, estamos llegando para fundirnos en ti

¡Ellos están aquí! Mi hijo, ellos vienen, siguiendo el sendero que se les ha abierto. Están bailando, sus brazos llevan las palmas de la luz, sus pasos son elegantes. Presta atención a los ruidos que hacen. Pero ahora, las aves *eeeeri* se están reuniendo en el suelo.

Los pájaros de *eeeeri* se están reuniendo.

Todavía son jóvenes, y sus pechos están desnudos. En la colina donde viven, los encantos mortales crecen en profusión. ¡Vamos, bailemos, somos los *hekura*! Somos los *hekura* que están bailando.

Están sacudiendo la cola de un ocelote.

Rikõmi se equivoca de nuevo:

Soy la voz del ocelote.

Hijo mío, ¿no tienes la impresión de que todo el refugio empieza a inclinarse? Mira, en el horizonte se levanta un árbol gigantesco. Los *hekura* están allí, poniendo sus lenguas pesadas en blanco. Ante ellos, las raíces, cubiertas con el mismo fondo, se deslizan por el suelo y dificultan la danza. Somos los *hekura*, queremos venir a usted!

¿Estoy engañado?

Mi hijo, mantén la cabeza firme, no vuelvas la cara hacia el otro Yanomami. Hace un momento, el *Espíritu Perezoso* me abandonó el pecho. Él va a buscar para usted a los *shekuras* libres que vagan en el bosque. Ya puedo oírlos burlándose de su andar incómodo, pero su esposa está respondiendo a sus bromas y están empezando. Están empezando y están caminando hacia mí.

Todavía seremos muy jóvenes cuando lleguemos aquí, pero creceremos dentro de ustedes. Somos una multitud entera.

Otra vez *Rikõmi* oye mal. Confunde "*reunirse en gran número*" (*tirirou*) y "*cantar y bailar como los chamanes*" (*tirurou*). Así responde:

Vamos a cantar.

Estamos cosiendo de extremo a extremo las pieles de tucanes negros. Mi hijo, mira esto asombroso: El árbol rojo responde a los cantos del *hekura*.

En ningún otro lugar veo tal árbol. Si responde al *hekura*, quiere ser el *hekura* mismo.

Repite sus canciones.

Los seres humanos se han adornado con plumas de pájaros y decoraciones pintadas durante mucho tiempo. Se fueron a despertar el árbol mágico a la canción. La roca donde habitan el *hekura* ha cruzado los brazos sobre su espalda. Venimos, todavía débiles, a golpear tu pecho y hacerte débil. La cascada roja ruge y salta al vacío. ¡Tienes que responder, hijo mío!

Rikõmi se ha quedado en silencio, demasiado débil para responder. Una voz de mujer grita desde el otro lado del refugio:

- ¡Responde! ¡Repite las canciones!

Turaewë no se detiene. Empapado de sudor, continúa su danza:

Su silencio nos ofende, nos vamos a ir. Vamos, hijo mío, debes responder. Nuestras llamadas suenan para ti, nuestros labios se adornan con líneas ligeras y sinuosas. Repite esto, hijo mío! ¿Quieres engañar a la mujer tucán que quiere venir aquí? ¡Están aquí, están bailando! ¡Míralos! ¡Responde! Ya el olor de las pinturas que cubren sus cuerpos te hace perder tu ingenio. Te hacen inconsciente. Nos estamos acercando, estamos cantando y bailando.

Turaewë, *Kaõmawë* y *Shimoreiwë* han oficiado a su vez. Sólo después de eso dejaron que *Rikõmi* se acostara en una hamaca de vides estirada entre dos postes libres despojados de su corteza. El iniciado no debe estar en contacto directo con ninguna parte del refugio: su aislamiento debe ser absoluto. Al igual que las personas que deben someterse al ritual *unokai*, se le prohíbe comer caza, pescado y plátanos. Se le permite sólo el plátano tostado y las raíces de *taro*. No puede beber agua, y sacia su sed con pedazos de caña de azúcar que se le reparten parsimoniosamente. Se queda en su hamaca entre las sesiones con sus instructores. Se relaja en un agujero a su lado y se mueve sólo en una postura agachada. Ni los niños ni las mujeres pueden aproximarse a él, sólo *Wakamoshiwë* lo vigila. No hay quemas de fuego por la noche, sólo por la mañana, un poco antes del amanecer. Es la estación lluviosa, el cielo está nublado, y por lo tanto las noches son suaves. Es por eso que dicen que más tarde, cuando *Rikõmi* sea un chaman y él llame al *hekura*, las posibilidades serán grandes de que llueva.

Durante su sueño, *Rikõmi* sueña con seres y paisajes fantásticos. Un gran número de arroyos corren por el bosque, tan cerca uno del otro como las venas de una mano. Toda una población de tapires los sigue río abajo para alcanzar una cascada tan alta que la mera visión de ella hace que uno se maree. Abajo, en el agua rugiente y espumosa, una turbulenta multitud de pájaros se están bañando, tienen la piel suave, todavía las plumas no se han formado. Entre las rocas gomosas vestidas de musgo se alzan las frágiles formas de los árboles *tokori*, y sus ramas están cubiertas de pequeñas plumas blancas. Otra visión sustituye a la primera. *Rikõmi* ha disparado a *Kaõmawë* con una flecha; La sangre de su víctima corre sobre su pecho y fluye de nuevo, trazando un largo camino sinuoso. A su alrededor se despliega un paisaje fabuloso. Los árboles de achiote cubiertos de vainas rojas se doblan bajo el peso de innumerables monos capuchinos. Debajo de un enredo de plantas acuáticas, enredaderas y zarcillos, abre su trayectoria el *kowahito*, un demonio del agua personificado por el conejo salvaje.

Debido a la aturdida condición producida por las drogas, la fatiga y el ayuno, *Rikõmi* confunde sus períodos de sueño y vigilia. Si habla en su sueño, piensa que su voz pertenece a otra persona. (*¡Los indios dicen de tal charla de sueño que "hace como un fantasma!"*) Tiene la sensación de

que alguien le está sacudiendo por el brazo, cuando arroja sobre él sus ojos apagados, no ve nada. Él sabe entonces que los *hekura* están cerca de él, que lo rodean. Oye gemidos. Una descarga de flechas casi lo mata. Loros habladores charlan encima de un montón de hojas muertas. Se asustan: un niño salta hacia ellos, sólo para ser agarrado por un jaguar. Se siente transportado a una vasta sabana cubierta de pastos cortos; Las colas de guacamayos despliegan sus plumas y ondulan en el viento. Un animal sale de la niebla, no se parece ningún otro, pero sugiere irresistiblemente un gran oso hormiguero, y se revuelca en medio de un agujero de barro. En un extremo de la superficie fangosa, los bancos se estrechan gradualmente y se forma un torrente desordenado. El contraste de las apariencias entre la masa inmóvil, nebulosa y vaga del agujero de barro y la presencia viva y poderosa del agua induce en él un sentimiento de opresión. De repente, alguien invisible dispara una flecha sin cabeza contra la bestia. El oso hormiguero se derrumba y se disuelve en el líquido, enviando una lluvia de barro. Esta visión inquietante se disuelve. Ahora está sentado en una roca empinada. Algunos *hekura* vienen a él, pero él no los reconoce. Ellos lo llaman por su nombre, diciéndose unos a otros:

- *¿No es éste el que estábamos buscando?*

Se cuelgan collares de cuentas alrededor de su cuello. Un *hekura* escupe las plantas mágicas que flotan en la saliva grumosa.

De vez en cuando, es arrastrado a una sesión de canciones con los chamanes. Lo llenan de drogas. Está aniquilado: ya no tiene voluntad ni siquiera existencia propia. Su boca habla sin su voluntad, su cuerpo permanece en la posición correcta porque estaba así colocado. Guacamayos con ojos abultados gritan cosas que él no entiende. Día tras día, sin embargo, la ceremonia toma su curso. Por la noche o por la tarde, nunca en la mañana, los chamanes canalizan hacia él los seres multitudinarios que habitan su mundo mágico. Le muestran el fuego en que se consumen los avaros y la gran morada de las almas en el cielo. Siguen llevando a su pecho las diferentes partes que componen la morada del *hekura*.

A la sustancia habitual - la corteza y las semillas - ahora agregan las plantas cultivadas del género *Justicia*, que son psicodélicas y aromáticas. El camino de los espíritus, constantemente pisoteado por los chamanes, está ahora marcado en la plaza central y las violentas borrascas de la tarde no son suficientes para borrarla.

En el tercer día, *Turaewë* ha conducido el poderoso *Espíritu del Pez Eléctrico* a su nueva morada. El diálogo cantado entre el maestro y el novicio continúa:

Tiri, tiri, tiri! Están avanzando hacia ti

Los *hekura* se van a fusionar en mí.

Aquí están los espíritus caníbal: el *Espíritu de la Luna*, el *Espíritu de la Noche*! Los lados de la montaña están poblados de guacamayos.

Los lados de la montaña están poblados de guacamayos.

Estamos bailando para ti, nuestros lóbulos de las orejas usan pestañas de jaguar. Somos el viento: Escúchalo soplando contra tu pecho.

Oigo el viento golpear contra mi pecho.

El agua azulada de la caída se derrumba en el vacío y su rugido es ensordecedor. Nuestro vello púbico exhala delicadas fragancias. El *Espíritu de la Mujer Tucán* está bailando hacia ti con un susurro de hojas de palma.

El *Espíritu Mujer Tucán* avanza hacia mí.

Están trayendo para usted todos los objetos mágicos. Las diademas de las plumas púrpuras agitan en sus piernas. El pájaro azul toma su vuelo. Las rocas brillan con luces desconocidas. Guirnaldas de cuentas carmesí cuelgan de nuestros labios perforados. Veo el *Espíritu Jaguar* preparándose para ti. El *Espíritu del Guacamayo* está cerca.

El *Espíritu del Guacamayo* está cerca.

Pero estoy dominado por el mareo, mi mente está fallando. Los *hekura* me llevan, y veo en sus espaldas las delgadas lenguas de los tucanes que se han atado uno al otro. ¡Hijo mío, no te quedes en tierra, inmóvil y silencioso delante de ellos!

Rikōmi se ha quedado en silencio. Su cuerpo desencajado está tirado en el suelo. En el quinto día, el novicio es coronado con el *watoshe*. Es una diadema de hojas de palma tejidas cubiertas con el blanco de las aves de rapiña. Este tocado es el símbolo del *Espíritu Jaguar*, que de ahora en adelante está viviendo en el pecho de *Rikōmi*; Es la señal de su futuro poder. El *watoshe* es también un adorno del *hekura*.

Es en el octavo día que la ceremonia culmina y llega a su conclusión. Temprano en la mañana, los tres chamanes entran en el bosque para cortar el tronco que se utilizará para preparar el *bei kë maki*. El follaje y la maleza siguen goteando con el rocío de la mañana. Están buscando un pequeño árbol de la especie *morë*. El tronco que eligen es tan grueso como un brazo. Alrededor, en un radio de dos metros, cortan



Despojando un árbol de su corteza.

la vegetación y despejan el suelo de hojas muertas. *Kaõmawë* luego saca un poco de paquete situada entre un brazalete y su piel, y cada uno de los chamanes toma dos o tres dosis de la droga. Golpean el aire para expulsar a los espíritus malignos y a los chamanes enemigos que pueden estar escondidos allí. *Kaõmawë* entona una invocación sin palabras. Entonces, juntos, invocan el *Espíritu de la Luna*, sacuden el árbol del que caen algunas hojas secas y otros desechos, y frotan la corteza con sus manos para quitar el musgo.

Siguen cantando retiran la corteza. Cuando terminan *Shimoreiwë* corta un profundo surco circular en la base, teniendo cuidado de dejar intacto el corazón de la madera, para que el tronco no se derrumbe. Entonces los tres agarran el árbol con ambas manos y lo sacuden hasta que cede. lo colocan cuidadosamente en el suelo y cortan un segmento de unos dos metros de largo.

Durante la ausencia de los chamanes, las mujeres han recogido todas las heces de perro que pudieron encontrar en la plaza central. El tronco es confiado a los hombres encargados de prepararlo. Se sientan fuera del refugio. La madera desnuda se tiñe con achiote, tres líneas onduladas negras se dibujan de arriba hacia abajo, puntos del mismo color se ponen entre las líneas. El tronco será levantado para convertirse en un mástil, el extremo más fino se afiló para penetrar la tierra. En el extremo superior se fija un ramo de plumas de loros y *mãrãshi*. Alrededor de este ramo cuelga una guirnalda de palmas *waima* de color verde pálido. El mástil entero se viste entonces con una capa de blanco abajo que casi oscurece totalmente el fondo rojo y los diseños negros. El *bei kë maki* está listo. Simboliza la roca, emblema de la eternidad, donde viven los *hekura* que no tienen fin. Es en la roca que habitan los espíritus libres del bosque. Capturado por los chamanes, el pequeño *hekura* entra en el pecho del hombre que está destinado a convertirse en su amo, que es donde se convertirá en adultos. Finalmente son liberados por la muerte de su anfitrión mortal. Esta liberación puede tener efectos cósmicos si su amo

era un gran chaman: El cielo se oscurece, los rayos se desencadenan, la lluvia azota las hojas. Entonces la gente dice: "*Un gran chaman acaba de morir.*" Los *hekura* p

arten hacia rocas deshabitadas, uno de ellos va a morar con otro gran chaman De los *hekura* que llevan a cabo esta transmigración de un cuerpo a otro, se dice que son *habrabiwë*.

Cuando llegan al chaman que han elegido habitar, el *hekura* se anuncia y presenta.

Dice: "*Yo vengo del pecho de tales-y-tales [mencionan el nombre personal] donde yo estaba antes.*"



... Mientras tanto, los amos del

Chamanes llevan el mástil pintado hacia el iniciado.

ceremonial han renovado sus ornamentos. *Turaewë* ha ceñido la cola de un mono saki alrededor de su frente, los brazaletes enrojecidos abrochan sus bíceps, sus músculos pectorales están marcados con líneas gruesas, y en su mano sostiene una flecha con su punta lanceolada cubierta de plumas blancas. Muchas personas adornadas con plumas llamativas, con sus cuerpos pintados, han venido a sentarse en semicírculos a la izquierda ya la derecha del novicio. Está drogado, su cuerpo demacrado es lamentable de ver, sus ojos vueltos están sin vida, de su boca medio abierta cuelga un largo filamento de saliva pegajosa, y su pecho, vientre y muslos están manchados con rayas secas. Sus respuestas son apenas audibles, y parece que cada frase que pronuncia podría ser la última.

Todos los chamanes del grupo son llamados a la acción y contribuyen en la última fase de la iniciación. Uno puede verlos de pie, protegiendo sus ojos con las manos, mirando al espacio. Temen un ataque de los chamanes enemigos decididos a destruir el *bei kë maki*, destruyendo así la iniciación y reduciendo a nada tanto esfuerzo y tanto dolor aceptado.

Tan pronto como se les dice que el mástil está listo, los chamanes se marchan. Pronto reaparecerán. *Turaewë*, con los brazos extendidos, lleva el *bei kë maki*. Avanzan paso a paso por el sendero del *hekura*, su

progreso es frenado por pausas frecuentes. Los chamanes hacen todo lo que pueden para que su apariencia sea espantosa: sus cuerpos se deforman, sus rostros hacen muecas, y sus lenguas, empujando fuera de sus bocas, parpadean en todas direcciones. Cuando están cerca de *Rikōmi*, *Kaōmawë* ordena al asistente:

- *¡Soplen más drogas en él!*

Estas nuevas dosis privan a *Rikōmi* de todas sus reacciones. Ya no puede pronunciar una palabra. Para mantenerlo en la posición correcta, *Moriwë* y *Hebëwë* sostienen cada una de sus piernas, *Wakamoshiwë* su espalda. Entre sus piernas, cavan rápidamente un agujero en el que plantan el mástil, *Turaewë* dibuja en el suelo líneas que irradian a su alrededor. Él dice:

- *¡Éstas son las raíces!*



Fase final de la iniciación.

absorber al intruso. *Kaōmawë* es el

Fase final de la iniciación.

Exactamente por encima del *bei kë maki*, ahora de pie y brillante, cuelgan una hoja de palma pintada con una línea trazada con achiote.

Shimiwë es el *Espíritu del Mono Araña*, está caminando, en alerta, con las manos protegiéndose los ojos, cuando repentinamente detecta una presencia extranjera. Ha reconocido a *Sebretowë*, enviado por el *shamat^hari* para deshacer el trabajo de los iniciadores. Comienza una lucha violenta y confusa. Los chamanes de *Karohi* desatan una multitud de ejes de fuego por medio de los tubos de inhalación ahora convertido en un lanzallamas. *Resheshei* es el *Espíritu Torbellino*, él se agacha en la plaza central, girando sus dos brazos para

Espíritu Tarántula con pelos picantes. Toda la vivienda es defendida. El enemigo está cubierto de dardos, abrumados la picazón, finalmente es derrotado. En ese momento, *Turaewë* imita brevemente la huida del chaman hostil que, estropeado por tantos golpes, se arrastra hacia el exterior, rascándose. *Resheshei*, sobreexcitado, exclama:

- *Había venido a destruir la morada. Casi lo consiguió. Yo dije que teníamos que estar en guardia. ¡Lo vi pasar en el momento en que estaba a punto de actuar!*

Después de la victoria, la ceremonia interrumpida puede continuar. La multitud de los *hekura* avanza hacia el mástil. El *Espíritu del pájaro Oriole* viene primero, inmediatamente seguido por el *Espíritu de la serpiente Waroo* que asedia las viviendas de los *hekura* en compañía familiar. Viene *Pájaro Carpintero*, que revolotea de un lado a otro, con la intención de cavar su refugio en la madera (el dedo índice del chaman es ahora un pico), ocupado con su trabajo, el *Pájaro Carpintero* de repente se da cuenta de que está cerca de un fantasma. Él está tan asustado que huye, se aleja un instante, recoge su coraje y reanuda tímidamente su trabajo. Viene el *Espíritu Caimán*, llevando un arco en su hombro y mirando fijamente a él con sus ojos globulares. Viene *Fantasma*, el amo de los plátanos, el es miserable y pronuncia mal sus palabras. La mujer plátano ronda a este huésped heterogéneo avanzando hacia el *bei kë maki*. *Turaewë* encarna estos diferentes personajes a su vez, con mímica consumada: sus gestos caricaturizan a los animales exactamente.

Eso es todo. Sólo queda el mástil para dar testimonio del dolor. Dentro de unos días será llevado y atado, junto con el *watoshe*, al tronco de uno de los árboles más grandes del bosque. *Rikõmi* está comiendo normalmente, él recuperará su fuerza. Durante mucho tiempo no podrá acercarse a las mujeres. En ello está el peligro: ¡Cuántos antes que él no pudieron resistir la tentación, y los *hekura*, expulsados, volvieron a sus rocas!. Debe retirarse cuando una piel de animal es quemada, porque el *hekura* aborrece el olor de carne quemada. Le aconsejan que no entre en el bosque, para evitar las muchas telarañas que cuelgan. Él toma su primer baño usando el agua de una olla.

Unos días más, él tiene una sesión a la tarde con sus iniciadores. Aprende de las bocas del *hekura* las canciones que debe conocer: son sus canciones personales, las que lo distinguen de los demás chamanes. En el segundo día, *Turaewë* envía sobre él el *Espíritu del Cerdo Salvaje*, los chamanes frotan sus cejas con cenizas y apagan los fuegos vecinos dispersándolos. Entonces es al *Espíritu Perezoso* que se llama. *Rikõmi* finalmente puede considerarse un verdadero chaman. Prueba sus canciones y sus danzas: Él mismo es un *hekura*.

Por la noche, los espíritus están a su alrededor. Murmuran en su oído: "*Nosotros sabemos que uno de nosotros va a entrar en tí, uno de los más poderosos*". *Rikõmi* espera la llegada del *Espíritu Jaguar*,

del *Espíritu de la Vía Láctea*, o algún otro igualmente importante. Él debe responder cuando se dirigen a él, entonces frunce los labios y los hace vibrar. Este es el camino de los chamanes cuando se comunican por la noche con el mundo sobrenatural. Su actividad de ensueño es también intensa: ve todas las clases de cascadas con aguas de muchos colores, una multitud de seres cuyas cabezas están cubiertas, cruza el camino de guacamayos horrendos, voces desgarradoras le hacen daño en los oídos. Él dice:

- *Cuando estoy despierto, una brisa me rodea: son los hekura quienes se mueven acerca de mí. Los veo sólo en mis sueños, emiten una especie de zumbido sostenido. Si ellos están a mi frente, relámpagos me ciegan.*

Cuando pronuncia su llamada, puede detectar esta brisa perfumada que rodea su cuerpo. Él sabe que ellos están ahí, siente que suben por su pierna, se arremolinan alrededor de la rótula, alcanzan su muslo, y se elevan por encima de su cadera. Su estómago de repente se siente oprimido, entonces esta respiración sutil e irresistible se desliza sobre su pecho y gira alrededor de su cabeza. Él puede oír su canción: "*un rēṛēṛēṛē ...*". Este es el sonido que los chamanes hacen con sus lenguas en el momento de la primera llamada.

Un tubo sobresale de su boca, el extremo inferior está hundido en su costado. La brisa vacila y finalmente penetra en el tubo, ganando así la entrada en su cuerpo. Los árboles mágicos han crecido en su pecho. El tubo maravilloso, los árboles, éstas son las posesiones del *hekura*, el mobiliario de su mundo. Han traído consigo los colorantes aromáticos. Todos están allí; *Rikōmi* los ve sólo por la noche.

Las cotorras saltan de rama a rama y cantan: "*bre, bre, bre ...*". Los tucanes *kreōmari* hablan con sus voces roncas: "*kreō, kreō, kreō ...*". Puede oírlos claramente. Estos no son pájaros comunes, sino *hekura*, que están allí para él, lejos, pero cerca en las visiones del sueño.

Los *hekura* le enseñan los nombres de enormes rocas, montañas vertiginosas, inmensos ríos, paisajes desconocidos para él. Le susurran: "*Aquí hay tal roca, tal sabana, tal río*". Con ellos entra en el inframundo del *amahiri*, donde se encuentra con un gran oso hormiguero con brazos poderosos que quiere abrazarlo y aplastarlo. La anfisbena se arrastra a su lado, eleva su cabeza blanca y baila. El *hekura* le dice: "*Ten paciencia, estamos preparando para ti un árbol mágico. Vamos a rascarte la garganta, y escupirás sustancias que te darán poder*". Él trata de escupirlas como hacen algunos chamanes, pero sólo saca saliva lechosa. Todavía es demasiado pronto. Gracias al *hekura*, El exquisito perfume de los tintes sale de su cuerpo; Son los que le rocían con su néctar nutritivo, dulce como la miel y rojo como la sangre, pero todavía no se han decidido a concederle el uso de las plantas mágicas.

Pasa una luna. *Rikõmi* ha prolongado su estancia en *Karohi*, tanto para aprovechar las enseñanzas de sus maestros como para evitar ser tentado por la presencia de sus bonitas esposas. Ha ganado nueva fuerza. A pesar de muchos consejos prudentes, está decidido a tomar parte en una gran cacería. Ha estado lloviendo durante varios días, y el bosque está inundado. Varias veces los cazadores vadean por depresiones donde el agua alcanza su cintura. *Frërema* pierde sus puntas de curare cuando cae en un agujero de agua. Por la noche, los cazadores preparan la caza en una parrilla, chamuscan la piel de los monos antes de eviscerarlos. *Rikõmi* mata un tapir, él afirma que el *hekura* lo guió para encontrar y seguir las huellas. Además, había tenido una premonición en un sueño. Pero tuvo que llevar un enorme trozo de carne a una distancia considerable, y su debilidad reapareció. Casi se desmayó bajo su carga, se sintió vencido por un cansancio inexplicable. Se queja de que su cuerpo fue deformado por la carga. Al igual que los demás, come frutas *kumato* recogidas en el camino, pero una bola se forma en su garganta. Tose, pero el moco no sube y es como si estuviera pegado al fondo de su tráquea.

A su regreso al refugio colectivo, narra los acontecimientos de la caza a *Kaõmawë*, le cuenta sus contratiempos, y describe cómo se siente físicamente. El chaman lo examina un momento, luego pronuncia su diagnóstico:

Las telarañas se han pegado tu cara, podían haberte cegado. Permanecerán si no te cuidas y su *hekura* perderá sus ojos. En cuanto al dolor de garganta, los chamanes *shamat^hari* malvados son responsables: han cerrado el tubo que desciende hacia tu pecho para impedir el camino al *hekura*. De ahí el malestar que sientes. Eres muy temerario de ir al bosque tan pronto.

Kaõmawë toma drogas. Pronuncia un llamado a los espíritus. Con el borde de su mano él mata a los seres maléficos que acosan al joven chaman. Con cada golpe, grita:

- *Wakrashi! Wakrashi!*

Rikõmi se siente aliviado, su garganta está despejada. Puede volver a sentir la brisa suave que se eleva por el paso del *hekura*. Empiezan a hablarle de nuevo: "Haremos que nuestro camino se eleve muy alto en el cielo." Su ansiedad disminuye: Está curado. Como última manifestación de su enfermedad, el tabaco que mastica tiene un sabor insoportablemente amargo.

Rikõmi camina hacia *Turaewë*. Los dos chamanes charlan durante mucho tiempo, hablando de sus experiencias. Lo que *Turaewë* le dice a *Rikõmi* es parte de la instrucción oral que le da informalmente. Esta vez es *Rikõmi* quien habla primero:

- El camino del *hekura* es visible, luminoso; Surge de él algo así como un aliento ardiente que hace que el aire sea pesado y casi irrespirable. No se ve el *hekura*, se siente el viento que levantan cuando se mueven. Durante la cacería de la que acabo de regresar, dispersé a los *hekura* que estaban en mí.

- Los hombres ordinarios son incapaces de reconocerlos. Sin embargo, el viento nos dice que están allí.

- Los veo sólo por la noche, cuando cierro los ojos.

Uno sólo puede verlos entonces.

- Sus caminos se vuelven luminosos para mí. Cuando estoy durmiendo, se acercan y me convocan a contestar. De repente me despiertan sacudiendo mi brazo o tirando de mi tobillo.

- Ellos te despiertan.

-Me levanto y agito el fuego.

-Los que no son realmente chamanes no los escuchan. El que es realmente un chamán oye una especie de zumbido: *bouu ...* durante su sueño, y esta canción resuena, rebotando en la bóveda celeste. Abre los ojos y dice: "*¡Voy a verlos ahora!*". Los pájaros cantan: "*brẽ brẽ brẽ ...*", él sabe que son ellos ... Una brisa fresca se desliza a lo largo de sus piernas.

- La rótula es su *shabono*.

- Está bien. El dedo gordo es su trayectoria principal y los otros dedos sus trayectorias secundarias: Todos convergen en la rótula.

- Durante la caza, cometí el error de tocar un pedazo de carne colgado en la parrilla. Sin embargo, sé que aborrecen todo lo que huele quemado.

- Hay en tu cuerpo un largo tubo hueco como un bambú. Uno de los extremos se inserta en la cadera, el otro se ajusta al ras con los labios. Debajo de su garganta, los *hekura* han colocado una esfera hueca a través de la cual tu aliento debe pasar.

- Vi a los *hekura* caminando sobre una rama podrida, estaba pasando por debajo.

- De hecho, fueron ellos; Pero no eran amables con usted. Los olores fuertes de la parrilla, el olor a cabellos chamuscados, la carne quemada cerca del fuego, todo esto los aleja. Sin embargo, parecían inclinados a acercarse a usted.
- Ellos emiten un perfume embriagador, viene de los tintes y las plantas mágicas que llevan consigo. De repente, dejé de oler estos aromas, mi nariz ya no los percibía.
- Cuando uno está al final de la iniciación, es aconsejable no cazar. Si una bandada de tucanes toma vuelo y uno de ellos aterriza cerca de usted, entonces todos los otros siguen inmediatamente el juego. Asegúrese de no asustarlos: Mire fijamente y continúe en su camino, puede estar seguro de que son *hekura*. Por supuesto, hay los que se marcharon durante la caza, pero no se preocupe demasiado, preveo que esos no eran los buenos. Los otros permanecen, que entraron en tu seno mientras estabas acostado en tu hamaca: son verdaderamente tuyos, están en ti, oscilando perezosamente en sus hamacas.
- Si sucedieran que desertaran de sus hamacas, yo preferiría renunciar o comenzar la iniciación otra vez. Algunos chamanes mueren, asesinados por algún mal encanto. Si los *hekura* que liberan deben transmigrar en su cuerpo, usted debe estar seguro de rechazarlos o repelerlos: Ellos harían que usted coja una enfermedad de la cual usted nunca se recuperaría.
- Tuve este sueño: Un chaman estaba inhalando una droga desconocida, pronto comenzó a escupir las plantas mágicas, los objetos pertenecientes a los espíritus. A sus pies yacían los bambúes de los cuales los *hekura* modelan sus ejes de fuego. Había en ese lugar una cascada tan alta que su agua se convirtió en espuma mientras caía, a su cumbre los tucanes llegaron a refugiarse, ellos también llevaban las sustancias mágicas en sus picos.
- Si puedes ver esto, significa que ya eres un verdadero chaman Si usted va cerca del agua, su nivel sube de una vez, de repente estás en ella hasta tus labios, y los demonios que viven en ella entran en tu seno para mezclarse con los que ya están allí. Entonces tienes suficiente poder para luchar contra otros chamanes. Me gusta escuchar la canción de los tucanes; Aparecen cuando duermo y canto: *yaukwẽ, kwẽ, kwẽ ...*
- Como el niño de Omawë, seré un cazador de tapires y mataré a muchos. Abrigo al hijo de Omawë en mi pecho, porque él es un *hekura*, no huyó como su padre y no se convirtió en un demonio maligno. Le vi en un sueño: estaba

levantando la cabeza y llevando puntas de flecha lanceoladas en sus puños cerrados.

- En esa dirección se eleva la roca de Kanae. Es muy alta. Los tucanes posan en la parte superior. Todos ellos son *hekura* y llevan en sus picos los adornos púrpuras que apenas han escupido. Hace mucho tiempo, yo también creía que podía traer a mis labios estos objetos mágicos, pero no podía hacerlo. Los tucanes de este mundo son horriblemente feos, sólo los otros son magníficos, son tan rojos como la sangre en nuestras venas.

- En el momento en que hago la llamada al *hekura*, mi aliento ya no pasa a través de mi pecho. Se toma el camino de la *hekura*, sigue mi pierna, gira alrededor de mi rótula y continúa su camino hasta mi boca. Se vuelve idéntica a la brisa producida por los movimientos de los espíritus. Mi aliento es perfumado con el exquisito perfume de los encantos. ¡Qué miedo tenía durante esta última cacería! Tan grande era mi agotamiento que pensé que me ahogaría.

- Cuando desee dejar el refugio, vaya con varias personas, conténtense en seguirlos. Cuando uno camina a la cabeza del grupo no piensa en las cosas que debe considerar. Si la lluvia amenaza, debe cortar hojas inmediatamente y refugiarse. Permanezca en medio del grupo, deje que los demás vayan por el perímetro. Así no te mojarás. Cuando salgas de nuevo después de una ducha, las hojas mojadas se abotonan contra tus hombros y te salpican, deshacen el *hekura* abajo. Cuando beba, no sumerja sus labios en el agua, use una hoja o beba del hueco de su mano.

- Bebí el agua estancada de los charcos. Desde entonces, cuando trato de escupir los maravillosos objetos del *hekura*, lo que entra en mi lengua es algo así como el jugo lechoso de las plantas.

- Normalmente, se acumula en la parte posterior de la garganta, con la consistencia de la miel. Nuestros antepasados que vivieron al principio, en tiempos legendarios, eran grandes chamanes. Doblaban los brazos sobre sus cofres, ponían sus cabezas dentro y permanecían así sin moverse: los *hekura* vendrían por su propia voluntad, sin tener que ser llamados. Cuando dejaron de ser inmortales, los *hekura* los llevaron sobre sus hombros, comenzaron a respirar de nuevo, y el más guapo entre ellos volvió a la vida. Un día, un jaguar mató a un perro corriendo en la pista de un tapir; Le quitó la cabeza con una mordida. Este perro era un cazador extraordinario, gracias a él, sus amos nunca carecían de carne.

Su dueño fue superado por el dolor. Era un gran chaman, Y él pensó que el *hekura* traería el animal a la vida. Lo colocó sobre una roca y cantó a los espíritus, que se apresuraron a responder. Entonces la cabeza se reajustó en su lugar, exactamente como antes, como si nunca hubiera sido cortada del cuerpo. El perro se levantó: estaba vivo. Así fue en los días de nuestros antepasados. En cuanto a mí, mis dedos se mantuvieron impotentes cuando traté de revivir a mi niño. Desde entonces, estoy lleno de una duda angustiosa, ya no tengo fe en mis poderes.

- He oído esta historia antes. Cuando murió, se transformó en *hekura*. Estaba a punto de entrar en mi pecho cuando lo alejé con el acre olor a cabello chamuscado.

- Hace mucho tiempo hubo un poderoso chaman Los Yanomami estaban siendo diezmados por un jaguar que comía a los hombres, de modo que todos creían que su muerte estaba cerca. Ellos pensaron: "*Tarde o temprano seré presa de la bestia*". Este famoso chaman fue a cazar y mató un tapir. Él pidió ayuda para su descuartizamiento. Estaba pensando: "*Que ellos coman los intestinos del tapir, yo prefiero el hígado de una tortuga*." Mientras transportaban los pedazos de carne, se fue a buscar una tortuga. Estaba solo y fue atacado por el *hombre-comedor*. Desde que albergó el *Espíritu de Tortuga Terrestre*, se cambió a ese animal: Su cabeza se apartó entre sus hombros, su boca se volvió diminuta y córnea. El jaguar se rasgó el pecho, pero no pudo romperse el cuello. La bestia se quedó con él, y su cabello se mojó con la baba. Pasó un excelente cazador, oyó los ruidos confusos de la lucha, se acercó y mató al jaguar. Volvieron juntos al refugio. El chaman precedió a su salvador y anunció: "*Totorifanawe, el Espíritu de la Tortuga, concedió que mi cabeza no quedara expuesta!*". Los demás le miraron: estaban terminando su comida de tripas. En aquellos días vivían los verdaderamente grandes chamanes. Los que viven y copulan hoy en día sólo tienen una pizca de poder.

- Si un nuevo chaman hace el amor, pierde todo su *hekura*. Está "*vacío*".

- Eso es exactamente, esos chamanes sólo pueden empezar a rastrear el camino de los espíritus de nuevo. Sólo una nueva iniciación puede devolverles lo que han perdido y permitir que sus narices huelan los perfumes de los tintes mágicos.

- Fue el olor de la caza ahumada que me sacó la mayor parte del *hekura* .

- Tu nariz se llenará de nuevo con olores dulces. No te acercarás a las mujeres, estos placeres están prohibidos para ti. Cuando llegan, los *hekura* no siempre están bien dispuestos. Debes ser paciente. Se establecen en el tiempo y se convierten en amigos. Ellos te ayudan a traer de vuelta almas robadas, gracias a ellos no te pierdes el camino. Puedes repeler a los demonios de la enfermedad, te permiten reconocerlos por su olor. Cada uno tiene su olor particular, y sus hamacas se impregnan con él. Viene de la *watota*, que todos poseen. Un alucinógeno de alta calidad le permite ver y nombrar a quien acaba de robar un alma. Tú piensas: "*¡Es fulano de tal quien es culpable!*" Y es tu turno de arrojar a tu *hekura* familiar después de él. Los chamanes que son demasiado viejos han estado tomando drogas por mucho tiempo, no tienen sensibilidad y se pierden. No es así contigo. Ustedes dicen al primer intento: "*¡Aquí está el camino correcto!*". Los otros, los viejos y los que no saben ver, vacilan y permanecen perplejos: "*¿Qué podría ser?*". Cuando los jóvenes vienen a mí y me piden "*¡Iniciadme!*" Recojo inmediatamente los adornos del *hekura*, ellos purifican mi cuerpo. Yo digo: "*¡Inhala esto!*". Llamo a los espíritus, los envío día tras día en el pecho del joven. Yo le advierto: "*Te vas a sentir tan débil como un enfermo.*" . Envía primero a su cuerpo los ornamentos de los *hekura* y los elementos de su nueva morada. Me tomo una gran cantidad de drogas, y mando al *Espíritu Perezoso* para recorrer el bosque y encontrar un *hekura* libre.

- Uno los siente acercarse por el viento que levantan, pero también por los diversos olores que se elevan de sus cuerpos. Se puede distinguir el olor de las fresas, de la palmas y *ei* y *rasha*, de los árboles *morë* y *momo*. La luna huele a cosas viejas y basura. Las hamacas huelen ardiendo. Cuando uno se acuesta, hay mareos, los postes del refugio se tambalean como si estuvieran a punto de caer.

- Esto sucede cuando los *hekura* te llevan sobre sus hombros o en sus brazos. Algunos hombres pretenden ser chamanes pero se engañan a sí mismos. En realidad, están vacíos. Sólo ayer, los *hekura* enviado por *Teteheiwë* casi mató a *Kokobirama*. Los encontré a tiempo, ya habían hundido sus garras ganchudas en su carne y estaban a punto de llevar su alma lejos. Su alma habría muerto si no los hubiese echado. Siempre son los *shamat^hari* los chamanes que vienen aquí a matar, los *waika* son demasiado débiles y nunca aparecen.

La noche ha caído lentamente. Las chispas vuelan de las brasas agitadas. El cuerpo de *Hebëwë* es sacudido por el hipo; para hacerlo parar, él repite incansablemente:

- *Una anciana ha "comido mi vagina"* [las mujeres en este caso insertan una vid en su fosa nasal].

El agradable calor de los fuegos provoca una voluptuosa somnolencia.

Parte II. Los poderes mágicos

5. Hechizos

Están saliendo en el bosque temprano en la mañana para recoger frutos que parecen aceitunas oscuras. *Kaõmawë* está caminando delante, mirando hacia arriba para explorar los árboles y determinar si los frutos están maduros. Cuando señala un tronco a *Hebëwë*, el joven sube, llevando un enredo de viñas alrededor de sus pies y corta las ramas, que caen ruidosamente. Cuando ha terminado, baja su machete atándolo al final de una vid. Las mujeres se reúnen para recoger los frutos, que ponen en hojas enrolladas en conos. *Tiyetirawë* no tiene gusto para esta tarea; él está ocupado en la vecindad matando pájaros pequeños que lleva a la parte posterior. A veces su flecha permanece atrapada en el follaje, y luego dirige al colibrí la fórmula propiciatoria:

-*¡Colibrí, colibrí, devuelve mi flecha!*

Entonces arroja pedazos de madera para hacerla caer, o bien sube a los árboles.

Las cestas de carga están llenas. *Hebëwë*, cansado de la gimnasia que le exigía, deja a su padre y a las mujeres para volver a casa por otra ruta. Pide a *Tiyetirawë* que lo acompañe. Están caminando río arriba a lo largo de un río cuando *Hebëwë* salta sobre la orilla y se arrastra a través de la densa maleza. Se detiene brevemente y toma su arco, su flecha se hunde en el cuerpo de una nutria. Pero la punta de flecha mal asegurada se afloja del eje y el animal la lleva lejos en su fuga loca. Los dos jóvenes lo persiguen y lo alcanzan en el momento en que está a punto de pisar tierra seca y



Joven pescador.

escapar. *Hebëwë* ataca con su machete, pero el golpe sólo araña la cola del animal, cae de nuevo en el río y nada bajo el agua. Siguen su curso por las burbujas de aire en la superficie, hasta que la nutria se refugia en un hueco bajo la orilla. El agujero es profundo, pero *Hebëwë* no se rinde. Afila un palo para usar como lanzador y le dice a *Tiyetirawë* que meta la flecha en el agujero. Se ríe y admite:

- *Cuando lo vi, pensé al principio que era un yahetiba [un pez eléctrico]. Entonces yo vislumbré su cabeza.*

Están a punto de abandonar la persecución cuando la cabeza del animal aparece repentinamente. *Tiyetirawë* levanta su arco, su flecha se aloja en la espalda de la bestia, la nutria vuelve a su agujero. El extremo emplumado de la flecha que sobresale del agua se mueve de aquí para allá, y luego se queda quieto. *Tiyetirawë* tira de la cuerda que sujeta la flecha hacia él, ésta viene fácilmente porque ha perdido su punta de arpón y el eje ha sido mutilado. La nutria se había librado de la flecha mordiéndola, sólo la punta ha permanecido implantada en su carne. Los jóvenes esperan un momento, no tienen más flechas, pero *Hebëwë* mantiene su lanza en posición. Una última vez exploran metódicamente el banco con un palo largo, pero la nutria permanece oculta. *Tiyetirawë* dice:

- *Está muerto.*

- No, habría luchado antes de morir y habríamos visto la perturbación en el agua, está acurrucado en un agujero y no saldrá por mucho tiempo. Vámonos.

En el camino a casa, su camino cruza el huerto antes de llegar al refugio. Se han dejado sin cosechar racimos enteros de plátanos. Las frutas podridas están esparcidas por todas partes, y enjambres de avispas y abejas negras vienen a alimentarse de ellas. Sucede que hay un exceso de plátanos y se utilizan en el refugio como misiles en interminables peleas simuladas, los niños manchan sus cuerpos y pelo. *Hebëwë* y *Tiyetirawë* recogen algunos y chupan la caña de azúcar, luego se detienen en los huertos y contemplan los finos y redondos hilos de los talismanes para la caza que han sido enredados por el viento.

Estos talismanes son hechos con plantas del género *Cyperus*. Sus bulbos, cuando se secan sobre un fuego y se atan a las puntas de flecha, se supone que aseguran el éxito de los tiros. Cada planta tiene un uso específico: una es para cazar perdices, otra para el hocofaisán, uno para tucanes, otro para armadillos y otro para pájaros pequeños. Todos se parecen, y sólo los ojos expertos del propietario pueden distinguirlos. Mientras caminan, los jóvenes notan las plantas afrodisíacas, las "*hojas aromáticas para las mujeres*", la planta para "*hacer crecer a los niños*", la que da fortaleza para trabajar en los huertos y la que asegura un incesto exitoso.

El terrible *aroari këki*, que puede usarse para matar, también pertenece al género *Cyperus*. *Hebëwë* la mira desde lejos: le teme y no quiere revelar su existencia a *Tiyetirawë*. Su padre lo trajo a casa de un largo viaje río arriba por la *waika*, donde trocó una hamaca de algodón por ella. Todo dueño de un *aroari këki* conoce sus propiedades, su historia, su origen. Esta planta es un ser respetado y temido, y se mantiene sólo si sus propiedades se confirman en la práctica. El hombre que la dio al padre de *Hebëwë* habló en voz baja, exaltando el poder de su hechizo y explicando que era potente y que ya había matado al menos a tres personas, afirmó que con tal aliado, *Kaõmawë* podía exterminar a sus enemigos. *Kaõmawë* estaba impresionado, aunque sabía que siempre hay cierta cantidad de exageración en tales afirmaciones. El hombre entonces reverentemente clavó en el suelo para traer algunas raíces separadas y bulbos, que él envolvió inmediatamente en una hoja antes de entregarlos a *Kaõmawë*. A su regreso, *Kaõmawë* enterró su planta en secreto para evitar que otros la robaran, así como para ocultar sus pensamientos de asesinato.

Un mito dice que fue *Opossum* quien utilizó por primera vez una sustancia mortal para propósitos de magia negra. Un día, mientras trabajaba en su huerto, llegaron dos visitantes femeninos a su hogar, donde fueron recibidos por su madre, la *Mujer Hongo*. Envío a un niño al huerto para contarle a *Opossum* la noticia, llegó corriendo, ya pintado y adornado, para sentarse en su hamaca y pavonearse ante las jóvenes, que eran muy

hermosas. Pero todo olía mal. La *Mujer Hongo* sacó un músculo de su propio muslo y lo ofreció, diciendo: "*¡Comed esta carne de tapir!*". La rechazaron por su olor fétido.

Después de un rato, *Opossum* les pidió que fueran a preparar un poco de tabaco en el sitio de un hogar vacío a poca distancia. Fueron allí. El lugar pertenecía a un hombre llamado *Miel*; Todo olía bien, todo era hermoso y agradable de ver. *Miel* apareció pronto: su piel era atractivamente oscura y su cuerpo estaba magníficamente pintado. Inmediatamente se olvidaron de *Opossum* y dieron su preferencia a *Miel*.

Opossum estaba celoso y concibió un odio feroz contra su rival. Esa noche él preparó un encanto mortal con los pelos de un roedor rojo - la *bëna* - que él ató a algunos dardos. Al amanecer, armado con una zaraza, se colocó cerca de un sendero donde apareció *Miel*, seguido por las mujeres que lo estaban cortejando. *Opossum* soltó sus dardos envenenados, *Miel* cayó y expiró. Cuando el cuerpo fue cremado en la plaza central, las brasas se transformaron en abejas. Finalmente, la sospecha se centró en *Opossum*; Se vio obligado a huir y su miedo fue tal que le crecieron plumas y voló lejos. Se refugió en una cueva en las rocas, pero fue descubierto. Todos los pájaros de los alrededores trataron de excavar la roca, pero sus picos se doblaban, sólo los tucanes, con sus picos masivos, hicieron caer una enorme masa de rocas sobre *Opossum*. Su sangre se extendió en charcos donde los pájaros vinieron a pintarse: el hocofaisán cubrió su pico con él y ha sido de color rojo anaranjado desde entonces. Las perdices coloreadas trazaban un círculo alrededor de sus párpados, el tucán sumergió en él la base de su cola que, desde entonces, ha sido púrpura, el martín pescador frotó su pecho con él y el guacamayo hizo manchas con ella en sus plumas. Cuando todos fueron pintados con sangre de *Opossum*, *Tucán* le asignó una roca para su morada. A partir de ahora eran *hekura* e inmortales.

Por lo tanto *Opossum* es el creador de la magia negra en oposición a *Miel*, que se asocia con el fuego desde las brasas de su pira funeraria que se convirtieron en abejas. De hecho, *Opossum* es la antítesis de *Miel*, connota decadencia, su madre es la *Mujer Hongo*, es uno de los animales más despreciados, una bestia fétida que no es apta para el consumo humano. Es repugnantemente feo, con la cola desnuda y el abrigo opaco y delgado. Ansioso por la carne, es lo suficientemente audaz como para acercarse a las viviendas humanas para matar a los animales domesticados. Finalmente, sus hábitos son extraños, y se dice que el vientre de la hembra se divide para dar a luz a la cría. Es un ser ambiguo: cuando tiene miedo, vuela como un pájaro, evoca el arco iris, que los yanomami llaman *boa*. Y es la sangre de ese reptil, y no la de la zarigüeya -como en otras culturas indias- el origen de la diversificación de las aves.

El mito de *bëna* se utiliza rara vez y localmente, porque ese roedor vive sólo en unas pocas regiones montañosas. El *aroari këki*, por otra parte, se cultiva en todas partes, sus bulbos son cosechados, cortados en pedazos

pequeños, y secados sobre un fuego para preservarlos. Cuando llega el momento de usarlos, estos fragmentos se trituran sobre una piedra rugosa o una lata perforada, y el polvo así obtenido se distribuye en cápsulas de algodón sujetas a dardos de palmera. Durante todo el tiempo de la preparación, los hechiceros (*õka*) están aislados y hablan en voz baja para que el veneno no pierda su virulencia, mantienen la cara lo más lejos posible de sus manos para evitar respirar sus humos nocivos.

Se van por la noche, después de pintar sus rostros negros a imitación de los guerreros. Trabajan encubiertamente y no participan en ningún ritual público. Se dice que durante su paseo, invariablemente se encuentran con una serpiente *Bothrops atrox*, la sostienen con rapidez de la cabeza y la cola con palos. Rompen sus colmillos venenosos, la liberan y cuando se arrastra, le tiran dos palos pelados. Los colmillos, que se deslizaron bajo el algodón de los dardos, refuerzan poderosamente la virulencia del veneno de la planta. Una persona que muere como resultado de una mordedura de serpiente se dice que es una víctima de los hechizos de la *õka* o de la magia negra de los chamanes, pero no del animal en sí. El nombre de *Bothrops* (*aroami*) y el del hechizo maligno (*aroari*) provienen de la misma raíz.

Cuando están cerca de su objetivo, el *õka* dispara sus dardos con una cerbatana corta. El que envía su dardo la menor distancia o cuyos disparos son los menos precisos se elimina, sigue con los hechiceros pero no participa directamente en el ataque. Se considera un excelente presagio si una hoja pasa a doblarse sobre su tallo durante este ensayo. El hechizo también puede ser probado en una banda de monos araña, cuando el veneno es violento, los monos mueren instantáneamente.

Los *õka* se ocultan cerca del borde de un camino ocupado con sus cerbatanas cargadas. Cuando un enemigo aparece, esperan a que se aleje de ellos antes de disparar un dardo sobre su cabeza, sin realmente intentar golpearlo: eso es suficiente para matarlo y por lo tanto huyen sin verificar el resultado de la expedición. A veces surgen obstáculos imprevistos en el camino: la aljaba que sostiene los dardos preciosos se pierde, la frágil cerbatana se rompe, o se produce algún otro incidente. Esta mala suerte se atribuye a la perspicacia de los chamanes enemigos, que se consideran responsables del fracaso de la incursión.

Un día, algunos hombres de *Bishaasi* fueron a matar enemigos en *Batanawë*. *Kaõmawë* narra la expedición:

Viajaron aguas arriba a lo largo del "*río de los árboles shanishani*" y llegaron al "*río de los aguties*". Allí, tomaron un sendero que se apartó del río y los acercó al *shabono* después de seguir una loma. Tomaron sus posiciones al borde del sendero. No se les hizo esperar mucho tiempo antes de que apareciera un cazador. Notó algunos escombros de frutas que caían de un árbol y se acercó olfateando, tratando de

descubrir qué animal estaba alimentando. Era un loro. El cazador disparó su flecha, pero el pájaro voló con gritos desgarradores. Mientras el hombre buscaba su flecha, los brujos "*soplaron*" su veneno sobre él. La víctima mostró inmediatamente los efectos. El hombre se caldeó, desabrochó su cinturón de algodón y lo arrojó sobre su hombro; Como su fiebre estaba subiendo, caminó hasta un arroyo y se agachó para beber directamente de la corriente, su sed era insaciable. Estaba débil, y ya tropezaba con las raíces y se aferraba a los árboles. Pero pudo regresar al refugio. Contrario a la costumbre, el *õkaesperó*, oyeron a mujeres llorar, y un chamán anunció:

- ¡Los hechiceros "*soplaron*" el *aroari* en él!

De su canción comprendieron que él estaba llamando al *hekura* para quebrantar el hechizo que estaba consumiendo al paciente. El veneno crea un fuego dentro del cuerpo, que sólo puede ser apagado por el fuego superior del *hekura*. Hubo un momento de silencio, luego los brujos oyeron las lamentaciones de las mujeres y sus canciones funerarias:

Yaiyo, yaiyo ...

El chamán había fracasado, la víctima había muerto. Los hechiceros se alegraron, después de un momento, susurraron:

- Vámonos, van a buscar venganza y vendrán a buscarnos.

Se fueron, evitando el centro del camino para no dejar huellas identificables. Volvieron a *Bishaasi* y realizaron el ritual *unokai* para los asesinos. Uno de ellos se llamaba *Hukushatatama*.

Hebëwë y *Tiyetirawë* han permanecido en el huerto mucho tiempo, han comido frutas en abundancia. Todo es pacífico en el *shabono*: las mujeres están charlando alrededor de sus hamacas, los hombres están tomando alucinógenos. *Kremoanawë* ha estado pescando y está regresando con un bagre. *Hebëwë* se alegra de verlo y aunque está lleno de comida vegetariana, declara que le gustaría comer carne de animal.

Como regla general, los Yanomami hacen una clara distinción entre la comida vegetariana (*nii*) por un lado y por el otro, la carne (*yaro*) y el pescado (*yuri*), que se clasifican en la misma categoría de alimentos. Estar hambriento en general es *ohi*, tener hambre de carne o pescado es *naiki*. Uno debe haber compartido por un tiempo la dieta de los indios para apreciar estas distinciones completamente y para entender que uno puede ser saciado con la comida vegetal y todavía sentir un deseo fuerte para la comida animal.

El pescado que *Hebëwë* codicia todavía no está cocido. La carne animal se come sólo después de una larga cocción. Algunos tipos de caza se pueden dejar cocinar durante horas. En el caso de los alimentos de origen animal, cocinar entre los yanomami siempre se hace en exceso. Su horror de la sangre ya se ha observado. Felinos, águilas harpías, todos los depredadores que se alimentan exclusivamente de carne cruda, no son sólo bestias salvajes, son caníbales (*naikiri*) y por lo tanto se clasifican entre los seres sobrenaturales que son comedores de almas. Si un hombre cometiera la extravagancia de consumir carne roja imperfectamente cocinada, su cuerpo se cubriría de horribles lesiones y, tarde o temprano, moriría.

Incluso los animales domésticos no escapan a los peligros que amenazan a los que se alimentan de carne cruda. En este sentido, una historia edificante es bien conocida en *Karohi*:

Un pedazo de pescado crudo había sido tirado porque estaba sucio de tierra, un perro hambriento vino a comerlo. Alguien advirtió:

- *Conducirlo lejos, o algo va a pasar.*

El amo del animal respondió:

-*Nada va a suceder.*

El perro se tragó el pescado, y su comportamiento inmediatamente se convirtió en anormal: comenzó a girar como una tapa, trató de morder su cola, y corrió en círculos cada vez más grandes. Estaba atado como precaución, pero él mordió sus ataduras y reanudó el mismo comportamiento. Finalmente fue tragado por el río donde había caído como una piedra, se había convertido en un pez. A partir de entonces, cuando los jóvenes iban a bañarse, se dieron cuenta, sorprendidos, de que un pez los acompañaba: era el perro. Cada vez que nadaban, el animal apareció y se quedó cerca de ellos. Un día, sin embargo, cesó de llegar, y concluyeron:

- Alguien debe haberlo cogido y comido.

El bagre finalmente se cocina. *Kaõmawë* desengancha el hervidor y deposita el contenido en una hoja. Sus hijos se agachan alrededor, desprenden trozos de carne humeante, *Kaõmawë* distribuye solemnemente porciones, agregando una banana tostada a cada uno, y envía *Remaema* para traer uno a cada uno de sus hermanos y cuñados. Entonces él alimenta a su familia, dando una pieza a cada niño. La cabeza va a *Mabroma*: Es un bocado de elección, delicado y saturado con aceite, y siempre se asigna a las mujeres. *Shõnikiwë* en su hogar está distribuyendo sopa de plátano. *Kaõmawë* consigue una calabaza rebosante llena de ella, que vierte en recipientes más pequeños mientras que espera para beberla. Cada día todo el mundo da y recibe comida, y la

mala suerte en la búsqueda de que siempre es compensado por los regalos de otras personas.

En todas partes la gente está comiendo, y todo el mundo ha dado y recibido algo. *Yimot^haushimi* lleva a su bebé que está ocupado succionando un trozo de plátano. Repentinamente molesta, saca el plátano del niño y provoca una rabieta. *Shimiwë*, su segundo marido, la oye; Él habría hecho burla del incidente si el bebé hubiera pertenecido a *Turaewë*, pero puesto que es su niño, los sollozos le ponen furioso. Los padres yanomami no soportan oír a sus hijos llorar, y muchas peleas domésticas no tienen otra causa: si el pequeño está llorando, es culpa de la madre, o bien porque es incapaz de calmarlo, aunque muestre una gran preocupación y trató de detener la rabieta rellenando su pecho en la boca del niño, tarareando, o sacudiendo un sonajero delante de él. Como *Yimot^haushimi* no hace nada para calmar al bebé, la ira de *Shimiwë* se vuelve furiosa, agarra un hacha y actúa como si golpeará a su esposa. Ella corre a refugiarse bajo la parte baja del techo. De lejos, *Turaewë*, el marido principal, ordena a su esposa:

- ¡No huyas, deja que te golpee! ¡Vamos a verlo golpearte!

Así desafiado, *Shimiwë* vuelve su ira contra el chamán. Afila una lanza, la deja caer en cuanto está lista, se acuesta en su hamaca, inmediatamente se levanta de nuevo, revuelve en su temblor, finge seleccionar su mejor punta lanceolado para ponerlo en una flecha. El enmascaramiento es obvio; *Shimiwë* está condenado a expresar la violencia de esta manera, pues no puede actuar sin cometer algo irreparable: matar a su hijo, herir a su esposa o a su hermano. Él debe simular la agresión para no perder la cara, insulta y amenaza a *Turaewë*, pero no usa contra él las armas que está preparando. Prudente, pero desengañado, *Kremoanawë* confisca su arco, sus flechas y su lanza y los lleva a su propio hogar. *Shimiwë* hace un espectáculo de impotencia, se extiende con el codo bajo el cuello, mirando fijamente la plaza central.

El sol está disminuyendo. Los loros levantan su irritante charla, anunciando el crepúsculo que se aproxima. Cuando el sol está en el horizonte, el pájaro *hõrema* dice: "*were, were, were ...*"

Más tarde durante la noche, son los sapos y los grillos los que desatan su coro hasta el amanecer. Hacia la mañana, el pájaro *yõririmi* pronuncia su "*yõriri, yõriri ...*". Su canción, lenta y vacilante al principio, se eleva cada vez más rápido y termina en una cascada de trinos.

Poco después, otro pájaro, *hutumi*, dice: "*hutu, hutu ...*"

El murciélago regaña: "*irosisi, irosisi ...*"

Los animales dicen el tiempo y fijan las horas; Los indios conocen sus voces y escuchan sus mensajes.

Todos están durmiendo. Ningún niño se lamenta, ningún perro está ladrando. Los sonidos de los ronquidos son interrumpidos por flatulencias. Los fuegos están ardiendo. *Wisham* idesperta, pensando que escucha ruidos sospechosos cerca. Ella sacude a su marido y le susurra:

- *Allí hay Yanomami, detrás del refugio. Oí el crujir de las hojas. Son Hechiceros.*

Apenas se mueve, gruñe, pero no abre los ojos. Ella insiste hasta que él escuche. Entonces él ruge:

- *Bei yö o!*

Y se vuelve a dormir.

Los hombres luchan en primer lugar porque están compitiendo por la posesión de mujeres. La brujería del *õka* es la segunda causa de las guerras: si una comunidad sospecha de otra el haber causado por tales medios la muerte de uno de sus miembros, está obligado a vengar al muerto. Comienza entonces el ciclo infernal de las expediciones guerreras, ya que cada muerte infligida por cualquiera de las dos partes exige retribución.

Los diferentes medios de hacer la guerra a los enemigos son varios, con frecuencia corresponden a los diversos grados de hostilidades, a veces, también, son en función de la geografía. Las incursiones armadas llevadas a cabo por las comunidades unas contra otras representan la forma más violenta de agresión en el contexto de un conflicto abierto y público y están precedidas por un impresionante ritual. La hechicería asociada con un estado de conflicto latente es más discreta y más perniciosa. Dos tipos de magia deben distinguirse claramente: la magia de los *õka*, que usan el hechizo de los *aroari*, y la de los chamanes, dotados de poderes sobrenaturales. Ambos pertenecen a hombres pero están separados por características mutuamente exclusivas: El *õka* trabaja con sustancias, no son especialistas, sus acciones se mantienen en secreto, y se someten al ritual *unokai* en caso de éxito. Los chamanes manipulan símbolos, son especialistas que trabajan públicamente y no necesitan someterse a ningún ritual si tienen éxito en su empresa. Otras distinciones son menos definidas. Los *õka* pueden viajar a pie a la comunidad a la que atacan y arriesgarse a desencadenar una guerra real.

Hay otro tipo de magia, sin ninguna relación directa con los dos grandes tipos de magia que acabamos de describir: la pequeña magia de la vida cotidiana. Normalmente, este tipo no tiene como objetivo causar la muerte, sino el deterioro del bienestar físico y no está asociado con un estado de guerra, ya que se produce dentro de una comunidad, o bien entre comunidades aliadas. Numerosas sustancias se utilizan: mamíferos, insectos, plantas silvestres y cultivadas. Estos productos no son "*soplados*" como el *aroari* del *õka*, sino impulsados con el movimiento

de un dedo. Para usar un hechizo malo contra otro, basta con que una persona sienta odio, celos, envidia o incluso un sentimiento vago e indefinible de hostilidad. Este tipo de magia también se alista en la batalla de los sexos, plantas conocidas por las mujeres mantienen al marido en casa contra su voluntad, otras provocan una lentitud del organismo masculino. Otros, cuando son quemados por las mujeres, difunden un humo nocivo que actúa selectivamente: Las personas con piel oscura son afectadas mientras que otras se quedan intactas. Los hombres controlan el poder de los afrodisíacos, pueden causar esterilidad.

La magia pequeña es una fuente de mutua sospecha y hace imperativo tomar una serie de precauciones si uno teme un ataque: uno debe ocultar sobras de una comida y no debe dejar huellas. Al visitar, hay que tener cuidado con los alimentos ofrecidos, en los que una sustancia nociva puede ser ocultada. En las comunidades aliadas, a menudo se encuentran no sólo amigos, sino también miembros de los linajes hostiles que pertenecen a grupos que están en guerra con la comunidad de origen.

La acción de los chamanes es de una naturaleza completamente diferente, operando en otros niveles y hacia otros objetivos. Llevan a cabo una interminable lucha entre ellos e infligen todo tipo de daños gracias a su poder sobre las fuerzas sobrenaturales: matan a los perros, destruyen las viviendas y los huertos, y toman posesión de las almas para entregarlas a los demonios. Se les confía la defensa de su comunidad contra los mismos males. La reputación de un chamán puede extenderse muy lejos, pero nunca se basa en sus éxitos en curar a los enfermos, cuanto más se teme a un chamán por sus crímenes y sus actos destructivos, mayor es su renombre.

De lo anterior, se hace más fácil entender cómo nada sería fortuito, cómo los incidentes y accidentes de la vida serían necesariamente considerados efectos de la mala voluntad de otras personas. Una serpiente muerde a alguien, un jaguar mata a un perro, un escorpión pica a un niño, un tornado destruye el refugio y devasta los huertos: los eventos no son accidentales, resultan de una intención deliberada de hacer daño. Los animales del bosque son inofensivos, los que matan son bestias sobrenaturales enviadas por chamanes enemigos. En cuanto al viento, es siempre una manifestación de los movimientos del *hekura*, se convierte en una tempestad sólo si es incitado por una intención hostil externa.

Hace mucho tiempo, había un chamán que estaba atormentado por un ardiente deseo de hacer el amor. Fue al huerto donde conoció a una joven hermosa. Él tomó su brazo y trató de atraerla debajo de los árboles; Pero ella lo mordió tan cruelmente que él la soltó. Estaba tan furioso que quería vengarse. Un día, cuando estaba en el bosque cortando leña, envió al *hekura*, que hizo caer una rama afilada en su pie. La madera era venenosa, la herida se infectó y la mujer murió con dolores agonizantes. Ese chamán abusaba de su poder: en lugar de atacar a miembros de comunidades distantes, se volvió contra los suyos. Sus compañeros,

cansados de sus fechorías, decidieron matarlo y lo traspasaron con sus lanzas.

Kaõmawë, que está recordando la historia, añade:

- Conozco la canción de llamada de ese chamán, gracias a los espíritus que lo abandonaron y entraron en mi pecho. Me ayudan a curar niños pequeños.

Luego sigue las aventuras personales:

Habíamos ido a cazar, y caminábamos río arriba por el lecho arenoso de un río. Llegamos a un lugar donde los peces eran abundantes, y decidimos dispararles en el agua clara. Quería permanecer solo para no ser molestado. Les dije a los otros:

-Ve a matarlos río arriba; Me quedaré aquí.

Mientras observaba los peces, mi perro corría en círculos a mi alrededor. Probablemente había olido a un animal, y lo estaba siguiendo. De repente comenzó a aullar de dolor, sabía que acababa de ser atacado por un jaguar. Empecé a correr, pero no importaba lo que buscaba, no podía encontrarlo. El suelo estaba lleno de anacardos había notado desde lejos su color amarantino, que contrastaba con la opacidad de las hojas secas. Reuní una gran cantidad, aplastándolos en hojas, y pronto tuve un jugo que bebí con deleite. Cuando terminé de beber, levanté la cabeza, y mis ojos se encontraron con los del jaguar que había regresado y estaba parado ante mí con el perro muerto colgado en su cuello. Yo di un comienzo. Cuando vio que lo miraba, el gato dejó caer el cuerpo del perro al suelo. Yo ya había agarrado mis armas, Y tiré de mi arco. La punta lanceolada se hundió en el pecho del jaguar. La bestia, herida de muerte, gruñó y se arrastró hacia mí. Cuando estaba muerto, me adelanté para llevar al perro, y grité que llamara a mis compañeros:

- aë! aë!

En cuanto a ellos, estaban pasando un buen rato, habían descubierto un agujero lleno de peces eléctricos y habían decidido:

- Veamos si la descarga es poderosa.

Habían formado una cadena, y uno de ellos había tomado su posición en un extremo para golpear el pescado con un machete. Con cada golpe la descarga eléctrica, transmitida por la hoja de metal y el mango húmedo, recorrió toda la

cadena por todas las manos, brazos y hombros. Con cada choque se echaron a reír y saltaron sin soltarse las manos. Cuando oyeron mi llamada, se apresuraron hacia mí con mucho ruido y bromas. Les conté la muerte del perro, sus risas se congelaron en sus labios, y comenzaron a llorar. Cortamos la cabeza del jaguar y llevamos a casa al perro muerto. En la plaza del *shabono* construimos dos fuegos, quemamos el cuerpo del perro en uno y la cabeza del jaguar en el otro. Así es como uno destruye los dientes para vengarse: mataron al perro.

Tomé algunas drogas alucinógenas y descubrí que *shamat^hari* chamanes habían enviado el jaguar matar a mi perro. Traté de vengarme, pero trataron de asesinarme con una serpiente *aroami*.

Era la estación de aguas altas, habíamos dejado el *shabono* para escapar de los demonios de la enfermedad que nos perseguían, y habíamos establecido nuestro campamento en la orilla del "*río de los árboles shitibori*". La primera noche después de montar nuestro campamento, tuve un sueño. Vi algunos *hekura*, muy lejos, llevando una serpiente. Ellos volaron sobre mí, casi se detuvieron, vacilaron, luego continuaron su vuelo: Cuando desperté, habían desaparecido sin golpearme.

Al amanecer, la mayoría de los hombres y mujeres fueron a matar peces *yaraka*. "*Madre de mi hija*" me dijo:

- *Vamos también a pescar, los comeremos con plátano tostado.*

Estaba inquieto por el sueño que acababa de tener;, era un mal presagio, y sabía que me morderían si me aventuraba en el bosque. Respondí:

- *No hagamos eso hoy. Soñé con una serpiente y no quiero salir.*

- *Usted nunca quiere ir; Siempre tienes una excusa El padre de Moriwë fue. Haz lo que él hizo y ofreceremos comida a los demás.*

- *Eres terca. Vamos hacia abajo, no importa si algo me pasa.*

Caminamos río abajo a lo largo del arroyo, en una amplia depresión, había cantidades de pequeños peces nadando contra un fondo de desechos de plantas. Les disparé con el arco y las flechas de un niño. Se escondieron bajo el banco y

pronto desaparecieron. *Mabroma* bajó al agua, donde los atrapó pegando sus dedos en los agujeros donde se habían refugiado. El miedo a la serpiente no me abandonaba. No quería quedarme solo en el banco y fui a ayudar a *Mabroma* en el agua. Matamos a muchos peces, y pronto tuvimos un montón brillante de ellos en la arena. Los limpiábamos y lavábamos, luego los envolviéramos en hojas de *bishaa*. Dije:

- *Es hora de volver.*

Aún tenía un presentimiento de que me iban a morder, incluso después de que hubiéramos regresado al campamento. Los demás no habían cogido casi nada. Colocamos el bulto sobre las brasas y colocamos un poco de plátano para asar. El atardecer se acercaba, el bosque se oscurecía. *Frêrema* había encontrado miel, uno podía oír los golpes regulares de su hacha contra el tronco. El árbol sucumbió y su caída sacudió el suelo. *Mabroma* me dijo:

- *Vamos a comer miel. Debemos darnos prisa, de lo contrario no quedará nada para nosotros.*

Dije:

- *Huu!*

Bebimos la miel diluida con agua; Era ligeramente agria, me pareció que estaba bien. No quería quedarme, pero los otros me propusieron:

- *Ven a cazar perdices con nosotros.*

- *No, no iré.*

Regresé a mi refugio. En el campamento, otros hombres se iban a la caza, que también me pidieron que los acompañara:

- *Ven con nosotros.*

- *No.*

- *No irás lejos; Nos separaremos.*

- *No, prefiero quedarme aquí.*

- *Bueno, quédate entonces!*

Ya estaban en camino, no sé qué me sucedió, pero de repente cambié de opinión:

- *¡Esperen, voy con ustedes!*

Hicimos nuestro camino alrededor de una colina, subimos una loma, entonces seguimos la cama de un arroyo, en cada curva de la corriente, la arena se hacía más profunda. Yo dije:

-*Me quedo aquí, sigan sin mí*

Me fui por el camino equivocado: precisamente donde estaba la serpiente. Me agaché, esperando escuchar el cloqueo de una perdiz para derribarla. Una llamada sonó cerca de mí:

e, e, e, ...

Puse mi mano en mi boca para imitar la llamada;, la perdiz respondió, y pude acercarme a ella; Entonces esperé inmóvil hasta que llegó a descansar en una rama. Yo estaba pensando:

- *Está justo delante de mí.*

El bosque se oscureció. Cuando yo estaba seguro de que la perdiz estaba descansando, me arrastré hacia ella. Quería saber el lugar exacto donde estaba y dejé atrás mis armas. La vi en una rama baja. Cuando volví a recoger mi arco, oí a otra perdiz en otro lugar, sabía por su canción que era de la especie *yohoami*.

Estaba casi a oscuras cuando me adelanté para matarla, mi cabeza echada hacia atrás, escudriñando los árboles. Me topé con un nido de avispas, me picaron, y corrí para huir. Con el fin de acercarme a la perdiz y ganar un buen ángulo de tiro, tuve que cruzar el arroyo. Salté y aterricé junto a una serpiente, que estaba enrollada en la arena. Era un *aroami*, me mordió en la pierna y de repente pensé que mi pantorrilla estallaría. Tuve la intención de aplastar la cabeza del reptil con mi arco. Yo estaba desesperado y quería tirar mis flechas. Estaba pensando en la perdiz: ¿debo volver al campamento sin matarla? ¿Qué dirían los demás?

Tenía una flecha. Estaba tropezando y me resultaba difícil mantenerse en pie. Sin embargo, logré apuntar con precisión. Amarré el ave a mi espalda, dejé mis flechas apoyadas contra el tronco de un árbol, e hice mi camino a casa apoyado en mi arco. Los músculos de mi pierna lesionada se endurecían y se endurecían, estaba tropezando con las raíces y varias veces tuve que sentarme porque estaba mareado. Estaba oscuro cuando llegué al campamento. Dije:

- *Me mordió una serpiente aroami.*

Estaba desgastado. Un dolor intenso me arrancó el vientre y apenas pude respirar: pensé que estaba a punto de morir. Llamé al padre de *Moriwë*, quien sacó el *hekura* de su pecho, y me devolvieron mi alma que había sido robada por los chamanes enemigos. No podía dormir durante la noche y no podía dejar de gemir, tan grande era el dolor en mi pierna.

Pasaron dos días. El padre de *Moriwë* vino a cuidarme todas las tardes. Como había poca comida en el vecindario y nuestra reserva de plátanos se estaba agotando, decidimos volver a la gran morada. No podía caminar, así que cortaron un poste largo y robusto, colgaron mi hamaca y se turnaron para llevarme. Llegamos al *shabono*, luego de una travesía fatigosa.

Por la noche soñé. Vi a los *hekura* disparar ardientes dardos hacia mí. Se quedaron a una distancia respetable, dándose cuenta de que los estaba observando. Los esparcí con mi mano. Siguieron observando durante algún tiempo, eran chamanes *shamat^hari*. Son prudentes y cautelosos, y como se dieron cuenta de que habían sido descubiertos, dijeron:

- *"Vamos a irnos, no tiene sentido quedarse aquí."*

Era sólo un truco de su parte: fingían irse. Su estratagema me engañó, me relajé y volví a dormir. Eso fue un grave error. Bajaron del cielo un objeto desconocido para mí. La noche era negra; La luna había estado "*muerta*" durante varios días. Cuando ese objeto desconocido estaba cerca de mí, tuve una premonición y abrí mis ojos. Mi pecho brillaba de una sustancia viscosa y grasienta. Golpeé con el borde de mi mano. Golpeé desesperadamente, con tanta fuerza como pude, porque tenía que expulsarlos, o me iban a matar. El hijo de *Omawë* me ayudó a luchar contra ellos. De repente, la cosa se rasgó y se disipó. Una última vez grité:

Wau! Wau! Wau!

Los chamanes *shamat^hari* estuvieron cerca de asesinarme.

Kaõmawë explica además:

Cuando los chamanes quieren causar la muerte por medio de una serpiente, cortan longitudinalmente una vid y dividen un extremo para simular la boca. Pintan diseños en el cuerpo y colocan pegamento blanco sobre la cabeza. A continuación, acarician su criatura, que cobra vida y realmente se convierte

en una serpiente. Los chamanes se lo llevan y lo depositan, enrollado, al borde de un sendero donde saben que su víctima caminará. En otras ocasiones, envían al *hekura* al cielo, a la tierra del *Trueno* y de las almas. Ellos se encuentran con *Hera* y le piden una serpiente: Él tiene varios enrollados alrededor de él. Son sus animales domésticos. Estas son las serpientes que nos atacan, las que viven en el bosque nunca atacan a la gente. Las serpientes del *hekura* son espantosas, su mordedura atrae a los gusanos y hace que la carne se desintegre. Los *hekura* se encuentran a la espera, cerca de la serpiente que han establecido y golpean al mismo tiempo. Sólo el pájaro *kaomari* puede luchar con éxito.

Moriwë y *Wakamoshiwë* acaban de llegar al viejo *shabono* de *Karohi*. Vivían allí hace unos años, más allá del "*río de las lluvias*". Cada cinco o seis años, los Yanomami abandonan su antigua vivienda y construyen otra en tierras recién despejadas. El antiguo refugio se ha deteriorado: las vides del techo, debilitadas por la decadencia, ceden bajo el peso de las hojas, arroyos de trepadoras de calabaza cuelgan de la estructura e invaden la plaza central, sus flores amarillas incrustadas fuertemente contra la vegetación circundante. El suelo está lleno de calabazas de cáscara dura que las mujeres las utilizan para ornamentos. Los dos hombres llegan al viejo huerto y se abren paso a través de un extraordinario enredo de arbustos espinosos. Algunos plátanos todavía producen, cortan dos racimos que pronto estarán maduros. *Moriwë* se adelanta en el camino ahora borrado, se inclina hacia abajo, de repente alerta, y se detiene brevemente:

Fuertes y recientes huellas están marcadas en la tierra. Llama a su compañero para que se acerque:

- *Mira, los guerreros enemigos vinieron aquí esta mañana.*

Este descubrimiento los enfría, prefieren no quedarse en este lugar.

Como precaución, duermen a cierta distancia en el bosque cercano, sin tomar la molestia de construir un refugio. Arman un fuego junto a ellos, esperan que no llueva. *Moriwë* duerme y sueña. *Morayema* lo llama:

- Hijo mío, ven y ayúdame a colgar los plátanos.

Él va a ella y se hace el amor de pie. Cuando se retira, ve que su pene está rojo de sangre. Él pregunta:

- *¿No estás menstruando?*

- *Sí lo estoy.*

- *Oh, nunca volveré a hacer el amor contigo.*

Un movimiento sospechoso en el río los despierta en medio de la noche: salpicaduras vagas y extrañas cada vez más fuertes, de repente seguidas por algo que se zambulle en el agua con un gran chapoteo. Se asustan, imaginando que un animal poderoso golpea el agua con su cola y está nadando en su dirección. Un *rahara* debe haber notado el fuego y viene a tragarlos. Huyen bajo los árboles, lejos del río, fuera del alcance del monstruo del agua. Se quedan allí, acurrucados en silencio hasta el amanecer, a pesar de su somnolencia, el frío y los mosquitos. *Moriwë* recuerda a los hombres de *Hasubiwë*, cuya historia le contó su padre: estaban ocupados construyendo una pasarela sobre el Orinoco para hacer más fácil llegar a su huerto cuando una gigantesca ola se levantó repentinamente y los tragó, nunca volvieron a aparecer, un *rahara* los había comido.

Al regresar a *Karohi*, contaron los acontecimientos que presenciaron. *Shimoreiwë* no cree que las huellas en el huerto fueron dejadas por invasores, acaba de enterarse de que los visitantes de *Wayabotorewë* han ido a *Tayari*, y seguramente han venido a robar del jardín en su camino.

Mabroma está cocinando tubérculos en las brasas, los vuelve de vez en cuando, al terminar los raspa cuidadosamente. *Kremoanawë* come unos pocos antes de recoger sus flechas, revisar las puntas y asegurarse de que son rectas mirando a lo largo de los ejes. Él endereza una de ellos sobre el calor del fuego, luego repara la correa deshilachada de su carcaj rodándola sobre su muslo. A continuación saca los tapones de la oreja, la cuerda del arco o algunas vides pueden atraparlas y romper el lóbulo de la oreja mientras dispara o persigue a un animal. Finalmente se dirige a *Hebëwë*:

- Ven a cazar conmigo, hermanito. Llevarás la caza.

Caminan hacia el bosque y encuentran excrementos de orugas, los examinan y notan que provienen de la especie *maya* y que las orugas son todavía demasiado pequeñas para comer. Volverán más en un tiempo, informarán a los de *Karohi* de su descubrimiento, anunciarán públicamente:

- *En tal lugar, en tal árbol, hay orugas maya, nos pertenecen. Las recogeremos cuando estén crecidas.*

Los dos hermanos proceden en su búsqueda de caza. Perturban a un saltamontes que se levanta pesadamente y vuela lejos, y no pueden encontrar el punto donde bajó. Un momento después dispersan un rebaño de agamis. Pero *Kremoanawë* se esconde detrás de un tronco e imita un llamado, engañados, los pájaros vuelven confiados y *Hebëwë* mata uno. Cortan el pecho brillante del pájaro para hacer un brazalete, luego retornan.

Acaban de llegar a casa cuando el cielo se oscurece. Una de esas breves y violentas lluvias de fin de día está en proceso. Una nube profunda, gruesa y oscura amenaza en el horizonte. El aire caliente es aún, pesado y húmedo. Hay un ruido retumbante. Una brisa se levanta, envuelve estremecimientos a través del follaje, y hace que los árboles de plátano crujan, luego crece en volumen y canta entre los árboles forestales como un órgano multifacético. Las gotas gruesas salpican en el suelo, pocas y distantes al principio.

Un momento después, llega el tornado, con su lluvia torrencial y vientos irresistibles. El lento balanceo de los árboles se ha vuelto repentinamente descontrolado, el bosque está furioso como si estuviera enloquecido. Los troncos de los árboles se retuercen y estallan, rompiéndose como cerillas. Las ramas son arrojadas lejos.

Alrededor de uno solo se oye el ruido de los postes que se agrietan, las masas que se estrellan y el trueno rugiente. El refugio está invadido, a pesar de los chamanes que lanzan sus dardos de fuego, y luchan paso a paso en la plaza para repeler la invasión del *hekura* enemigo. Están abrumados. Una palmera se estrella a través del techo sobre los aposentos de *Moriwë*, mientras que el viento saca el techo de *Shimoreiwë* de una sola vez. Los habitantes sólo tienen tiempo suficiente para saltar de sus hamacas, que se arrancan de los postes de apoyo, y es un milagro que nadie fuera herido. Los chamanes luchan hasta agotarse, azotados por el viento y la lluvia; Las mujeres sollozan bajo refugios que ya no protegen nada, los niños aúllan con terror, aferrándose a los brazos de sus madres.

El final es tan repentino como el principio. La tormenta se apaga, la lluvia patalea en silencio, el trueno se aleja.

Un paisaje apocalíptico ahora rodea el refugio destruido. En el huerto, los plátanos están aplastados en el suelo. De los hermosos árboles productores de alucinógenos, fuente de tanto orgullo, sólo queda un enredo de ramas. Las palmas *rasha* están devastadas. En el bosque, el viento ha abierto anchos surcos alineados con árboles desarraigados y obstruido los senderos con ramas y vides que tendrán que ser despejados con machetes, los tocones destrozados apuntan sus largos dedos fibrosos al cielo. De vez en cuando, un árbol suelto, enredado en las ramas de otro, desprende una grieta siniestra. La oleada de los *hekura* enemigos, manifestados en la tormenta, han trabajado esta destrucción: el *Espíritu Araña* que se colgó en las ramas para romperlos, el *Espíritu Jaguar* empujó los árboles y los destrozó y es el *Espíritu del Armadillo Gigante* el que los desarraigó al excavar su túnel.

Turaewë denuncia al enemigo. El *hekura*, dice, fue enviado por *Bukumariwë*, un chamán *shamat^hari*, con el propósito expreso de destruir la vivienda y los huertos de *Karohi*, eran tan numerosos y violentos que los espíritus libres del bosque debieron unirse a los enviados por el chamán.



Campamento de cazadores y parrilla para fumar

Turaewë exclama:

- Reconocí a *Bukumariwë*, fue él quien los condujo. ¡Nos vengaremos!

Hacia el anochecer, los que no tienen techo se refugian bajo las pocas partes del refugio que todavía están intactas. Recuperan sus hamacas, las secan y las reparan. Conversaciones y comentarios recogen; Todo el mundo está hablando de la tormenta.

La decisión ha sido tomada. Al día siguiente, *Turaewë* reunirá a los *hekura* dispersos entre las rocas y los desatará contra los *shamat^hari* para vengar la destrucción que causaron. Esa noche el chamán tiene un sueño que confirma la responsabilidad de *Bukumariwë* para el desastre..

Al día siguiente, hacia el mediodía, *Kaõmawë* busca una tira de corteza de *ama* para preparar la droga necesaria para el cumplimiento del ritual. Lo corta en trozos cada uno de unos quince centímetros de largo, que coloca en los carbones y se vuelve de vez en cuando hasta que empiezan a humear y se prenden fuego. Luego los recoge en una olla de barro roto donde, curtidos en un fuego sostenido, producen un polvo gris claro, muy pálido. *Kaõmawë* luego desenrolla el envoltorio largo que contiene las semillas alucinógenas, arranca un pedazo, se deshace de las cucarachas que lo infestan, y cuidadosamente retira el paquete. En el suelo, extiende una hoja de plátano sobre la cual él limpia las cenizas, luego se sienta en un tronco y se aprieta las manos entre sus muslos para presionar las semillas y las cenizas vigorosamente juntas en una masa uniforme. Cuando está satisfecho con la consistencia de la mezcla, coloca la olla rota sobre los carbones y espera para que la pasta pueda desmenuzarse. El olor se eleva y se extiende, pesado, sofocante y nauseabundo a la vez. Cuando está seca, la sustancia se desintegra fácilmente, *Kaõmawë* puede aplastarla con una piedra plana.

Cuando el polvo está listo, *Kaõmawë* recoge su tubo, lo coloca bajo su brazo y lleva la droga hacia el refugio destruido. Los demás chamanes se reúnen allí, todos ellos pintados y adornados para adaptarse a la ocasión.

El ritual de la inhalación comienza, con *Turaewë* dirigiendo y oficiando. Expresa la llamada a los *hekura*, los reúne cerca de él, los encarna a su vez, caracterizándolos con algún rasgo saliente. Aquí está el *Espíritu Puma* con sus enormes testículos, el *Espíritu Armadillo Gigante* con su impresionante pene y su andar ridículo, el *Espíritu Tamandua*, el *Espíritu Perezoso* que da órdenes a los demás y estoicamente lleva las heridas más crudas. Aquí también están *Taisinakawë*, hijo de *Trueno*, y el *Espíritu Jaguar*. Cuando ha reunido a sus aliados alrededor de él, *Turaewë* hace una pausa para respirar y pide dosis frescas de la droga.

Todos los chamanes, los grandes y los menores, los poderosos y los demás, se turnan para reunir su *hekura*. *Mokaukawë* toma el último, sus canciones e imitaciones son particularmente toscas, y los jóvenes que asisten a la ceremonia como espectadores se deleitan abiertamente en burlándose de él.

Turaewë vuelve a tomar la iniciativa. Cava un agujero en el suelo para que se ajuste a una calabaza llena de un líquido imaginario, *ami u bë*, una bebida nutritiva e intoxicante del *hekura*, el jugo de un legendario fruto sobrenatural, rojo como la sangre y dulce como la miel. Los chamanes entonces son *hekura*, Beben del hueco de sus manos o de un cucharón para fortificarse. Con el resto de la bebida, *Turaewë* pasa lentamente cerca de cada chamán para ungir su cuerpo, rociarlo y pintarlo con motivos ceremoniales: los *hekura* no irían a una expedición sin sus plumas y sus pinturas.

Cuando estén listos, *Turaewë* señala el camino que deben seguir y les asigna su destino final, convencidos de que, bajo la influencia de la bebida mágica, cumplirán la misión que les confía: desencadenar la furia de los elementos sobre la comunidad de *Bukumariwë* y traerle devastación. Cuando la venganza ha sido así satisfecha, garantiza la seguridad futura, que se asegura solamente si cada golpe es pagado pronto, no poder vengarse es mostrarse cobarde e impotente y alentar nuevos ataques de un enemigo convencido de que puede actuar con impunidad.

Parte II. Los poderes mágicos

6. Comedores de Almas

Los demonios hostiles, dispersos en varios lugares, persiguen los diferentes niveles del universo. Están ocupados devorando almas, que capturan por sorpresa dentro de las viviendas. Si son vigilantes, si tienen conocimiento y poder, los chamanes protectores los reconocen inmediatamente gracias al hecho de que cada demonio tiene su propio camino y olor particular. Los chamanes saben cómo evitar los peligros que amenazan a los que se acercan a los seres sobrenaturales y cómo restaurar sus almas a los enfermos, si fracasan, el alma es "*comida*" y el cuerpo, privado de su energía, de su "*centro*", poco a poco desaparece y muere.

Transformados en *hekura*, los chamanes viajan a través del espacio cósmico para recuperar un alma de un demonio o de enemigos, o robar uno con el fin de "*comer*". Se transportan instantáneamente a lugares distantes, viajando horizontalmente de un punto al otro de la brújula y verticalmente para alcanzar el disco celeste o para penetrar en el inframundo. Son capaces de describir regiones desconocidas, nombrar comunidades o personas conocidas solamente por ellos, su conocimiento no se limita a tiempos mitológicos e históricos sino que abarca un espacio tridimensional.

Siempre que sea necesario, los chamanes representan las almas materialmente: un ramo de plumas, un arco, una flecha, o una pasionaria escarlata representa un hombre, un taparrabos o una cesta de transporte para una mujer.

Cerca de los ríos viven pájaros de plumas oscuras y la golondrina con una cola de dos puntas, se precipitan sobre los arroyos, a veces rozan el agua, arrebatan insectos en vuelo y se reúnen en las ramas muertas de los árboles que han caído en el agua. Se les llama *shoro*, y constituyen el *shorori*, un pueblo de demonios acuáticos que también son dueños del fuego. *Kakamawë* los gobierna. Bajo el agua, sus viviendas son idénticas al *shabono*: Cuando se quedan allí, se ponen adquieren apariencia humana. Es aconsejable no lanzar proyectiles contra ellos cuando vuelan sobre los ríos - como hacen para divertirse con las aves comunes - se vengarían de la lesión. Los niños no deben permanecer cerca de las aguas estancadas por la noche, para que los *shoro* no les roben las almas.

Moriwë casi murió en sus manos:

Todavía era un niño. Tenía un absceso en mi muslo, la infección se había extendido a toda mi pierna, que se había hinchado enormemente, todo porque había permanecido cerca de un pantano hacia el anochecer. Estaba en tal dolor que no

podía dormir, gemí durante toda la noche. Mi padre decidió averiguar lo que tenía, inhaló la droga y descubrió que el *shorori* había tomado posesión de mi alma. Él llamó su *hekura*, yo estaba sentado, delante de mí había sido plantado un arco con un ramo de plumas atadas a un extremo. Mi padre se transformó en un *hekura* y se puso en el camino de los *shorori*. Este camino es ardiente, sufría un calor tórrido, las plantas de sus pies se cubrieron de ampollas; Él hizo una mueca de dolor. Estaba a punto de regresar cuando el padre de *Hebëwë* fue a rescatarlo, lo refrescó con calabazas de agua y le golpeó con ramas para ventilarlo. Mi padre podía soportar mejor el abrasador calor, llegó al arco, arrancó el ramo de plumas y huyó con él. Acababa de restaurarme el alma cuando se derrumbó en el suelo con un gran grito, el fuego del *shorori* lo estaba consumiendo, estaba a punto de morir. Rápidamente fue llevado a una hamaca, la gente le echaba agua en la frente y le salpicaba encima. Mi madre le azotó los hombros y la espalda con un puñado de hojas. Ella estaba llorando, también mi hermana pequeña, porque todos pensábamos que mi padre no sobreviviría. Pero abrió los ojos y pronto se levantó de la hamaca, él se salvó.

En cuanto a mí, sentí alivio. La hinchazón desapareció y dejé de sufrir. Ahora, nunca me detengo cerca del agua cuando la noche está cerca.

Moriwë habla de los viajes de su padre:

Los chamanes *waika* nunca aparecen y no nos causan ninguna lesión. Sólo los chamanes *shamat^hari* nos molestan: envían tormentas, ocultan serpientes en el camino, captan almas. No hace mucho tiempo, *T^horuwë*, un chamán de *Yeisikorowë*, había capturado el alma del padre de *Hebëwë*. Mi padre inmediatamente tomó la droga. Viajó con el padre de *Ritimi* a bordo de una larga canoa voladora. Volaron tan alto que casi tocaron la Vía Láctea; El calor era sofocante. Se abalanzaron sobre *Yeisikorowë*, enviaron ramas de fuego contra los chamanes enemigos y aprovechando la confusión provocada por su asalto, recuperaron el alma. Mientras tanto, los chamanes enemigos se juntaron y tomaron su turno lanzando proyectiles ardientes. El padre de *Ritimi*, golpeado en la garganta, no pudo recuperar su asiento en la canoa.

Otra vez, *Mamokoriwë* vino a vernos desde *Mahekoto* para que le curaran los ojos. Tenía dolores apuñaladores y tenía miedo de quedar ciego. Mi padre llamó al *hekura* y vio que el *Espíritu del Sol* había tomado el principio vital del ojo para destruirlo. Para llegar a la *Tierra del Sol* hay que pasar primero por un mundo lejano, embrionario y diáfano de calor tórrido, la *Vía*

Láctea. Mi padre se convirtió en un mono araña y subió a un poste de apoyo. Otros chamanes se unieron a él en la expedición, algunos eran monos aulladores, otros monos saki, otros eran ardillas. Empezaron a subir hacia el techo. El calor aumentó a medida que se elevaban y pronto fue tan intenso que tuvieron que empaparse con agua. Cuando pusieron el pie en el mundo superior, volvieron a cambiar su naturaleza; Mi padre se había convertido en un granizo para que el frío lo protegiera del fuego, el padre de *Ritimi* era una anaconda, el agua donde vivían estos animales les permitía soportar el calor intenso. Sol quería expulsarlos para mantener el ojo y comerlo, y apuntó rayos poderosos hacia ellos. Mi padre nos ordenó que pusiéramos una cesta en el centro de la plaza central y que la ataríamos a una estaca. Lo hicimos mientras bajaba del tejado. En esa canasta, Sol guardaba el ojo. Mi padre se acercó a ella, la desató y se la llevó. Todos los chamanes habían cambiado de nuevo en monos saki. Estaban gritando:

- *hōsē! hōsē!*

Restauraron su principio vital al ojo de *Mamokoriwë*.

Trueno es el amo de los *morë* frutos. Anteriormente era un tapir. Fue asesinado por el hermano mayor de *Fëifëiyomi*, quien lo acorraló y lo llevó a su refugio. Cuando el hígado estaba cocido, querían comerlo. Durante la distribución de las porciones, *Fëifëiyomi* se había agachado junto a su hermano mayor, se le ofreció el páncreas. Estaba tan enojado al recibir una parte tan mala que la arrojó al cielo donde se convirtió en *Trueno*. En cuanto a *Fëifëiyomi*, se convirtió en un pájaro, él es el yerno de *Trueno* y vive con él en el refugio de las almas. Recientemente, mi padre fue a ver a *Trueno* para pedir más frutas. Preparó la droga, llamó al padre de *Hebëwë* y actuaron como si subieran los postes de apoyo, sus pies no salían del suelo y sin embargo ya eran muy altos.

- *No mires hacia abajo, o te vas a marear.*

Las personas que están mareadas sueltan y caen. Tenían miedo, sabiendo que eran muy altos, y gritaron:

- *iHi i! iHi i!*

Llegaron al disco celeste, pusieron un pie en él y tomaron un momento de descanso. Se encontraron con el yerno de *Trueno*, conversaron con él y lo convencieron de ir a ver a su suegro. *Fëifëiyomi* se encaramó en la cuerda de la hamaca de *Trueno* y empezó a cantar:

- *Fěi, fěi, fěi, yo!*

Así es como se canta en el bosque. Mientras tanto, los dos chamanes entraron en la morada de las almas, vieron de lejos a Trueno con el pelo rizado y los párpados llenos de verrugas. Ellos tomaron más árboles y dispersaron sus frutos sobre la tierra, lo cual fue un hecho fructífero. Pero habían visto las almas, entre ellos habían reconocido parientes muertos. Estallaron en lágrimas y lamentos. Estábamos abajo y había entendido lo que estaba sucediendo, comenzamos a sollozar al pensar en el difunto. Mi padre había visto a sus verdaderos padres: su padre y su madre.

La lluvia acaba de detenerse. Un arco iris se arquea sobre los árboles, los yanomami lo llaman vientre de boa, diciendo que es el camino donde *Omayari*, el demonio, observa a los seres humanos para enviarles diarrea y otras enfermedades y para capturar sus almas. El demonio se divide en un *Omayari del Este* y un *Omayari del Oeste*, apenas como los arco iris aparecen a veces en el este ya veces en el oeste. Para los Yanomami, un arco iris, como una puesta de sol roja, siempre tiene una connotación funesta, por eso evitan pronunciar el nombre de *Omayari* cuando uno aparece. Pronunciar el nombre del demonio es llamarle, por la misma razón, no hablan del jaguar en el bosque, del rahara cerca del agua, del fantasma en la llegada de la noche, o de cualquier cosa que signifique peligro o desagrado.

Desde hace unos días toda la población de *Tayari* ha estado viviendo en *Karohi*. El espacioso *shabono* alberga fácilmente a los dos grupos. El huerto había producido una abundante cosecha de mandioca, y muchas cestas estaban llenas de pasteles. El bosque abunda en frutos silvestres, los cazadores ocupados e inteligentes rara vez vuelven con las manos vacías. No hay falta de comida. Pero lo contrario fue el caso en *Tayari*. Habían aclarado los huertos demasiado tarde, las nuevas plantaciones no habían madurado a tiempo para sustituir a las viejas agotadas. Es por eso que los habitantes han venido con sus parientes y aliados de *Karohi* a pedir ayuda, sabiendo que algún día serán llamados a dar la misma ayuda a cambio.

Como líderes de las facciones, *Shimoreiwë* y *Kaõmawë* compiten entre sí en su celo en nombre de sus invitados. Se turnan para ofrecer sopa de plátano, enviar a sus cazadores después de la partida, organizar grandes sesiones de toma de drogas y el chamanismo.

La gente de *Tayari* se distribuye dentro de la morada según sus lazos de parentesco con sus anfitriones: algunos se quedan con hermanos, otros con hermanas casadas y cuñados, otros se establecen a una distancia decente, aceptan la hospitalidad de sus yernos.

El refugio resuena con vida desbordante. Las cascadas prolongadas, estridentes, y repetidas de la risa están en todas partes, provocadas por bromas o memorias divertidas. Las noticias se transmiten, a menudo amplificadas y distorsionados, la gente se deleita con chismes y escándalos. Se proyectan planes que nunca se realizarán. Los jóvenes compiten por la atención de las chicas, y los esposos celosos y sospechosos endurecen su vigilancia. Las amistades especiales se fortalecen, otras nacen. Las alianzas personales se forman, los celos y los odios se ponen en marcha. Lo que domina, sin embargo, es el aliento de amistad que circula por todo el refugio, cálido como un fuego después de una lluvia torrencial.

Para satisfacer el repentino aumento de la demanda de tinte, *Mabroma* ha ido al huerto para recoger las vainas peludas de los árboles achiote. Ella saca las semillas, hierva en agua, luego presiona el jugo a través de un paño y lo calienta de nuevo a una ebullición lenta en un fuego bajo. Apretando el abdomen con las dos manos, pronuncia la siguiente fórmula:

- Coágulo de sangre de un tapir, coágulo de sangre de un tapir.

La cocción adquirirá así el color y consistencia de los coágulos de un tapir. Mientras tanto, *Kaõmawë* está quemando un trozo de resina. Lo cubre con una calabaza, para que el hollín se deposite en las superficies interiores, sólo tendrá que raspar y mezclar en el espeso achiote para convertir el tinte de rojo brillante a ocre-marrón, que es el color utilizado para la pintura corporal.

Mientras su padre está así ocupado, *Hebëwë* le pregunta:

- ¿Has oído hablar de esa mujer que se convirtió en chamán en *S^huimiwei*?

- No.

- La noticia fue traída por uno de los visitantes.

- Es posible. Las mujeres no pueden ser iniciadas, pero algunas de ellas son clarividentes agudos que a veces reciben la revelación del *hekura*. Hay una mujer *hekura* entre los *waika*, su nombre es *Wëikayoma*. No recuerdo dónde vive.

- ¿Las hembra tratan a los enfermos?

- Ellas toman alucinógenos, cantan a los espíritus, y son capaces de ir tras el alma del paciente. *Wëikayoma* mata a niños, cuyas almas come y siempre está en guardia: cada vez que un chamán viene a golpearla, ella lo detecta de inmediato, se aleja de sus golpes y lo persigue.



Turaewë cura a Breimi enfermada por Titiri.



Los chamanes avanzan en el camino hacia *Titiri*.



Turaewë lleva la cesta que contiene el pene del demonio y el alma de su víctima.



Durante su estancia en *Karohi*, *Breimi* enferma. Ella tiene calambres abdominales terribles que la hacen gritar en dolor. *Turaewë*, cuando es consultado, no pronuncia inmediatamente un diagnóstico. Vacila y se toma su tiempo. Esa noche, el chamán tiene un sueño que revela la causa de la enfermedad: ve a *Titiri*, el demonio de cabellos blancos de la noche arrastrarse hasta *Breimi* mientras duerme, presiona su cintura entre sus muslos, inserta su pene monstruoso en su vagina, y fuerza la abertura hasta que la carne se rompa. De ahí el dolor que siente.

En los días anteriores, la luz del día reinaba sobre la tierra. *Titiri* no existía todavía como un demonio; No era más que un gigantesco trovador que "*lloraba*" sin cesar, siempre sentado en la misma rama que nunca había dejado. Él lloró y lloró, y el crepúsculo no llegó. Así que los Yanomami durmieron durante el día; Fueron a cazar, regresaron, comieron su presa, no pelearon y sólo durmieron cuando estaban cansados. Podían oír al *Espíritu Hocofaisán* cantando blasfemo, diciendo: "*Titiri, titiri, titiri, wë!*"

Y siguió cantando, nombrando ríos, montañas, rocas:

De esa manera es la "*roca de los fantasmas*",
de esa manera la "*montaña del taro*",
de esta manera el "*río de las flores t^horu*",
aquí está el "*río de espinas*".

Es él quien dio su nombre a los lugares del bosque.

Los yanomami pensaron que vendría la noche si lo mataban. Se animaron unos a otros: *"¡Vamos, prueba! ¡Trata! El que escuchamos todo el tiempo, ese es un demonio".*

Como no tenían conocimiento de la noche, dormían cuando el sol estaba alto en el cielo. Siempre Titiri estaba llorando. La rama en la que se sentaba se agachó hasta el suelo bajo su peso. Los ancianos incitaron a los jóvenes: *"¡Intentenlo, hijos míos!"*

Un día, caminaron hacia la fuente de la canción. Vieron a Titiri soltar sus alas para sacudir a los parásitos. Se acercaron más. Uno de ellos disparó una flecha que rozaba las plumas del pájaro. En ese mismo momento, el cielo se oscureció y pensaron que la noche venía; Por primera vez oyeron las voces de la noche: rugidos de alas de insectos, crujidos de ranas y sapos. Sólo duró un momento; Entonces volvió a ser la luz del día, y el pájaro reanudó su lamento. *"Teníamos razón, hijos míos, eso es lo que debemos hacer. Intentémoslo de nuevo".*

Hõrõnami declaró: *"Voy a matarlo".*

Era un buen cazador y un buen tirador; Su flecha atravesó el *Espíritu de Hocofaisán* cuyo cuerpo, herido hasta la muerte, cayó pesadamente. Los ruidos de la noche sonaron una segunda vez. Algunas plumas blancas se aflojaron de la parte inferior del abdomen del pájaro y se alejaron después de convertirse en demonio del crepúsculo, el *weyari*. La noche era negra y los yanomami no podían encontrar su camino. Se preguntaban unos a otros: *"¿Dónde estamos?"*.

Ellos andaban a tientas y gritaban a los que habían permanecido en el refugio: *"Oye, tú allá, ¡ven a buscarnos!"*.

Los otros los escucharon, hicieron haces de fuego que agitaban delante de ellos para iluminar su camino. Volvieron al refugio y dijeron: *"¡Tengo sueño!"*

Empezaron a roncar. Algunos ordenaron a sus esposas: *"Enciendan aquí un fuego; ¡Tengo frío!"*

Cayeron en un profundo sueño y soñaron por primera vez. Los pájaros anunciaron la llegada de la luz del día. Era el amanecer. Los ancianos hablaron: *"¡Levántense, hijos míos, es hora de irnos a cazar!"*

Desde entonces Titiri se ha convertido en un demonio y atormenta a los Yanomami. Su pene es excesivamente largo y grueso. Se acopla con mujeres y sodomiza a los hombres, sin su conocimiento, mientras duermen, rasga su carne con su miembro, y captura sus almas después de haber eyaculado.

Ya se han observado las similitudes entre la forma de la vivienda y la concepción yanomami del universo. La plaza central es la parte más alta del cielo, los postes de apoyo sirven a los chamanes como escaleras para subir al mundo superior, son enlaces entre un nivel y el siguiente. De hecho, el mundo superior se concibe como una estructura convexa; Su centro es un disco plano y sus lados se inclinan suavemente hacia el horizonte donde tocan la tierra, justo cuando el techo del refugio se inclina gradualmente hacia el suelo. *Titiri* vive en el punto de encuentro de los mundos terrenales y celestiales. Si se tiene en cuenta las correspondencias expuestas anteriormente, ese lugar, en la configuración de la vivienda, es el perímetro del lado bajo del techo. En efecto, es en ese círculo que *Turaewë* tiene que colgar una cesta que contiene un tronco y un taparrabos de algodón (en un punto diametralmente opuesto al lugar donde se está llevando a cabo la cura). El tronco representa el pene de *Titiri*, y el taparrabos simboliza el alma de la niña enferma.

Los chamanes de *Tayari* y *Karohi* unen sus esfuerzos bajo la dirección de *Turaewë*. Gracias a los alucinógenos, han trabajado un cambio en su naturaleza; Se han convertido en *hekura*. Primero se dispersan, buscan los tizones, que atan en manojos, luego se alinean en una sola fila, precedidos por *Turaewë*, que ha encontrado el camino a la guarida de *Titiri*. Ese camino está escondido en la oscuridad más completa y está lleno de espinas. *Turaewë* está de pie, se mueve sobre las puntas de los pies y limpia las espinas en su camino, los demás se ponen en cuclillas, y los tizones que mantienen a distancia les permiten ver. El *hekura* familiar los rodea y disipa la niebla que los envuelve. Cruzan la plaza central y se lesionan los pies a pesar de su cauteloso progreso. Para evitar que lleguen al alma, *Titiri* orina en los tizones, varias veces casi los pone fuera, y deben hacer una pausa para revivirlos. Sin embargo, alcanzan su meta.

Turaewë abraza a *Titiri* alrededor del cuerpo y le arrebató la canasta, que él pone en frente de la chica enferma. Con el tronco y el taparrabos de algodón y simula las relaciones sexuales. Maneja el pene hasta provocar la eyaculación, el esperma del demonio brota en una inundación copiosa, se derrama en el suelo y salpica sobre todo. *Turaewë* ahora sólo necesita sacar del cuerpo de la niña el "*reflejo*" - también se le llama "*la imagen*", "*la sombra*" - del miembro masculino que todavía la está contaminando, luego le devuelve el pene a *Titiri* y lo envía a *Rumirumiyoma*, su suegra, para que lo vigile.

Hace un año, el hijo de *Turaewë*, el pequeño *Heturawë*, murió. Por las noches enteras, el gran chamán había luchado para arrebatar al niño de las garras de los demonios devoradores, pero la tos del paciente joven se había vuelto más y más dura, sus mejillas se habían ahuecado. Parecía en un momento que su condición iba a mejorar, eso era una vana esperanza: había muerto repentinamente una noche mientras su padre cantaba a su lado para curarlo. *Turaewë* había fallado. Derrotado, no podía ocultar su angustia; Su confianza en sus poderes había sido permanentemente

sacudida, durante muchas semanas no había podido liberarse de una tristeza infinita.

Desde la llegada de los invitados de *Tayari*, las alusiones a su hijo muerto han vuelto a ser frecuentes: pocas noches pasan sin que *Turaewë* exprese largas lamentaciones funerarias, en los cantos al *hekura*, sus reproches estallan y su deseo de venganza sube a la superficie.

Esto es lo que está diciendo hoy, durante la sesión colectiva de chamanismo:

Espíritu Ocelote, bajar en mí! *hekura*, no me ayudaste. Durante noches enteras pensé en mi venganza. Vi al *Espíritu del Buitre* y el *Espíritu de la Luna*. El *Espíritu de la Luna* fue golpeado por una flecha de *Suhirina* cuando entró en la vivienda, ansioso por la carne humana, de su herida, de su sangre derramada, nacieron una multitud de buitres carnívoros.

Espíritu de la Luna, *Espíritu del Buitre*, ustedes son caníbales. *Buitre*, tu cabeza está contaminada con sangre, tus fosas nasales están llenas de gusanos. Las libélulas se reúnen en el cielo. *Omawë* perforó la tierra con su arco, del agujero que hizo surgió un chorro de agua que llegó al cielo y formó un toldo. Allí arriba las libélulas se multiplican, allí viven los sedientos. ¡Que vengan a mí! *Omawë* me ha quemado la lengua! ¡Que humedezcan mi lengua y refresquenla! Aquellos que han ordenado a los demonios que capturen a nuestros hijos recibirán mi venganza, dondequiera que estén. Ya los *hekura* están avanzando sobre ellos, ya los *hekura* se precipitan sobre ellos. Pronto vendrá la noche, dormirán profundamente, y los gritos de los niños sonarán. ¡Son muchos, los *hekura* en mi pecho! Tú, gente de *Hiyōmisi*, *shamt'ari*, entre vosotros vive *Breiwë*, el asesino. ¡Que los relámpagos desvelen el cielo, que el trueno explote! Por muy distante que estés, te alcanzaré; Elegiré al niño más hermoso, al que tiene la sonrisa atractiva, y lo mataré. Yo también como niños. Mi *hekura* vendrá hacia ti, no lo dudes, Y arrancarán los pechos de las aves y las plumas decorativas, entonces mi nariz se llenará con el fuerte olor del recién nacido, exhalarán el olor rancio de la leche materna, y mi pecho será como un cadáver. ¡Así será mi pecho!

Luna acumula las raíces de la mandioca podrida con la que hace las tortas que cocina en viejos tizones. Cuando los pasteles están listos, rondan alrededor de las viviendas y llaman a los niños desde lejos, gritando:

- ¡Venid a mí, tengo hambre de carne humana!

Los monstruos se acercan a él, y él los lleva a comer con sus tortas.

Anteriormente, Luna era un verdadero *hekura* que vivía en el cuerpo de un gran chamán. Cuando el chamán murió, *Luna* fue liberada de su pecho y vagó libremente en el espacio. Bajo el gran techo había un profundo dolor mientras se afligían por el chamán muerto:

- *¡Qué gran chamán era! ¡Qué pena, mi marido!*

Su mujer sollozaba. Construyeron la pira y quemaron el cuerpo. Cuando las cenizas se habían enfriado, los sollozos y los gritos de dolor se hincharon de nuevo. En ese momento, *Luna* bajó a la plaza central; Caminó por el vacío hogar del muerto y se dirigió a las cenizas de la pira y los huesos, que pronto se oyeron entre sus dientes. El hijo del difunto se acercó y pensó que era su padre, porque *Luna* se parecía vagamente a él. Él dijo:

- *Padre, padre!*

El otro seguía comiendo los huesos calcinados sin escucharle. El hijo dio unos pasos más. Cuando el niño estaba cerca de él, *Luna* se levantó y se alejó lentamente. Entonces se dio cuenta de su error: alguien que no conocían había venido a comer los carbonizados restos del muerto. Su furia brotó:

- *Vamos a matarlo, es alguien más!*

Desataron sus flechas, que silbaban por todos lados. *Luna* ya se estaba en el cielo. Estaban en el perímetro del refugio, pero sus flechas se perdieron. *Suhirina*, allí de pie, sonreía al verlos tan malos disparos:

- *¿Cómo es eso posible?*

Estaban disparando contra *Luna*, que se levantaba sin prisa: los proyectiles volaron y volvieron a caer antes de llegar a él. *Luna* estaba a punto de desaparecer en las nubes. Uno de ellos se acercó a *Suhirina*:

- Cuñado, ¿no es cierto, como dicen, que eres un excelente tirador?. ¿Se quedará aquí sin hacer nada?

Suhirina se levantó, su flecha era delgada y tenía una punta larga y estrecha. Apuntó con su arco. La *Luna* se había convertido en un punto imperceptible. *Suhirina* dijo:

- *Escucha las vibraciones de la flecha, viajará lejos.*

De hecho, subió, cada vez más alto, y se hundi6 directamente en la *Luna*. La sangre brot6 en grandes chorros y se extendió en todas direcciones, contaminando la tierra. Allá, hacia el sur, cada gota de sangre se transform6 en los Yanomami de los *shamt^hari*, que son valientes y feroces y que comenzaron a matarse unos a otros. La sangre fluía por todas partes. De esa sangre también nacieron *Shākinari*, el demonio canibal y los buitres, que también son canibales. Nosotros, los yanomami en esta regi6n, no venimos de la sangre de la Luna: somos los hijos del pajar6 *Kanaboromi* cuya cría fue fecundada por su compañoero.

Varios días más pasan. *Turaewë* se vuelve sombrío y se retira en un silencio impenetrable, uno puede sentir que se está concentrando. Su resolución surge repentinamente, durante una sesi6n de toma de drogas que fue tan aburrida que parecía que no conduciría a ningúno evento digno de menci6n. El gran chamán pide la ayuda de aquellos visitantes que son capaces de ayudarlo a llevar la muerte a *Hiy6misi*, donde vive el culpable. Ellos inhalan el polvo mágico y se convierten en *hekura*. *Turaewë* dice:

- *¡Espíritu de la Luna, Espíritu de la Luna! Tei, tei ... Estoy trabajando mi transformaci6n, estoy cambiando mi naturaleza, soy otro. Hijos míos, vean a los malvados demonios rondando por ahí alrededor de nosotros.*

Él imita a *Koimawë*, un halc6n gran comedor de almas:

- *Kakakaka ... ¡Comer! ¡Comer!*

Un niño se acerca, su nariz en el aire. Le gritan desde lejos:

- *Vete, mantente alejado!*

Turaewë ignora el incidente y pregunta:

- *¿D6nde vive Breiwë?*

Ellos contestan:

- *Allí, río arriba, en Hiy6misi.*

Le muestran el camino con sus manos. Mientras tanto, un chamán ayudante está trayendo un manojo de plumas blancas, rojas, y amarillas, es un var6n al que van a matar. *Turaewë* reúne a aquellos que van a ayudarlo a lograr su propósito: el *Espíritu Hormiga*, el *Espíritu de la Serpiente waroo* y el *Espíritu Escorpión*. Juntos, éstos golpearán al niño mientras que *Koimawë* capturará el alma, que él traerá de nuevo a *Karohi* para ser entregado a los canibales.

- *¡Aquí está el Espíritu Escorpión!*

El coro de los chamanes entona:

- *¡Espíritu de la Luna! ¡Espíritu de la Luna! El tiempo de la fiesta se acerca.*

Los chamanes empiezan. La escena que se está realizando en *Karohi* está teniendo lugar realmente en la vivienda enemiga, en *Hiyomisi*, donde los chamanes han ganado ahora la entrada en forma inmaterial. Un pequeño *shamt^hari* ha visto la horda de espíritus bajar sobre él. Es guapo. Él suplica:

¡Padre! ¡Padre! ¡No hagas esto, no me mates! Oh, mi padre, llévame de vuelta a donde yo nací.

Es *Turaewë* quien imita a la joven voz. El niño ha comprendido que está a punto de morir, se protege con los brazos, y el terror está en sus ojos. Todo en vano: El *Espíritu Escorpión* hunde su aguijón mortal en su carne, y los *hekura* atacan a la vez. El niño se derrumba, muerto, y los lamentos de los enemigos resuenan. La madre del niño pequeño solloza:

- *¡Mi hijo, mi hermoso hijo! ¡Acaban de matarlo!*

Breiwë, entre ellos, ha adivinado. Él toma su droga y quiere perseguir a los agresores para recuperar el alma que están quitando. Pero *Turaewë* se ha convertido en el *Espíritu del Cerdo Salvaje*; rasca el suelo, borra las huellas que pueden conducir a él y hace la búsqueda imposible.

Los chamanes están de vuelta en *Karohi*. *Turaewë* anuncia:

- *El escorpión ha picado a un niño. ¡Está muerto!*

Pero los demonios esperan impacientemente por su alma prometida. El *Espíritu de la Luna* está allí, el *Espíritu del Buitre*, el *Espíritu Zopilote*, el voraz *Shãkinari*: toda la espantosa multitud de grandes devoradores de almas. *Bokorawë* es plana en su parte posterior, incorporando el *Espíritu de la Luna*; Sus pies están retraídos sobre sus muslos, una mueca horrible distorsiona su cara, sus dientes están descubiertos, listos para rasgar la carne. En el espantoso silencio del *shabono*, se oye el crujir de dientes. *Koimawë* finalmente llega, llevando el alma, entrega la presa esperada. La horrible comida comienza entonces, orquestada por un alboroto de ruidos siniestros y confusos. Cuando terminan, los demonios se tambalean hacia la plaza, tienen el hipo, vomitan la sangre del niño, sus venas, sus huesos ensangrentados, su grasa, sus cabellos.

Que tu corazón esté en paz, *Turaewë*, tu hijo es vengado; ¡Finalmente has pagado el mal y el sufrimiento que te habían infligido! Han llegado los comedores de las almas, las lágrimas han borrado otras lágrimas.

Parte III. Guerras y Alianzas

7. La Caza

Ha llegado la temporada de visitas, de largas estancias fuera del gran refugio y de las guerras. Es el tiempo de "*aguas bajas*", es posible viajar rápidamente en terreno casi seco. Los arroyos han derramado sus aguas en exceso, los pantanos se reducen a charcos modestos y verdosos llenos de fauna prolífica. La pesca, sea con veneno, con flechas de arpón, o con anzuelo y línea, da buenos resultados. La caza es más fácil, los pájaros se acoplan, o bien, rodeados de su descendencia, son más fácilmente engañados por imitaciones de sus gritos.

En *Karohi*, los huertos todavía están produciendo copiosamente, hay una gran abundancia de todo tipo de plátanos, papayas, tubérculos, y especialmente los hermosos y brillantes frutos *rasha* que cuelgan en abundantes racimos. Es por eso que *Kaõmawe* y *Shimoreiwë* han persuadido a los invitados a prolongar su estancia. Quieren invitar al pueblo de *Hõkanakawë* a una fiesta, las cenizas de *Sisiwë*, un "*hijo*" muerto por los guerreros de *Mahekoto*, estarán borrachos. Después de las fiestas, el ritual y la comida funeraria, todos los hombres sanos lanzarán una expedición para vengar al muerto.

Esta guerra comenzó hace varios años, como sucede a menudo, a causa de una mujer. *Ohimi* acababa de llegar a *Wayabotorewë*, acompañado por su marido y su hermano mayor. Había estado viviendo con sus suegros durante mucho tiempo, y quería volver a ver a su madre ya su hermano. La reunión familiar fue feliz. Los visitantes fueron bien recibidos, los anfitriones cazaban y les daban comida y tabaco.

Ohimi había colgado su hamaca cerca de su madre, que no se cansaba de abrazar a su pequeña. El marido se había mantenido a una distancia decente de su suegra, como era conveniente, no era apropiado que sus miradas se encontraran. Todo fue sin problemas, hasta que un día el hermano del marido atrajo *Ohimi* al huerto para hacer el amor. No era la primera vez que actuaba así, ella puso algo de resistencia por el bien de las apariencias, luego cedió. El marido notó que ambos estaban ausentes. Él era generalmente tolerante, porque es aceptado entre el Yanomami que un hombre tiene acceso a las esposas de sus hermanos, pero ese día quizá estaba herido en su orgullo porque estaba en un grupo extranjero, e hirió a *Ohimi* en el hombro cuando regresó.

El hermano de *Ohimi* estaba ausente, fue informado del incidente, y la madre le envió el mensaje que tenía que defender a su hermana. Cuando entró en la morada ya sostenía su mejor punta de flecha lanceolada. Él no dijo nada, su cuñado le daba la espalda y le disparó a toda velocidad. La herida era fatal, porque el bambú había traspasado los órganos vitales, la

sangre del hombre se derramó, y pronto murió. Su propio hermano quemó su cuerpo en la plaza central, aplastó los huesos y tomó el polvo en casa.

Los de *Mahekoto* vivían cerca; Cuando se enteraron de estos acontecimientos, aparecieron, invocaron su parentesco con el hombre muerto, y reclamaron una de las calabazas que contenían el polvo del hueso. Su petición fue concedida, prometieron vengar al hombre muerto. Pasaron unos meses, Entonces el ritual de la bebida de los huesos triturados se cumplió en *Mahekoto*. A la mañana siguiente, un grupo de hombres impacientes inició la guerra. *Sisiwë* fue sorprendido y asesinado después de un breve pero violento encuentro. Era un "*hijo*" de *Kaõmawe* y *Shimoreiwë*, y su dolor era profundo. Ellos también obtuvieron una calabaza de cenizas y prometieron castigar a los culpables. *Karohi* estaba entrando en la guerra, el ciclo fatal de represalias, ataques y contraataques se puso en marcha.

Cuando se ha tomado la decisión de celebrar una fiesta, dos mensajeros son enviados a *Hõkanakawë*. Regresan después de una ausencia de cuatro días, la invitación ha sido aceptada. Los invitados pronto se disponen a cubrir en etapas fáciles la distancia a *Karohi*. Los viajeros se complacen en mostrar las cosas que trajeron en su visita: puntas de flecha lanceoladas, curare, una bola de algodón recién hilado, afrodisíacos, y la *manaka*, una planta que hace estériles a las mujeres.

Sin más demora, los racimos de plátanos requeridos para la fiesta son traídos del huerto. *Kaõmawe* y *Shimoreiwë* los cuelgan en hileras bajo el techo, ligeramente delante de sus hogares. Dentro de un albergue, las hileras de plátanos maduros siempre indican los cuarteles de hombres importantes que influyen en los asuntos políticos de la comunidad. Estos son líderes de facciones, que son como pequeños caciques sin autoridad moral, pero dotados de elocuencia, emprendedores, competentes en materia de caza y guerra, y que se encargan de organizar expediciones de caza a largo plazo. Son ellos también quienes proveen los alimentos vegetales que acompañan a la carne, preparan la sopa de plátano que se ofrecerá a los invitados. Cuando las comunidades aliadas están visitando con motivo de fiestas y rituales, su papel económico es de suma importancia ya que deben tener a su disposición un exceso de alimentos adecuado. Por lo tanto, sus parcelas cultivadas son dos o tres veces más grandes que las de sus vecinos. Prefieren dedicarse a la agricultura, dejando a los hombres más jóvenes -sus hijos o yernos- la tarea de proveer la caza para el consumo diario, sólo participan en la caza a largo plazo si su presencia es indispensable. Estos líderes frecuentemente tienen varias esposas.

Las ventajas de la poligamia son varias: las mujeres ayudan con tareas domésticas y con la recolección de alimentos en el bosque, fabrican objetos para el trueque, una numerosa progenie hace posible establecer una complicada red de alianzas. La mayor inteligencia consiste en adquirir

esposas para sus hijos, negociando siempre que sea posible el servicio matrimonial más breve posible y buscando a sus hijas maridos que acuerdan establecerse permanentemente en la comunidad (ocasionalmente, se les conceden dos esposas para convencerles de tomar esa decisión). La facción se incrementa así, y las hijas y los yernos que son adquiridos participan en las tareas comunes. La importancia de estos líderes sin ningún poder o coerción depende únicamente del número de sus seguidores, puede reducirse a nada si un conflicto o una pelea provoca una división o una defección.

El ritual de caza *heri* comienza tan pronto como se han colgado los plátanos. Después de la oscuridad, los jóvenes y los chicos mayores se reúnen en grupos de tres o cuatro para caminar brazo por brazo alrededor del perímetro de la plaza central. Entonces uno de ellos entona una canción, siempre breve, inmediatamente recogida en coro por los demás. De vez en cuando, interrumpen su caminata para bailar hacia delante y hacia atrás. Las melodías son hermosas, a pesar de la confusión de voces y la falta de unísono de los cantantes. Cada comunidad tiene sus canciones *heri*, algunas son populares, siendo conocidas por todos, son recogidas sin vacilación; otras han sido inventados o han sido prestados, éstas son mal cantadas, con sílabas o palabras omitidas.

Estas canciones evocan cosas imbuidas de poesía simple:

Los de *Kõbari* llevan sus cerbatanas
firmemente bajo su brazo.

El *waika* imita el pájaro *kirakirami*,
como el pájaro *kirakirami* hace el silbido *waika*.

El guacamayo golpea su cola,
su larga cola azul.

El árbol de la luna ha sido llamado.

La cola del jaguar se desenrolla,
se desenrolla, se desenrolla.

Diversión irreprimible, mil bromas, chistes obscenos acompañan la celebración del *heri*, a estallidos de gritos y risas siguen períodos de silencio y conferencias prolongadas, entonces la canción se reanuda, inesperada, lenta y burlona con sus tonos nasales.

Desde hace mucho tiempo, las oleadas sucesivas de participantes han estado dando vueltas alrededor de la plaza, sus voces ahora aumentando, ahora cayendo. En todas partes la gente se ha quedado dormida a pesar del ruido. Mientras pasaba delante de la casa de su familia, *Hebëwë*, antes de reunirse con sus compañeros, recoge apresuradamente plátanos maduros de los racimos que cuelgan encima de la hamaca de su padre.

Entonces mastica grandes bocados, los escupe en sus manos y arroja esta pulpa, cálida y pegajosa como el esperma, sobre las caras de las mujeres dormidas. Todos los muchachos se apresuran a abastecerse de frutas furtivamente de aquí y de allá, y las mujeres se convierten en blancos de misiles pegajosos destinados especialmente a los genitales, las nalgas y la cara. A veces, una de ellas, exasperada, arroja una brasa a la sombra que se salta de un lado y es tragada por la oscuridad.

El juego dura horas, interrumpido por canciones. Esta lucha simulada representa no sólo el antagonismo de hombres y mujeres, sino también el de día y de noche, de silencio y ruido. Su connotación sexual es obvia. El ritual, que comenzó al caer la noche, continúa hasta la mañana, cuando los muchachos, exhaustos de tanto cantar, gritar, reír y bailar, van a sus hamacas, son inmediatamente reemplazados por las jóvenes. En el momento en que sus rivales masculinos desean un descanso tranquilo, las chicas tratan de pagar los ultrajes que han tenido que soportar. Cerca del amanecer, cuando los primeros cantos de pájaros se levantan en el bosque, los jóvenes reemplazan a las mujeres hasta la llegada de la luz del día.

Durante tres noches seguidas, las mismas escenas nocturnas tienen lugar con el mismo gusto pero con alguna variación en las bromas. Algunos hombres jóvenes casi han perdido su voz, ronca de tantos excesos. Exhausto, los jóvenes hacen durante el día el sueño que no logran por la noche, por lo que los días parecen más pacíficos de lo habitual.

Mientras tanto, el color de los plátanos se ha aclarado, cambiando de verde oscuro a tonos más amarillos, es hora de que los cazadores se pongan en marcha.

En la mañana de la partida de los cazadores, *Mabroma* se levanta bien antes del amanecer para hornear los pasteles de mandioca que alimentarán a los cazadores. Ella prepara una cesta entera, destinada no sólo para sus hijos, sino también para otros cazadores, que darán su caza a *Kaõmawe*. Las mujeres deben aceptar tales tareas adicionales ocasionadas por una posición de responsabilidad, se espera que un líder sea generoso y conceda porciones de alimento a la gente de su facción que ofrece sus servicios. *Mabroma* está ocupada, es eficiente: a la luz del día, los pasteles están listos, amontonados en una cesta. Un olor cálido de mandioca tostada flota por todas partes como una promesa de la fiesta que vendrá.

Sobre el hogar de *Kaõmawe* cuelgan los huesudos restos de animales: cabezas de monos y cerdos salvajes, pechos de pájaros, armaduras de armadillos, colas de caimanes y huesos de pez. Estos trofeos atestiguan la habilidad de los hombres en la caza y significan prosperidad: en este lugar, siempre hay algo para acompañar los plátanos asados. Estos huesos colgantes, polvorientos, manchados de humo y limpiados por los mordiscos nocturnos de las cucarachas, evitan la desgracia de convertirse

en *sina*: un tiro malo y un cazador malo. Gracias a estos trofeos, los animales no huyen del cazador, eso es lo que sucedería si fueran arrojados. Son las mujeres las que los cuelgan, pues son las que reciben las cabezas para chupar, las colas y el pecho. Cuando una vivienda es abandonada por otra, estos huesos permanecen en su lugar. Ellos son expulsados sólo cuando se vuelven demasiado engorrosos o cuando son reemplazados por otros; Entonces se apilan en una cesta y se arrojan detrás de la vivienda en la basura doméstica. Cuando un hombre muere, sus trofeos de caza se queman con él en la pira funeraria.

Mabroma se concede un momento de descanso. Ella mira distraídamente el haz de viejos huesos colgando junto a ella, inconscientemente, su mirada se eleva a lo largo de la vid, hasta el lugar donde se fija al techo. Sus ojos caen entonces sobre una especie de geco (reptil pequeño) que se aferra a una hoja seca. Por un instante se asusta, advierte a su marido ya sus hijos, que prudentemente se alejan: se dice que el lagarto entra en el cuerpo a través del ano. *Hebëwë* lo mata con una pequeña flecha de palmera.

Mientras tanto, *Remaema* ha llevado la canasta de pasteles a *Ebrëwë*. Por última vez, los cazadores revisan la rectitud de sus flechas observando a lo largo de los ejes y verificando que sus aljaba contienen todo lo que necesitan: puntas de repuesto, fragmentos de huesos largos, resina y cerillas. También se aseguran de que los pasadores estén correctamente sujetos a las tapas y de que las correas de transporte estén sólidamente unidas.

Ebrëwë da la señal para salir. Cruzan el río en una vieja canoa; Luego comienzan el largo viaje por el bosque.

En el camino, los cazadores matan un guacamayo y algunos agamis. Cuando alcanzan su objetivo, *Ebrëwë* escoge un lugar para acampar, a lo largo de un arroyo de aguas claras. Entonces, todo el mundo se ocupa en erigir su refugio. En una media hora, las cabañas con sus techos trapezoidales están levantadas y cubiertas de hojas de *ketiba*, que son similares a las hojas de plátano. En cuanto a *Ebrëwë*, se limita a colocar el marco de su refugio - tres postes que sostienen el techo - dejando al joven *Fama* la tarea de colocar el revestimiento de las hojas. Almacenan los alimentos bajo los refugios y rápidamente acumulan un suministro de madera, los fuegos arden, y los haces de luz y el humo azulado se filtran a través del follaje. Cocinan grandes orugas envueltas en hojas y hierven las aves. Esta caza es el último que los cazadores se concederán: durante la duración de la expedición. Los hombres se sentirían deshonorados si comían de los animales que matan, sólo se les permite insectos, ranas y las entrañas de ciertos animales.

Un poco antes del anochecer, los jóvenes construyen a corta distancia una parrilla de fumar en la que colocan pedazos de nidos de termitas negras, de textura rugosa y en forma de huevo que se encuentran a menudo

colgando de los troncos de los árboles. Se dice que estos fragmentos representan las caderas de carne que pronto se amontonarán en la parrilla. A través de este gesto propiciatorio, garantizan una abundancia de caza.

Moriwë y *Kremoanawë* comparten un refugio. Mientras están cocinando, *Moriwë* narra un recuerdo desde su juventud:

Yo era sólo un niño, apenas más grande que *Tiyetirawë*. Había ido con mi padre a una cacería como ésta. Mi padre cayó enfermo; Sus testículos comenzaron a hincharse, eran tan grandes como éste y ya no podía cazar. Tenía los "*testículos gigantes del armadillo*" [*nat^heki wakabi*], tenía tal dolor que decidió regresar a casa. Empezamos nuestro camino, yo estaba caminando delante, mi padre seguía, apoyado en un palo. Nuestro perro corría a nuestro alrededor y se alejaba cada vez más: olía algo. De repente empezó a gritar: Acababa de descubrir una *tamandua* acurrucada en un tronco hueco. Ante la idea de que había caza cerca, mi padre empezó a correr a pesar de su condición. Él dijo: "El perro ha encontrado un animal, vamos a ver!" Vinimos al árbol; Tuvimos que abrir el tronco con un hacha para llegar a la bestia, y mi padre empezó a deshacerse con toda su fuerza, gimiendo todo el tiempo. Cuando habíamos matado a la *tamandua*, arrancamos una tira de corteza, y fui yo quien llevó a la bestia. Llegamos a un río que teníamos que cruzar caminando sobre un tronco de árbol. Era un jenipapo caído, y la humedad había hecho que la corteza resbalara. No miré mi paso, me resbalé y caí en el agua. El río era profundo en ese lugar, y me hundí, todavía sujetándome a la bestia. No me di cuenta, pero mi padre me confió más tarde que me quedé sumergido algún tiempo antes de reaparecer, había temido un accidente.

Moriwë se ríe cuando recuerda el rostro de su padre, lleno de ansiedad. Mordisquean sus orugas junto con un poco de pastel. Luego se quedan dormidos, agotados después de haber pasado muchas noches jugando, bailando y gritando.

La luz del día está cerca cuando se escuchan ruidos sospechosos en el lado del sendero, primero un sonido agudo como el de una cuerda de arco que choca contra el eje; luego silbidos, ruidos similares a los que los Yanomami hacen cuando se señalan entre sí. Aquellos que han oído sacuden a los demás y dicen en voz baja:

- *Despierten, fuimos seguidos por guerreros enemigos, están preparados para una emboscada en el sendero.*

Apresuradamente dispersan los fuegos y soplan las llamas para apagarlos. Buscan sus armas en la oscuridad y luego se deslizan sin hacer ruido al bosque. Para evitar caer en una trampa, forman filas paralelas a cada lado del rastro. Avanzan unos cientos de metros de esta manera antes de salir en el camino. Se dan cuenta entonces de que todavía está saturada de telarañas, con las teas que llevan, examinan el suelo, donde no se ven huellas. Nadie ha pasado por este camino, se tranquilizan y regresan al campamento por el sendero. El fuego vuelve a arder; Se calientan y dicen:

- *Era un fantasma que acechaba alrededor.*

Uno siempre debe tener cuidado de los fantasmas. Algunos son completamente inofensivos, otros, por el contrario, captan el "*centro vital*" de la gente para hacerlos morir, o de lo contrario, sigilosamente acercándose a ellos mientras se camina, doblan sus rodillas contra sus espaldas para romperlos en dos. Cerca de *Tayari*, al otro lado del Orinoco, vive un fantasma tan feroz que la gente evita el lugar donde mora.

Como la luz del día está cerca, se diluye frutos de palma de melocotón en agua para hacer un líquido gacha que tragan con mandioca asada o plátano. Aquellos que quieren ir a pescar no preparan un mascada de tabaco fresco, pero conservan el viejo, con uno recién preparado, seguramente volverían con las manos vacías; El pescado no mordería. Cuando en la caza, ciertas acciones son desaconsejables. Utilizar los nombres específicos de los animales que se están siguiendo o señalarlos es hacerlos desaparecer. Cuando uno acaba de defecar, sólo se encuentran las guaridas de armadillo vacías, los hocofaisán vuelan lejos y permanecen ocultos si uno arroja flatulencias. Es como si existiera una equivalencia entre el recto y la guarida del armadillo, y como si estuviera vinculado a la huida del pájaro. Esta relación que los indios establecen entre la excreción y la caza también se encuentra con respecto a los cerdos salvajes. Hay similitudes con el vínculo que establecen en otro nivel entre copulación y comer.

Al amanecer se da la señal de salida. El bosque aún está oscuro, las telarañas se extienden por el camino, y las ramas húmedas son como dedos fríos en los cuerpos temblorosos de los cazadores. *Ebrëwë* está caminando delante, siguiendo un "*camino de cazadores*" débilmente marcado. Después de viajar por un tiempo, los cazadores se detienen, se sientan, charlan y luego se dividen en tres grupos distintos, cada uno hacia una dirección diferente. Cada grupo consta de tres a cinco personas que van a cooperar de cerca durante un día entero. Antes de marcharse, los hombres "cierran el sendero" que están usando rompiendo unas cuantas ramas y colocándolas en el suelo, esperan por este medio guardar los animales dentro de sus campos de caza elegidos.

Moriwë va con *Ebrëwë* y otros dos cazadores. No pasa mucho tiempo antes de que lleguen a las pistas recientes de una tropa de cerdos

salvajes. Sin vacilar, se apresuran tras ellos. *Ebrëwë* desata una bola de tinte marrón envuelta en una hoja y frota algo sobre su pecho y hombros, uno debe ser guapo y fragante para cazar los cerdos. Los perros están en su camino, malhumorados, indisciplinados corren en todas direcciones, ladran de manera inapropiada y no responden a las llamadas de sus amos. Es de temer que se disparen los cerdos durante el acercamiento. Sin embargo, después de alguna vacilación, se resignan a su presencia.

Las huellas son más o menos visibles, según la naturaleza del terreno o la humedad del suelo. Seguir las huellas de cerdos salvajes es un ejercicio que requiere gran concentración y habilidad. A veces los animales se mueven en una larga fila, trazando un verdadero surco en el suelo, en ocasiones se dividen en varios grupos y las huellas son menos evidentes. A veces se dispersan y rasgan el suelo en busca de alimento, entonces es necesario encontrar el lugar donde se reúnen. La tropa puede precipitarse en línea recta, en otras ocasiones puede describir círculos anchos, volviendo a su punto de partida, pueden volver y volver sobre su ruta. Los cazadores que siguen estas pistas pueden perder su camino y gastar un tiempo precioso para encontrar de nuevo la dirección verdadera, y cuando lo encuentran, las huellas se han vuelto tan ligeras, tan imperceptibles que deben leer el suelo paso a paso. Los perseguidores luego se dispersan para desentrañar el enredo más fácilmente, y llaman a encontrarse de nuevo.

La caza de cerdos salvajes es siempre un negocio incierto. A veces la tropa se mueve tan rápidamente que es imposible alcanzarla. En otras ocasiones viaja lentamente y parece vagar. Los animales no tienen miedo y es posible acercarse y matarlos fácilmente. Otras veces todavía acusan a sus perseguidores y desentrañan a los perros, y no hay nada más que hacer que abandonar el arco y las flechas para refugiarse en un árbol, el cual debería ser lo bastante sólido, porque las bestias enloquecidas cortan la madera con sus colmillos

Las bandas de cerdos aparecen y desaparecen en ciclos, constituyen un elemento de temporalidad. Cuando se informa de una tropa, los Yanomami dicen: *"Los cerdos salvajes vienen a ver si los humanos han crecido, están comprobando si los niños se han convertido en adolescentes y adolescentes en adultos"*.

De los buenos cazadores de cerdos salvajes se dice: *"Sus brazos tienen un valor de cerdos salvajes"* (*bë boko no warebi*). Se afirma que estas personas son capaces de matar a un gran número de cerdos porque son generosos con los animales ofreciéndoles tapones de oreja: Los cerdos responden a este regalo de un objeto eminentemente cultural ofreciéndose como caza. Por otro lado, se dice de un pobre cazador que es avaro hacia los cerdos.

La caza de estos animales requiere un mínimo de cooperación entre los cazadores. Uno no ataca a una tropa solo, es contrario al código moral.

Cuando alguien ha notado nuevas huellas o visto los animales, debe asegurarse de que las bestias no lo noten, se apresura a regresar a la casa para avisar a sus amigos. A su regreso, utiliza una fórmula convencional en un tono de voz prescrito: *"He visto guerreros"* o *"He visto Yanomami"*. Los demás inmediatamente adivinan de qué se trata. Si por error dijera: *"He visto cerdos salvajes"*, la tropa seguramente desaparecería. Uno nunca nombra el objeto deseado, porque eso lo haría desaparecer. Los cazadores siguen las huellas, localizan la banda, se acercan y la atacan. El mejor cazador se pone delante y dispara la primera flecha, los otros toman posiciones en el centro del grupo de animales y los disparan mientras que son conducidos detrás. Cuando las bestias salen en estampida, cada hombre actúa por sí mismo. En cualquier caso, cada cazador reclama como suyos los cerdos que mata.

Ebrëwë y sus compañeros se alejan cada vez más. A veces piensan que se acercan a animales cuyas huellas todavía están húmedas, entonces hablan en voz baja y evitan orinar o echar flatulencias para evitar que los cerdos detecten su presencia.

Mientras caminan, uno de ellos encuentra miel. Se detienen a conferenciar sobre qué hacer. El sol está disminuyendo visiblemente, y se desalientan: las huellas ya no parecen tan recientes como antes, tal vez han tomado un giro erróneo y están siguiendo las pistas equivocadas. Algunos declaran que deben continuar la persecución, pero en ese caso, tendrán que dormir en el bosque, y no tienen hamacas y sobre todo no hay comida. No se puede pedir ayuno a los estómagos vacíos, los que están a favor de regresar fácilmente prevalecen: *"Comamos la miel y volvamos al campamento"*, dicen.

Las abejas *yoi* están tarareando, el nido está en un árbol hueco. Suben una plataforma y ensanchan la abertura para extraer los panales. Enloquecidas, cientos de abejas rubias se precipitan en los cabellos de los cazadores y el vello púbico, mordiendo furiosamente. Rápidamente, arrancan la capa de huevos, y los panales rebosantes de miel dorada se colocan sobre un montón de hojas, los dedos codiciosos se sumergen en él inmediatamente, y las lenguas llenan de placer. *Moriwë* ha ido a buscar agua al fondo de un barranco, y la miel se diluye en grandes hojas dobladas que sirven como contenedores. Esta bebida delicadamente fragante los revigora después de la larga búsqueda.

Ya es de noche cuando llegan al campamento, agotados y hambrientos. Se les da plátano tostado, orugas y anacardos. *Hebëwë* da un giro alrededor de la parrilla de fumar, sólo hay unos pocos pájaros. Este primer día de la caza no ha tenido éxito.



Al desplumar un hocofaisán, las plumas, que se utilizan para flechas de plumas, se plantan en el suelo.

A la mañana siguiente, *Hebëwë*, *Ebrëwë*, *Frërema* y *Kremoanawë* salieron juntos después de la frugal comida de la mañana. Caminan río abajo a lo largo del arroyo que fluye cerca del campamento. Pronto matan a un hocofaisán. Utilizando un puntea lanceolada como cuchillo, *Ebrëwë* corta una tira de piel en la cabeza del ave, comenzando en el pico, incluyendo la cresta, y pasando a lo largo de los ojos hasta el final en la base del cuello: secado, esta tira se utilizará para formar un brazalete. También saca las plumas, que se usan para flechas de plumas, y coloca las plumas de la cola en una línea recta en el suelo, que pueden dar testimonio de su habilidad como cazador.

Mientras tanto, *Hebëwë*, solo, se ha acercado a una charca cercana. Permanece un rato en la orilla, observando los peces que rezuman en el agua. Tira a algunos, arpones a otros, luego, abandonando su arco, entra en el agua y golpea con su machete. Absorbido en el asesinato, no se da cuenta de que al salir del banco, se acerca a un agujero infestado de peces eléctricos. Una descarga violenta recorre el metal del machete; Grita y deja caer el arma, pero sus pies se enredan en una raíz sumergida, y tropieza. Está a punto de caer, ve que está rodeado de peces eléctricos y tiene miedo de ahogarse. Luego, con una oleada de energía, se apresura a la orilla y finalmente la alcanza, agotado y

temblando de miedo y frío. Los otros han oído sus gritos y han venido corriendo:

- *¿Cuál es el problema?*
- *Fui atacado por peces eléctricos.*
- *Pensábamos que un jaguar te comía.*

Desde la costa, disparan sus flechas contra los peces que parecen anguilas. *Hebëwë* en silencio hace un manojo de su captura, todavía sacudido por su escape estrecho de peligro.

El arroyo que están siguiendo está ahora lleno de árboles caídos y ramas muertas, deben abrirse paso a través de una maleza particularmente densa. *Ebrëwë* parece preocupado; él pregunta:

- *¿El monstruo rahara no tiene su guarida cerca de aquí?*

Frërema responde:

- *No, vive mucho más río arriba.*

Los *rahara*, gigantescos monstruos acuáticos, tragan a los que se acercan a ellos y se precipitan a tierra para devorar a los que son tan temerarios como para pronunciar su nombre cerca del agujero profundo que es su morada. *Frërema* se equivoca, el lugar donde se supone que habita la bestia está muy cerca. Se sientan un momento, hablando del *rahara*, pero como están cerca del agua, la prudencia dicta que evitan el nombre del monstruo; Dicen "*la bestia*". *Frërema* anuncia:

- *Voy a seguir río abajo.*

Los demás le siguen, caminando sobre la orilla. Se acercan al *rahara*, y es *Hebëwë*, que ha estado aquí antes con su padre, se da cuenta primero. Se van a cruzar en un enorme tronco que atraviesa el arroyo. Alrededor de ellos se extiende una tierra donde se alimentan los tapires grabada con innumerables huellas y rastros que los grandes herbívoros dejan al llegar aquí para comer hierba. El temor y el presentimiento se elevan en *Hebëwë* al reconocer el lugar cada vez más positivamente. Él está pensando: "*Esto es, el monstruo vive aquí*". Él está a punto de hablar y advertir a los demás, cuando *Frërema*, que está caminando hacia adelante, de repente se vuelve. Hace señales de mano diciéndole a los demás que se agachen y, en voz baja, les advierte del peligro:

- *Es aquí, aquí es donde vive. No den otro paso; Quédense donde están. Retrocedan y busquen una distancia segura.*

Ebrëwë dice:

- *No atacará, estamos demasiado lejos de él.*

Hebëwë dice:

- *Estaba pensando que estaba aquí.*

Frërema, que tiene curiosidad, anuncia:

- *Voy a echar un vistazo.*

Él camina a cuatro patas. En ese preciso instante, dos hocofaisán se acercan a ellos. *Ebrëwë* dice:

- *Son las mascotas de la "bestia", Los usa para atraernos. Estos pajaritos siempre cuelgan sobre la charca donde el monstruo está escondido.*

Eso es lo que dicen, pero no pueden abstenerse de matar a una de las aves, la otra toma vuelo y desaparece. Mientras se van, *Frërema* explica a *Hebëwë*:

Cuando los *rahara* están en un humor amistoso, emiten una especie de sonido que se rompe, de lo contrario, cuando sus intenciones son malas, permanecen en silencio para sorprender a la persona temeraria que se les acerca. Los *rahara* siempre tienen cerca de ellos algunos animales de compañía, la mayoría de las veces pavas hediondas.

En el camino, *Frërema* nota una serpiente venenosa acurrucada bajo un montón de hojas. Un golpe bien apuntado con un machete cae sobre la cabeza del reptil y las escamas de la cola resuenan en la agonía de la muerte. *Frërema* rompe los colmillos venenosos en una raíz grande, entonces envuelve la cabeza para evitar ser manchado por la sangre que gotea. La serpiente no se ahúma, se añadirá a la cena de los cazadores. En una caza a largo plazo, sólo las serpientes más grandes - boas y anacondas - se ahúman.

Más adelante, los cazadores encuentran la orina dejada por una horda de monos aulladores, la huelen para asegurarse de que es reciente. Buscan en las inmediaciones, escuchan los ruidos del bosque, trepan los árboles, pero nada indica la presencia de los animales. Los monos están probablemente fuera del alcance, se detuvieron en este lugar, luego se balancearon de rama en rama hacia un destino desconocido.

Desalentados por la escasez de la caza, los hombres reanudan su interminable viaje. Ya están sintiendo hambre y fatiga. *Kremoanawë* ha decidido renunciar y se ha vuelto hacia el campamento.

En un momento, sus esperanzas se elevan de nuevo: las pistas recientes de un tapir, marcadamente definidas, corren delante de ellas. Ellos juzgan que fueron hechos esa mañana y esperan que el animal haya

permanecido cerca, dormido en el suelo, esperando el anochecer. Silenciosamente, escudriñan el suelo paso a paso, siguiendo las huellas. De repente, se oye un desplome de ramas y follaje triturado: un perro acaba de despertar a la bestia, que ha comenzado una carrera loca. Entonces corren tan rápido como pueden a través de los matorrales, espinas lesionan sus pies descalzos, las vides amenazan con romper sus flechas, se golpean contra las raíces. Se orientan escuchando los aullidos del perro, ya el fuerte y penetrante olor del tapir satura la pista. Cuando llegan al perro, apuntan hacia un tronco en el que un pecarí se ha refugiado. Mientras perseguía el tapir, el perro ha descubierto un pecarí y lo siguió, abandonando su presa original. Los cazadores están decepcionados, insultan al perro, pero matan al pecarí.

El otro grupo ha tenido mejor suerte; Volvió con un tapir. Cuando se juntan en el campamento, se ponen a construir una parrilla de fumar más amplia y fuerte, en la que se amontonan las caderas de la carne ensangrentada. Los muchachos llevan grandes trozos de madera sobre sus hombros, reviven las llamas y encima del tapir ponen la caza pequeña: pájaros, monos, pacas, coatís y armadillos. A pesar del hambre y la fatiga, son felices esta tarde, y un humor ligero, festivo hace que parezcan alegres. Bajo los refugios han colgado plátanos verdes en los que han atascado las plumas de los loritos que mataron, para "*curarlos*" de haber sido revueltos, estos serán utilizados para decoraciones. Envuelven con cuidado los párpados de los guacamayos, que se utilizarán en la danza de presentación durante la fiesta. Ya están pensando que deben buscar más y mejor.

Es hora, sin embargo, de que la caza llegue a su fin. Los cazadores han estado recorriendo el bosque durante cinco días y las reservas de alimentos se han reducido a casi nada: ni una sola tarta de mandioca, sólo quedan algunos plátanos. Para saciar su hambre, han abierto algunas palmeras para cosechar el corazón, pero este alimento para tiempos difíciles sólo hincha el vientre sin dar nunca la agradable sensación de estar lleno. A pesar de la falta de comida, tendrán que esperar un día más para que la cocción de la carne de tapir se haga correctamente. Y es lamentable sentir hambre ante este montículo de carnes que no tocan por temor a perder la cara.

A la mañana siguiente, aflojan su rutina, saliendo más tarde que de costumbre, por un sentido de deber, pero sin convicción: no es apropiado que los cazadores permanezcan inactivos en el campamento, incluso cuando hay suficiente carne. Antes de salir, *Ebrëwë* agita el fuego y dice:

- *Fantasma, fantasma, te quedarás para ventilar el fuego.*

Esa es la fórmula que se debe pronunciar cuando uno deja la parrilla para partir. Es una frase llena de cruel ironía para el fantasma, que está vagando eternamente en el bosque, temblando de frío porque no posee fuego.

Cuando regresan al campamento, encuentran cerca de sus chozas un mono acostado en el suelo, todavía vivo pero incapaz de moverse. Ha caído allí, probablemente enfermo y agotado, incapaz de continuar sus saltos de rama en rama. Algunos jóvenes lo recogen y lo muestran a sus mayores, quienes lo examinan. El animal no tiene ni rastro de herida. Dicen que es *õrihiyẽ* y que es un mal presagio: algunos Yanomami han muerto por haber consumido tontamente la carne de tales animales. Los animales *õrihiyẽ* son realmente trucos usados por los enemigos para tentar a los incautos. Cuando los cazadores en una incursión encuentran a un animal del *õrihiyẽ*, significa que hay peligro: El presagio es funesto, e inmediatamente se da vuelta atrás. Los cazadores ahora recuerdan de repente que esta misma mañana, mientras perseguían un rebaño de agamis, parecían oír voces extranjeras y que el grito ronco de los pájaros *kõbari* sonaba varias veces en el camino, otra señal desfavorable. Tal vez guerreros o hechiceros los están observando. Empiezan a preocuparse, y para protegerse rodean el campamento con un seto de ramas. A un joven intrépido que no obstante se dispone a cazar perdices, gritan:

- *Cuidado con los enemigos, no sigas el camino, camina a través de los bosques!*

A Un muchacho joven que se está acercando al mono para examinarlo se le ordena:

- *Vete, mantén tu distancia; ¡es peligroso!*

Pero el deseo de los jóvenes de divertirse infligiendo dolor es más fuerte que la amenaza que se cierne sobre ellos. Se reúnen alrededor de la pobre bestia y se complacen en hierirla repetidamente, introduciendo sus dedos en las heridas y empujando palos afilados en sus ojos. Y el mono muere, poco a poco, sus contorsiones los hacen reír.

La noche ha caído. A lo lejos, el trueno está rondando. *Frẽrema* cubre la parrilla con hojas grandes que protegerán la carne seca. La precaución no es en vano, pronto la tormenta se rompe y las ramas, quebradas por el viento violento, caen sobre los frágiles refugios.

Todavía no es la luz del día cuando la caza ahumada, envuelto en hojas y asegurado con fuertes tiras de corteza, se distribuye: Los bulliciosos y pesados paquetes son transportados por medio de correas. La división de las porciones y la selección de los que las llevan a casa siguen reglas estrictas: *Kaõmawe* y *Shimoreiwẽ* son los organizadores de la fiesta y, como tal, recibirán las piezas más grandes, que sus hijos y sus yernos llevarán a la vivienda. Los otros cazadores guardarán para sí mismos solamente los tucanes, loros, guacamayos, y otras pequeñas capturas.

A pesar de las cargas, el viaje a casa es rápido, todos están ansiosos por volver. Antes de cruzar el "*río de las lluvias*", se lavan y se adhieren

plumas en los tapones de la oreja. Cruzan la plaza central con pasos rápidos, sin decir palabra, sin mirar a nadie. Cuando llegan a sus hogares, los cazadores cuelgan sus hamacas e inmediatamente se acuestan.

Mientras tanto, los ojos curiosos han estimado la cantidad de caza por el número y el volumen de los paquetes. Sin demora, las mujeres humedecen el tabaco en las calabazas, lo pasan a través de las cenizas calientes y lo enrollan en hojas que presionan con sus mano, para ofrecerlos al hermano, el hijo o el marido que acaba de regresar. Pronto se puede ver deshaciendo los fardos y colgando cada pieza de caza por encima de los fuegos donde se mantendrá seco y protegido de las moscas. Todos especulan en cuanto a la gordura del tapir y se les hace agua la boca con anticipación.

Kaõmawe distribuye la sopa de plátano tan pronto como está lista, y envía a su hija a repartir las porciones en otros hogares. Ya las drogas han sido trituradas en polvo fino, y se forman grupos para inhalarlas, más de uno lanzará la comida que acaba de comer.

Acostado cerca de la hamaca en la que *Ebrëwë* está descansando, *Kaõmawe* le informa de un acontecimiento notable:

Durante su ausencia, un visitante llegó de *Batanawë*. Era el pariente de "*madre de mi hija*", el viejo con cabello y barba blanca. *Batanawë* y *Mahekoto* lanzaron una incursión común contra *Hasubiwë*. Los guerreros ya estaban cerca de la vivienda enemiga cuando fueron sorprendidos por un grupo que regresaba del huerto. Se intercambiaron algunos disparos, pero ninguna flecha alcanzó su objetivo. Desde que habían sido descubiertos, los guerreros de *Batanawë* pensaron volver a casa sin intentar nada: un ataque contra los enemigos advertidos de su presencia era demasiado arriesgado. Ellos cambiaron de opinión, e hicieron un largo desvío para lanzar sus flechas desde los riscos. Algunos hombres de *Hasubiwë* salieron sin ser advertidos y se acostaron en la orilla del Orinoco, en un lugar donde pensaban que sus agresores pasarían. Cayeron en la trampa. Las flechas zumbaban cerca de ellos, en cualquier momento uno de ellos podría ser asesinado. Un guerrero de *Batanawë* gritó:

- *Corran lo más rápido que puedan y vayas más allá de ellos, de lo contrario nos matarán!*

Un grupo de hombres de *Batanawë* pudo así sobrepasar a los de *Hasubiwë*, uno de ellos, mientras corría, rompió una flecha que se dirigía a él. Los demás se quedaron donde estaban, refugiándose detrás de los árboles. Los hombres de *Hasubiwë* estaban ahora en medio de sus enemigos,

apoyados contra el río. Uno podía ver sus rostros ennegrecidos, ansiosos; Se preguntaban:

- *¿Qué vamos a hacer?*

Las flechas comenzaban a caer a su alrededor, uno de ellos sostuvo un profundo corte en el hombro. No tenían otro recurso que lanzarse al Orinoco, a donde la corriente los llevara. Un hombre de *Mahekoto* nadó tras ellos, pensando que podía agarrar a un enemigo, pero los fugitivos lo atraparon con flechas y se vio obligado a retroceder, enfurecido por las heridas que acababa de recibir. Los hombres de *Batanawë* comenzaron entonces a correr a lo largo de la orilla, porque los de *Hasubiwë*, que no eran buenos nadadores, tenían dificultades para ganar distancia. Un guerrero de *Mahekoto* poseía un arma, un regalo de un misionero, disparó y golpeó a un nadador en la cabeza, de lejos, vieron sangre extenderse sobre su frente. Otros saltaron al agua y, cubiertos por sus compañeros, trajeron de regreso al herido, al que arrastraron al banco. Todos ellos formaron un círculo alrededor del hombre, lo laceraron con las puntas de sus flechas, le arrancaron los ojos empujando el extremo de un arco en ellos; En su boca forzaron palos que le perforaron las mejillas. El enemigo sabía que iba a morir, pero era un valiente, un guerrero, un *wait^heri*, luchó y trató de devolver algunos de los golpes. Entonces lo acribillaron con flechas y finalmente plantaron arcos en su garganta y pecho. Antes de terminar su narración, el visitante añadió:

Habíamos cesado prácticamente nuestras incursiones contra ellos, pero ahora vamos a reanudar la guerra, los haremos huir lejos de nosotros.

Ebrëwë dice:

Los hombres de *Hasubiwë* no son cobardes. Se vengarán, en el pasado ellos mataron a varios de sus enemigos.

La noche ha llegado. Un joven de *Tayari* le atrae una mujer, ella no es su esposa. Ella no quiere ceder y se resiste, agarrándose a las hamacas. Mientras que luchan, accidentalmente trastornan el guisado de carne que *Hoashimokawë* guardaba para la cena. *Hoashimokawë* se enoja y, en venganza, advierte al marido, que se abalanza sobre el joven y lo golpea cruelmente en la cabeza con un tronco. Inmediatamente se forman dos grupos; Uno quiere defender al joven, el otro lo golpearía de nuevo. Todo el mundo está gritando y girando alrededor de ellos. Jóvenes están allí, haciendo mucho ruido, blandiendo los garrotes, aunque no participen en la confrontación, por pura bravuconería. *Hebëwë* se une a *Moriwë*, que lleva un hacha, se ríe y pregunta:

- *¿Qué estás haciendo con eso?*

- *No pude encontrar un garrote, tomé el hacha para no venir con las manos vacías.*

Mientras tanto, *Shimoreiwë* está tratando de separar a los combatientes. Él sigue repitiendo:

- *Vete, rompelo!.*

Nadie lo escucha. Las mujeres furiosas gritan al joven, instándole a devolver los golpes, él está aturdido, no oye y se tambalea. La sangre fluye sobre su cara y pecho. Una mujer corre hacia arriba y coloca un palo en sus manos, pero apenas puede sostenerlo. Ella grita en su oído:

- *Vengate, vaya, vengate!. Devuelve los golpes que recibiste.*

Rabema y *Mamikiyima* se enfrentan, cada uno llevando un palo largo con las dos manos, listo para atacar. Hay una confusión extraordinaria. *Hebëwë*, muy emocionado, grita con los demás y dice cualquier cosa para hacer ruido con una sonrisa burlona en sus labios. *Kremoanawë* se está divirtiendo.

Cuando el volumen de gritos disminuye, algunas personas vuelven a sus hamacas. Pronto el joven herido regresa a su hogar. *Kremoanawë* viene a él para estancar la sangre que sigue fluyendo y raspar la piel con un palo. Un corte largo corre profundamente en el cuero cabelludo, enmarcado en cada lado por uno más pequeño. *Kremoanawë* recoge el pelo enmarañado de la herida con una ramita. Algunas mujeres siguen gritando, pero ahora se ha evitado una pelea general.

Por última vez, los jóvenes realizan el ritual *heri* de la caza, pero sin caer en las bromas habituales. Durante la ausencia de los cazadores, las mujeres por sí solas la habían cumplido al caer la noche.

Parte III. Guerras y Alianzas

8. El Pacto

Mientras la cacería estaba en progreso, los invitados recorrían la distancia que los separaba de *Karohi*. Las mujeres empuñaban la pesada carga de utensilios domésticos y plátanos verdes, de niños corriendo a su lado o montados sobre las cestas. Ahora los huéspedes acampan en el bosque, cerca de *Karohi*, esperando recibir la invitación oficial, el *teshomomou*, antes de entrar a la vivienda de sus anfitriones para participar en las fiestas y los rituales.

El campamento temporal ocupado por la gente de *Hōkanakawē* -que es el nombre dado a su *shabono* que está en lo más alto de la montaña del mismo nombre- incluye a unas ochenta personas. Los refugios, con sus bases triangulares, han sido contruidos en un círculo dentro del bosque, la maleza en el centro ha sido cortada y arrojada al exterior. Alrededor del campamento se levanta un seto de ramas plantadas en el suelo y aseguradas con vides, para protección contra guerreros, hechiceros que "soplan" sus venenos, y fantasmas que roban almas. Para tejados de mayor duración y para una mejor protección contra la lluvia, han seleccionado hojas de *miyōma* en lugar de las hojas de *ketiba* habituales, que se deterioran demasiado rápido.

El sol de la mañana que se inclina en el bosque golpea las chozas con sus ejes cegadores. En los postes transversales de los refugios se muestran largas tiras de tela roja como prueba de la riqueza del grupo y de su generosidad.

El lugar está infestado de sanguijuelas y los indios están continuamente golpeando sus lados y espaldas para ahuyentarlos, sólo la llegada de la noche pone fin a este tormento constante.

Esa mañana, los visitantes han acabado sus reservas de plátanos, las mujeres van a pedir algo a *Karohi*, acompañado de niñas y algunos niños pequeños. Bajo el techo de sus anfitriones se estiran en las hamacas de sus familiares para charlar. Se les ofrece plátanos maduros, los niños juegan en la plaza central. Después de charlar con el contenido de sus corazones, los hombres de *Karohi* toman sus machetes y se dirigen al huerto, seguidos por las mujeres visitantes que llevan cestas. En el huerto, cortan tantos plátanos como sean necesarios, y las mujeres arrancan de los racimos pequeños racimos de frutas, que apilan cuidadosamente en sus cestas. Antes de ir, también piden plátanos maduros, que colocan encima de las cargas. Salen, caminando pesadamente por el bosque, cada una lleva unos treinta kilos. Las niñas y los niños también llevan cargas aseguradas por una correa alrededor de sus frentes. *Humoama* tiene su período, mientras camina, la sangre gotea sobre sus muslos y se mezcla con rayas de sudor. Se detienen a bañarse en el arroyo cerca del campamento. Cuando entran en el recinto, son recibidos por los sarcasmos de los jóvenes, que les preguntan con quién hicieron el amor y por un enjambre de parientes codiciosos que corren hacia ellas y pelean por los plátanos maduros.

Humoama ofrece una fruta a su pequeño; Su hermano mayor lo arrebató de inmediato, el pequeño se rompe en lágrimas y permanece en medio del camino, aullando y frotándose los ojos, sordos a las voces que le dicen que se aleje. El hermano mayor se pone en cuclillas delante de él y burlándose de él, come el plátano con mucho ruido y risas. Para calmar a su hijo, la madre separa otro plátano y lo sostiene, pero el niño finge no verlo. Diez veces al menos, repite:

- *Toma, toma este plátano, es tuyo.*

Su paciencia es digna de elogio. Finalmente, con un movimiento enojado, el niño arrebató la fruta de la mano de su madre y comienza a pelarla sin siquiera mirarla.

Mientras tanto, *Shëyërewë* ha ido a la caza. Él está caminando a través de una parte del bosque lleno de agujeros los cuales vadea para evitar el matorral denso. Varias veces saca, sin éxito, la pequeña cuerda de pescar que se enrolla alrededor de un pedazo de madera que lleva en su aljaba: los peces no muerden. En un charco, cuyo fondo está cubierto con una gruesa capa de hojas muertas, su pie toca algo duro, él prueba con su arco y finalmente descubre a un caimán, inmóvil como en estado de hibernación. En ese momento, *Shëyërewë* se da cuenta de que ha olvidado su machete, sube al banco y corta un palo pesado con el que derriba a la bestia. Utiliza una punta de bambú que inserta debajo de las placas abdominales para abrir el vientre y destripar al animal. De vez en cuando renueva el filo arrancando las fibras de bambú con los dientes. Para aflojar los miembros, rompe las articulaciones con su bastón antes de cortar los ligamentos. Él lava los intestinos y los envuelve por separado, pero ata las otras piezas: la cabeza, las cuatro patas, el tronco, la cola y el vientre.

En su camino de regreso, *Shëyërewë* encuentra un árbol con frutos de Brasil, baja su carga, trepa el tronco y derriba las gruesas y pesadas conchas que contienen las nueces. Para romperlos, inserta el extremo puntiagudo de su arco en la concha en el extremo opuesto al tallo, para ensanchar una abertura natural, Entonces él fuerza un palillo puntiagudo en el agujero, usándolo para abrir la cáscara dura golpeándola tan duramente como él puede contra una raíz. A su vuelta al campamento, *Shëyërewë* comparte el caimán y las nueces de Brasil con varios familiares. Se da cuenta cerca de su refugio de una rama gruesa caída en el suelo. Su esposa le pregunta:

- *¿No llovió donde fuiste?*

- *Oí el trueno, sopló el viento, pero no llovió.*

- *Aquí cayó un rayo. De repente sentimos que íbamos a ser arrojados al suelo, nuestros cuerpos fueron sacudidos, nuestras piernas cedieron.*

Entonces oímos una grieta temible, una rama se rompió, y salimos corriendo de las cabañas para evitar ser aplastado por él.

- Son los chamanes shamath^hari que enviaron los hekura sobre nosotros para mirar las bei kë mi amo [almas] de nuestros hijos, volverán más tarde para tomarlos.

Shëyërewë se sienta. Él es el único hombre en la región que se ha convertido en un chamán sin haber sido iniciado. Él recibió la revelación del hekura un día mientras estaba cazando en el bosque. Desde entonces ha sido capaz de escupir los objetos que causan enfermedades que los pacientes tienen en sus cuerpos (las plantas mágicas, por ejemplo). Es un excelente cazador y esto prueba que goza del favor del hekura.

Su esposa le prepara algo de plátano y hierve una porción del caimán. Pero Shëyërewë no podrá comer esta carne: Un cazador nunca participa de la caza que trae de vuelta. Si lo hacía, violaría el riguroso código moral que obliga a intercambiar con otros, se convertiría en sina, un cazador malo y ya no mataría ningún animal.

Después de descansar y haber comido, Shëyërewë llama a Barikiwë:

- "Padre de Wëkërawë", iven sentarse aquí!

El anciano se acerca, le ofrece unas cuantas nueces del Brasil y habla del muchacho joven en una comunidad vecina que fue mordido por la serpiente Bothrops. La carne se descompuso y los huesos se aflojaron debajo de la rodilla. Ahora el hombre joven cojea sobre una pierna. Ellos hablan:

- Estas serpientes, les temo más que a cualquier otra cosa, no quisiera ser mordido por una.

- Podría haber muerto, tiene solamente una pierna y se inclina en un arco para caminar. Sin embargo, todavía caza, es un buen tirador. Los días después de haber sido mordido, estaba aullando de dolor, sus vecinos no podían dormir.

- Yo, tengo miedo a serpientes, jaguares y hechiceros. Sin embargo, no temo a los guerreros: no es lo mismo.

- En Karohi, "el padre de Hebëwë" fue una vez mordido en la pierna. Desde entonces ya no participa en las largas cacerías ni en las redadas, no puede correr.

- Cuando yo era pequeño, un jaguar entró una noche en el refugio. Estaba caminando en la plaza central y girando su gran cabeza hacia nosotros. No nos atrevíamos a disparar, por temor a golpear a un pariente; Le echamos carbones y se alejó con calma.

- *Está lloviendo mucho últimamente, caminé en el agua todo el día.*
- *Otra luna va a "instalarse" pronto, el tiempo podría cambiar.*
- *¿Sabes si hay tabaco en Karohi?*
- *Dicen que sí tienen.*
- *Voy a pedir algo, tengo un "labio vacío". Mi esposa no puede soportar tener un "labio vacío", sustituye hojas de algodón verde por tabaco.*

Su esposa está hilando algodón junto a él; Él le dice:

- *Date prisa, "lengua"; haz una gran pelota, y pediré a los de Karohi que nos den un perro.*

Mientras tanto *Kiyěkō* y algunos otros han ido a cosechar miel cerca. *Kiyěkō* está cumpliendo en *Hōkanakawē* su servicio prematrimonial, por eso se le ha asignado esta tarea desagradable y ardua. Las abejas son de la especie *ōi*. Su nido está fijado en lo alto de un gran árbol. Para cortar el tronco, *Kiyěkō* levanta una plataforma a unos tres metros del suelo. Mientras está haciendo los primeros cortes con un hacha, los niños juegan y mantienen el fuego arrojando ramitas secas en él. Un niño de unos doce años está secando las hojas muertas cerca de las llamas y las mantiene listas para quemarse. *Kiyěkō* trabaja mucho tiempo, su cuerpo fluye de sudor, y varias veces le pide agua. Finalmente, el árbol hace un crujido, *Kiyěkō* retrocede cautelosamente al borde de la plataforma. Pronto, el tronco comienza a inclinarse, *Kiyěkō*, juzgando que el árbol va a caer por sí mismo, desciende de su perca. Lentamente, el tronco se inclina cada vez más. De repente, hay un ruido terrible, la madera se rompe a la vez, el árbol se derrumba y el suelo tiembla por la violencia del choque. *Kiyěkō* pone las hojas en el fuego y corre al nido, seguido por una banda de erizos entusiastas. Muchas abejas son quemadas, pero siguen saliendo por todas partes. Sólo los más valientes llegan al nido, que apresuradamente rompen y llevan a cierta distancia donde las abejas son menos numerosas. Entonces son capaces de extraer la miel y asegurarla en hojas, interrumpiendo frecuentemente su trabajo para lamer sus dedos.

La esposa de *Kiyěkō* no tiene más de seis años de edad, ella vive con sus padres. Cuando *Kiyěkō* regresa del bosque, sus suegros envían a la niña con un manojo de plátanos asados. Puede ser vista tímidamente cruzando el campamento, perdiéndose camino entre los refugios, mirando temerosamente a los adultos que le están mostrando el camino, ella le entrega el paquete a su marido, relajándose en su hamaca, y regresa sin decir una palabra.

Mientras tanto, en *Karohi*, están ocupados preparándose. Algunos hombres están terminando el trabajo de emplumar sus flechas, otros están reparando un arco o rodando una cuerda en su muslo. Las mujeres están terminando los bordes de la cestería, hilando un poco más de



Cesta llena de plátanos hervidos para los huéspedes.

algodón, o haciendo tinte: Estas cosas se utilizarán en los intercambios, deben estar listos a tiempo.

Ante la insistencia de los ancianos, la plaza central ha sido despejada de hierba y barrida frente a los hogares. Aquí y allá se han plantado palos cubiertos con mechones de plumas multicolores. Frente a los hogares de *Kaõmawe* y *Shimoreiwë* se han colocado grandes canales hechos de corteza, sus lados apoyados por estacas, en ellos se vertió la sopa de plátano ofrecida a los invitados.

El día anterior, algunas personas fueron a los huertos de "*ancianas*" en el antiguo sitio, río abajo en el "*río de lluvias*", volvieron pesadamente cargados con los frutos rojos de la palma *rasha*. Siguiendo el ejemplo de *Mabroma*, las mujeres se reunieron para aflojar los frutos de los racimos; Entonces comenzaron a pelar los plátanos verdes con sus dientes. Durante toda la noche, los jóvenes se turnaban para cocinar comidas de carne y verduras en grandes fuegos fuera del camino. Han llenado canastas abiertas con plátanos hervidos, sacándolas del hervidor con palos afilados para evitar quemarse los dedos.

Desde hace mucho tiempo, *Kaõmawe* y *Shimoreiwë* han estado preparando la sopa de plátano: Se pelan las frutas y las dividen por la mitad antes de ponerlas en el agua. Después de que los frutos han hervido durante mucho tiempo, mezclan el contenido con un bastón con muchas ramificaciones en la punta, lo licuan de vez en cuando con agua fría. Cuando la sopa está lista, la vierten en los abrevaderos de la corteza. *Kaõmawe* se puede ver limpiando sus manos pegajosas frotándolas contra los postes de apoyo, luego a través de su cabello.

Algunos hombres cruzan la plaza central llevando enormes troncos sobre sus hombros; otros se deshacen de tocones viejos o están ocupados dividiendo los troncos de los árboles.

Mientras va sobre sus tareas, *Hebëwë* incansablemente mantiene sus chismes y bromas; Ahora es *Hewakema* el que elige como víctima. Durante la noche, el niño fue mordido por un murciélago sin siquiera ser consciente de ello, cuando despertó, una mancha de sangre seca se pudo ver en su sien. Con la llegada del crepúsculo, los murciélagos, que son particularmente numerosos esta temporada, revolotean continuamente bajo el techo, rozando la gente y las cosas con sus alas rápidamente batiendo, aferrándose a la maduración de plátanos para alimentarse de ellos. A veces se posan en el pie o en el pecho de un durmiente para succionar sangre, la mordedura a menudo indolora no despierta a la persona.

Kaõmawe supervisa la cocción de los plátanos maduros mientras narra un sueño a su esposa:

- *Últimamente he estado soñando toda la noche. No dejo de soñar, no sé por qué.*

Mabroma responde:

- *Te daré una tarántula para comer, para dejar de soñar uno debe comer una tarántula.*

Llamó a *Hebëwë* y le pidió que se sentara para ser despiojado, ella aplasta los parásitos con sus dientes para tomar venganza por el malestar que infligen y tira de los pelos para aflojar los huevos. Ella se ríe de repente y busca un piojo se le cae en el polvo y no puede encontrar de nuevo. Renunciando a la búsqueda, dice:

- *Se irá al polvo, pronto será un escorpión.*

Se cree que los piojos que caen al suelo se convierten en escorpiones.

Cerca de ellos, *Remaema* saca del fuego algunos plátanos que ha asado. Los raspa con un palo porque están ligeramente quemados. A los indios les desagrada el sabor amargo de la comida carbonizada.

Tanto los anfitriones como los invitados han reunido nuevas frondas de palma verde clara, las han dividido en dos a lo largo de la vena central y han lacerado las hojas. Estas palmas, llamadas *hoko siki*, son indispensables para la danza que abre todas las festividades, y también componen los ornamentos de los *hekura*.

Todo está finalmente listo en *Karohi*, y discuten la selección de la persona que va a llevar la invitación ritual, el *teshomomou*, al campamento de los huéspedes. *Ubrawë* y *Waka moshiwë* son los elegidos, pronto se preparan, tiñen su piel con achiote, colocan plumas de guacamayos en sus brazaletes y cuelgan pieles de tucán en sus cinturones. Uno de ellos toma prestado un collar de cuentas, el otro un machete, que frota en la arena para aclarar el metal. Así adornados, salieron y llegaron al campamento de *Hõkanakawë* donde son recibidos con silbidos y gritos frenéticos. Luego recitan rápidamente frases



Joven visitante adornado para la fiesta.

fragmentarias a las que responde un anciano. Los visitantes no esperan a que terminen para empezar para prepararse y rellenar sus hamacas con cestas: las próximas noches se pasarán bajo el gran techo donde tendrá lugar la fiesta. En un santiamén, un corte de pelo o la tonsura se perfecciona, las decoraciones del cuerpo se comprueban para cerciorarse de que nada se ha olvidado.

Todos finalmente se ponen en un larga fila serpenteando bajo los árboles a lo largo del estrecho sendero y no se detienen hasta que llegan al arroyo cerca de *Karohi*. Allí detienen y delegan a dos compañeros, pintados y adornados como sus contrapartes de *Karohi*, para tomar su posición en la plaza central y contestar a la invitación. Cuando han terminado la declaración convencional, se les da una calabaza llena de sopa, que tragan en largos tragos, y dos cestas llenas hasta el borde con plátanos hervidos y porciones de carne, que llevan de vuelta al arroyo, doblándose bajo su carga.

Durante este tiempo, la gente de *Hõkanakawë* se han pintado y adornado. Sus cuerpos ya están decorados con patrones variados, brazaletes están en su lugar, pieles de aves y plumas se han insertado en los tapones de la oreja, colas de mono se envuelven alrededor de las cejas de los hombres. Algunas personas se pueden ver cuidadosamente alisando la piel; otros, trabajando en parejas, están trazando diseños en los cuerpos. Un joven exhibe una magnífica pulsera de algodón nueva en la que ha estado trabajando asiduamente durante varios días. En cuclillas junto a él, su

madre está trazando círculos en su piel. Todo el mundo está revisando la condición y la apariencia de las palmas que se utilizarán en la danza. El objeto no es sólo ser guapo, sino también divertirse en el vestuario y las decoraciones. Una joven se ha cortado una falda de una fronda de palma, otro cuelga las piernas secas de una garza en su espalda, una tercera una colección de picos de tucán. Un chico de unos doce años ha fabricado una flauta de tres agujeros en el fémur de un pájaro, otro posee un zampoña (instrumento similar a una flauta). Dos o tres hombres jóvenes tienen sus cuerpos completamente ennegrecidos, sobre ese fondo son moteados con arcilla blanca.

Los ancianos desatan las canastas de regalo en *Karohi*. Las hojas se colocan en el suelo y la comida se extiende. La carne se distribuye, cada jefe de familia, cada joven, recibe una porción junto con algunos plátanos. Los padres distribuyen lo que reciben entre sus esposas y sus hijos, lo que no siempre es fácil, ya que toda clase de animales está prohibida a los jóvenes de doce a dieciocho años, tanto para niños como las niñas. Así, se prohíben las pacas, los pecaríes, los agoutis, toda la familia de ciervos, coatis, monos aulladores, monos saki y capibaras, y se les debe encontrar otra carne.



Al inicio de las fiestas un invitado ejecuta la danza de presentación alrededor del refugio.

Comen sin prisa, ponen los toques finales a sus trajes. Luego, cuando terminan, el grupo avanza de nuevo, sólo para detenerse justo detrás del refugio de *Karohi*, cerca de una entrada: Ha llegado el momento de realizar la danza de presentación.

Tan pronto como la presencia de los invitados se conoce dentro del refugio, un ensordecedor concierto de gritos y silbidos se levanta para saludarlos. Este es el comienzo del ritual *braiai*, la danza de presentación que los visitantes realizan alrededor del perímetro de la plaza central. Cinco o seis personas aparecen en la entrada de las viviendas, tres de ellos bailan alrededor de la plaza en una dirección mientras que los otros toman la dirección opuesta. Se mueven a lo largo, llevando las hojas de palma con los brazos extendidos o presionados cerca de sus cuerpos, agitando flechas decoradas, un machete, o un hacha. Las finas tiras de las frondas se agitan con un débil sonido crujiente. De vez en cuando, los bailarines se detienen frente a un hogar, bailan en el mismo lugar y murmuran una canción incomprensible mientras mantienen la mirada lo más inexpresiva posible. Luego se mueven. Los trajes inusuales a veces producen admiraciones y exclamaciones interrumpidas por observaciones de ironía moderada. Algunos, juzgando mal su resistencia, encuentran difícil cubrir toda la distancia y llegan al final del circuito sin aliento. Los niños pequeños, aterrorizados y torpes, tropiezan, hacen gestos raros y provocan risas. Uno de ellos está a punto de tomar la salida equivocada y tiene que mostrarle el camino. Cuando los bailarines han completado el circuito completo del refugio, desaparecen y son inmediatamente reemplazados por otros.

Algunas mujeres participan en el ritual, pero sus pasos, muy diferentes de los de los hombres, son torpes, casi desagradables. La mayoría de ellas, especialmente las más viejas, prefieren entrar discretamente en el refugio e ir directamente al hogar de un familiar.

Después de que los hombres se hayan presentado así, esperan afuera un momento, entonces, todos juntos esta vez, vuelven a entrar en el recinto del refugio y bailan alrededor de él una vez más. Forman una colorida fila que se extiende en una sorprendente armonía de gestos, formas, colores y olores mezclados de tintes, hojas de palma frescas, cuerpos sudorosos y humo. Cuando han terminado, caminan al centro de la plaza donde permanecen de pie. Algunos colocan las hojas de palma en el suelo y cruzan sus brazos sobre sus pechos, otros sostienen un hacha o un machete en alto o



Grupos de bailarines sacuden las hojas de palma.



Un grupo de hombres.

cruzan sus arcos y flechas. Todos miran hacia la punta del tejado en una actitud de desafío, esperando inmóviles para recibir una invitación formal a instalarse en sus hogares asignados, el mismo donde sus madres y esposas ya los han precedido. La pintura, las colas de los monos y el blanco enmascaran sus rostros, de modo que no siempre se reconocen inmediatamente. Los anfitriones se acercan, llevando palos de madera de palma que blanden encima de sus cabezas como para atacar a sus invitados. Ellos estudian sus rostros. Uno de ellos exclama: *"¡Aquí está mi cuñado! ¡Ven por aquí! "*. El hombre señalado lo sigue, llevando su hamaca, en la que luego se acuesta sin decir una palabra.

Uno tras otro, todos los invitados han sido invitados a un hogar, la plaza central está ahora desierta. A los recién llegados se les han ofrecido tortas de tabaco y calabazas llenas de sopa de plátano. Esta ofrenda de comida y tabaco precede a cualquier intercambio verbal. Durante este tiempo, los niños y adolescentes han ido a las tinajas de sopa, en cuclillas alrededor de ellos, hombro con hombro, sus cabezas balanceándose suavemente, se llenan a sí mismos, eructando fuerte para indicar que están comiendo.

Después de un tiempo, cuando todos los invitados han recibido tabaco y están saciados con sopa de plátano y frutas de palma, *Shimoreiwë* avanza hacia la plaza central y toma su posición allí para dirigirse a ellos. Él dice:

Ustedes son visitantes, ¿verdad?. He advertido a nuestras mujeres que no deben ser tentadas en caso de que deseen su pubis. Somos adultos, dominamos nuestros deseos. ¿Por qué deberías tomar a las mujeres por el brazo y atraerlas hacia ti? ¡No se desvíen! ¡No se desvíen!, Tus mujeres han pintado sus párpados y se han adornado para la fiesta, todas ellas han pintado sus párpados. Están aquí, acostado pacíficamente en sus hamacas, ¿no?. No vayas a las mujeres entonces, si lo hicieras, tendrías que irte.

Cuñados, no piensen que serán atacados. No digas *iese*!. ¡No digas eso!. Somos verdaderamente amigos. Soy un amigo para ti. ¿Por qué debemos convertirnos en enemigos?. ¿Vamos a luchar entre nosotros por las mujeres?. ¡No!. Tendrán toda la comida que necesiten, aunque algunos de nuestros pueblos han dañado sus hermanos por la ira. ¡Ven acá!. Cuñado, quédate aquí!. Somos amigos. Este es un hombre influyente que está hablando, ¡No hablen mal de mí, cuñados!. No piensen que vamos a alejar a vuestras mujeres por ese sendero que nos aleja de la morada, no piensen que serán atacados, no dejes que ese miedo te haga correr en una multitud. Compartiremos nuestra comida, no temas por tus mujeres. ¡Mujeres, no tengáis miedo!. ¡Nadie te tomará por la fuerza!. Mi hermana, que está enferma, está aquí. Entre los de *Hökanakawë*, un hombre y una mujer han venido, ellos dijeron:

- *Vamos a hacer el amor.*

Estaban equivocados. ¡No, no, no, no copularemos!. Ustedes, mis hijos de *Karohi*, sus esposas son miserables porque no están ofreciendo tabaco a sus huéspedes. Tendremos cocos de tabaco. ¿Van a pensar que no tengo tabaco, que he dado la vuelta a los hogares para pedir algo? ¿Pensaron eso? ¡No fui de hogar a hogar! ¡Soy generoso!. En cuanto al tabaco, le ofreceré una canasta completa. He pedido a las mujeres que preparen algunas. ¡Pongan su tabaco bajo sus labios!.



Un niño silba y baila.



Un grupo de niños.

Sigue hablando, pero casi nadie lo está escuchando, todos están siguiendo sus propias conversaciones y actividades. Cerca del lugar de *Turaewë*, se están reuniendo para inhalar alucinógenos. Es *Shokoriwë*, un chamán de *Hökanakawë*, quien comienza a cantar a los espíritus, su manera de bailar, de invocar el *hekura*, su dialecto, que son peculiares a "los de arriba", provocan la risa. Él pronuncia los nombres de seres desconocidos en *Karohi*; Los adolescentes se empujan unos a otros con los codos, ríen con astucia, y hacen comentarios despectivos sobre la longitud de su escroto: Los yanomami que viven río arriba lo tienen colgado bajo, con el pelo más escarpado que es el caso con los Yanomami de esta región. Cuando *Shokoriwë* ha terminado su actuación, es reemplazado por *Turaewë*. Su canción, como siempre, es solemne, sus pasos son lentos y suaves. Primero llama hacia él el *hekura* familiar, luego, a veces cantando, a veces hablando, recuerda un relato mítico:

Las almas vagan en el bosque hasta el momento en que las perdices toman su vuelo. Entonces las almas las siguen al cielo, ahí es donde se reúnen.

Un día las almas regresaron al lugar donde antes habían vivido. Los habitantes habían sido diezmados y sólo quedaba una parte del refugio: el círculo no estaba cerrado; grandes espacios permanecían vacíos. Las almas llegaron en gran número, sus rostros fueron reconocidos. En la morada acababan de quemar a una joven que había muerto el día anterior. La madre, aplastada por el dolor, guardó las cenizas en una calabaza cerca de ella.

Cuando vieron bajar las almas en tan gran número, dijeron:

- Debemos reconstruir la morada para que todos puedan vivir en ella; Vamos a hacerlo lo más espacioso posible.

Algunas almas fueron a recoger postes largos, otros despejaron el terreno. El alma de la muchacha que acababa de quemarse se presentaba con las demás, ella había insertado en sus lóbulos de las orejas con flores rojas como sangre. ¡Qué hermosa era, así adornada! Tenía la misma apariencia que cuando todavía estaba viva. Se sentó junto a su madre, en la misma hamaca. Había notado la ubicación de la pira funeraria y estaba examinando todo:

- Madre, ¿por qué la tierra está quemada y cocida aquí, frente a nuestro hogar?

- Es porque tu hermano quemó la hierba allí.

- Madre, ¿por qué están ennegrecidas tus mejillas?

- Tu hermano los frotó con carbones.

- ¿Qué hay en esa calabaza?

- Las cenizas de una corteza que estoy guardando como condimento.

El hijo de la niña muerta había comenzado a chupar el pecho de su madre otra vez, su padre, solo en otro hogar, estaba feliz por el inesperado regreso. En todas partes la gente estaba ocupada levantando los postes de apoyo. Se estaban llamando el uno al otro, las madres llamaban a sus hijos y los hijos respondían a sus madres. Había un gran bullicio. Poco a poco, el círculo del refugio se cerraba: era un verdadero *shabono*, con su plaza central limpia y ordenada. Habían traído del bosque los árboles necesarios para la construcción, todos habían vuelto.

La madre se regocijaba por el regreso de su hija. Cerca de ella había un par de loros, descansando en una percha. La hija era realmente una gran belleza. Acababa de preguntar cuáles eran las cenizas que vio. *¡Oh, ese fuego caníbal, ese fuego en el que se había consumido!*- Su nariz y sus ojos se habían vuelto ardientes, y sin embargo sus rasgos no habían cambiado. Los hombres estaban trabajando. La hija estaba cerca de su madre cuando de repente las perdices se alejaron. Los loros chillones acababan de responder a la pregunta del alma:

- *Son sus propias cenizas.*

En ese momento las almas desaparecieron. La madre trató de aferrarse a su hija, pero se quedó con sólo un puñado de carbón.

Las almas van con las perdices. Ahí es donde están: en el mundo celestial. Las almas oyen las perdices cacarear, y se preguntan:

- *Hijos míos, hijos míos, ¿por qué son invisibles? ¿Por qué no es posible reunirse con ellos?. Podemos escucharlos, sabemos que están por todos lados, cacareando cerca de nosotros.*

Pero las perdices son invisibles para las almas. Los pájaros se mantienen cerca de ellas, a plena vista, pero las miradas de las almas no descansan sobre ellos, sino que están dirigidas a otra parte.



El más viejo de los visitantes recibe la sopa del plátano en una calabaza.



Los visitantes se reúnen alrededor de un contenedor de corteza y comen la sopa de plátano.

Mientras se están entreteniendo, contando las aventuras de los antepasados que vivieron en tiempos primordiales, la noche ha caído. Algunos niños siguen jugando, lanzando y atrapando la vejiga inflada de un oso hormiguero. *Mabroma*, que necesita agua, se dirige a *Hebëbë*:

- *Querido, ve a buscar agua al río.*
- *Estoy ocupado recogiendo mis dientes.*

Eso es lo que se dice para esquivar una solicitud de un servicio.

El bebé de *Wishami* está enfermo. Dicen que ha perdido su "*imagen*" (*noreshi*), encarnada en un pequeño lagarto. Las mujeres caminan por la parte trasera de la vivienda y en la plaza central, emitiendo gritos penetrantes y agitando ramas frente a ellos, esperando que la "*imagen*" perdida vuelva al cuerpo del niño y que se cure. Las "*imágenes*" de los niños pequeños están representadas por un diminuto lagarto de cola azul, son inestables y por lo tanto tienen una

tendencia a perderse con frecuencia, por lo que deben ser buscados. A medida que los niños crecen, sus "*imágenes*" se encarnan en otros animales. Estas "*imágenes*" son heredadas: los chicos toman las de sus padres, las niñas las de sus madres, esto es incierto, ya que algunas personas piensan que la mujer toma el animal del grupo donde vive después de su matrimonio. Todos los descendientes varones del mismo antepasado tienen la misma imagen animal, que es, por así decirlo, el emblema del grupo que forman. Dos animales emblemáticos están representados en *Karohi*: El *mono araña* pertenece a *Kaõmawe* y sus hermanos, el *jaguar* a los demás. Todas las mujeres de *Karohi* son *nutrias*. En *Hõkanakawë* los hombres son jaguares, monos araña o águilas harpías y las mujeres nutrias o serpientes.

Entre los Yanomami centrales, una clase entera de animales incluye los emblemas asignados a los hombres, a saber: el mono capuchino, el mono araña, el águila arpía, el jaguar, el tucán y el guacamayo. Una clase completamente diferente, distinta de la primera, incluye los animales reservados para las mujeres: la nutria, la serpiente, el sapo y el tapir.

Existe una relación directa entre una persona y su animal emblemático, algo así como una solidaridad ininterrumpida y orgánica; si uno está enfermo o muere, su contraparte se enferma inmediatamente o muere. Los animales viven lejos de los seres humanos cuyas imágenes son, para que los dos nunca puedan encontrarse. Por lo tanto, un hombre cuya contraparte en el mundo animal es el mono araña puede sin escrúpulos matar y comer monos araña; no debe tener miedo de matar a su imagen animal y perder su propia vida. La única excepción es el águila arpía, que vive muy cerca de los hombres que tienen su "imagen". Y es por eso que el hombre que mata a una está obligado a someterse al ritual *unokai*, como todos los asesinos. Al matar al pájaro ha causado la muerte de su doble humano. El "*principio vital*" (*bei kë no uhutibi*) de las águilas arpías, como el de las personas, puede volver a atormentar al asesino, pero la de otros animales nunca lo hace.

Una persona que pierde su "*imagen*" se debilita, se enferma y puede morir si la situación se prolonga. Para curarlo, amigos y parientes imitan los gritos y actitudes de la "*imagen*". Es posible que en tiempos pasados los animales emblemáticos sirvieran para identificar clases matrimoniales. A veces se oye a la gente decir: "*Los monos araña sólo se casan con las nutrias*" o "*Los jaguares no se casan con las serpientes*". De hecho, como son las cosas ahora, no hay incompatibilidades y un hombre puede casarse con una mujer de cualquier imagen. Su parentesco con él es el de un primo cruzado o similar. Si un hombre respeta la regla, puede obtener una esposa sólo de una persona cuyo animal emblemático difiere del suyo.

Shokoriwë ha recibido la hospitalidad de *Kaõmawe*. Ellos son cuñados, *Shokoriwë* era el marido de la hermana de *Kaõmawe* antes de que ella fuera llevada por el sarampión. Conversan sobre esto y aquello, especialmente sobre la guerra. *Shokoriwë* pregunta:

- *¿Qué le pasa a Rakitawë? Dicen que está perdiendo la cabeza.*
- *Es verdad. está desequilibrado. Cuando toma alucinógenos, quiere romper todo y debe estar atado. Se levanta durante la noche, anda por la casa, despierta a otros para insultarlos y pelear con ellos- Los perros le ladran y quieren morderlo.*
- *Es probablemente debido a Katarowë, a quien mató.*
- *Sí. El "principio vital" de Katarowë entró en su cuerpo, creció en él y lo atormenta: su víctima se ha apoderado de él, y eso es lo que lo está perturbando.*



Las mujeres discretamente van a establecerse en el hogar que se les asigna.



Un joven participante en las fiestas.

Por un momento observan a *Hiyomi* por la luz de los fuegos. Su hijo quiere beber. Ella lo lleva a horcadas sobre un pedazo de corteza que sostiene con su mano izquierda, no lo suficientemente fuerte como para levantar con su mano derecha la gran calabaza llena de agua, se agacha,

desliza su mano libre debajo del contenedor y la eleva deslizándola a lo largo de su cuerpo. Ella bebe de la abertura, llenando su boca con agua, luego pone sus labios en los labios del niño para que él beba.

Los dos hombres han reanudado su conversación. *Kaõmawe* comenta:

Las guerras ya no son tan feroces como en los viejos tiempos. Un día, nuestros hombres capturaron a un bebé cuya madre habían matado. Era un niño, ellos no sabían qué hacer con él, así que lo ahogaron sosteniendo su cabeza bajo el agua.

Un relámpago destella en el cielo, aun no llueve. Significa que, en ese preciso instante, los guerreros están enviando sus flechas contra los enemigos. Cuando los guerreros salen de una incursión, se puede oír el sonido asociado con las puntas de bambú que están llevando. Las puntas de la especie *sikorobirimmi*: *sei, sei*. Las otras: *wěh, wěh*. Si están alertas, los que están a punto de ser atacados pueden escuchar estos sonidos por la noche. Entonces gritan a los demás: "*¡Cúbranse, este es el sonido de las puntas de flecha que viene a nosotros!*".

Una vez escuché claramente el sonido asociado con las puntas de flecha de los guerreros. No le presté atención. A la mañana siguiente, todavía estaba en mi hamaca. Acababa de comer un plátano, y estaba buscando otro. De repente oí el ruido de una flecha que salía de la cuerda del arco. Hice un movimiento repentino, y el flechazo me rozó, llevaba una punta de curare. Inmediatamente corrimos a nuestros arcos para expulsar a los atacantes.

Fue después de tal ataque que un hombre de *Shibariwë* fue asesinado, tal vez tu lo recuerdes. Estaban regresando después de haber atacado sin éxito *Mahekoto*. Los guerreros de *Mahekoto* habían hecho un largo desvío, corriendo todo el camino para sorprender a los agresores en su viaje de regreso. Así que los asaltantes regresaban sin sospechar nada. Su grupo fue precedido por un hombre que había ignorado el prudente consejo y se había adelantado. Un enemigo lo enfrentó y mató. Cuando encontraron a su compañero muerto, los hombres de *Shibariwë* temieron por sus propias vidas y abandonaron el cadáver. Más tarde, cuando volvieron a buscarlo, ya olía mal, y lo quemaron en el acto.

Yo mismo casi morí debido a una falta similar de precaución. Algunas mujeres habían ido a pescar, fueron sorprendidos por los enemigos -dos de ellas fueron asesinadas, otros dos heridas, y una niña que estaba con ellas fue llevado cautiva.

Tan pronto como nos dijeron, nos precipitamos en el rastro de los agresores. Corrimos a lo largo de su ruta, diciendo:

- Ellos están en esa dirección, ellos están en esa dirección.

Pero nos advirtieron:

-No vayas por este camino, el bosque está "vacío", fuimos en esa dirección.

Tomamos posiciones, me agaché, haciéndome lo más pequeño posible. Pero esperamos en vano, los enemigos no aparecieron donde los estábamos esperando. Me fui con un compañero. Llegamos a la colina *"de la piedra blanca"*. Allí oímos las voces de nuestros enemigos que gritaban: *ihõhõ, hõhõ!*. Estaba gateando con mi compañero para acercarme a ellos. Pronto estuvimos tan cerca que oímos claramente sus voces. Estaban diciendo:

- Vamos a quitar la corteza de este árbol para hacer una cuerda.

Caminar en silencio; Podríamos ser perseguidos.

Para hacer un progreso más rápido, llevaron a la niña a sus espaldas. Estábamos muy cerca, me levanté despacio y tiré de mi arco con toda mi fuerza, pero el nudo de la cuerda de arco se deslizó a lo largo de la madera, y la flecha no voló. La flecha de mi compañero golpeó su objetivo: oímos un gran grito entre los enemigos. Más tarde nos dijeron que la punta de flecha había hecho un agujero muy grande, en el pecho, y que los ojos del herido se habían ensanchado enormemente. Yo huí, solo, corriendo directamente hacia el grupo de enemigos que se habían vuelto atrás. Estaban apuntando sus flechas hacia mí, me puse de nuevo los talones. De repente mi cuerda se enredó en una rama, tiré para liberarla, pero no se soltaría. Los demás ya me rodeaban. Estaban tomando su tiempo, sabiendo que yo no podía escapar, y estaban armando tranquilamente sus puntas de curare. Estaba pensando en mi próxima muerte. De repente oí un ruido sordo en el bosque. Se acercaba y se hacía más fuerte a un ritmo tremendo: era una tormenta. El viento comenzó a soplar violentamente, con un gran alboroto. Las ramas muertas estaban cayendo a mi alrededor. Luego llovió. Entonces me decidí: corrí hacia delante, como un tapir, tan rápido como pude, con todas mis fuerzas. Me detuve sólo cuando estaba sin aliento y agotado. El viento había cesado, y la lluvia caía lentamente. Nadie estaba cerca. Gracias a la tormenta, había logrado escapar de mis perseguidores. Casi muero ese día.

A intervalos irregulares, la noche era perturbada por sollozos y canciones funerarias. Pero al amanecer la gente se despierta lentamente, soñolientamente estirando sus extremidades rígidas. Las personas conversan de una hamaca a otra, pelan los frutos de la palma y los mordisquen perezosamente. Una ráfaga de risa, el ladrido de un perro, el llanto de un niño son los únicos ruidos que perturban la paz de la mañana.

El sol ha pasado su cenit y ya está declinando hacia el horizonte cuando Ebrëwë grita con en su poderosa voz:

- *Jóvenes, comiencen su camino sin demora, ahora es el momento, deben ir.*

Luego, los jóvenes que llevan arcos y flechas se pasean por el perímetro de la plaza central, a lo largo del borde extremo del techo del refugio, de izquierda a derecha cuando se enfrentan a la selva. Avanzan en fila única, rompiendo sus cuerdas de arco contra los árboles con un sonido seco y frío. Mientras que están dando vueltas, *Kaõmawe* toma la calabaza que contiene las cenizas de *Sisiwë*, que fue matado por *Mahekoto*, y la enrojece con achiote. El sello de cera está roto. Los hombres adultos llegan con sus armas y zarandeos, se ponen de pie, unos junto a otros. Las mujeres han venido a sentarse a su derecha. Todos lloran y cantan, y se pueden ver lágrimas rodando por sus mejillas. *Kaõmawe* vierte el resto de las cenizas en una gran calabaza medio llena de sopa. Cuando la mezcla está lista, se la entrega a *Mabroma*, luego a *Kokobirama* y a *Mot^hokama*, las mujeres beben en tragos rápidos, sin respirar. Ningún hombre consume las cenizas, sólo las mujeres pueden "beber" los restos de un hombre muerto en la guerra.

Cuando terminan, la calabaza vacía se rompe y los fragmentos se colocan en el fuego. Otros objetos que alguna vez pertenecieron al fallecido son sacados, algunos todavía envueltos en viejas y sucias piezas de tela. Un estremecimiento se rompe con grandes golpes de machete, la vaina hecha de palma expulsa las pieles de aves y plumas con que el difunto se adornó, al ser rasgada. Las puntas de flecha están rotas, un collar de cuentas se ha deshecho, los anzuelos guardados en una cajilla se sacan. Todo lo que se puede quemar se coloca en el fuego, el resto es arrojado al río. Un machete que se debe hacer desaparecer se coloca en un hormiguero: los insectos lo enterrarán en el centro de su morada.

El fuego todavía no ha consumido estas reliquias modestas cuando un gran grito se levanta dentro de la morada, tan triste que se enfría el corazón. Inmediatamente, los jóvenes recogen hachas y machetes y uno de ellos ata a la espalda la gran hoja de estaño sobre la que se trituran las drogas. Otro lleva el tubo de inhalación y los pequeños paquetes de polvo fino. Bailan alrededor de la plaza, pero sus gestos son caricaturas insoportables: son títeres de la muerte con los ojos caídos. Toda su actitud inspira temor, y de hecho, en todas partes la gente está calladamente silenciosa viéndolos pasar. Se detienen en el centro de la

plaza, colocan la hoja de estaño en el suelo y soplan en la nariz del otro dosis masivas y repetidas de drogas alucinógenas. *Erasiwë* se vuelve loco bajo la influencia de la droga, lanza troncos a los perros y casi camina en los fuegos. Las mujeres lo apartan y ponen fuera de su alcance todo lo que puede causar lesiones.

Los adultos avanzan hacia los jóvenes "*borrachos*" e inconscientes comenzando desde el fuego donde se habían quemado las cenizas funerarias. Hacen progresos lentos, no caminando, sino arrastrándose por el suelo, ensuciándose a propósito. Se mezclan con los jóvenes y, a su vez, toman copiosas dosis de drogas. Mientras tanto, según las órdenes de *Kaõmawe*, toda una sección del refugio ha sido despejada: las hamacas han sido retiradas y los utensilios domésticos llevados a otra parte; El espacio está desierto y vacío. Ahí es donde los hombres ahora se dirigen, agachándose y caminando como patos, todavía lanzando puñados de tierra. Pueden verse girando sus ojos hacia el cielo, sosteniendo los codos extendidos de sus cuerpos, Ferozmente golpeando el pecho con las manos y dejando que sus lenguas salgan de sus bocas en una horrible mueca. Cuando alcanzan el lugar bajo el techo donde están los fuegos, dispersan las cenizas sin preocuparse por los carbones que todavía contienen, arrojan al aire todos los restos de los fuegos y se lanzan a los hogares sin temor a los vapores, aparentemente inconscientes al dolor. Cuando los fuegos, las brasas, las brasas y las cenizas se han esparcido y se han extinguido, los hombres, ahora grises de la cabeza a los pies, se sientan en la plaza, uno frente al otro, dos a dos, con las piernas entrelazadas. Invitados u residentes se prometen amistad y alianza. Haciendo esto sellan un pacto de ayuda mutua: los enemigos de uno se convierten en enemigos del otro, Y los visitantes se comprometen a unirse a sus anfitriones en la toma de venganza por el fallecido. A la mañana siguiente, juntos lanzarán una expedición guerrera. Este es el ritual *haõhaõmou*.

El atardecer pronto cae, y *Ebrëwë* nuevamente levanta su voz:

- *¡Niños, diviértanse! Diviértanse, aquí viene la noche!*

Con esta orden, todos los niños mayores y adolescentes, unos veinte, vuelven a recorrer el perímetro de la plaza central con sus arcos y flechas levantadas. Después de un turno completo, descartan sus armas y forman una masa compacta de cuerpos, avanzando brazo con brazo. Los adultos tiran cenizas calientes sobre sus espaldas expuestas, golpean las tiras de fuego por encima de sus cabezas para aflojar brasas encendidas, y ponen las hojas secas en llamas. Los jóvenes se vuelven sin parar, sus pies machacan los carbones rojos, sus cuerpos sostienen heridas crueles, pero deben permanecer estoicos y esconder el dolor que sienten. A veces, parece que el grupo estaba a punto de romperse: titubea, se desmorona por un momento, sólo para volver a reunirse de inmediato, es una masa en movimiento sobre la que cae un granizo de fuego. Las voces de las mujeres alientan desde lejos, exhortan a los jóvenes a ser *wait^heri*. En el crepúsculo profundo, las chispas que revolotean alrededor de los cuerpos



Alineados en la plaza central, los guerreros están listos para partir en una incursión.

que fluyen de sudor, los movimientos y los gritos componen un espectáculo fantástico.

Un nuevo día está amaneciendo. Las mujeres reúnen los pasteles que han horneado durante la noche. Pero los guerreros no se apresuran, están familiarizados con la ruta que van a viajar y saben de antemano dónde dormirán: No sirve de nada salir demasiado pronto. Los hombres revisan sus flechas, con la intención de tomar sólo lo mejor, quitan los puntas para restablecerlas con cuidado, a veces reemplazando una punta lanceolada o arpón con una punta envenenada. Elimina todas las cosas superfluas de sus aljabas. No están nerviosos, aunque sus caras son más serias que de costumbre.

Mabroma está preparando el tabaco, mientras que *Ebrewe* junto a su esposa está apilando pasteles de mandioca en una cesta. Los niños están jugando. *Kremoanawë*, que se ha lesionado ligeramente el pie, declara que no participará en la incursión. Él dice:

- *Estoy sufriendo, no tengo ganas de ir.*

Su padre responde:

- Si no fuera por la mordedura de serpiente que me impide correr, sin duda iría. Pero no puedo. Sin embargo, uno de nosotros debe ir. Esta vez mataremos a los hijos de *Kasiyewë*.

Los hijos de *Kasiyewë* son los habitantes de *Mahekoto*: el enemigo.

Los hombres comen plátanos asados. *Frërema* sujeta su carcaj, *Ebrëwë* enrolla su hamaca de vid. Todos los que participan en la incursión se ennegrecen con carbón. No hay intención estética en los diseños, La cara se ennegrece crudamente, y el color se pasa sobre el cuerpo a mano. Es un signo de identificación, que los guerreros usan como una prenda, negro que simboliza la guerra y la muerte. *Kremoanawë*, finalmente, se ennegrece, su insignificante herida era una excusa demasiado débil.

Cuando están listos, *Bokorawë* arengará a los guerreros. Ellos deben tomar venganza implacable, matar a tantos enemigos como sea posible, e imponer a *Kasiyewë* -boca retorcida- el precio de la muerte. Apenas ha terminado de hablar, un repentino clamor se levanta repentinamente por toda la vivienda; Los hombres de *Karohi* alinean en un solo rango en el borde extremo de la parte alta del techo, volviendo decididamente sus espaldas a los fuegos cercanos. Todos los hombres sanos están allí excepto los más viejos. Los hombres de *Tayari* se han reunido en una masa compacta frente a ellos, cuando avanzan, lanzan gritos penetrantes, cruzan sus arcos y flechas en una postura desafiante, golpean sus flechas una contra la otra, o hacen saltar sus cuerdas de arco. Toman sus lugares a la derecha de los guerreros de *Karohi*, mientras que los de *Hõkanakawë* se colocan a su izquierda.

Cuerpos manchados de negro, de rostros orgullosos e impasibles. Hay casi cuarenta de ellos. Permanecen inmóviles por un momento; Luego, a una señal de *Ebrëwë*, levantan solemnemente sus armas, dándoles un movimiento lento y ondulante como de cañas que se doblan al viento.

Discretamente, las mujeres han colocado las provisiones al borde del sendero que pronto van a tomar, las niñas esperan allí para entregarles los paquetes. A medida que pasan, toman sin parar la comida preparada para ellos y desaparecen en el bosque. Siguen el sendero al principio, luego, después de un alto, continúan por el bosque, guiándose por los arroyos, los accidentes del terreno y varios obstáculos largamente familiares. Han recuperado su buen humor mientras caminan y de vez en cuando intercambian bromas. Tampoco se detienen en la caza o en la recolección: se detienen a comer nueces de Brasil, a recoger las orugas o a desenterrar un sapo, persiguen una banda de monos y matan a un pájaro. La expedición será realmente seria al día siguiente.

Se detienen cuando el sol está disminuyendo en el horizonte, en ese momento la luz apenas penetra en el espeso y enmarañado follaje; Entonces el bosque se oscurece y cae la noche de repente. Armaron

campamento en la orilla de un arroyo. En poco tiempo, construyen refugios y los cubren con hojas. La mayoría de ellos no tienen hamacas. Aquellos que han traído sus hamacas usuales o sus machetes los dejarán aquí al día siguiente, para ser recuperados más tarde: Los objetos inútiles para el ataque son sólo una carga.

Son conscientes de que, desde su partida, los chamanes en *Karohi* han enviado al *hekura* para dañar las flechas de los enemigos, se reduce así el riesgo de muerte. A la mañana siguiente continuarán con extrema cautela su progreso hacia el grupo enemigo. Cuando estén lo suficientemente cerca, formarán un maniquí, una efigie humana cruda, hacia la cual dispararán sus flechas. Se supone que este ritual los ayudará en sus planes. Pasarán otra noche en el bosque, pero esta vez se tenderán en el suelo, sin fuego, y permanecerán despiertos. Por la mañana, antes de la luz del día, harán una emboscada en un huerto o al borde de un sendero, esperando que un enemigo venga para arrojarle sus flechas. Entonces escaparán del contraataque enemigo.

Los fuegos son brillantes. Los bultos están cocinando en las brasas. Cuando las entrañas del pájaro fueron removidas, la sangre fluyó demasiado espesa para el gusto de los guerreros: Es una mala señal. Al atardecer, alrededor de todo el campamento escuchan a los guacamayos, los tucanes realizan gritos guturales, diferentes de su canto habitual, una banda de monos pasa por encima. Estos son presagios desfavorables, porque estos animales no son verdaderos animales, sino emisarios enviados por sus enemigos para espiarlos.

Ebrëwë pasa la noche bajo el cielo abierto, en su hamaca estirada entre dos polos fuertes unidos transversalmente. Cuando se despierta, anuncia gravemente que soñó que un jaguar bebía del arroyo. La visión no es un buen presagio, y *Ebrëwë* cree que deberían volver atrás. No tiene dificultad para convencer a los demás, que no están ansiosos de seguir cuando todo les advierte del riesgo que corren.

En *Karohi*, nadie se sorprende por su retorno repentino, es el destino que tres de cuatro incursiones no se concretarán. Nadie los culpa por su cautela, los presagios eran obviamente desfavorables, y la gente se alegra de verlos volver vivos. Durante su ausencia se les prohibió a los niños jugar, a los fuegos no se les había permitido quemar demasiado brillante, la gente se abstuvo de separarse entre sí, y el camino que habían tomado en su salida había sido prohibido a las mujeres.

Ningún jefe lleva a cabo expediciones guerreras, es el más sabio y el más audaz cuya opinión prevalece y convence a los más tímidos. De hecho, los desacuerdos sobre el mejor curso de acción no son inusuales. Cuanto menos participantes, mejores son las posibilidades de éxito, es difícil mantener la cohesión de un grupo grande cuando nadie está al mando, y el intento falla antes de que se lleve a cabo. La participación en una incursión no es obligatoria, porque nadie tiene autoridad suficiente para

hacerla cumplir. Depende únicamente del código moral prevaleciente. Los jóvenes necesitan solidificar su reputación de valor y la guerra es para ellos el medio ideal para demostrar que poseen esa virtud. Aquellos que están cumpliendo su servicio matrimonial participan sin excepción en las guerras de sus aliados, de lo contrario pueden ser rechazados como cobardes. Un buen guerrero - un hombre *wait^heri* - goza de un estatus superior, la gente le respeta, le teme. Es influyente en los asuntos políticos de su comunidad, y su opinión se toma en consideración. La guerra es un medio de autoafirmación; Uno debe ser valiente, feroz, cruel. Todo macho maduro tiene el deber de castigar los ultrajes cometidos contra sus parientes y de vengar a los muertos, de otra manera, despreciado y débil, alentará nuevos golpes y siempre será el perdedor en el juego sutil y peligroso de los intercambios matrimoniales o económicos.

Esa noche, los hombres cumplen el ritual *wayamou*, porque los invitados se van a la mañana siguiente. Tan pronto como la noche ha caído, un visitante pronuncia la llamada prescrita, un anfitrión se acerca y le contesta. El visitante deja su hamaca para enfrentarse a su compañero en una vertiginosa competencia verbal, un incesante intercambio de frases cortas repetidas alternativamente. Cada uno tiene su turno tomando la iniciativa. En esta justa verbal, deben mantener constantemente el espíritu de réplicas amigables, nunca cometer un error o cometer un desliz. Las frases estereotipadas son cortadas en secuencias cortas, circunlocuciones y metáforas son la regla: es un discurso particularmente formalizado. Cada dialecto Yanomami tiene patrones de lenguaje adecuados a esta forma de hablar; por lo tanto, mucho antes de que sean mayores de edad para participar en un evento, los jóvenes, incluso los niños, regularmente practican para él, repitiendo las fórmulas, que zumban a sí mismos en días de lluvia o por la noche antes de dormirse. Es un gran evento para ellos participar por primera vez, casi como si alcanzaran así el estatus varonil.

De hecho, el más joven va primero, al principio de la tarde; Prudentemente cautelosos, a menudo se limitan a las fórmulas que conocen de memoria, sacudiéndolas con gran brío. A medida que avanza la noche, los hombres mayores entran en las listas para luchar con las palabras. Su maestría es mayor, y el tono cambia, son capaces de improvisar y pueden deslizar un mensaje en su discurso, o un poco de información, o una solicitud. Con ellos el ritual se calma, las sentencias adquieren significado. A veces compiten en un modo de canto, de una manera separada, a veces sus voces se vuelven casi inaudibles, confidenciales y luego conversan; entonces, de repente, el ritmo cambia y la entrega sube en volumen y fuerza.

El *wayamou* comienza al anochecer y termina al amanecer, cuando todas las voces masculinas están roncas por el uso excesivo.

Después de un breve descanso y una frugal comida, sólo queda seguir los intercambios que siempre preceden a la salida de los visitantes. No hay

alianza sin comercio. Concluir un pacto político significa que uno acepta implícitamente entrar en los ciclos de los intercambios matrimoniales y económicos. Las relaciones neutrales son inconcebibles, o bien son pacíficas e implican intercambios comerciales y matrimoniales, o bien es guerra: sólo se pueden ser amigos o enemigos. En algunas comunidades, decir "*no voy a dar nada*" o "*no voy a dar lo que está pidiendo*" es arriesgarse a un golpe. Rechazar un regalo es inevitablemente insultante y se entiende como un signo de hostilidad.

Cada celebración, como este carnaval de alianza, termina necesariamente con intercambios comerciales que comprometen a los socios.

La negociación, sin embargo, no transcurre sin disputas amargas. Los socios se mantienen al borde de la ruptura, pero es precisamente el riesgo del juego, el entusiasmo de la confrontación que les atraen. Los yanomami tienen una pasión por el trueque y la negociación, no tanto por el bien del objeto mismo, que es después de todo de importancia secundaria, sino por el elemento social y espiritual implicado en cada intercambio. También aprecian el placer de regalar rápidamente lo que acaban de recibir. Puesto que el intercambio es una obligación, el acaparamiento es imposible. El único vicio que la moral Yanomami reconoce es la avaricia, y han ideado para ella un castigo comparable al castigo cristiano por el pecado: *el fuego*, con la diferencia, de que el fuego Yanomami es celestial y consume almas aparentemente sin dolor.

En este juego masculino, las mujeres desempeñan un papel significativo. Refrenan la prodigalidad masculina en el lado de los anfitriones, y en el lado opuesto, empujan para el beneficio máximo. Por ejemplo, esta misma mañana *Mabroma* escondió detrás del refugio una olla que no quiere dar. Es ella otra vez que insta a *Kaõmawe* no dar un perro a cambio del algodón que se ofrece, si finalmente se rinde, es por la fuerza de la promesa del destinatario de enviar una canasta de tabaco en un momento posterior.

Mientras los hombres permanecían distraídos en las conversaciones, las mujeres salieron, con cestas llenas de utensilios, hamacas y provisiones balanceándose sobre sus espaldas. Caminan con pasos pesados, con ese paso peculiar de los yanomami cuando llevan cargas pesadas, volteando sus pies hacia dentro, para mantener mejor su equilibrio y aferrarse al suelo.

Los visitantes se levantan, de repente están en silencio y sin una mirada de despedida, cruzan el umbral del *shabono* para desaparecer entre los árboles como si fueran tragados por el bosque. En el interior del gran refugio que ahora se ha vaciado de sus multitudes, se siente repentinamente, aunque brevemente, el peso de una ausencia, la tristeza de volver a estar con la gente habitual, la perspectiva prosaica de las tareas cotidianas.

